SASHA GREY

La Sociedad Juliette

SASHA GREY

La Sociedad Juliette

Traducción de
Ana Alcaina
Verónica Canales
y Nuria Salinas

Grijalbo
www.megustaleerebooks.com

Antes de que empieces a leer este libro, dejemos las cosas claras.

Quiero que hagas tres cosas por mí.

Uno.

No te ofendas por nada de lo que leas a continuación.

Dos.

Olvida tus inhibiciones.

Tres

(y muy importante). A partir de ahora, todo lo que voy a contarte debe quedar entre tú y yo.

Vale. Ahora, vayamos al grano.

1

Si te cuento que existe una sociedad secreta cuyos miembros proceden únicamente de los grupos más poderosos de la sociedad —banqueros, superricos, directores generales, abogados, autoridades policiales, traficantes de armas, militares condecorados, políticos, funcionarios del gobierno e incluso distinguidos clérigos de la Iglesia católica—, ¿me creerías?

No me refiero a los Illuminati. Ni al Grupo Bilderberg, ni al Club Bohemio, ni a ninguno de esos grupos maquinadores en los que una panda de conspiranoicos sin imaginación hablan de su visión de la economía.

No. A primera vista, este club es mucho más inocente.

A primera vista.

Pero en el fondo no.

Este club se reúne de forma irregular, en lugares secretos. A veces remotos y a veces tan a la vista que pasa desapercibido. Pero nunca repite sitio. Por lo general, ni siquiera se reúne en la misma zona horaria.

Y en estas reuniones, esas personas…, no nos andemos con rodeos, llamémoslos por su nombre: los Amos del Universo. O el Poder Ejecutivo de nuestro sistema solar. Bueno, pues esas personas, los Ejecutivos, aprovechan estas reuniones privadas como pausas muy necesarias del importante y estresante negocio de joder al mundo más de lo que ya lo joden, y para soñar con formas aún más sádicas y desviadas de torturar, esclavizar y empobrecer a la población.

¿Y qué hacen en su tiempo libre, cuando quieren relajarse?

Tendría que ser evidente.

Joden.

No sé si te he convencido. Lo diré de otra forma. ¿Conoces a

algún mecánico que no esté loco por los coches? ¿A algún fotógrafo profesional que solo saque fotos cuando los focos del estudio están encendidos? ¿A algún pastelero que no coma pasteles?

Bueno, pues esas personas, los Ejecutivos, no volvamos a ponernos finos, son jodedores profesionales. Te joderán y te la meterán doblada. Te joderán, te doblegarán y llegarán a lo más alto. Te joderán el dinero, la libertad y el tiempo. Y seguirán jodiéndote hasta que estés a dos metros bajo tierra, en la tumba. Y luego te joderán un poco más.

Pues vale, ¿y qué hacen cuando no están haciendo eso? Es obvio…

Lo otro que debes saber es lo siguiente. Los poderosos son como los famosos. Les gusta estar juntos. Todo el tiempo. Te dirán que eso es porque solo los que son como ellos entienden qué significa ser como ellos. La verdad es que no quieren mezclarse con las personas de escalafones más bajos, con la chusma, con los ordinarios y zarrapastrosos a los que les encanta presenciar la caída de los ricos y poderosos por lo único que puede dejarlos secos: el sexo.

Así que esas personas, los Ejecutivos, los jodedores profesionales, han descubierto cómo tener todo el sexo que quieren, hacer realidad sus fantasías más salvajes y depravadas, sin que salte el escándalo. En cierto modo es como si alguien afirmara que ha descubierto cómo tirarse pedos sin olor. En cualquier caso…, lo hacen a puerta cerrada. Y todos juntos. En secreto.

En una ocasión, Henry Kissinger dijo que el poder es el mejor afrodisíaco. Por entonces ya llevaba un tiempo reptando por los pasillos del poder, así que sabía bien de lo que hablaba. Este lugar es la prueba.

Podría llamarse «el Club de los 500 jodedores más ricos».

«La Liga de los Jodedores inmorales.»

«La Jodienda Mundial.»

O «el Grupo del Sexo».

Lo llaman «la Sociedad Juliette».

Adelante. Búscalo en Google. No encontrarás nada sobre el tema. Nada de nada. Así de secreto es. Pero, para que no te quedes en la inopia total, aquí va un poco de contexto y algo de historia.

El nombre de este club, la Sociedad Juliette, viene de uno de

los dos personajes —hermanas, la otra se llamaba Justine— concebidos (si se me permite la expresión) por el Marqués de Sade, el noble francés del siglo XVIII, libertino, escritor y revolucionario cuyas correrías sexuales escandalizaron tanto a la *crème de la crème* de la aristocracia francesa, que lo encerró en la Bastilla por obsceno. Aunque, visto en retrospectiva, fue un paso en falso porque, sentado en su celda, sin nada mejor que hacer que machacársela día y noche, el Marqués se sintió inspirado para crear más y mayores obscenidades. Como para darles la razón.

Durante su encarcelamiento escribió la obra más importante de la literatura erótica de toda la historia. *Las 120 jornadas de Sodoma*. El único libro que supera a la Biblia en cuanto a perversión sexual y violencia. Y es casi igual de largo. Por supuesto, fue el Marqués quien gritó a las multitudes, desde la ventana de su celda en la Bastilla, que debían arrasar el lugar, y así, sin darse cuenta, inició la Revolución francesa.

Pero volvamos a Juliette. Es la menos conocida de las dos hermanas. No porque sea la más discreta. No, de eso nada. Verás, Justine es un poco muermo y puritana, busca llamar la atención de forma compulsiva y se hace tanto la víctima que acabas hasta el gorro de ella. Es como esas famosas que siempre están con la cantinela de la enfermedad de la droga y la adicción al sexo, que viven pendientes de cada palabra del famoso y mediático doctor Drew, y que muestran incansablemente su virtud apareciendo en todos los *realities* de desintoxicación que se emiten.

¿Y Juliette? Juliette no se arrepiente lo más mínimo de su lujuriosa avidez de sexo y asesinatos, ni de cualquier placer carnal que todavía no haya degustado. Folla y mata, y mata y folla, y a veces hace ambas cosas al mismo tiempo. Además, siempre se va de rositas y nunca debe pagar un precio por sus indiscreciones ni por sus delitos.

A lo mejor empiezas a ver adónde quiero llegar. A lo mejor ya entiendes por qué este club secreto, la Sociedad Juliette, podría no ser tan inocente como aparenta.

Y si te digo que yo conseguí penetrar, con perdón de la expresión, en el núcleo de este club, ¿me creerías?

No es que yo pinte mucho allí. Estoy en tercer año de carrera. Estudio cine. No soy nadie especial. Soy una chica normal y corriente con las mismas necesidades y los mismos deseos normales y corrientes que tiene cualquiera.

Amor. Seguridad. Felicidad.

Y divertirme, me encanta divertirme. Me gusta vestir bien y estar guapa, aunque no tengo gustos caros en cuanto a ropa. Tengo un Honda pequeñito de segunda mano que me regalaron mis padres cuando cumplí los dieciocho; el asiento trasero siempre está lleno de porquerías varias porque nunca encuentro tiempo para limpiarlo. Fue el coche en el que metí todas mis pertenencias cuando me fui de casa para ir a la universidad. Dejé atrás a amigos a los que conozco desde la infancia; a algunos los he superado en madurez y me resulta difícil seguir relacionándome con ellos; con otros siento que siempre formarán parte de mi vida; y he conocido a una serie de nuevas amistades que me han abierto los ojos y han ampliado mis horizontes.

Y, en este punto, no voy a seguir haciéndome la enteradilla. Ahora quiero parecerte muy sencilla. Porque, en realidad, lo más cerca que he estado jamás de ocupar una posición de poder ha sido en mi cabeza.

Tengo una fantasía sexual recurrente. No, no es tirarme a Donald Trump en su avión privado mientras sobrevolamos Saint-Tropez a mil metros de altura. No se me ocurre nada que pudiera darme más asco. Mi fantasía es mucho más de andar por casa, mucho más mundana e íntima que eso.

Un par de días a la semana voy a recoger a mi novio a la salida del trabajo, y a veces, cuando se queda hasta tarde y es él quien tiene que cerrar, fantaseo con que nos lo montamos en el despacho de su jefe… En realidad nunca lo hemos hecho, pero una chica tiene derecho a soñar, ¿verdad?

Su jefe es senador. Mejor dicho, es abogado de prestigio y aspirante a senador. Y Jack, mi novio, es miembro del personal de su grupo de campaña. Además de ser estudiante de económicas. Lo que no nos deja demasiado tiempo para pasar juntos, porque cuando termina su jornada suele estar tan agotado que se queda dormido en el sofá en cuanto se quita los zapatos. Por las mañanas madruga mucho para ir a clase, y por lo general ni siquiera nos da tiempo de echar un polvo rápido. Bueno, ya se sabe que con Jack y su trabajo no se juega…

Así que fantaseo con hacer de novia ideal y lo tengo todo planificado. Me vestiré para la ocasión. Medias y tacones con mi gabardina cruzada color caqui favorita, como la que lleva Anna Karina en *Origen USA*, de Godard. Debajo, algo de lencería; quizá un sujetador negro y

braguitas y liguero con ligas a juego. O sin nada arriba, con medias blancas hasta las rodillas y esas braguitas tan monas de lunares rosa que tengo y que a él lo vuelven loco. O solo tacones, las piernas desnudas y un elegante picardías color crema o un negligé de raso. Pero siempre un toque de pintalabios rojo pasión. Rojo pasión sí o sí. La mejor arma de mujer.

Las oficinas de la campaña electoral están en un local del centro. Todas las paredes que dan a la calle tienen ventanales, y las luces se quedan encendidas toda la noche para que los que pasen por delante vean la hilera de carteles idénticos, todos rojos, blancos y negros, pegados en las ventanas, con el jefe de Jack posando para la cámara bajo unas letras enormes y en negrita que dicen: VOTA A ROBERT DEVILLE.

Así que los únicos lugares donde podríamos tener algo de intimidad son el cuartito del material, el baño o el despacho que Bob —le gusta que todo el mundo lo llame Bob— utiliza cuando está allí, que no es muy a menudo. Se encuentra justo al fondo, junto al acceso al aparcamiento, para que pueda entrar y salir sin pasar por la entrada principal, que da a la calle y queda a la vista de todo el mundo.

Seguro que más de uno en esa oficina fantasea con follar en el baño o en el cuartito del material durante la jornada laboral y que no lo pillen. Pero esa no es mi fantasía, y menos si tenemos el local para nosotros solos. Además, Jack suele hacerme entrar por la puerta de atrás, que da directamente al aparcamiento donde dejo el coche, y el despacho está justo… ahí mismo.

Debería repetirlo, porque de verdad que no quiero que te formes una idea equivocada: en realidad nunca lo hemos hecho. Jack y yo ni siquiera hemos hablado de ello. Ni siquiera estoy segura de que él quisiera participar. Pero en mi fantasía, en cuanto entramos en ese despacho, y se cierra la puerta y se apagan las luces, se acaban los besos y los mimos; yo tomaría el control.

Lo empujaría para que se sentara en la silla, el elegante sillón giratorio de cuero de Bob, y lo haríamos ahí mismo, en el «sillón del poder». Le diría que no se levantara, que no se tocara, que no se moviera, y haría un pequeño striptease para lucirme un poco delante de él. Primero me desabrocho el cinturón de la gabardina y la dejo caer por un hombro para mostrar algo de carne. Luego me abro rápidamente un lado de la chaqueta y mantengo el otro bien pegado al cuerpo, para que pueda echar un vistazo a lo que hay debajo. Me pondría de espaldas, dejaría que la gabardina se

deslice hasta el suelo, me doblaría hacia delante y me tocaría los dedos de los pies para que vea con claridad lo que conseguirá si es un buen chico y hace lo que le ordenan.

La polla se le ha puesto dura incluso antes de que le quite los pantalones. Y, cuando se los quito, veo cómo empuja contra el algodón blanco de sus bóxers.

Ha llegado el momento de un poco de contacto íntimo. Aunque él tiene prohibido tocar. Me coloco delante del sillón, lo monto dándole la espalda y me agarro a los brazos del asiento mientras me froto y reboto y meneo el culo, primero con suavidad y luego con fuerza, contra su entrepierna. A continuación me dejo caer un poco sobre su polla, la agarro entre las nalgas y aprieto, y noto cómo se flexiona y se retuerce y crece contra la curva de mi…

Pero me estoy apartando del tema. El tema es que yo no pintaba nada en ese lugar, en la Sociedad Juliette, entre esas personas. Y no conseguí entrar porque respondiera a un anuncio en la bolsa on-line CraigsList ni porque fuera a una entrevista de trabajo.

Digamos, simplemente, que tenía un don, tenía poder de persuasión, tenía hambre.

Me echaron el ojo.

Podríamos discutir hasta el aburrimiento si se nace o se hace, pero este don no es algo con lo que yo nací. Al menos, que yo sepa. No, es algo que descubrí más tarde.

Aunque lleva mucho tiempo conmigo, grabado en mi ADN, oculto como el interruptor de un agente dormido, y activado hace muy poco.

Y una vez dicho esto, ¿cómo empezar a explicar lo que ocurrió esa noche? La primera noche que me reuní con la Sociedad Juliette.

2

Lo primero que aprendimos en clase de cine es esto:

La trama está siempre al servicio del personaje.

Siempre, siempre, siempre y sin excepción.

Cualquier profesor de escritura creativa que se precie te dirá exactamente lo mismo, y te hará repetirlo una y otra vez hasta que te suene tan natural como tu propio nombre.

Como principio general que rige el mundo de la ficción es tan inmutable como la teoría de la relatividad de Einstein. Sin ello, todo el entramado se desmontaría.

Toma cualquier película clásica (o cualquier película, en realidad), destrípala y entenderás a qué me refiero.

Vale, *Vértigo*, una película que se supone que cualquier estudiante de cine como yo debe conocer al detalle. El personaje de James Stewart, Scottie, es un detective cuya búsqueda de la verdad, obsesiva y obstinada, acompañada de un paralizante miedo a las alturas y la obsesión por una rubia muerta que raya la necrofilia, son precisamente las cosas que lo ciegan —su talón de Aquiles, por así decirlo— y lo hacen caer en la compleja encerrona de la que es víctima.

Supongamos, en cambio, que Scottie era un poli aficionado a los dulces. Habría sido más realista, pero no habría funcionado. Habría sido un poli atraído de forma inexorable por una tienda de donuts, no atraído por una *femme fatale*, y Hitchcock se habría quedado sin película.

¿Lo ves? La trama al servicio del personaje.

Tomemos otro ejemplo. *Ciudadano Kane*. A los críticos de cine les encanta decir que es la mejor película de todos los tiempos, y les sobran los motivos, porque lo tiene todo. Subtexto, dirección artística, puesta en escena… Todos los elementos que convierten una gran película en una obra de arte y no en un publirreportaje para Microsoft, Chrysler o patatas Lay’s, como parecen ser las películas de ahora.

Bueno, pues *Ciudadano Kane* es la historia de un magnate de la prensa, Charles Foster Kane, en decadencia por su orgullo desmedido y

su ambición; las mismas cualidades personales que lo catapultaron a la cima, cualidades derivadas de una sobrecogedora fijación por su madre que deja a la altura del betún sus logros, arruina su matrimonio y, por último, destruye su vida.

Condenado por este círculo vicioso que llega hasta el fondo de su ser, el pobre y viejo Charlie muere solo y sin nadie que lo quiera, solo porque ha sido incapaz de soltar la teta de su mamá.

O, a lo mejor, no solo la teta…, porque la última palabra que Kane pronuncia con el último aliento, cuando abre el puño y deja caer esa esfera de nieve —o esa bola de cristal, o lo que sea, en la que no ha sido capaz de ver su futuro inmediato: que su vida no solo estaba jodida, sino acabada—, esa palabra, Rosebud, era, según cuenta la leyenda, una referencia velada incluida por Orson Welles al nombre cariñoso que William Randolph Hearst (el verdadero Charles Foster Kane) usaba para referirse a la vagina de su amante. Rosebud. La primera palabra que se oye en la película y la última que se ve, pintada en un trineo infantil lanzado a una caldera; las llamas van consumiéndolo y las letras van desconchándose hasta quedar en nada.

En cuanto tenemos ese bocadito de información, no volvemos a ver de la misma forma *Ciudadano Kane*. Oímos Rosebud, vemos Rosebud. Pensamos: «vagina».

¿Crees que Orson Welles podría estar intentando decirnos algo? Creo que intentaba decirnos esto: Charles Foster Kane era un auténtico hijo de puta. Y eso, menuda sorpresa, es el origen de todos sus problemas.

Repito. La trama siempre está al servicio del personaje.

No lo olvides.

Solo como acotación al margen, hay un tipo de película, y solo uno, que no sigue esta norma. Un género que rompe de forma flagrante con esta regla. No solo la rompe sino que le da la vuelta por completo, porque puede y porque le importa una mierda: el porno.

Pero no entremos ahí.

En todo caso, hablando de esta norma, me he dado cuenta de que es aplicable tanto a la realidad como a la ficción. Que no solo en las películas lo que nos ocurre depende de quiénes somos, de cómo actuamos y

de por qué lo hacemos, sino también la historia de nuestra vida, las decisiones que tomamos y los caminos que seguimos.

Tú no puedes ver el camino que sigo. No es un camino de baldosas amarillas, ni una carretera perdida, ni una carretera asfaltada en dos direcciones. Y ni siquiera sé que estoy viajando por una carretera hasta que llego a mi destino, echo la vista atrás para ver cuánto he avanzado, y me doy cuenta de que, durante todo este tiempo, las decisiones que he tomado, los caminos que he seguido, estaban conduciéndome hasta este lugar.

Bueno, pues he aquí el quid de la cuestión. Para poder explicar cómo acabé en la Sociedad Juliette, tengo que empezar por el principio.

Pero no por el principio de todo. Dejaremos las embarazosas fotos de bebé para otro día. Además de todos esos recuerdos apócrifos de infancia en los que se encuentra el origen de los traumas que me han acompañado desde entonces. Como aquella vez que me hice pis encima en catequesis mientras la hermana Rosetta nos hablaba de Noé y el arca.

Así que no, no empezaré por el principio, pero casi.

Además, necesito contaros algo sobre mí, sobre mi personaje, sobre mi talón de Aquiles. Tengo que empezar con Marcus, mi profesor, que me gusta en secreto.

¿No tienen todas las chicas un amor secreto? Alguien que en realidad no significa nada y en el que proyectan sus más salvajes fantasías sexuales. El mío es Marcus, quien, sin él saberlo, se convirtió en mi objeto fetiche la primera vez que entré en su clase.

Marcus: inteligente, desaliñado, guapo, tímido —tímido hasta el punto de parecer distante— e intenso. Marcus, que me fascinó desde la primera vez que lo vi. Nada pica más la curiosidad a una mujer que un hombre distante emocionalmente y difícil de interpretar, sobre todo en el terreno sexual. Y yo era incapaz de clasificar a Marcus.

En teoría del cine existe la expresión «frenesí de lo visible». Es algo relacionado con el placer. El intenso placer que sentimos al ver, mirar y asimilar las realidades evidentes de la existencia del cuerpo físico y sus mecanismos en pantalla grande.

Así es como me hace sentir Marcus. Cuando estoy sentada en primera fila del aula magna, desde donde tengo la mejor panorámica de él, contra el fondo de pizarra blanca, iluminado por un fluorescente que parece tan brillante como el arco voltaico del decorado de una película. Me siento

en el mismo sitio en todas sus clases, en la primera de las casi cuarenta filas de la enorme aula, justo en el centro, justo delante de su mesa, donde no puede evitar verme. Sin embargo, Marcus rara vez me mira a los ojos. Ni siquiera mira en mi dirección, sino que se dirige a la clase —a toda la clase—, salvo a mí, y eso me hace sentir que no estoy allí, que ni siquiera existo.

Él está allí, yo no, y eso está volviéndome loca… una frenética de lo visible.

Y me pregunto si se hace el duro porque mis intenciones son bastante evidentes.

Los días que tengo clase —lunes, martes y viernes—, me doy cuenta de que me visto para él. Hoy no es una excepción. Hoy he escogido los vaqueros ceñidos que me marcan el culo, sujetador con aros para levantar y separar, un top de rayas azules y blancas que acentúa mis curvas y una chaqueta de punto azul marino que las envuelve y dirige la atención hacia ellas.

Quiero que se fije en mis pechos y piense en Brigitte Bardot en *El desprecio*, en Kim Novak en *Vértigo*, en Sharon Stone en *Instinto básico*.

¿Es lo suficientemente obvio?

Espero que sí.

Así que hoy, como siempre, estoy sentada en clase, fingiendo tomar notas, y desnudando a Marcus con la mirada. Marcus está hablando de Freud, Kinsey y Foucault, sobre el espectáculo del cine y la mirada femenina, y yo intento adivinar la curvatura de su polla en sus pantalones de vestir de color marrón, un poco demasiado ajustados en la ingle, por lo que resultan bastante reveladores.

Está medio de pie, medio sentado, apoyado contra la mesa, con una pierna estirada a lo largo del borde, formando así un ángulo casi perfecto con la otra, que está firmemente anclada al suelo. Y yo estoy masticando un lápiz, contando los centímetros que hay desde la costura de sus pantalones a lo largo de la cara interna de la pernera, y haciendo cálculos aproximados sobre contorno, anchura y longitud. Apunto las cifras

en la esquina superior derecha de mi libreta, la típica de hojas amarillas con márgenes de color rojo y rayas azules, que, después de veinte minutos en clase, solo contiene garabatos, dibujitos y rayajos. Y cuando las sumo mentalmente, el resultado me impresiona. Porque está claro que Marcus tiene una polla que está más que a la altura de su cerebro.

No debería sorprenderme. He hecho eso mismo casi cien veces antes de ahora. En todas las clases la misma rutina. Y, milagrosamente, siempre salen los tres mismos números. Como si me tocara el gordo una y otra vez. Y cada vez el mismo escalofrío de emoción me recorre el cuerpo.

Marcus, como ya he dicho, no se da cuenta de nada. Por lo que a él respecta, estoy absorta en su discurso. No es que no me importe la asignatura o que no escuche. Atiendo a cada una de sus palabras y al mismo tiempo estoy distraída. Soy multitarea.

Marcus está hablando sobre Kinsey y la conclusión a la que llegó en su relevante estudio sobre el sexo de que las mujeres no reaccionan ante los estímulos visuales igual que los hombres, y que, en ocasiones, no reaccionan en absoluto. Debo disentir. Y si Marcus supiera qué está haciéndome, también disentiría.

Pasa sin problema de Kinsey a Freud —otro pervertido con extrañas ideas sobre la sexualidad femenina—, y ahora sí que me ha puesto a cien.

Escribe CASTRACIÓN en la pizarra blanca. Y ENVIDIA DEL PENE. Luego subraya cada palabra dos veces mientras las repite en voz alta para dar más énfasis. Crees que eso es un veneno mortal para mi fantasía masturbatoria académica, ¿no?

Error.

Verás, Marcus tiene la voz como el azúcar moreno: suave, oscura, sabrosa. Oírlo decir cualquier cosa me funde por dentro. Pero, de las palabras que pronuncia, las que de verdad me excitan son las menos sexuales. Palabras que suenan cortantes, frías y técnicas, pero que, cuando Marcus las dice, me suenan a obscenidades… en un sentido intelectual.

En especial estas palabras:

Abyección.

Catarsis.

Semiótica.

Sublimación.

Triangulización.

Retórica.

Urtext.

Y por último, pero para nada la menos importante, mi favorita, la palabra que está por encima de todas:

Hegemonía.

Cuando Marcus habla, lo hace con una autoridad tan serena que me hace suya y siento que podría hacer cualquier cosa que me pidiera.

Por eso, cuando dice: «Envidia del pene», lo oigo suplicar, ordenar y exigir: «Por favor, fóllame».

Y aunque no me mire, sé que está hablándome a mí y solo a mí.

Solo a mí.

Esto no tiene nada que ver con Jack, lo de mi obsesión con Marcus. Quiero a Jack y solo a Jack. Esto no es más que un entretenimiento, un pequeño episodio romántico con el que solo he fantaseado para divertirme en clase. Una fantasía con la figura del papi-pedagogo que me pone cachonda al ver a mi profesor y se me va de la cabeza en cuanto suena el timbre.

Esta vez ni siquiera llega a eso.

Miro los brazos musculosos de Marcus y sus largas y musculosas piernas e imagino qué sentiría al tenerlas envueltas alrededor de mi cuerpo, de todo mi cuerpo, tal como una araña retiene a una mosca mientras la prepara para devorarla. Quiero que Marcus me retenga y me devore de esa forma. Y me pregunto si sabrá follar con la maestría con la que habla del psicoanálisis, de la semiótica y de la teoría del autor.

Dejo la pregunta en el aire.

La respuesta me llega de forma inesperada desde detrás, en un susurro conspirador.

—Es un friki.

Me vuelvo y miro directamente a dos ojos vivarachos, claros, casi luminosos, de color verde y a unos carnosos y sensuales labios arqueados en una sonrisa coqueta. Y así es como contacto con Anna. Está inclinada hacia mí desde la fila de atrás, susurrándome al oído, y Marcus puede verla perfectamente.

Ya la conozco, claro. Va a mi clase. Anna es rubia, menuda y voluptuosa; la tía superbuena de la facultad que consigue que todo el mundo se vuelva para mirarla. La chica de la que todos quieren ser amigos;

la chica que todos los tíos quieren tirarse.

Yo tuve una educación católica y me enseñaron que no debía buscar ni experimentar placer con el sexo. No fue hasta que empecé a salir con Jack, mucho después de perder la virginidad, cuando dejé de sentirme tan en conflicto con el sexo y empecé a disfrutar de él.

Miro a Anna y veo a una persona a gusto con su cuerpo, con su sexualidad, y el poder que eso le otorga. Ella no parece tener ninguno de mis bloqueos. Le gusta flirtear, se siente libre y relajada, siempre está dispuesta a todo con una sonrisa a punto. Y me intriga.

¿Has conocido alguna vez a alguien y has pensado, desde el segundo en que le has puesto la vista encima, que ibais a ser amigos?

Así es como me siento con Anna. En cuanto dice: «Es un friki», es como si oyera mi propia voz, como si ella supiera exactamente lo que estoy pensando. Y como si lo entendiera.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunto entre susurros.

—¿Que cómo sabía el qué? —dice.

—Que me pone Marcus.

—Es bastante evidente —dice Anna—. Es por la forma en que lo miras.

Así es como serán las cosas entre nosotras a partir de ahora. Un vínculo secreto.

Lo que yo todavía no sabía es esto:

Ella ya se lo había follado, a Marcus.

Y en esas raras ocasiones en las que Marcus parecía cruzar la mirada conmigo y yo quería creer que me miraba…

Bueno, pues no me miraba.

Miraba detrás de mí.

A ella.

3

—¿Me ves el culo en el espejo?

Es lo que le digo a Jack con la esperanza de llamar su atención.

Está apoyado en el cabecero de la cama una noche, poco después del inicio del primer semestre, leyendo algún artículo.

Yo acabo de salir de la ducha y estoy tumbada, desnuda, boca abajo, perpendicular a la cama, con los brazos cruzados por delante de la cara y la cabeza descansando sobre ellos para poder mirar a Jack.

Estoy exhibiéndome para él como Brigitte Bardot se exhibe ante su distante marido, el actor Michel Piccoli, en *El desprecio*. Provoco a Jack con frases de la película para ver cómo reacciona.

Es un juego al que me gusta jugar. No para probar su amor por mí, sino para poner a prueba cuánto me desea.

Levanta la vista en dirección al espejo, muy rápido. Dice: «Sí», y retoma de inmediato la lectura.

Pero no pienso dejarlo escapar tan fácilmente.

—¿Te gusta lo que ves?

—¿Por qué? ¿No debería gustarme? —dice, sin tan siquiera despegar la mirada de la página.

—¿Tengo el culo gordo?

—Tienes un culo precioso —dice.

—Pero ¿es gordo?

—Tienes un precioso culo gordo. —Me mira, me mira a mí, no a mi culo. Sonríe y vuelve de nuevo a sus papeles.

—¿Y mis muslos? —digo.

Me echo hacia atrás y me acaricio el muslo justo por debajo del trasero y, mientras lo hago, me separo una nalga, solo un poco, para que pueda echar un vistazo a mi sexo regordete desde atrás.

—Son geniales —dice. Esta vez ni siquiera mira.

—¿Eso es todo? —digo—. ¿Solo «geniales»?

—¿Qué quieres que te diga? —pregunta.

Puede que esté proporcionándole las preguntas, pero no pienso

darle las respuestas.

—¿Parecen gruesos? ¿Gruesos como el tronco de un árbol?

—Están bien —dice.

Sea lo que sea lo que está leyendo, está totalmente metido en ello…, tanto como me gustaría que estuviera metido en mí.

Me vuelvo y me pongo boca arriba, arqueo los hombros y me levanto los pechos con ambas manos, los subo hasta convertirlos en dos colinas redondeadas y los agito un poco.

—¿Qué prefieres? —digo—. ¿Mis pechos o mis pezones?

Todavía tengo el cuerpo enrojecido por el calor de la ducha y las areolas están rosadas y redondas. Me acaricio y dibujo círculos alrededor de los pezones con los pulgares hasta que empiezo a sentir que se erizan.

—¿No van juntos? —dice sin mostrar el mínimo interés.

—Si pudieras elegir —digo.

—¿Si pudiera elegir entre pezones sin pechos o pechos sin pezones? —Se ríe.

—Sí —digo—. Si pudieras escoger entre una novia que tuviera el pecho totalmente plano o una que tuviera las tetas tan grandes que los pezones fueran casi inexistentes.

—¿Tú o cualquier otra? —dice. Aunque a lo mejor lo de decidirlo tampoco es una conversación que quiera tener, porque no espera una respuesta. Dice—: Me gustan tal como son.

Maldito seas, Jack, pienso, hazme caso. ¡Mira lo que tengo aquí para ti! ¡Y puedo servírtelo en bandeja! Gratis. Sin compromiso.

Cuanto menos caso me hace, más infantil y petulante me vuelvo.

—Estoy pensando en afeitarme el coño —digo mientras enredo los dedos entre los pelos del felpudo y tiro de los hirsutos rizos castaños.

Lo digo porque sé que él no quiere que lo haga, porque las chicas sin pelos ahí no le ponen nada.

—No lo hagas —dice con sequedad.

—¿Por qué no? —digo.

Ahora solo intento provocarlo. Haré lo que sea para conseguir una reacción. Y funciona.

Me mira por encima de las rodillas, molesto.

Pero no dice nada ni cambia nada porque, ahora que sé que he captado su atención, decido presionarlo un poco más.

—A lo mejor lo hago de todas formas —digo en el tono más despreocupado posible.

—No lo hagas —dice de nuevo, y lo dice de un modo que significa que no es algo que admita discusión. De un modo que quiere decir déjame en paz.

Estiro los brazos por encima de la cabeza, luego me vuelvo hacia un lado, solo para negarle el placer de verme los pechos, el felpudo. Quiero que me bese el culo. Y me quedo ahí tumbada, fingiendo que lo ignoro. Como si a él le importara.

Así es como están las cosas entre nosotros ahora.

Nada de comunicación. Nada de cópula.

En casa, Jack es juguetón hasta cierto punto, pero por mucho que me esfuerce no logro que se interese lo suficiente para ir más allá. No consigo que me folle. Últimamente rara vez lo consigo. Está demasiado liado con el trabajo.

Jack ha trabajado mucho durante las vacaciones de verano en la oficina de la campaña electoral, y ahora que ha empezado el primer semestre, tiene incluso más trabajo. Aún menos tiempo para mí. Ya ni siquiera voy a buscarlo a la oficina.

Antes de Jack ningún hombre había logrado satisfacerme en la cama, ni de lejos. Tiene todo lo que hay que tener para ser un gran amante: es sensible, cariñoso, considerado y amable. Estoy loca por él.

Miro a Jack y pienso en Montgomery Clift en *Un lugar en el sol*; tremendamente hermoso, con la mandíbula cuadrada, el típico chico americano. Al menos así es como lo veo yo. Pero no es solo su aspecto. Cuando ves a Montgomery Clift en la pantalla, aunque esté haciendo algo tan normal como mirar a media distancia, absorto en la contemplación, puedes ver cómo le trabaja el cerebro. Así es Jack. Y eso me pone mucho.

Cuando Jack no está, me masturbo como una loca fantaseando con él. Con nosotros. Follando. En el despacho, cuando ya no hay nadie. Debajo de una mesa en la cafetería de la universidad. Entre las estanterías de la biblioteca. No solo cariñitos y arrumacos: Jack me folla con fuerza. Sexo obsceno y duro.

Él no tiene ni idea de esas fantasías mías, porque se me ocurren cuando no está y ni siquiera hemos hablado de ello. Pero estamos

llegando a un punto en que mi vida de fantasías sexuales es mucho más intensa que la real.

Vivimos en un piso acogedor en el que todas las habitaciones dan al vestíbulo. Cuando las cosas van bien, es como si estuviéramos viviendo en una cápsula espacial, encerrados y juntos, apartados del mundo. La intimidad que tenemos parece que haga el lugar mucho más grande de lo que es. Cuando las cosas van mal —no mal de verdad, sino esos pequeños baches que tiene una pareja que lleva mucho tiempo y que vive en un espacio pequeño—, puede parecer sofocante y claustrofóbico.

En noches como la de hoy, cuando Jack llega de clase o de la oficina y se va disparado a la habitación para seguir con su lectura, y se queda ahí hasta que se duerme, es como si se encerrara apartado de mí a propósito, y no sé por qué. Me descubro encontrando razones para pasearme por el piso en ropa interior o desnuda. Me exhibo delante de él y hago cualquier cosa para captar su atención, para despertar su deseo y conseguir que demuestre que me desea.

Decido, de forma impulsiva, que voy a darme una ducha antes de cenar y empiezo a quitarme la ropa, poco a poco, delante de él. Pero da exactamente igual, porque ni siquiera levanta la vista, y creo que debe de estar ciego; ciego ante mi amor por él.

Me ducho lo más rápido que puedo, porque en realidad ni quería ni necesitaba ducharme, y no era la finalidad de este pequeño ejercicio. Me seco y me pongo crema y aceite para que mi cuerpo brille y reluzca. Y salgo desnuda, oliendo a jazmín. Y entonces empiezan los juegos.

Cuando llevamos tiempo sin practicar sexo, desprendo un olor dulce. Como una manzana o un melocotón maduro, chorreante y listo para ser devorado. Lista para que alguien me muerda hasta el corazón. Sé que Jack me huele, pero siempre me he preguntado si otras personas también me huelen. Y, si resulta que no, ¿cómo es posible? A lo mejor creen que es una loción o un perfume. ¿Saben que estoy dispuesta y madura y deseosa? ¿Y que me he quedado con las ganas?

Esta noche, Jack se ha quedado dormido, totalmente vestido,

con la lectura desparramada sobre el pecho. Recojo los papeles y lo tapo con una manta, para no tener que despertarlo.

He vuelto a quedarme con las ganas, y me toco, imaginando cómo me gustaría que fuera Jack, cómo me gustaría que reaccionara.

Estoy desnuda sobre la cama, boca abajo, y digo:

—¿Me ves el culo en el espejo?

Él tira los papeles al suelo, se inclina hacia mí, me agarra las nalgas con las dos manos y me besa el culo.

—¿Quién necesita un espejo? —dice, reposa la cabeza sobre mi trasero, como si fuera una almohada, y me mira sonriente.

Yo digo:

—¿Te gustan mis muslos? ¿Son demasiado gruesos?

Él pasea los dedos por la parte de atrás de la pierna, luego hunde la mano y me separa las piernas. Yo no me resisto.

—Me encantan tus muslos —dice—. Cuando más me gustan es cuando me rodean el cuello.

Desliza sus dedos índices entre mis piernas.

—¡Oye! —Me río con nerviosismo—. Eso me hace cosquillas.

Me aparto, ruedo sobre la cama y me quedo boca arriba; finjo ponérselo difícil, pero en realidad estoy dándole más de lo que quiere.

—¿Y mis pechos? —digo. Y me los levanto para que los examine.

—Siempre que te veo las tetitas, me llenan de júbilo. —Se ríe, y se lanza sobre mí, se mete un pecho en la boca y succiona, su lengua juguetea con los pezones y deja que note el filo de sus dientes.

—¿Y mi felpudo? —digo—. ¿Qué te parece?

—Me parece el pelaje más suave y sedoso del mundo —ronronea—. Ojalá pudiera ocultarme en tu vello.

Hunde los dedos en mi felpudo, mientras me explora la entrepierna con el pulgar, se desliza hacia la raja y presiona contra el coño. Me mojo con su contacto.

Hunde la cara entre mis muslos. Apoyo las piernas en sus hombros, pongo los talones en su espalda y lo tumbo sobre mí.

Tiene los dedos enredados en los rizos de mi felpudo, me presiona el monte de Venus con el pulgar, y me besa y me acaricia con los

labios. Siento su cálido aliento en mi entrepierna y su lengua lamiéndome el coño con aspereza. Siento cómo me abro para él. Deseosa de que llegue hasta el fondo.

Le paso los dedos por el pelo y lo aprieto más contra mi cuerpo al tiempo que arqueo la espalda y elevo las caderas hacia él.

Entra en mí. Yo gimo y lo sujeto con más fuerza.

Juega conmigo. Por dentro.

Aúllo de placer porque quiero que sepa lo bien que está haciéndome sentir. Que lo importante es el movimiento. Y apuntar en el lugar exacto.

En ese lugar.

Justo ahí.

No pares.

Sin pausa hasta que estoy a punto de irme.

Y dejo que me lleve a donde quiera.

Jack está profundamente dormido a mi lado, pero imagino su lengua dentro de mí, llevándome en el expreso con destino al éxtasis. Imagino su lengua, pero son mis dedos los que hacen todo el trabajo. Voy a toda máquina por la vía rápida, me dirijo sin freno hacia la curva y siento que estoy a punto de llegar.

Lo siento.

Ya llego.

Tomo la curva.

Mi cuerpo se convulsiona una y otra vez.

Grito su nombre, pero él no lo oye.

4

Estoy sentada en clase, esperando a que se presente Anna. Pero llega tarde.

Lo único que no soporta Marcus son los alumnos tardones. Si alguien llega tarde a clase, despliega toda una estrategia elaborada para intimidarle y que la cosa no se repita. Deja de hablar en cuanto oye que la puerta del aula magna se abre con un gañido. No al final de la frase, a mitad de sílaba. Vuelve la cabeza y se queda mirando la puerta, a la espera de que alguien la cruce.

Mientras se cuela en la clase y busca sitio, la mirada gélida de Marcus sigue todos sus pasos, y está tan cabreado que casi ves el humo saliéndole por las orejas. Aunque sigue estando mono, porque tiene hoyuelos —pelo negro y hoyuelos— y siempre parece que sonría, incluso cuando está enfadadísimo. Pero la cosa no acaba cuando el tardón encuentra un asiento y se acomoda, con su libreta delante y el boli listo para escribir. Oh, no.

Marcus se queda de pie, en silencio, inclinado sobre su mesa, con las manos apoyadas delante de él, mirando sus notas durante un rato tan largo que resulta incómodo. Casi como si estuviera deseando que alguien hiciera un sonido, deseando que alguien le diera una excusa para explotar. Pero lo conocemos demasiado bien para eso.

Permanecemos sentados en respetuoso silencio y, cuando él tiene la sensación de que ya ha torturado a la clase lo suficiente, solo entonces, no importa cuánto dure, sigue con su discurso, retomándolo exactamente en la misma sílaba que había dejado a medias.

Anna siempre llega tarde. Nunca falta ni se pierde toda una clase, pero siempre llega a distinta hora. Puede ser justo en el momento en que Marcus empieza a hablar o justo a media disertación. Hoy no ha sido distinto: Anna llega cincuenta y dos minutos tarde, cuando faltan menos de diez minutos para que termine la clase, justo en el momento en que ya he perdido casi por completo la esperanza de verla. Entra contenta, como si no le preocupara nada en el mundo. Marcus levanta la vista, ve que es ella, y

sigue hablando como si nada hubiera pasado.

Eso es lo que ocurre siempre que Anna llega tarde; y yo siempre me he preguntado por qué recibe ese tratamiento especial.

Así que, un día, voy y se lo pregunto.

—Marcus y yo tenemos un acuerdo —dice Anna—. Yo hago algo por él. Él hace algo por mí.

—Qué clase de acuerdo —digo.

—Bueno —dice—, te lo diré de esta forma: Marcus tiene necesidades especiales…

Me pregunto cuáles serán esas necesidades especiales.

¿Marcus le pide a Anna que le chupe los huevos mientras deconstruye *Los cuatrocientos golpes*? ¿O se la folla por detrás mientras declama citas del libro *¿Qué es el cine?*, de André Bazin? ¿Le gusta que Anna le meta el meñique en el culete mientras él reflexiona con detalle sobre la teoría de la abyección?

Estoy impaciente por que me lo cuente. Hay tantos detalles que quiero cuadrar con mis fantasías sobre lo que pone cachondo a Marcus y sobre cómo folla… Y solo puedo pensar en que la realidad es mucho mejor de lo que jamás he imaginado. Ese es nuestro vínculo, entre Anna y yo: Marcus. Nuestra mutua obsesión. Mi secreto. Su amante.

Así que, al salir de clase, vamos a por un café y salimos a sentarnos en un banco, mientras los estudiantes van y vienen a nuestro alrededor, corren para llegar a tiempo a su siguiente clase. Nos sentamos bajo un árbol, al cobijo de la sombra, protegidas del sol de media mañana, que ya está en su cenit, porque Anna tiene la piel clara y prefiere que siga así.

—Me quemo enseguida—dice.

—Vale —digo—, cuéntame. Tengo que saberlo, porque estoy volviéndome loca, ¿cuál es la perversión especial de Marcus?

—Le gusta hacerlo a oscuras.

Se me cae el alma a los pies. Marcus parece mortalmente normal.

—Creía que me habías dicho que era un friki. Y eso no parece muy friki.

—Espera, déjame terminar —dice—. En un armario. Le gusta hacerlo dentro de un armario.

Todavía no me convence y frunzo un poco el ceño.

—Es muy tímido, de verdad —dice Anna, que se da cuenta de mi decepción.

Marcus tiene un armario enorme en su piso y, como todo en esa casa —enorme, oscura y apenas decorada—, está viejo, gastado y la madera es antigua.

—No hay nada cómodo ni acogedor en el piso —me cuenta Anna—. Ni sofás, ni almohadas, ni cojines por el suelo, ni alfombra, ni siquiera cortinas en las ventanas.

—¿Ni siquiera una cama? —pregunto.

—Duerme en un colchón, en el suelo, pero nunca hemos follado ahí —dice Anna—. Y una vez abrí la nevera —prosigue—, y estaba casi vacía. Solo había té. No hojas de té, bolsitas de té. Una caja de bolsitas de té de tamaño familiar. No había leche.

Anna me cuenta que, aunque en el piso de Marcus no hay ni muebles ni alimentos, hay algo que no falta: libros y periódicos.

—Hay libros en cada centímetro de las librerías que cubren las paredes desde el suelo hasta el techo —dice—. Están ordenados meticulosamente por temas: cine y sexo, arte y religión, psicología y medicina. Y cuando en las estanterías ya no queda sitio, empieza a apilarlos en el suelo, sobre las mesas, las sillas, como esa gente que no tira nada y ocupa todos los rincones disponibles.

»Además, donde no hay estanterías, las paredes están cubiertas de obras de arte. Arte erótico. Nada muy pornográfico —dice Anna—, solo cuadros guarros y raros.

Anna me habla de fotografías borrosas de parejas follando que parecen cuadros de Francis Bacon. Escenas callejeras de prostitutas. Cómics lascivos. Cosas que no parecen arte erótico —collages densos, que no paran de crecer con recortes de periódicos y revistas, de caras, lugares y objetos— pero que sin duda tienen un significado erótico para Marcus. Y cosas reconocibles para cualquiera.

Anna dice que hay dos cuadros en particular que le han llamado la atención más que cualquier otro. Están colgados en paralelo en una pequeña hornacina justo en la entrada: te topas con ellos nada más entrar, y siempre que va a ver a Marcus se queda ahí plantada mirándolos un rato.

Uno es de dos mujeres tendidas una al lado de la otra de manera que la curvatura de sus cuerpos forma un par de labios. Las dos

llevan ligueros y medias, y tienen pechos redondeados con pezones como cerezas.

—Una de ellas lleva un velo negro y se parece a ti —me dice Anna.

—¿A qué te refieres?

—Una morena, con una sonrisa dulce y sexy. —Me guiña un ojo.

Anna está flirteando conmigo y no sé cómo tomármelo. Noto que me ruborizo y espero que no se dé cuenta.

—La otra —prosigue— no tiene cabeza. Donde debería estar la cabeza hay dos brazos que emergen del fondo negro del cuadro como patas de cangrejo y le aprietan los pezones como pinzas.

Me dice que el otro cuadro es tan raro que resulta difícil de describir. Al principio parecen tres cuerpos femeninos con medias de rejilla enredados en un *ménage à trois*. Cuando te fijas mejor, ves que hay partes del cuerpo masculinas mezcladas con las femeninas. Órganos sexuales y miembros que emergen de donde no toca. Manos fantasmales que empujan y tiran y toquetean. Es todo un tanto inquietante, dice Anna, como si estuviera mirando un cuerpo hecho de muchos otros y de sexo indefinido.

Mientras me habla del cuadro, empiezo a pensar que, durante todo este tiempo, la sexualidad de Marcus ha sido un misterio para mí, pero jamás me he cuestionado su orientación sexual, ni siquiera he pensado en ello.

—¿Marcus es gay o bisexual? —le suelto.

—Oh, no —dice Anna—, no creo. Solo es muy, pero que muy raro.

Desde luego eso parece. Una casa sin muebles, ni comida, solo libros, periódicos y arte erótico. Como si Marcus se sintiera cómodo en la austeridad. Como si su cerebro estuviera tan ocupado que no tuviera tiempo para preocuparse de su cuerpo. Y eso me parece bien. Porque yo solo quiero que me folle su cerebro.

Anna dice que, cada vez que se encuentran, dos veces al mes, entre ellos ocurre siempre lo mismo. Marcus lo tiene todo planeado, hasta el último detalle, y espera que todo se haga tal como está programado, como un ritual.

Le dice que vaya a una hora específica.

—No puedo retrasarme —dice Anna—. Ni un minuto, ni treinta segundos. Siempre llego puntual para sus sesiones privadas. Y tengo llave del piso, así que entro sin llamar.

Ahora entiendo por qué llega siempre tarde a la clase de Marcus.

Para follar con él.

—Marcus ya está allí cuando yo llego —prosigue—. En la habitación del fondo. En el armario. Con la puerta cerrada. Y está tan callado y tan quieto que nadie diría que está ahí, que hay alguien más en la habitación. Las cortinas están echadas y las luces están apagadas. A oscuras, pero entra luz suficiente como para ver.

Me cuenta que el armario tiene dos agujeros en una de las puertas, como si se hubieran caído dos nudos de la madera. Uno pequeño y otro más grande. Uno a la altura de la cabeza, el otro, más abajo.

—Marcus jura que ya estaban ahí cuando lo compró —dice Anna—. Pero no le creo.

Cuando Anna llega, se supone que tiene que llevar el uniforme que Marcus le ha dicho que se ponga. Cada vez la misma ropa.

—¿Cómo te hace vestir? —pregunto.

—Adivínalo —responde.

—¿De enfermera? —digo.

—No —dice.

—¿De colegiala?

—No, no. —Niega con la cabeza.

—¿De puta?

—Frío, frío —dice.

—Venga, tienes que decírmelo.

—De su madre. —Suelta una risilla nerviosa.

Me quedo mirándola sorprendida, y Anna está impaciente por contarme más. Me explica que tiene que llevar un vestido suelto de flores, zapatos planos de vestir, medias color carne y unas bragas muy, muy grandes que le dan la sensación de llevar un cinturón de castidad hecho de poliéster. Se viste como la madre de Marcus, con ropa que era de ella. Ropa que la madre de Marcus tenía desde los años cincuenta y que llevó hasta su muerte, pero que sigue pareciendo nueva, como si la hubieran descolgado del perchero el día anterior.

—¿La situación está poniéndose lo bastante friki para ti?

¿Demasiado? —pregunta, sonriendo.

—Más o menos… —digo. Porque ahora Marcus me recuerda menos a Jason Bourne, lo que está bien. No me hace pensar en cómo imagino a Jason Bourne follando. Con las luces apagadas y los calcetines puestos. En la postura del misionero. Como un hombre de verdad.

Y cada vez me recuerda más a Norman Bates, lo que es incluso mejor, porque Anthony Perkins me da muchísimo, pero muchísimo morbo desde la primera vez que lo vi en *Psicosis* y me enamoré hasta perder la cabeza de su estilo pulcro y con chaqueta de punto abotonada hasta arriba. El rostro afilado y huesudo. Esos pómulos. El pelo negro azabache, con la raya perfecta, liso y brillante. Esos ojos negros y de mirada nublada. Esa sonrisa. Tan sexy. Y el saber que, bajo esa apariencia, había un asesino psicópata que estaba como una cabra, lo hacía aún más apetecible. Parece que Marcus es esclavo total de la fijación que tiene con su mami, igual que Norman Bates o Charles Foster Kane.

—Bueno, recapitulemos —le digo a Anna—. Estás en la habitación, vestida como un ama de casa puritana de los cincuenta, una de esas de un capítulo de *En los límites de la realidad*, y Marcus está en el armario, con las puertas cerradas, y el ojo pegado a uno de los agujeros, mirándote.

—Eso es —dice—. Y hago exactamente lo que me ha pedido que haga. Le doy la espalda y empiezo a desnudarme, me quito cada prenda siguiendo el orden que él me ha pedido.

—¿Exactamente igual todas las veces? —pregunto.

—Tiene que ser así —dice Anna—, coreografiado al segundo. Me siento como una azafata de vuelo haciendo la demostración de seguridad. A estas alturas, ya lo he hecho tantas veces que me lo sé de memoria y he añadido algunos toquecitos, cosas que creo que le gustarán.

Anna no se corta con los detalles y, mientras me lo cuenta, puedo visualizarlo mentalmente.

Primero se desprende del vestido holgado, que se desabotona por la espalda, se lo quita por los hombros, primero uno y después el otro, y lo deja caer al suelo. Al hacerlo, mira por encima de un hombro hacia el suelo, para asegurarse de que el vestido no se le engancha en los zapatos. Luego se desabrocha el sujetador, se lo sube por el pecho para que los senos caigan hasta su posición natural y reboten ligeramente al hacerlo. Inclina los hombros hacia delante para que los tirantes del sujetador

resbalen hacia abajo.

—Le gusta ver cómo el sujetador se desliza por mis brazos —dice—. Luego mira cómo lo cojo y me lo aparto del cuerpo.

Me imagino a Anna desnuda de cintura para arriba; está ahí de pie con los zapatos de vestir y las medias color carne sujetas por el liguero, y paseo la mirada por su redondo y curvilíneo culo y sus pechos con pezones color salmón.

Solo hay una cosa que no me cuadra en esta fantasía, en la fantasía de Marcus. Anna lleva una faja de las antiguas, que le tapa casi todo del culo, lo que solo deja ver un poco las enormes bragas de poliéster con la gruesa costura de refuerzo que le sujeta y le levanta las nalgas como si fuera neumática. Así es como le gusta a Marcus, pero ese material no le serviría a nadie más para hacerse una paja.

—Le gusta que estire una pierna y me incline hacia delante para desabrocharme las ligas —prosigue Anna—, así, mientras lo hago, puede verme las tetas colgando. Me dejo las ligas colgando y meneo el culo para quitarme la faja. Luego la dejo caer al suelo.

Entonces se quita las bragas gigantes, pero lentamente, porque, según ella dice:

—A Marcus le van los culos y, para él, todo se basa en el precalentamiento, cuanto más largo, mejor.

Se supone que ella debe llegar hasta ese punto. Marcus quiere que se deje las medias puestas y los zapatos de vestir. Y un largo collar de perlas, perlas blancas y negras, que cuelga entre sus pechos.

—Son perlas de su madre —dice.

Mientras hace todo esto, no tiene permitido mirar en dirección a Marcus.

—En eso Marcus es muy estricto —dice—. Una vez eché un vistazo rápido al armario, con el rabillo del ojo. Vi una enorme órbita ocular pegada a la puerta, enmarcada por el agujero del nudo de la madera. Y creo que me pilló, porque el ojo no sabía dónde mirar.

»El ojo se avergonzó. Se movió de un lado para otro, hacia arriba y hacia abajo, escudriñando como loco la habitación, buscando algún sitio donde esconderse. Y no era Marcus. No lo identifiqué con Marcus. Era solo un glóbulo ocular dentro de una abertura alargada y angosta en la madera. Y me dio tanto repelús que nunca más he vuelto a mirar.

—Entonces, le gusta mirar pero no que lo miren —digo.

—Es la única manera de que se le ponga dura del todo —dice.

Pienso en el doctor Alfred Kinsey. Por lo que sé, a él también solo se le ponía dura de una forma. Es la parte que se saltaron en la película, la parte en la que Kinsey se clava cosas en la punta del pajarito. Cosas que no pegaban nada con esa parte del cuerpo. Objetos que no siempre encajaban. Elementos que no aparecían en los datos que compiló, ordenó, etiquetó y analizó con tanta meticulosidad. Hierba, briznas de paja, cabellos, cerdas. Cualquier cosa alargada y flexible que hiciera cosquillas.

Pensar en Kinsey y escuchar el relato de Anna sobre Marcus hace que mis fantasías de follarme a Jack en el despacho de su jefe me parezcan bastante tontorronas. Pero Anna aún no ha terminado.

Una vez que se ha bajado las bragas y ha doblado la ropa ordenadamente sobre una silla, solo entonces, puede volverse y mirar.

Lo que ve es el pene erecto de Marcus salir lentamente por el agujero más bajo del armario, como un caracol asomando por la concha.

—Lanzo un grito ahogado —dice Anna—, como Marcus me dijo que hiciera… la combinación perfecta de horror, sorpresa y placer.

Anna se queda ahí, plantada en el mismo lugar, mirando, boquiabierta, hasta que todo el rabo está fuera y los huevos saltan de golpe por el agujero y quedan colgando sobre la puerta.

—Cuando la polla empieza a moverse, como si estuviera saludándome —dice Anna—, yo me siento justo delante y la lamo como lamerías las gotas de helado fundido que se deslizan por un cucurucho.

—¿Y eso son solo los preliminares? —pregunto.

Quiero asegurarme, porque parece todo muy complejo.

—Sí —dice Anna—, solo los preliminares.

Aun estando ella ahora justo al otro lado de la puerta del armario, me cuenta Anna, Marcus no hace ni un solo ruido. Ni siquiera lo oye respirar. No hay gemidos de excitación que le den una pista de que está haciéndolo bien, solo pequeños espasmos de la polla cuando se aparta de las atenciones de la lengua de Anna. «Como cuando la pierna te sale disparada en respuesta al golpe en la rodilla con el martillito plateado del médico», dice.

—¿Cómo sabes cuándo parar, para que no se corra?

—La puerta se abre —dice ella—. Es un poco espeluznante.

Imagino la puerta abriéndose con un chirrido —como en esas películas muy antiguas en blanco y negro sobre una casa encantada que dan

en la tele de madrugada—, y que no hay nada detrás y está oscuro como boca de lobo.

—Eso significa que debo entrar —dice Anna—. Y siento que el corazón me late cada vez más deprisa, aunque sepa exactamente lo que va a ocurrir y quién está detrás de la puerta.

Entra en el armario y cierra. Y ya no ve nada de nada porque Marcus ha tapado los agujeros con pañuelos de papel para que no entre luz.

—Tardo un rato en adaptar la visión a la oscuridad —dice ella —. Incluso cuando lo consigo, lo único que veo son sombras en la penumbra que se mueven como volutas de vapor, y es como una alucinación.

—¿Cómo es el armario de grande? ¿No resulta claustrofóbico?

—Lo bastante grande como para que la única parte de mi cuerpo que toca los lados sean los pies —dice—. Me da miedo lo rápido que pierdo la noción del espacio y del tiempo. Y además hace muchísimo calor ahí dentro, es un calor húmedo y vaporoso, como en un baño turco, porque Marcus ya ha consumido gran parte del oxígeno, y noto que empiezo a sudar en cuanto entro.

—¿Qué ocurre luego? —pregunto, ansiosa.

—Entonces noto su mano sudada en el pecho. Y creerás que me da repelús —dice—, pero en realidad me excita. Me excita mucho. Que me toquen así, alguien a quien no puedo ver, en un espacio cerrado.

Dice que todo lo demás vale la pena, los molestos preliminares que Marcus insiste en que sigan al dedillo.

—Y de todos modos —dice—, en cuanto estamos en el armario, a oscuras, con las puertas cerradas, cuando él ya ha iniciado el contacto físico, se acaban las normas. Ya no se muestra tímido. Marcus folla como un poseso, como un animal, como si fuera totalmente otra persona. Y el armario se tambalea.

—Pero ¿de cuántas formas se puede follar en un armario? —me pregunto en voz alta.

—Te sorprendería —dice Anna—. A estas alturas debemos de haber practicado todo el *Kama Sutra* cinco o seis veces —dice.

»Una vez —añade—, estaba follándome con tanta fuerza que el armario se cayó del lado de la puerta. Nos quedamos atrapados dentro. A Marcus no le importó. Se puso más cachondo todavía. Follamos durante horas. Luego le dio un puñetazo al techo y salimos arrastrándonos,

desnudos y con arañazos.

Después de salir del armario, hay una tarea más que Anna debe realizar. Pasan al baño y ella tiene que lavarlo.

Dice que es un baño muy viejo, con el suelo de baldosas y la pintura de las paredes desconchada por la humedad. Marcus tiene una de esas antiguas bañeras de porcelana que parece una balsa neumática, con una alcachofa de ducha colgando al final de un largo mástil de acero inoxidable que nace en un grifo.

—Marcus solo se ducha, nunca se baña —dice Anna.

—¿Por qué? —pregunto.

—Me dijo que la gente se ahoga en las bañeras.

Paso por alto el comentario, pero me pregunto si Anna se habrá dado cuenta de que esa es una cita de Cassavetes.

En cuanto están en la ducha, Anna lo enjabona, lo cubre de espuma y le frota con fuerza la espalda, el pecho, los muslos, las axilas y los huevos. Tras secarlo con la toalla, Marcus sale del baño sin decir ni una palabra. La deja allí sola para que se vista y se arregle. Y, cuando ha terminado, sale sola del piso.

—Y así es siempre —dice—. Sin excepción. Nunca es de otra forma.

»¿Has follado alguna vez en un armario? —me pregunta como quien no quiere la cosa.

Tengo que reconocer que no, nunca lo he hecho. Y después de escuchar todo eso me siento tan normal que me deprimo.

Nos quedamos sentadas bajo el árbol unos minutos, en silencio. Y de pronto me viene a la cabeza una frase que dice Marlon Brando en el *Último tango en París*, una frase dicha como de pasada y que siempre me ha encantado, de su monólogo dirigido a la esposa muerta, que yace en su lecho mortuorio delante de él:

«Una caricia nocturna de mami».

Y si eso es lo que le va a Marcus, por mí vale. Porque hay un montón de grandes hombres con una fijación por su madre.

Estoy asimilando todo lo que Anna me ha contado. Tomo un sorbo de café y hago una mueca cuando me doy cuenta de que se ha enfriado casi del todo, porque llevamos aquí mucho tiempo.

—¿Me he cargado tus fantasías? —pregunta Anna—. Espero que no. En el fondo, Marcus es bastante dulce.

—Oh, no —digo—. Desde luego que no.

Ahora quiero saber todavía más. Ahora me da la sensación de que puedo leer a Marcus como un libro abierto y descubrir algo nuevo al girar cada página. Y deseo que Marcus me enseñe qué significa ser friki.

Pero entonces me doy cuenta de que Anna podría enseñarme muchas cosas sobre ser friki.

Cuanto más la conozco, más creo que Anna es esa amiga íntima que te entiende y que entiende todo lo que te pasa por dentro. Puedo contarle cualquier cosa y ella puede decirme exactamente cómo me siento y por qué. Es como si fuéramos dos cabezas con un solo cerebro y una conciencia compartida. A veces hasta es capaz de acabar mis frases antes de que yo las haya empezado.

Nos complementamos a la perfección. Se podría decir que estamos hechas la una para la otra. La gente dice que podríamos ser hermanas. Yo no lo veo así. Anna me supera en casi todo. Ella es todo lo que yo no soy.

Ella es la belleza. Yo soy el cerebro.

Yo soy la chica lista. Ella es la popular.

Me hace reír. No tiene ese filtro entre el cerebro y la boca que posee casi todo el mundo. Puede mirar a cualquier chico de la clase y soltar, sin venir a cuento, algo del tipo:

«Me pregunto si es circunciso o no».

O: «Yo diría que carga a la izquierda».

O: «Seguro que el semen le sabe a gelatina de limón».

Pero a ella no le parece inapropiado. Es algo que simplemente tiene que ser dicho en ese momento en particular. En ese sentido es tan pura, poco complicada y libre… Para ella, el sexo es algo tan natural como respirar.

Me gusta tanto Anna, y todo lo relacionado con ella, que busco una excusa para que Jack venga a recogerme a clase y así poder comer juntos los tres. Porque quiero que él conozca a mi nueva mejor amiga. Los presento sintiéndome orgullosa. Pero no sale como lo he planeado. Jack se siente tan intimidado por Anna que apenas puede mirarla a los ojos y pronunciar un par de palabras. Luego se queda ahí plantado y yo soy la única que habla. Es muy incómodo. Enseguida encuentra una excusa para

marcharse.

Cuando llego a casa por la noche, ese mismo día, juego a nuestro juego, decidida a sacarle lo que realmente piensa de ella.

—¿Te ha gustado Anna? —digo.

—Es simpática —dice.

—¿Te parece mona?

—Supongo —dice.

—Si no estuvieras conmigo, ¿estarías con ella?

—No creo que yo sea su tipo —dice.

—No has respondido a la pregunta —digo.

—Sí, he respondido —dice.

—Pero ¿ella es tu tipo?

—Podría serlo —dice.

—Tiene unas tetas bonitas, ¿no crees?

—Claro —dice.

—¿Te gusta su culo duro y redondeado? —digo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —dice, impaciente.

—Bueno, ¿te gustaría follártela? —lo provoco.

—Tal vez —responde.

Pero no es la respuesta que yo esperaba.

5

Marcus nos ha puesto, como tarea, ver un pase de la película *Belle de jour*, de Luis Buñuel y protagonizada por Catherine Deneuve.

No he visto la película. No sé nada de ella. No tengo ni idea de qué puedo esperar.

Tomo asiento en la sala de cine de la universidad y no estoy sola, pero en cuanto empiezan a atenuarse las luces y la oscuridad me envuelve, me siento como si lo estuviera. Así es como me gusta experimentar las películas. En una sala de cine, a oscuras, en comunión personal entre la pantalla y yo. Algo parecido al tranquilo estado de contemplación que se siente delante de un cuadro magnífico que te impresiona en silencio.

Me siento a ver la película y espero ser transportada en un viaje desde la realidad hasta otro mundo. Espero que, como mínimo, me entretenga, quizá me intrigue, tal vez incluso me sorprenda. Lo último que espero es verme en la pantalla.

Entiéndeme, no es que me deje embaucar del todo. Ya sé que no soy la protagonista de la película, aunque comparto nombre con la estrella. Ni siquiera soy un personaje secundario. Sin embargo, en cierto sentido, de algún modo, hay algo en la película que conecta conmigo de forma muy profunda. Aunque solo tenga una cosa en común con la protagonista, un ama de casa francesa, frígida, de clase media alta, que en cuestión de sexo alberga secretos deseos de masoquismo.

Se llama Séverine. Que en latín quiere decir «severa». Imagínate ir por la vida, durante toda tu vida, teniendo que soportar que la gente decida que no le gustas incluso antes de conocerte. Solo por haber oído tu nombre. Séverine. Severa. Estricta.

Imagínate tener que llevar la cruz de un nombre así desde que naces. Para el caso, podrían haberte llamado «Sin gracia».

Sin ninguna gracia.

Y no es que el nombre no le pegue al personaje de Catherine Deneuve en la película de Buñuel. De hecho, no hay un nombre más

apropiado, porque, la verdad sea dicha, no es que tenga mucha gracia. Es fría como el hielo y carece de cualquier cualidad que pudiera hacer que te gustase, despojada de casi todo lo que la hace humana. De todo salvo de sus mórbidas fantasías sobre humillación y castigo. Porque se supone que no tiene que gustarte, que no tienes que identificarte con ella.

Sin embargo, en cierto modo yo lo hago.

Séverine. Sin gracia. Sin ninguna gracia. Lleva un año casada y todavía no ha dejado que su marido la folle. Lleva un año casada y ni siquiera lo deja dormir en la misma cama. Lleva un año casada y él ni siquiera la ha visto desnuda. Su marido: devoto, protector, fiable y, por tanto, muy comprensivo.

Séverine. Una virgen en la vida real, pero una puta en su imaginación. Y es su imaginación la que la lleva por el mal camino.

Recuerda. La trama siempre está al servicio del personaje.

Y Séverine, siempre esclava de sus deseos, sin controlarlos jamás, flota por la película como en trance. Flota por la vida como si fuera una película. Hasta que un amigo de su marido, un hombre mayor, retorcido y vil, que al parecer ve su verdadero yo, introduce en la mente de Séverine la idea de que hay un lugar donde las mujeres como ella —reprimidas, inmorales, insaciables— pueden hacer realidad sus fantasías en privado y mantener su buena reputación en público.

Un burdel.

Incluso le da la dirección. Así que ella visita el burdel y le dan un nombre nuevo, para ocultar su identidad. Algo que suene exótico. No Séverine. Algo que atraiga a los clientes.

Belle de jour.

Una coqueta expresión francesa que suena tonta traducida, lo digas como lo digas, seguramente por eso nadie se molestó en traducir el título para el mercado internacional.

Belle de jour.

Literalmente, belleza del día. O la belleza de hoy.

Me recuerda a «Plato del día».

A lo mejor, esa era la intención de Buñuel. La mujer que lo tiene todo y no quiere nada reducida a ser el plato del día en la carta del menú de una casa de putas. Una bromita de Buñuel. Su pequeña humillación. Siempre es el plato del día, cada día. El plato que nunca cambia, que en realidad no es nada especial.

Lo único especial en ella es su belleza, que, aunque divina y sublime, en definitiva es despreciable porque para lo único que le sirve es para abrirle paso hasta la prostitución, para degradarla.

Es filete de hígado con puré de patata. Todos los días.

Filete de hígado con puré de patata.

Me recuerda a Kim Kardashian.

Filete de hígado con puré de patata. Vestida de Hermes y Gucci.

Y muy pronto, en ese burdel, marcada y degradada, Séverine realiza sus deseos, cada uno de ellos; sus sueños se han impuesto a la realidad. Y muy pronto sus sueños reemplazarán a la realidad.

Y ahí es donde entro yo.

Estoy sentada en el cine viendo la película y me reconozco.

No aspiro a ser puta. Ni siquiera en secreto. No me refería a eso.

Me refiero a que reconocí algo en el interior de Séverine, por extraño que parezca, que también está dentro de mí; a pesar de las grandes diferencias en nuestro pasado, temperamento y personalidad, hay algo que nos conecta.

No soy una mojigata. Y tampoco soy masoquista —al menos, eso creo—, pero las fantasías de Séverine me tocan la fibra. Su realidad, menos.

Estoy sentada en el cine y mi imaginación alza el vuelo. Estoy viendo la película y llenando los espacios en blanco. Y pronto no sé dónde termina la película y dónde empiezan mis fantasías.

Cuando termina la película y emerjo de la oscuridad al sol de media tarde, siento como si caminara por la cuerda floja. Me balanceo al borde de un precipicio, hago todo lo que puedo por mantener el equilibrio. Tiemblo por dentro. No sé qué me ha ocurrido. Estoy muy confundida. No sé si soy presa del delirio o si me he vuelto loca de atar. Solo sé que no quiero que la fantasía acabe. Jamás había imaginado que pudiera sentir placer de esta forma, y ahora que lo siento, quiero más.

Camino hacia casa en trance, navegando con el piloto automático, repasando las escenas mentalmente. Olvido dónde estoy y me doy cuenta de que he vuelto a la película.

Me encuentro bajo un pino cuyas ramas mece el viento, retenida allí, contra mi voluntad, por el hombre al que adoro. Atada, golpeada y humillada por dos hombres salvajes que acatan sus órdenes mientras él mira, indiferente ante mi sufrimiento.

Tengo las manos atadas con cuerda gruesa y levantadas tan por encima de la cabeza que los músculos están en tensión y me arden. Mis pies arañan el suelo mientras este se balancea por debajo de mí. Mi vestido, desgarrado por las costuras, pende de mi cintura como un pétalo marchito. El sujetador me cuelga, suelto, de los hombros, y los aros me rozan los pezones y se me erizan.

Látigos de cuero se ciernen sobre mi espalda, me muerden la carne; un latigazo tras otro en rápida sucesión, me golpean con un ritmo maligno que me tiene esclavizada. Oigo el restallido del látigo y entonces… la quemazón. El restallido. Y luego la quemazón. Tan inevitable como que el trueno sigue al relámpago, el placer sigue al dolor. La intensidad crece y crece y crece con cada golpe, hasta que ambos, placer y dolor, son demasiado para soportarlos. La adrenalina corre por mis venas.

Doblo la esquina.

No estoy ni a medio camino de casa y ya estoy más caliente que una gata en celo.

Doblo otra esquina y vuelvo a la película, ahora estoy en el burdel, dispuesta a ser aleccionada en los placeres del deseo criminal de manos de un rufián con un bastón y dientes de oro que se mueve con un balanceo rudo y primitivo.

Si el hábito hace al monje, este hombre es una contradicción andante.

Lleva botines de cuero tan desgastados que han perdido el lustre, y calcetines deshilachados con grandes agujeros donde antes estaban los talones. Un anillo metálico de sello engarzado con un enorme diamante finamente tallado. Y esos dientes de oro que brillan cada vez que los enseña y frunce el labio superior en una mueca. Su pelo, su abrigo de piel, sus pantalones, sus zapatos, todo es negro como la noche. Lo demás está

desconjuntado pero resulta elegante. Un chaleco morado y una corbata estampada, chillona y estridente.

Cuando se quita la camisa —una camisa blanca, lo único puro y sencillo en él—, se ve un torso limpio, sin vello, esculpido con tanta delicadeza como una escultura de mármol. La piel blanca y sin mácula; hasta que se vuelve.

En la espalda tiene una cicatriz enorme que se curva por debajo del omóplato; una media luna de tejido dañado, más blanco incluso que el resto de la piel, aunque parezca imposible; un indicio de violencia salvaje.

Me mira con indiferencia aristocrática. Yo lo miro y pienso en Marcus, aunque más joven y aguerrido, y más desaliñado. Él es peligroso e impredecible, y Marcus es tierno y reservado. Lo miro y pienso en cómo quiero que sea Marcus, en cómo quiero que me trate.

Con desdén.

Empiezo a quitarme la ropa interior. Él me mira con severidad a los ojos y me dice: «Déjate las medias puestas».

Una orden, no una petición. Se baja la bragueta y, sin dejar de mirarme, añade: «Una vez, una chica intentó estrangularme».

Me pregunto si es una advertencia. Me pregunto si es lo que pretende hacerme. Me recorre un escalofrío.

Pero es demasiado tarde para arrepentirse, porque él ya está quitándose los calzoncillos, que son blancos como la camisa y como su torso desnudo.

Me tumbo en la cama, boca abajo, y vuelvo la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

Pienso en Marcus y en su polla, serpenteándole junto a la pierna, dentro de sus pantalones de traje de color marrón demasiado ajustados. Y entonces ya no tengo que hacerme más preguntas, porque la tengo ahí, justo delante, larga, esbelta y majestuosa, curvándose hacia arriba en perfecto ángulo; como una luna creciente al final de su ciclo, como la cicatriz de su espalda y la hoja curva del arma que se la hizo. Él repta por la cama, y sus largas piernas se doblan sobre mí; es una araña que atrapa a su presa. Me separa las piernas con gesto brusco y se tumba entre ellas. Siento cómo se le hincha la polla al colocarse sobre la raja de mi culo. Siento cómo se incorpora y empieza a frotarse contra mí con movimiento de sierra.

Tiene la mano sobre mi cuello, curva los dedos alrededor de él, los tiene tan separados que casi puede rodearlo por completo. Aprieta un poco, y la presión me produce un gran placer. Espero que baje la mano y vaya haciendo presión en todos los puntos de mi cuello y espalda. En lugar de eso, aprieta más fuerte y apoya todo su peso, aplastándome la cara contra el colchón.

Grito, más por sorpresa que por dolor.

Siento que me separa las nalgas con la mano que le queda libre y me preparo para volver a gritar, pero esta vez de dolor más que de sorpresa. Porque sé lo que viene ahora. Y ya es demasiado tarde para arrepentirse.

Entonces oigo un claxon pitándome al oído. Chirrían los frenos de un taxi que ha tenido que parar en seco a menos de quince centímetros de mi cuerpo, que está a menos de dos pasos de la curva, donde he salido de la acera al asfalto y he pasado cuando el semáforo estaba en verde para los coches.

Estoy temblando. Sorprendida de mi estupor. Escupida a la realidad desde la pantalla. Y sé distinguir ambos mundos. Sé qué es peor y qué me haría más daño: que un matón me dé por detrás o que un taxi me dé por detrás.

Giro la llave del piso, y la puerta todavía está entreabierta cuando grito:

—¿Jack…? ¿Jack?

Sale al recibidor y no le digo: «Te quiero. Te he echado de menos. ¿Qué tal el día?».

Digo:

—Me muero de ganas de follarte.

Me abalanzo sobre él en un abrir y cerrar de ojos y lo pego a la pared antes de que pueda saber qué está pasando. Le planto la boca en sus labios, lo beso con fuerza y le meto la lengua hasta el fondo antes de que pueda decir palabra, antes de que pueda siquiera recuperar el aliento.

Le meto las manos por debajo de la camisa y le acaricio el pecho. Recorro su torso clavándole las uñas. Le pellizco los pezones hasta

que gime. Y no lo oigo, lo siento: un grave gemido que escapa de su boca y pasa a la mía.

Soy una mujer poseída. Y solo puedo pensar en tener su polla atrapada dentro de mí y no soltarla nunca. Quiero que su polla me controle. Nunca me había sentido así, no podría estar más segura, y nunca había estado tan cachonda.

Bajo la mano a su entrepierna. Y esto es lo que me encanta de Jack. Nunca tengo que esperar a que se le ponga dura. Nunca tengo que perder el tiempo jugueteando con una polla flácida para que entre en acción. En cuanto hago un movimiento, ahí está, preparada, expectante y deseosa, como por autosugestión, dura que te cagas.

Le quito los pantalones y los calzoncillos con un movimiento frenético. Ahora tengo su polla en la mano y despego la boca de sus labios, pero solo para poder mirarlo a los ojos y decirle:

—Quiero tu polla. Quiero follarte la polla con la boca.

Y no le pido permiso.

No se lo pregunto, se lo digo.

No pido, tomo.

Y él no tiene elección.

Me deslizo hacia abajo a lo largo de su cuerpo, sin dejar de agarrarlo, y solo lo suelto para cambiar mi punto de apoyo. Estoy de rodillas, justo delante de él, y tiro de su pene con firmeza, como si fuera una palanca, para que quede en perfecto ángulo recto con su cuerpo, nivelado a la perfección con mi boca.

Me meto la punta en la boca, muy despacio. Cierro los labios alrededor de la punta, fuerte. Me retiro y lo provoco con la lengua. Luego vuelvo a acogerla, algo más al fondo esta vez, y voy avanzando por el falo. Me retiro. Jugueteo.

Y le digo lo que quiere oír.

Le digo:

—Me gusta tanto sentir tu polla dura en mi boquita apretada. Sabe tan bien… Da tanto gusto, ¿verdad?

Y no espero respuesta.

Le pego la polla al vientre y la sujeto ahí para chuparle la base de las pelotas, alrededor del escroto, girando rápidamente la lengua alrededor de los huevos, le succiono uno y luego el otro, y luego lamo el falo, como un pincel pintando un lienzo, hasta que llego a la punta. Y se la

chupo, y escupo en ella y la aprieto con la mano mirándole directamente a los ojos. Veo que se siente abrumado y sé que está a mi merced.

Abro la boca, bien abierta, para poder metérmela entera, tomo el aire suficiente para llenarme los pulmones, como si estuviera a punto de sumergirme en el agua, me la voy metiendo poco a poco, doblando la lengua para lamer la punta, y voy acariciando la polla por debajo a medida que va entrando. Mientras lo hago, me doy cuenta de que estoy mojándome.

Lo dejo ahí hasta que lo noto temblar, y entonces me retiro. Todavía está conectado a mí por un grueso hilo de saliva que cuelga entre nosotros y que le cubre la punta de la polla como la cumbre de una montaña nevada. Me quedo mirando la saliva que nos une y me imagino mi coño abriéndose como una flor y los blancos jugos pegajosos adhiriéndose a los labios.

Me levanto en busca de aire y deslizo la mano con fuerza y energía a lo largo del falo, me la he cubierto con una película de saliva mientras recupero el aliento, y me preparo para volver a bajar.

Muevo la cabeza hacia delante con rapidez, abro bien la boca y me meto su polla hasta la garganta; noto su hinchada y carnosa cabeza presionándome la laringe, su rabo llenándome toda la boca. Lo imagino al fondo de mi coño húmedo y caliente y noto que tengo las bragas empapadas.

Siento que sus manos se hunden en mi pelo y espero a que me agarre por la nuca y me paralice en el sitio para dar un último empellón, breve y brusco; para clavarme la polla más adentro. Eso es lo que quiero que ocurra. Es lo que había imaginado antes.

Lo oiré gemir cuando descargue en el fondo de mi garganta. Y se quedará sin palabras.

Salvo: «Joder».

Y: «Sí».

Recibiré todos los chorros, uno tras otro, como melaza caliente y espesa, descendiendo por mi garganta. Y su semen no dejará de correr. Tendré la sensación de que estoy ahogándome.

Así es como lo había planeado todo mentalmente. Pero no es eso lo que sucede.

Me hunde los dedos en el pelo, pero no empuja más dentro de mí. Me aparta de su cuerpo. Es como si me hubieran despertado de golpe.

Arrancada de un sueño.

Levanto la vista y pregunto:

—¿Qué pasa?

Me siento confusa y dolida. No intento ocultarlo. Él me lo nota en la voz.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? —pregunta.

Al escupírmelo así, a la cara, me hace más daño.

—¿Qué te ha entrado, Catherine?

Me llama de muchas formas; apodos tontorrones que va improvisando: Kitty, Cat, Trini. Solo me llama Catherine cuando está cabreado.

No me ha entrado nada. Nada de nada. Ese es el problema. ¿Es que no ve lo caliente que estoy?

Hace que me sienta idiota y como una basura.

—Estoy trabajando —protesta—. Ahora no tengo tiempo para esto. Puede que más tarde.

Y cuando dice eso ya sé que más tarde no pasará nada. Sé que trabajará hasta las tantas y me dejará esperando.

Y eso es exactamente lo que ocurre. Estoy en la cama, preparada, dispuesta y deseosa. Y oigo que está fuera pero no entra. Y me deja ahí, con la única compañía de mí misma, con mis fantasías para consolarme, y todas esas extrañas imágenes de la película que no paran de rondarme la cabeza.

Estoy atada al tronco de un árbol cubierto de hiedra. Tengo los brazos alrededor del tronco y retenidos por una gruesa cuerda cruzada sobre mi cuerpo y que me sujeta con fuerza.

Me encuentro en pleno bosque, pero no dejo de oír el mar en mi cabeza. Estoy a plena luz del día. Tengo el cuerpo bañado por el calor del sol. Solo oigo el ruido del canto de los grillos nocturnos.

Tengo sangre en la sien. Pero ninguna herida. Se ha deslizado por mi mejilla como una gota de pintura, aceitosa y espesa. Como una lágrima que exhibe el color del dolor.

Y no tengo miedo porque mi amante me acompaña, está delante de mí. Pone las manos en mis hombros y me siento consolada. Me acaricia el cuerpo con la mirada y me siento deseada. No dice una palabra,

no hace un solo ruido, pero estoy bañada en el calor de su amor. Me besa con ternura, sus labios son muy suaves. Levanta la vista para mirarme la sangre, pasea un dedo por mi dolor y vuelve a besarme.

Y sus besos son tiernos, pero eso es todo.

6

Esto es lo que siempre he querido saber, prácticamente desde el momento en que tuve mi primera relación sexual:

¿Por qué lo llaman «lefa»?

¿Qué tiene de malo «semen»? ¿Es que no es lo bastante sexy?

«Lefa» suena tonto, a barato, a desechable. Suena a nombre de marca.

Spam, Tampax, Alpo y Lefa.

O a un aditivo de otro producto.

Porno: ahora con lefa añadida.

Si quieres saber mi opinión, «lefa» es una perversión del idioma. No puedo con ella. Llámame rancia si quieres, pero es que no suena bien.

Y ya que hablamos de esto, si sientes la necesidad de eyacular, de correrte o de soltar la leche, montada o en crema, hazlo cuando quieras, pero no en mi cara, ni cerca de ella, pero si vas a regarme con tu semen o a derramarme tu jugo, soy toda tuya.

Y prefiero mil veces «polla» a «picha». ¿Y tú? No es que sea de las que creen que el tamaño importa mucho, pero es que «picha» me recuerda a «pinchito» o a «pinchacito» y eso no me pone nada.

Presume todo lo que quieras de tu nabo, tu zanahoria o tu pepino, pero no lo desentierres. Déjalo bien metidito en los pantalones. Porque no me lo pienso comer ni de coña. Y siempre que oigo a un tío hablar de su herramienta, su manivela o su manubrio, me imagino a un grupo de mecánicos cascándosela en un baño.

No quiero una polla con nombre. Quiero un hombre con una buena polla.

No tiene por qué ser grande, pero desde luego tiene que estar dura y tiene que manejarla alguien con carnet de conducir. Porque no tiene ningún sentido dar gas si no sabes pisar el freno, cambiar de sentido o dar marcha atrás. ¿Y la palanca de cambio? Si quieres clavármela, será mejor que sepas usarla.

¿Lo ves?, pene está muy bien, pero polla suena mucho más guarro y poético. Polla me hace pensar en pollo. Y un pollo pica y cacarea. El pollo sale de los huevos, que se comen hasta con patatas. El pollo es la polla. Y todo eso me suena a sexo.

No creas que soy una puritana, porque no lo soy. Y no pretendo ser simplista ni prescriptiva, supongo que todo el mundo tiene sus preferencias personales en cuanto a vocabulario sexual. Así que mejor no discutamos cuestiones semánticas. Solo lo dejo claro para que conste. Para mí es mejor «semen» que «lefa», siempre.

Crees que una chica con estudios debería tener pensamientos más profundos con los que pasar el tiempo que buscar la mejor palabra para expresar el producto de una eyaculación. Yo no estoy tan segura.

Quiero decir, puedes buscar cuanto quieras el significado más profundo de la existencia, puedes buscar una prueba física de la existencia de Dios. Puedes leer tantos libros como quieras sobre el tema, sobre cualquier tema —libros de religión, de ciencia, de filosofía, de naturaleza—, pero te garantizo que nunca, nunca encontrarás una respuesta que te satisfaga. Que te satisfaga de verdad, profundamente, que te dé una sensación de bienestar porque por fin sabes cuál es tu lugar y tu objetivo en este mundo.

¿Por qué?

Porque la respuesta está justo ahí, delante de tus narices.

Es la leche.

¿No me crees?

Te lo demostraré.

Empecemos por una afirmación con la que todo el mundo está de acuerdo:

El sexo es el motor de la vida.

Porque sin sexo no hay vida. Y, de igual forma, sin vida no hay sexo. Están unidos de manera inextricable, como la gallina y el huevo. Además, el sexo sin leche es como un Big Mac sin la salsa especial. Es la esencia mágica de la que todos, todos venimos. Porque cualquier cosa en este mundo necesita reproducirse para sobrevivir. Incluso un resfriado común. La existencia depende del proceso reproductivo.

Desde las aves hasta las abejas, las flores y las semillas, todo

sigue exactamente el mismo proceso una y otra vez, desde los seres más pequeños hasta los más grandes. En realidad no es necesario que lo diga. Es ciencia y biología básicas. Aunque a lo mejor vale la pena repetirlo, porque creo que se nos olvida.

El Big Bang creó un cuerpo universal compuesto por los sistemas solares: matrices gigantes donde se incubaron los planetas, que son los huevos cósmicos a la espera de ser fertilizados por la semilla de la vida que es:

La leche.

Y eso, en esencia, es mi teoría sexual de la existencia, del universo y de todas las cosas. La única teoría de cuerdas que necesito.

Y a todos los que tenéis inclinaciones más espirituales, lo único que puedo deciros es que no estuvisteis lo bastante atentos en clase de religión, ni leísteis las Sagradas Escrituras con la atención suficiente, porque si hay algo que le sobra a la Biblia es sexo. Es difícil encontrar una página en la que alguien no se pregunte cuándo llegará Dios, cuándo llega Jesús o cuándo llegará la salvación.

Pensarás: «No seas idiota».

Lo que yo digo es que nos enseñan a tomarnos la Biblia al pie de la letra. Y eso es exactamente lo que yo hago.

Si la Biblia se pensó como una guía para la existencia, ¿por qué iban a querer los autores hacer jueguecitos de palabras con el lenguaje u ocultar su verdadero significado?

¿No está pensada la Biblia para que las personas se sientan mejor consigo mismas?

¿Qué hay más útil que el sexo para que nos sintamos bien con nosotros mismos?

Tomemos un versículo al azar. Por ejemplo, Lucas 17, 20-21. Los fariseos preguntan a Jesús cuándo se producirá la venida del Reino de Dios. ¿Y qué responde él? Dice: «El Reino de Dios está dentro de vosotros».

Yo diría que no hacen falta más explicaciones. En realidad, no hay mucho misterio. Yo diría que solo puede estar hablando de una cosa.

De la leche.

¿Y qué se puede decir de Dios sino que es la leche?

Y aquí hay otra cosa que quiero dejar bien clara:

Soy una verdadera creyente. Adoro la leche.

Aunque me convertí hace relativamente poco. No siempre he sido así. De hecho, era todo lo contrario.

Si pienso en la palabra «lefa» y la visualizo, no debería sorprender que la idea de que un chico quiera echarme la lefa encima, o cerca, no me ponga en absoluto. Es que no es nada sexy. No me evoca el arrebato trascendental que se experimenta durante el orgasmo humano, ya sea femenino o masculino. Suena a las sobras que quedan cuando un hombre ha terminado de usarte. O a la goma usada que tiras a la papelera después. Por eso, para mí, «lefa» siempre había sido algo sucio y obsceno. Me daba asco. No quería verlo, no quería sentirlo y, por supuesto, no quería probarlo.

Justo al terminar el instituto tuve un novio que siempre intentaba terminar corriéndose en mi cara. Le gustaba y quería que a mí también me gustara, así que siempre encontraba un pretexto para hacerlo cuando le apetecía. Estábamos follando tan a gusto y de pronto me la sacaba, subía por mi cuerpo para ponerse a horcajadas sobre mi cara, como un cachorrito que intenta abrir la puerta con la pata y que salta a los brazos de su amo si lo han dejado solo durante mucho rato. Con la diferencia de que ese tío no era más que un pringado que veía demasiado porno y que no tenía la menor idea de cómo dar placer a una chica de carne y hueso. Yo lo apartaba con un golpe, como a un cachorro que no deja de montárselo con tu pierna, y lo más cerca que llegó a correrse de mi cara fue mi vientre. Pero ni siquiera eso me gustaba. Ni la textura, ni la temperatura. Me provocaba un malestar interno. Solo de pensarlo se me revolvía el estómago.

Después de él, en la universidad, salí con un jugador de fútbol americano. Con cuerpo de deportista de élite y cara a juego. Pero cuando se apagaban las luces, se apagaba también nuestra vida sexual. Su personalidad era tan inexistente como su imaginación en la cama. Yo siempre intentaba llegar al orgasmo antes que él porque cuando él se corría yo me enfriaba por completo. Cuando él llegaba al orgasmo se ponía a gimotear como un niño a punto de llorar. Siempre me preguntaba si iba puesto hasta arriba de esteroides y nunca sabía si de verdad deseaba follar conmigo o si estaba fingiendo.

Entonces algo cambió. Se podría decir que tuve una

revelación, llámese amor, lujuria o quizá la suma de ambas cosas. Pero lo recuerdo vivamente, como si hubiera ocurrido esta mañana.

Era la octava vez que Jack y yo teníamos relaciones sexuales. Y me pareció muy especial. Jack era realmente el primer tío con el que me sentía cómoda estando desnuda delante de él. Yo estaba encima, montándolo, nos besábamos apasionadamente, y justo cuando estaba a punto de correrse, me miró a los ojos y me preguntó…, realmente me preguntó, si podía acabar en mi boca.

Solo de pensarlo me entró el pánico, pero me sentía tan abrumada por esa nueva combinación de amor y lujuria que lo único que fui capaz de hacer, lo único que deseaba hacer, fue sonreír y asentir en silencio para darle mi aprobación y permiso. Me lo había pedido. Yo tenía el control. Se había molestado en preguntar, y eso me hizo desearlo.

Desde esa vez, le perdí el miedo a la sustancia pegajosa relacionada con esa asquerosa palabra. Ya ni siquiera me daba miedo el sabor que tendría. Lo deseaba. Me ponía cachonda. Me encantaba. Me fascinaba. Lo anhelaba, igual que anhelaba que Jack me envolviera con ternura entre sus brazos y me diera esos besos tan dulces y cariñosos. El sexo era una gran decepción antes de conocer a Jack. Supongo que el secreto estaba en encontrar a la persona adecuada, la persona que conseguiría que yo me abriera, la persona que me mostraría el camino y me enseñaría a descubrir el placer del sexo.

¿Conoces ese verso de William Blake que dice algo así como «El mundo en un grano de arena»? Bueno, pues yo soy capaz de ver el universo en una gota del semen de Jack. Cuando pienso en el semen de Jack, pienso en cómo habrá llegado hasta allí, en lo genial que ha sido el sexo y en que no quiero que se acabe jamás. Cuando pienso en el semen de Jack, él siempre está conmigo y es como si nunca hubiéramos estado separados.

Me gusta sentir su semen. Me gusta sentir cómo me lo dispara en la boca. Me gusta cuando me lo dispara en el pelo y me lo deja todo sucio, pegajoso y enredado, como cuando atraviesas una tela de araña.

Me gusta decirle que se corra en mis tetas para poder dibujar circulitos con el semen, como un pintor mezclando los colores sobre la paleta. Él es la pintura. Yo soy la pintora y el lienzo. Me gusta pintar con su leche sobre mi cuerpo para poder notar cómo se seca, cómo se endurece y se contrae, y me pellizca la piel al hacerlo. Me gusta cómo se cuartea en

escamas mientras yo pinto. Me gusta levantar en un dedo una escama de su semen reseco y mirarla como uno mira un copo de nieve, intentando vislumbrar los dibujos cristalizados que contiene.

Me gusta bajar la vista y ver cómo sale a chorro el semen por la punta de su polla. Primero sale en un largo chorro, como arcos pegajosos y líquidos que no paran de decrecer en consistencia y volumen. Luego empieza a fluir con lentitud, de forma inexorable, como la espuma de una lata de cerveza que se ha agitado demasiado antes de abrirla.

Me gusta cuando se encharca en mi vientre, y me inunda el ombligo y se derrama por mi cintura como una crema caliente que rebosa del plato. Cuando cae sobre mi cóccix con grandes y gruesas gotas, como lluvia caliente, como leche caliente, como lava caliente. Cuando dispara sobre mi coño y en mi felpudo, donde se queda colgando en finas tiras, como el algodón atrapado entre los arbustos de espino.

Me gusta cuando se corre dentro de mí y me siento llena y satisfecha y relajada, como si acabara de darme un banquete. Y luego sentir cómo se desliza fuera de mi coño y deja un rastro perlado hasta el ojete. Algunas veces chorrea, horas más tarde, cuando ya hacía tiempo se me había olvidado que estaba ahí. Cuando estoy paseando por el campus de la universidad, o sentada en clase, o en el autobús, o en la cola del súper y de pronto noto que se me mojan las bragas con la leche y recuerdo el momento en que él embistió dentro de mí, gimiendo de esa forma tan delicada, un segundo antes de soltar su descarga. Y dejo que salga, como si estuviera follándome, corriéndose dentro de mí, en ese momento y en ese lugar, en el campus, en clase, en el autobús, en el súper.

Me gusta cuando se corre en mi cara y estoy completamente a su merced, como si me humillara con su semen. Cuando cierro los ojos y siento que me salpica en la cara. Cuando no para de correrse y se corre y se corre, y noto su densidad y cómo se desliza por mi cara. Me llena los poros, me chorrea por la mejilla, por la frente, me cuelga de la barbilla. Y tengo la sensación de que mi cara no es lo bastante grande para abarcar todo su semen. Su semen interminable.

Me gusta limpiármelo de los labios y de las mejillas y juguetear con él entre el dedo índice y el pulgar como si fuera un moco, y luego volver a metérmelo en la boca, darle vueltas y mezclarlo con la saliva, para preparar un cóctel con sus fluidos y los míos, y tragármelo de un sorbo, como una ostra. Luego abro la boca, bien abierta, y saco la

lengua para demostrarle que ya no queda nada. Que he sido una niña buena y me he tomado toda la medicina.

Me gusta intentar adivinar qué ha desayunado, comido o cenado o merendado por su sabor y su olor. Salado, amargo, dulce, agridulce o ahumado. Cerveza, café, espárragos, plátano, piña, chocolate. Por la textura y la consistencia. Algunas veces es cristalino, como la clara mal cocinada, otras veces denso y granuloso como la sémola, y otras, ambas cosas al mismo tiempo. Y otras veces es fluido como el jarabe para la tos, que es cuando más me gusta, porque se traga con facilidad.

Me gusta chuparle la polla después de que se haya corrido dentro de mí, cuando se la saca y tiene el pene reluciente y brillante por su corrida y la mía. Quiero paladear su sabor y el mío juntos, nuestro sudor y nuestra pasión. Quiero que se me quede ese regusto en la boca hasta que empiece a volverse rancio y se huela en mi aliento. Me encanta el olor de su semen cuando empieza a fermentar en mi cuerpo.

Y luego me gusta limpiarme su semen reseco del cuerpo en la ducha y notar cómo vuelve a la vida al contacto con el agua, casi como si resucitara de la muerte. Me gusta mirar esa agua, su semen, cómo cae por el desagüe, y pienso en el viaje en el que está a punto de embarcarse.

En los lugares en los que ha estado y en los lugares donde acabará. Desde el interior del cuerpo de Jack hasta el interior de mi cuerpo. Desde mi cuerpo hasta el mar.

Nacido de la naturaleza y de vuelta a ella. Como todas las cosas.

Como debe ser.

7

Marcus está inclinado sobre su mesa, diseccionando *Belle de jour* escena por escena. Habla sobre la necesidad de Séverine de entregarse a sus propios deseos, total y completamente, hasta que fantasía y realidad se funden, y ella es incapaz de distinguir la una de la otra. Y yo estoy de rodillas delante de Marcus, lamiéndole la mano extendida.

Estoy de rodillas. Llevo una correa al cuello con el nombre de mi dueño grabado. Lo cual indica que:

Soy la mascota del profesor.

Soy la perra de Marcus.

Él es mi amo.

Estoy sentada sobre los cuartos traseros, con las patas delanteras apoyadas en su torso y la cabeza enterrada en su entrepierna. Soy una perra en celo y olfateo el sexo de mi amo. Le froto la entrepierna con el hocico, olisqueo su aroma, lo inhalo. El almizcle secreto que me indica que soy suya y solo suya. Inunda mis fosas nasales, inunda mi cabeza. Floto en una nube de amor y no hay ningún otro lugar donde prefiriese estar. Gimo y ladro para mostrar mi contento.

Le miro la entrepierna e inclino la cabeza al percatarme de un pliegue en sus pantalones de vestir marrones. Lamo su entrepierna, recorro el pliegue con la lengua y noto cómo se le hincha y ejerce presión contra la tela.

Estoy manchándole la entrepierna de los pantalones a Marcus con la lengua y me aparta, con brusquedad, sin previo aviso. Me empuja con tanta violencia que me doy un golpe de costado y me quedo despatarrada en el suelo. Él me grita enfadado y me riñe.

Perra mala.

Lo miro y empiezo a gimotear, patética. Y eso lo enfada aún más. Mi amo odia mis lloriqueos, y eso me entristece. Tengo ganas de hacerme un ovillo, ocultarme en un rincón y ponerme a masticar un rico y sabroso hueso.

Marcus está hablando sobre los secretos que ocultamos en los sueños, sobre los secretos que ocultamos y amenazan con consumirnos.

Estoy a gatas sobre la mesa, con la cabeza hundida entre las patas delanteras y el culo en pompa, tan alto como puedo. Marcus tiene dos dedos metidos en mi coño y el pulgar apoyado en mi agujero del culo, como si estuviera en la autopista haciendo dedo. Yo meneo el culo y gimo de placer. Y todo está perdonado.

Soy la perra de mi amo.

Anna llega tarde a clase. Anna entra, y todos los hombres se ponen firmes. Marcus se pone firme. Y Anna está de rodillas delante de él. Tiene la cabeza hundida en su entrepierna. Está inhalando la esencia secreta que solo yo conocía. Está tumbada en el lugar donde estuve yo una vez.

Pero no estoy celosa. No me preocupa que haya dejado de quererme por otra. Me alegro de compartir mi obsesión. Me alegra compartir a mi amo con mi mejor amiga.

Marcus está hablando sobre la necesidad de Séverine de autodestruirse a través del sexo. Y yo soy esclava de mi amo. Haré cualquier cosa que me exija. Me entregaré a sus deseos y los haré míos. Quiero autodestruirme a través de su sexo.

Pero mi amo tiene otros planes. Quiere reservarse a Anna para él solo. Y quiere que yo sea para todos los demás.

Marcus está dirigiendo a todos los hombres de la clase para que formen una fila. De uno en uno. De dos en dos. Como los animales del arca. Me ordena que me dé la vuelta, que me sitúe de espaldas a la clase, de espaldas a los hombres que esperan en la cola, colocados en posición de firmes. Me ordena que me ponga de cara a la pizarra.

En la pizarra, Marcus ha escrito: HEGEMONÍA.

Me ordena que lo lea en voz alta, una y otra vez, hasta que la palabra deja de tener sentido, hasta que la palabra simplemente existe. Mientras lo hago, ordena a los hombres que me posean. De uno en uno. De dos en dos. Y estoy encantada de entregarme por mandato de mi amo. Si eso es lo que quiere.

Marcus está hablando sobre los límites desconocidos del deseo femenino, y creo que entiendo a qué se refiere.

Estoy sentada en clase y no sé quién soy, qué me ocurre ni por qué.

Estoy sentada en la primera fila, como siempre.

Vestida para Marcus, como siempre.

Pero todo lo demás ha cambiado.

Yo he cambiado.

Marcus está inclinado sobre su mesa hablando de alucinaciones eróticas y de la capacidad de la mente humana para procesar los estados emocionales apasionados y convertirlos en experiencias oníricas que parecen totalmente reales, que no pueden distinguirse de la realidad.

Estoy convencida de que Marcus está hablando de mí.

Está hablándome a mí. Y solo a mí.

¿Cómo sabe lo que me ocurre?

Marcus está hablando sobre cómo una película puede actuar como portal directo de acceso al subconsciente. Cómo el arte puede removernos los pensamientos y deseos inconscientes, a menudo de formas que parecen tan fantásticas e irreales como el mismo arte. Cómo, en los casos extremos, nuestras reacciones ante el arte pueden provocarnos incluso síntomas físicos. Como las adolescentes que perdían el control de sus cuerdas vocales en presencia de los Beatles. O lo que se decía en los años treinta de que cuando terminaba una película de Rodolfo Valentino no quedaba ni una sola butaca en la sala que no estuviera mojada.

Está hablando sobre el síndrome de Stendhal, un fenómeno real y documentado por el que las personas experimentan un elevado nivel de ansiedad, se desmayan e incluso sufren pequeños episodios de psicosis en presencia de grandes obras de arte.

Síndrome de Stendhal. Suena a lo que encontraría un hipocondríaco crónico que buscase las palabras «arte» y «psicosis». Como cuando los hipocondríacos crónicos buscan sus síntomas y se regodean de

forma intencionada en los detalles con la esperanza de que el diagnóstico sea una enfermedad atroz e incurable…, cuanto peor sea, mejor para calmar su ansiedad. Visto lo visto, el síndrome de Stendhal tiene que ser de lo peor.

Y aquí fue cuando me di cuenta de que era el título de una película. Una película de terror de Dario Argento que, una vez vista, no se olvida: *El síndrome de Stendhal*. Trata de una joven policía, interpretada por la hija de Dario, Asia, que mientras investiga una serie de brutales asesinatos caza a su presa en una galería de arte y se queda helada ante la majestuosidad de las obras que allí ve. *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, *Medusa*, de Caravaggio; una obra de belleza divina y otra de puro terror.

Y se queda paralizada. Su campo de visión acerca la imagen como un telescopio, en dirección al cuadro, hasta que logra ver algo más. Hasta que se encuentra a sí misma, no mirando desde fuera, sino mirando desde dentro del cuadro hacia fuera.

Como Alicia a través del espejo.

Me pregunto si en esa película está la clave de lo que estoy experimentando. Y me doy cuenta de lo tonto que suena eso, como si la gente fuera por ahí buscando respuestas en una película de terror. O en cualquier película, para el caso. Como si el arte pudiera hacer algo más que suscitar más preguntas.

Tengo tantas preguntas que no sé por dónde tirar. Pero sé a quién preguntar.

Arrincono a Anna después de clase y vamos a la cafetería. La hora de comer ya ha terminado y está casi vacía. Nos sentamos a la mesa situada más al fondo. Quiero contárselo todo, pero sé que si lo hago parecerá una locura, como los arrebatos de una chalada.

Así que le cuento que he estado teniendo unos sueños muy intensos.

—Sobre Marcus —dice ella.

No es una pregunta, es una afirmación. ¿Cómo puede saberlo?

—Sí —digo—. Sobre Marcus.

Anna da una palmada y se ríe con nerviosismo, emocionada como una niñita el día de Navidad.

—Quiero que me cuentes todos los detalles jugosos —dice—. No te dejes nada.

—¿Has estado alguna vez tan cachonda que has pensado que ibas a volverte loca? ¿Que estabas perdiendo la cabeza y que no volverías a recuperar el juicio?

—¿En sueños? —pregunta Anna.

—Sí —digo—. O en cualquier otro momento.

—En la realidad —dice ella.

Asiento en silencio.

Sin decir una palabra, levanta una esclava de plata, decorada con espirales, que lleva en la muñeca izquierda. Debajo tiene una marca circular de cardenales negros azulados, como una herida fosilizada en la piel, casi como si la forma de la pulsera se le hubiera grabado en la muñeca.

—¿Verdad que es bonita? —dice, y pasa los dedos delicadamente por las marcas, como si estuviera en trance.

Tiene un aspecto grotesco. Y doloroso.

Anna posee unas muñecas muy finas y delicadas. Están hinchadas y deformes.

—¿Qué te ha pasado? —Intento no parecer impresionada, pero es difícil.

—Me ataron —dice, como si fuera la respuesta más evidente del mundo. Como si esperase que yo ya lo supiera.

—¿Quiénes?

Y Anna me lo cuenta todo. Me cuenta todos sus secretos de forma espontánea. Me cuenta cosas sobre ella que yo jamás habría imaginado.

Me habla de la página web en la que trabaja como modelo.

—Pagan muy bien —dice—. Con eso tengo para los estudios y las facturas.

La razón por la que sueltan tanta pasta, dice, es porque el sitio está «dirigido a un grupo muy selecto de personas».

—¿Qué tipo de personas?

—Personas que saben lo que les gusta —dice—. Personas que quieren ver a un tipo de chica determinada en situaciones determinadas. Chicas guapas y dispuestas a todo, amordazadas, atadas, encadenadas, castigadas y encerradas.

Intento imaginar quiénes serán esas personas y a qué se dedican o por qué querrán ver algo así. Miro las muñecas de Anna y pienso en qué puede sacar ella de todo eso, aparte de unos buenos moratones.

Me pregunto si se autolesiona, o si lo hacía antes, como esas tías del instituto que se hacían cortes. Esas tías tan trascendentales y solitarias de buena familia que estaban tan jodidas por su cuerpo y todo lo demás que lo único que querían era hacerse más daño, tanto que no pudiera curarse, por dentro y por fuera.

Y me pregunto si será eso lo que hacen esas tías cuando superan sus obsesiones adolescentes y pasan a tener obsesiones adultas. No puedo imaginar otro motivo por el que alguien se someta a algo así. Ni por todas las carreras universitarias del mundo.

—No es por el dinero —dice Anna, casi como una conclusión, como si estuviera leyéndome la mente. Y yo casi la creo.

Vuelvo a mirarle la muñeca y entonces veo dos enormes cardenales amarillentos en la parte superior del brazo. Lleva una camisa sin mangas; no podría ocultarlos aunque quisiera.

Y no creo que quiera.

—Eso también te lo hiciste en el mismo sitio —digo.

—¿Estos? —dice, mientras los acaricia tiernamente con el dedo índice—. No. —Y sonríe como si estuviera recordando algo agradable—. Son morados de follar. ¿Sabes?

No lo sé, pero me lo imagino.

Anna me cuenta que tiene un novio. En realidad, me cuenta que tiene muchos novios, además de Marcus, y que todos le aportan algo diferente, cada uno satisface una parte de su cuerpo. Pero hay un tío al que le gusta tratarla con mano dura y le deja esas marcas para que los demás sepan con quién ha estado. Y a ella también le gusta.

—Me encanta sentirlas en mi cuerpo —dice—. Siempre que las veo y las siento, recuerdo cómo me las hice. Recuerdo cómo me puso las manos encima. Cómo me folló. Y me gusta ver cómo van desapareciendo. Cómo pasan del rojo al negro y del verde al dorado. Y cuando desaparecen del todo sé que ha llegado la hora de volver a quedar con él.

De todos sus novios, cree que él es el que más le gusta, porque es el único que piensa como ella. El único que cree, como ella, que «el sexo y la violencia son dos caras de la misma moneda», el que no solo lo

cree, sino que lo lleva a la práctica.

—¿Te acuerdas de todo ese rollo de los pájaros y las abejas que nos contaban en el cole? —dice Anna—. Bueno, pues no te lo cuentan todo, no te cuentan toda la verdad. Solo te cuentan una parte. Solo la parte que quieren que sepas. La de los pájaros. Toda esa historia sobre el cortejo y los rituales de apareamiento y lo de criar a los polluelos. No te hablan de las abejas.

—Claro que sí —digo—. Te cuentan que las abejas van de flor en flor y las polinizan.

Anna niega con la cabeza y pone los ojos en blanco.

—Entonces tendrían que hablar de pájaros y de flores —dice—. No de pájaros y abejas. ¿Sabes cómo follan las abejas?

—Supongo que no —digo—. Creo que nunca he pensado en eso.

—Es violento —dice—. Violento de verdad.

Cuando las abejas follan, me cuenta Anna, es como sexo del duro, pero la abeja macho se lleva la peor parte, no la abeja hembra.

—Cuando le mete el pene a la reina, se le desgarra —dice—. Y, cuando se corre, es como la explosión de un petardo. Es tan explosivo que le arranca la polla y lo envía disparado hacia atrás, volando. Unas horas después, muere por la amputación.

»Si un tío me la mete con mucha fuerza, o es muy pesado o no me gusta, siempre le cuento la historia de las abejas —dice riendo—. Nunca saben lo de las abejas. Y, después de contárselo, preferirían haber seguido sin saberlo.

Se ríe con nerviosismo.

—Un polvo y se acabó —dice, asombrada—. Si fuera así para los tíos, piensa en lo distinto que sería el mundo. Y si hubiéramos aprendido eso sobre las abejas en la escuela, y no solo lo de los pájaros y las flores, piensa en cómo sería el sexo que querríamos luego.

Escuchar a Anna hablar de sexo me hace sentir virgen otra vez. No, no es cierto. Me hace sentir como si estuviera en el primer día de colegio, recién salida de la guardería, muy orgullosa y pensando que ya soy adulta —como le pasa a un niño siempre que le ocurre algo importante, como ir a un colegio nuevo o que te regalen la primera bici— cuando en realidad no sabía nada. Nada de nada.

Así es como me siento ahora. Como si hasta ahora hubiera

estado jugando a médicos y enfermeras y acabara de descubrir cómo funciona el sexo en el mundo real. Estoy intentando digerir toda la información, pero Anna todavía no había terminado.

Dice que recuerda por qué ha empezado a contarme lo de las abejas. Que cuando el macho muere, su pene castrado se queda medio dentro y medio fuera de la vagina de la reina —como el corcho de una botella medio llena—, como la señal para que otros zánganos puedan fecundarla; como una señal de apareamiento.

—Estas heridas son eso —dice Anna, y se frota con la mano lentamente los moratones del brazo, una vez más. Las lleva como un tatuaje temporal porque quiere que todo el mundo sepa en lo que está metida (como las personas que llevan chapas de sus grupos favoritos en la solapa de la chaqueta), para que otras personas que estén metidas en lo mismo la reconozcan y reaccionen.

—¿Y si no lo hacen? —digo.

—Supongo que pensarán que soy bastante torpe. —Se encoge de hombros.

Me quedo mirando a Anna, sus moratones, y la veo desde una óptica totalmente distinta. Aunque no ha respondido a ninguna de mis preguntas. Lo único que ha hecho ha sido abrir un abismo de nuevas cuestiones.

8

Estoy pensando en todo lo que me ha contado Anna sobre Marcus, sobre ella misma, sobre los pájaros y las abejas. Sobre los moratones de follar. Y quiero saber cómo es sentir a Jack en mi cuerpo. No solo su semen. Sino su huella. Quiero saber si eso es lo que le falta a nuestra vida sexual. Sexo duro.

Jack está follándome en la cama. Está sentado sobre las piernas, las mías descansan sobre su torso y mis pies sobre sus hombros. Me tiene agarrada por los tobillos y me folla como si tocara el chelo. Su polla se desliza adelante y atrás dentro de mi coño. Sus huevos me dan golpecitos en el culo, tiene la mano extendida sobre mi vientre y la lleva hasta mi entrepierna y presiona con el pulgar el monte de Venus y el clítoris. Está tocando todas las escalas, encendiendo mi pasión por octavas y yo estoy cantando para él.

Estoy cantando para él y decido dar la nota.

Digo:

—Pégame, Jack. Quiero que me pegues. Pégame tan fuerte que me hagas gritar.

Lo digo en el fragor del momento, y porque me siento bien y me gusta la idea. Pero no suena así.

Él se detiene en seco.

—¿Qué? —dice.

—Quiero que me pegues, quiero que me hagas daño.

Me la saca, se sienta a los pies de la cama y se queda mirándome.

La luz está apagada y no veo su expresión con claridad, pero sé que no es buena.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Se hace un largo silencio.

—¿Por qué has dicho eso? —dice Jack—. ¿Por qué me has

pedido que te haga algo así?

—Lo siento, no quería… Pensé que…

Y lo dejo porque no se me ocurre ningún buen motivo. No ha sido algo que haya planeado, es algo que he sentido y que he hecho. Así que no tengo una forma sencilla de responderle. No tengo ninguna respuesta.

—Aunque lo hiciera, no podría fingir que me gusta —dice—. Ni siquiera puedo fingir que quiera hacerlo. Es que no puedo. ¿Por qué iba a querer hacerte daño?

Y puedo oír en su voz que no está solo molesto y confundido, está cabreado y a punto de echar humo.

Se mete en la cama, se coloca en su lado y se tapa con la sábana.

Yo me quedo con sensación de frustración, de insatisfacción y profunda confusión. Me siento torpe y tonta, muy tonta, por pensar que a Jack le gustaría.

Estamos tumbados en la cama. Juntos, pero tan lejos, que es como si hubiera un muro entre ambos.

Empiezo a oír que la respiración de Jack es más profunda, pero no puedo dormir.

Entro en el comedor, me siento en el sofá con el portátil y, a oscuras, encuentro el sitio web porno para el que trabaja Anna. Llevo pensando en él todo el día, desde que me lo contó, y quiero ver con mis propios ojos cómo se hizo esas marcas en las muñecas y qué hace.

Ahora me toca levantar la mano y reconocer algo bochornoso. No tengo ninguna experiencia con el porno de internet. Con las pelis porno, sí. Con el porno de internet, no; dos bestias distintas. Y sí, sé que es casi imposible de evitar, pero es que nunca me ha ido eso. A lo mejor Kinsey tenía algo de razón con su pequeña teoría sobre las mujeres y los estímulos visuales.

Cuando pienso en el porno de internet, pienso en videojuegos, en figuras de la *Guerra de las galaxias*, en cómics de Marvel y en ciencia ficción, en todas esas cosas de tíos vírgenes adolescentes que desarrollan obsesiones como tapadera de su principal obsesión:

Cascársela buscando en la pestaña de Imágenes de Google.

Pienso en tíos adultos raritos que nunca superan sus obsesiones, solo las actualizan. De los coches de juguete a los coches reales, de las figuras de acción a los coños enlatados. De las Imágenes de Google al YouPorn.

Pienso en todos esos miles de millones de tíos, en todos los países del mundo, que están cascándosela viendo porno en internet al mismo tiempo. O ni siquiera porno en internet. Quizá solo la página web de Kim Kardashian. Cascándosela con imágenes pobremente retocadas y desenfocadas de las hermanas Kardashian. Pienso en los miles de millones de hombres eyaculando trillones de espermatozoides a la vez viendo imágenes del culo retocado digitalmente de Kim Kardashian.

Pienso: qué desperdicio de esperma del bueno.

Qué desperdicio de valiosa energía.

Si al menos a alguien se le ocurriera la forma de embotellar esa energía in situ. O encontrase una forma de convertir los miles de millones de pañuelos de papel usados a diario en una fuente de energía. Si alguien descubriera cómo hacer eso, la mayoría de los problemas energéticos del mundo se resolverían en un abrir y cerrar de ojos. Se acabarían las guerras por el petróleo. Se acabarían las huellas de carbono. Se acabarían los residuos nucleares.

Se acabaría el gasto innecesario de dólares intentando llegar a la fusión fría.

Solo miles de millones de tíos calientes y sudorosos sentados delante de la pantalla de su ordenador con los pantalones en los tobillos, cascándosela como locos mirando porno en internet y el culo de Kim Kardashian, día y noche, noche y día.

Sin siquiera sentirse culpables.

Así que, supongo que al decir esto, en lo que a porno de internet se refiere, lo digo desde la barrera. No es que sea usuaria, pero desde luego puedo ver los posibles beneficios para una paz mundial duradera.

Pero ese sitio de porno, el de Anna, incluso con la experiencia limitada en el género, debe de ser el sitio de porno más raro que he visto en mi vida. Empezando por el nombre.

Sodoma.

O más bien, SODOMA, todo en mayúsculas. Porque lo último que necesita nadie de la pornografía es sutileza.

Sodoma. Y no Gomorra. No porque sea demasiado sutil, sino porque seguramente es demasiado difícil de deletrear y suena a enfermedad de transmisión sexual. Porque la pornografía y este tipo de enfermedades… bueno, digamos que no se llevan muy bien.

Bueno, SODOMA. Una especie de acrónimo. Porque hay unas palabras que salpican la página principal, también en letras mayúsculas.

SOCIEDAD DE DÓMINAS Y AMAS.

Signifique lo que signifique.

Estoy mirando la web y no sé por dónde cogerla. Esto no es lo que yo conozco como pornografía o lo que yo entiendo por pornografía. Para empezar, no se exhibe sexo. Nada de nada. Al menos, no que yo pueda ver. Solo una galería de fotos y un motor de búsqueda.

No sé qué buscar y temo lo que pueda encontrar si busco. Así que echo un vistazo a la galería. Una infinita colección de chicas en retratos que parecen del álbum de final de curso, todas guapísimas, casi todas en edad universitaria. Examino la galería en busca de Anna, casi esperando ver a alguna otra conocida.

Me pregunto cuántas chicas habrá como Anna que se pagan la universidad así, con el porno. Si soy la única chica en edad universitaria que no se paga así la uni. Me pregunto por qué chicas guapas, cuya belleza les da una ventaja natural en la vida, escogen un camino que les perjudica.

Pienso en Séverine. Que lo tenía todo, que no le faltaba nada, y que eso no era suficiente. Séverine, que, más que cualquier otra cosa, quería ser nada.

Pienso en Anna. Y entonces la veo.

Hago clic en su foto. Me lleva a otra galería. Son todas imágenes de Anna, cada una de ellas ilustrada con una miniatura. Voy pasándolas. Hay un montón, son demasiadas para contarlas. Y las miniaturas parecen detallados retablos de tortura medieval procedentes de algún manuscrito iluminado.

Los vídeos no tienen título. Anna no tiene nombre, ni siquiera un nombre porno. Ha sido reducida a un número; un número genérico de diez dígitos. Es como si estuviera hojeando el catálogo de Sears de aberraciones sexuales y tortura, eso o he abierto una ventana a la caja de Pandora. Me gustaría no haberlo visto porque ahora no puedo dejar de

verlo.

¿Por dónde debería empezar?

¿Qué tal por el taladro-vibrador? Parece tan buen punto de partida como cualquier otro. El primer vídeo que abro tiene como protagonista a Anna, un baño y un taladro-vibrador. Si no sabes qué es un taladro-vibrador, yo te lo explico.

Es exactamente lo que parece. Un taladro con un vibrador en el lugar donde debería estar la broca.

La siguiente pregunta es: ¿cómo funciona?

Y la respuesta a esto es: ¿de verdad tienes que preguntarlo?

¿Alguna vez has tenido que hacer agujeros en la pared para poner estanterías?

Entonces ya sabes que en cuanto se pone en marcha, una broca eléctrica cuartea el yeso como la mantequilla. Y sigue funcionando hasta que impacta contra la pared exterior de cemento o de piedra. Entonces empieza a temblar y se te escapa de las manos. Lo pones en modo «martillo» con la esperanza de hundirlo un poco más y, cuando vuelve a impactar contra la piedra, tu taladro tiene la fuerza de impacto de una de 45 milímetros.

Ahora imagínate que te metes eso dentro.

Me quedo ahí parada un segundo para poder asimilarlo.

Un ama de casa normal y corriente lo usa con fines que el fabricante nunca tuvo en mente, que ni siquiera consideró como parte de su uso recomendado. Una herramienta eléctrica convertida en juguete sexual.

No en un juguete sexual cualquiera.

La Magnum 45 de los juguetes sexuales.

Llámame ingenua, pero no tenía ni idea de que existían cosas así. No tenía ni idea de que la tecnología de los vibradores hubiera avanzado hasta el punto de que el conejito a pilas se hubiera quedado tan anticuado como el walkman de Sony. No tenía ni idea de que la tecnología vibradora hubiera alcanzado tales cotas de horror físico, arrastrando a la sexualidad femenina, que chilla y patalea.

Dos mil años de cultura y siete eras de la humanidad han llevado al momento en que algún genio ha tenido la brillante idea de combinar un vibrador con un taladro eléctrico. Como si eso fuera

exactamente lo que el mundo estaba esperando, un juguete sexual que sirve para torturar a la mujer hasta hacerla llegar al orgasmo a dos mil cuatrocientas revoluciones por minuto.

No solo un juguete sexual.

El Maserati de los juguetes sexuales.

Fabricado para mujeres, pero diseñado —y solo podría haber sido diseñado— por un hombre. Como si las mujeres no hubieran sido ya suficientemente castigadas y torturadas por los diseños del hombre. Alguien tenía que inventar el taladro-vibrador. Ahora imagínate este aparato torturando las entrañas de tu nueva mejor amiga.

Estoy mirando a Anna atada a la taza del váter, sobre un pedestal de cemento en medio de un almacén enorme, oscuro, húmedo, sucio y espeluznante. No hay escenario para el vídeo, ni explicación, ni trama, ni diálogo. Aparte de Anna, no se ve a nadie más. No se ven sombras merodeando por detrás. Ni se oyen voces. Es como si la tuvieran secuestrada, encerrada y la hubieran dejado ahí tirada. Y puede que ese sea el quid de la cuestión. Anna me contó que la página tenía un público en concreto y ahora entiendo por qué lo dijo. Las películas están editadas para que veas lo que el que las ha hecho, sea quien sea, quiere que veas.

Cuando Anna me contó lo que hacía, cuando vi los verdugones y cardenales en su muñeca, se me pusieron los pelos de punta. Pero mi primer instinto al ver esto es reír. Parece tan tonto… Aunque también tiene una extraña belleza.

La tierna, blanca y rubicunda carne de Anna contrasta con el duro y blanco esmalte del retrete. Está encima del váter, con la cabeza y los hombros contra la cisterna, y la cintura apoyada en la taza, tiene las piernas levantadas en forma de «V», con los tobillos atados con cuerdas, como los hilos de una marioneta, así que se le ve el coño y el culo. Cuerdas alrededor del cuerpo, por encima y por debajo de los pechos, la sujetan a la taza del váter como las cintas del sombrero de una dama en el derby de Kentucky.

Es la composición que habría ideado Marcel Duchamp si se le hubiera ocurrido hacer alguna incursión en el mundo del porno.

Una mujer atada a un retrete.

La fantasía de cualquier fontanero.

El taladro-vibrador.

La herramienta favorita de Joe el electricista.

Suma dos más dos, ¿cuál es el resultado?

Lo último en porno para los manitas.

Y ese taladro-vibrador arremete contra el coño de Anna como un martillo neumático, y ella tiene los ojos en blanco. Su cuerpo tiembla como te tiembla la mano cuando sujetas un taladro. Todo su cuerpo. Como si estuviera atada a una silla en un túnel de viento.

Y está gritando. Como gritas cuando el carrusel de la montaña rusa llega a esa primera gran curva y lo único que se ve es la pronunciada caída que se acerca a toda prisa hacia ti. Un grito de puro placer y de puro e inagotable terror. Pero su grito no cesa, se funde con el implacable rugido eléctrico del taladro-vibrador.

Tengo el volumen al mínimo, pero aun así no parece estar lo bastante bajo. Me asusta bajarlo del todo porque estoy segura de que sin sonido parecerá mil veces más terrible.

Miro hacia la puerta del dormitorio.

Espero de verdad que Jack esté dormido.

Intento imaginar por qué una mujer querría someterse a esto. Me pregunto por qué Anna querría someterse a esto. Y la respuesta está justo ahí, delante de mí.

Ella mira hacia arriba. Un extraño éxtasis se refleja en su rostro. Una mirada que dice: «dame más» y «basta ya». Ambas cosas. Al mismo tiempo. Una mirada que sobrepasa los límites de lo soportable. Una mirada que nunca olvidaré. No puedo dejar de mirar. Me da miedo dejar de mirar. No sé si quiero tirarme a Anna o salvarla.

No oigo la puerta de la habitación hasta que está abierta.

Hasta que ya es demasiado tarde y Jack está ahí de pie, desnudo y frotándose los ojos.

Empiezo a teclear como una loca.

Quito el volumen.

—¿Qué hora es? —pregunta Jack con voz de dormido. Está atontado, pero todavía un poco cabreado.

—Me has asustado —digo.

¿Lo habrá oído?

Minimizo el navegador.

Me pongo colorada por el miedo a ser descubierta. Se me ve la paranoia en la cara.

Abro el procesador de textos.

—¿Qué estás haciendo? —dice.

Lo ha oído. Lo sabe. Lo sospecha.

—Un trabajo —digo, y suspiro de forma algo exagerada.

No más preguntas. Por favor, no más preguntas. Esto no se me da bien. Lo de la culpabilidad.

Va a la cocina a por un vaso de agua y vuelve a pasar por el salón.

—No te quedes hasta muy tarde —dice, y se queda ahí de pie, mirándome.

—Voy pronto —digo.

No lo sabe, no lo ha oído. Ahora se lo noto en la voz. Me siento idiota.

La culpa por haber hecho algo malo sustituida por la culpa por ser estúpida.

Y entonces su polla me distrae. Justo al nivel de la vista. Polla de madrugada, gorda y carnosa. Con los huevos llenos y colgantes. Algunas veces creo que podría saber qué hora es por la forma y el tamaño de su polla en cualquier momento, como las sombras proyectadas por un reloj de sol, que se alargan o retroceden. Sé que podría meterme su polla en la boca, succionarle toda la decepción y conseguir que olvidara cualquier cosa que pueda haber pasado entre nosotros.

Regresa a la habitación y cierra la puerta. Espero para asegurarme de que no va a volver a salir. Espero tanto como puedo. Me doy treinta segundos de margen y me quedo mirando la pantalla en blanco de un trabajo que no tengo intención de redactar. Luego maximizo la página de SODOMA y vuelvo a empezar.

Estoy mirando a Anna, encerrada en una jaula de hierro con forma de perro, a cuatro patas. Se ajusta tan bien a las curvas de su cuerpo, tan ceñida, que parece hecha a medida. Solo la cabeza y el trasero quedan fuera.

Por lo que veo, toda la jaula está electrificada, porque hay cables conectados a ella que salen de la jaula, que no se ven en el plano, y cada vez que Anna se golpea contra los barrotes, aunque sea ligeramente, aúlla de dolor. Como se supone que haría una perra.

Los vídeos están grabados sin pausa, para que la escena no pare; la cámara rodea a Anna una y otra vez y otra, muy lentamente, para que puedas asimilar todos los detalles.

La cámara pasa por el trasero de Anna y no puedo evitar fijarme en sus labios apretados y regordetes entre los muslos, afeitados con habilidad y por completo, sin que se vea ni un corte de cuchilla ni una rozadura, pero cubiertos de perlas de sudor. La vagina es suave, sin vello, salvo por una franja de pelillos perfectamente rasurados, de rubio ceniza y aspecto mullido, con forma de pata de conejo.

Del culo le asoma un dilatador de aluminio reluciente que parece una bomba de hidrógeno. Y de él salen un montón de cables negros conectados a los barrotes de la jaula.

Anna tiene los labios del coño separados por unas pinzas metálicas. Parecen clips para el papel, pero tienen unos tornillos por arriba con cable de cobre enrollado. Quedan colgando y están conectados a los terminales de una batería de coche colocada al lado, en el suelo. Es un artilugio casero con diales para subir o bajar la potencia.

Supongo que el artilugio está de adorno, porque incluso yo sé que es bastante difícil recibir una descarga de una batería de coche. Un zumbido suave, quizá, nada letal. Con todo, hay más cables eléctricos alrededor de las partes bajas de Anna que en la parte de atrás de una mesa de oficina. Y eso me pone nerviosa.

Al ver a Anna —dulce, sexy, divertida y despreocupada—, jamás sospecharías lo que hay debajo. Es como si esta Anna, a la que estoy mirando, fuera una persona diferente. No la Anna que se sienta detrás de mí en clase. Ni siquiera la que se arremangó para mostrarme las profundas heridas y vívidos moratones de las muñecas y los brazos.

Esta Anna se pone deliberadamente en manos del dolor. Sin saber exactamente qué le espera ni cómo reaccionará. Si lo podrá soportar o se derrumbará.

Aun así, me atrae como un imán. No puedo dejar de mirar. Estoy pegada a la pantalla. Necesito saber qué ocurrirá a continuación. Me atrae como siempre me atraen todas las cosas que me asustan. Me veo en el lugar de Anna, al igual que me veía en el lugar de Séverine. Y quiero entender por qué.

9

Hoy se ha suicidado una chica de la universidad. Se llama Daisy. Se llamaba Daisy.

Era una chica guapa. Una chica dulce. Y lista. Yo no la conocía, pero Jack sí. Trabajaba en la oficina para la campaña electoral.

El campus entero está en estado de shock. Casi puedes notarlo en el aire. Cuando sucede algo así, afecta a todo el mundo, los une a todos. Los campus universitarios son como pueblos. Todo el mundo está conectado a todo el mundo por dos o tres grados de separación. Por eso todo el mundo conocía a alguien que, a su vez, conocía a Daisy. Y todos necesitan entender, para encontrar algún sentido a lo que no lo tiene, para poder asimilarlo, dejarlo atrás y seguir con sus vidas. Pero la muerte tiene una forma de hacerse presente mucho después de que haya ocurrido. Y tiende a permanecer.

De todas formas, es algo que lleva un tiempo ocurriendo.

Daisy no ha sido la primera. Ha sido la tercera de este año. La segunda del semestre. Chicas a las que parecía que todo les iba sobre ruedas. Y decidieron que no tenían nada.

Sé que Jack está realmente afectado. Aunque no para de decir que está bien. Es muy machito, a su manera. Se niega a mostrar su debilidad, quiere que yo crea que puede lidiar con ello solo, y yo sé que puede, pero de todas formas estoy preocupada.

Bob DeVille ha cerrado la oficina para la campaña electoral durante la tarde, como señal de respeto. No ha sido una decisión política fácil a menos de dos meses de las elecciones, pero sí ha sido la correcta. El personal ha decidido guardar luto por Daisy. Bob hará una aparición en público y dirá unas palabras; los guiará en la oración y levantará el ánimo a sus tropas. Un auténtico líder en tiempos de luto.

Jack siempre hace la broma de que sería un buen presidente. Yo siempre le digo que piensa en un futuro demasiado lejano. Bob ni siquiera ha llegado al gobierno. Pero Jack tiene grandes esperanzas, admira a Bob como si fuera una especie de figura paterna, y quién soy yo para

disuadirlo. A lo mejor tiene razón.

Quiero acompañar a Jack esta noche. Quiero estar con él y apoyarlo.

—No —me dice—. Tú no la conocías. Es mejor que vaya solo.

Y entiendo el porqué, pero estoy preocupada por Jack. Quiero ayudarlo. Está excluyéndome. Se cierra en banda y me deja fuera. Me siento frustrada. Solo quiero estar a su lado y él me rechaza. Y eso me parte el corazón.

Cuando Jack se marcha, me siento abandonada. No quiero estar aquí, sola, con mis pensamientos. Lo único que quería que él dijera era: «Acompáñame». Pero no lo ha hecho. Él lo ha decidido así. No quiero enfadarme con él, pero no puedo evitar sentirme molesta. La única forma de no volverme loca es llamar a alguien.

Llamo a Anna. Ella ya sabe qué le ha ocurrido a Daisy.

—¿La conocías? —digo.

—No —dice—, pero teníamos un amigo común. Un tío.

Quiero hablar con Anna, pero no quiero hablar sobre Jack. Quiero hablar sobre cualquier cosa que no sea Jack, así que suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—He mirado la página web —digo—, esa de la que me hablaste.

—¿SODOMA? —dice.

—Sí. No había visto algo así en toda mi vida. No parecía porno, al menos no se parecía al porno que yo he visto. Daba miedo.

—Lo que parece no importa —dice Anna—, lo que importa es qué se siente al verlo. No tiene nada que ver con la puesta en escena, ni con la situación, sino con el efecto que tiene en ti. Sobre lo que le ocurre a tu cuerpo y a tu mente. Y, si se hace bien, es realmente bueno.

Anna quiere que yo entienda qué se siente al estar colgada sin más sujeción que las cuerdas que te atan, o encerrada en una jaula sin escapatoria.

—Me siento completamente indefensa —dice—, y lo único que deseo es dejarme ir, y esa es la mejor sensación del mundo.

»Me siento superconsciente de mi cuerpo, de todos los músculos y articulaciones, hasta del último gramo y centímetro de mi anatomía. Siento el mínimo cambio en el peso de mi cuerpo. Y me vuelvo sensible a cualquier estímulo. A cualquier cambio del aire que me rodea. A

cualquier movimiento de las cuerdas, cuando me desgarran y me queman las muñecas, los tobillos, alrededor de los pechos.

—Y eso no duele —digo.

—Todo el mundo tiene su límite —dice—. Mi umbral de dolor está bastante alto. Cuando estoy atada, al principio, siento un escalofrío por todo el cuerpo, como una corriente eléctrica que me recorre. Los dedos de las manos y de los pies se me duermen poco a poco, por estar tan fuertemente atados, luego me recorre un calor intenso por los brazos y las piernas. Y es solo dolor y más dolor. Hasta que ya no puedo aguantarlo más. Y el dolor se intensifica y se transforma en el placer más intenso que he sentido jamás.

»Todo se invierte. El dolor se convierte en placer. El placer se convierte en dolor. Y yo haré todo lo posible para que aumente, para asegurarme de que nunca cesa, porque es maravilloso.

»Atada he tenido los orgasmos más intensos de mi vida —dice Anna—. Orgasmos tan intensos que he llegado a desmayarme, me he despertado, todavía ahí colgada, y entonces todo ha vuelto a empezar.

Dice que pierdes la noción del tiempo muy deprisa cuando estás colgada y atada, como si estuvieras bajo los efectos de la hipnosis.

—Es como si estuviera en trance —dice—, un trance erótico. Como si llevara ahí unos minutos pero podrían ser horas. No tengo noción del tiempo y todo parece interminable. Y me da miedo lo que pueda ocurrir, si es que ocurre algo.

En ese punto, dice Anna, ante la disyuntiva de querer o no querer, siente que podría volverse loca.

—Pero me siento tan viva… —dice—. Más viva que en cualquier otro momento de mi vida, y tranquila. Me siento trascendental.

No había oído nunca hablar así a Anna. Por lo general está tan contenta y despreocupada… Ahora está seria y me doy cuenta de que realmente cree lo que dice.

Recuerdo esa mirada en la cara de Anna. Ahora entiendo lo que sentía. Ahora quiero saber aún más. Quiero saber lo que se siente al estar en el mundo de Anna.

Anna considera que ya ha dicho suficiente. Lo sé porque habla cada vez más bajo, se queda extrañamente callada y luego cambia de tema de golpe.

Dice:

—¿Qué vas a hacer ahora?
—No gran cosa —digo.
—Quiero que conozcas a Bundy —dice, juguetona.
—Claro —digo.

No me lo pienso dos veces. Sé que como mínimo todavía quedan un par de horas para que Jack regrese a casa, y no quiero estar aquí sentada comiéndome sola la cabeza.

10

Bundy dice:

—Échale un vistazo a esto.

Y va pasando con el dedo una serie de fotos en su móvil, tan deprisa que al principio no estoy muy segura de qué estoy mirando. Solo veo un borrón de colores chillones y primeros planos de imágenes con ángulos imposibles.

Bundy va pasando las fotos del móvil como un vendedor novato que está tan nervioso en su primera presentación de Powerpoint, en una sala llena de clientes importantes, que pierde el control y pasa todas las imágenes de una vez.

Esas imágenes que ha estado preparando sin descanso durante tres días, por las que no ha dormido, para poder acabar a tiempo y tenerlas listas para esa primera gran venta.

Todas pasadas en menos de medio minuto.

Y se ha quedado ahí de pie, mirando la gran pantalla en negro antes de terminar su discurso sobre la primera foto, con la esperanza de poder cobrar la comisión este mes.

Bundy no está nervioso, está emocionado. Pero intenta venderme algo. Intenta venderme la idea de esnifar una raya de coca a lo largo de su pene.

De eso van la mayoría de las fotos, y me doy cuenta cuando se detiene en una durante más tiempo que en las demás. Un archivo de chicas haciendo exactamente eso. Y este es el gancho que usa para las incautas. No es una venta fácil, pero está dándolo todo.

Acabamos de conocernos. En realidad, nos acaban de presentar, ha sido Anna. Bundy no dice «hola», o «encantado». Dice: «Échale un vistazo a esto». Y entonces aparece su archivo de conquistas.

A eso se dedica Bundy.

Se pasea por los clubes, los bares, las tiendas de ropa, los sitios

de comida rápida, las colas del súper, en busca de chicas monas. Aunque no basta con que sean monas. Tienen que estar dispuestas.

Él lo llama «hacer nuevas amistades».

La prueba de estos encuentros aparece a diario en su página web, «Bundy tiene talento», para un público mundial de inútiles.

Parece algo inocuo. Pero no lo es en absoluto.

En el ejército lo llaman «ampliación gradual de la misión». Cuando una campaña militar sobrepasa sus límites originales y cambia de objetivo.

Esto es ampliación gradual del porno.

Cuando la pornografía sobrepasa sus límites y finge ser algo que no es.

Prácticamente en el mismo instante en que las «nuevas amistades» de Bundy se han presentado, él saca la cámara e intenta que sus condenadas hagan una de estas tres cosas, allí mismo y en ese mismo instante:

Enseñar las tetas. Exhibir el coño. Chuparle la polla.

En un buen día, las tres cosas.

En un mal día —y debo decir que la mayoría de los días son malos—, Bundy se conformará con lo que caiga. Se conformará incluso con menos, porque menos es mejor que nada y Bundy en realidad no es muy exigente. En un mal día consigue lo que en el negocio se conoce como «un robado», una foto tomada sin que la chica se dé cuenta. Una fotografía clasificada en una serie de subcategorías específicas: debajo de la blusa, falda arriba, disparo a la entrepierna, marcando pezón, marcando chocho, etc.

A Bundy le gusta verse como el Simon Cowell del porno de internet. Un galerista del entretenimiento para adultos, un Svengali del talento sexual; porque es así como le gusta llamar a las chicas que han sucumbido a sus dudosos encantos. Talento.

Pero Bandy hace algo más que eso.

Compra acceso, relaciones, patrocinio para la gente, lugares y cosas a través de su gruesa carpeta de chicas en explícitas poses. Para él, se trata de un caso de oferta y demanda, la lógica del mercado. Es un auténtico capitalista.

Pero tiene demasiado orgullo, y un ego demasiado grande para autodenominarse pornógrafo. Bundy se considera un artista. Un cronista

valeroso del sexo y el único macho —él y nadie más— de la era moderna.

La verdad es que un vasto océano separa lo que cree Bundy y lo que en realidad ocurre.

Un fotógrafo de pago. Un pornógrafo por defecto.

Un *paparazzi* sobre el papel. Un depredador sexual con una cámara encendida.

A Bundy le gusta llamarse a sí mismo «emprendedor de internet» e «ingeniero de las redes sociales».

Yo me decantaría más por llamarlo oportunista de moda.

Ya lo odias.

No lo hagas.

Anna me cuenta que Bundy tiene un montón de buenas cualidades. No son evidentes a primera vista. Pero están ahí, y se ven si se mira más allá de la sonrisa de suficiencia, la mirada lasciva y el cinismo extremo que adereza todo cuanto hace. Y, como es amigo de Anna, yo quiero que me caiga bien. Al mismo tiempo, soy más que consciente de que Bundy es la clase de tío sobre el que tu madre te prevendría, ese del que te diría que no es «trigo limpio».

Al menos, con ese tipo de tíos, como Bundy, no hay forma de creer que son otra cosa. La apariencia no engaña. Y a Bundy se le ve venir. Seguramente siempre en sentido contrario.

Hay algo que sí le concedo. Es muy divertido estar con él. Y nunca sabes qué va a ocurrir, dónde acabarás, o con quién.

Estamos en un bar. Una de las cacerías de Bundy. El Bread and Butter, un bar de esquina normal y corriente con nombre de comedor social. Hay polvo en el suelo, polvo en las paredes, sillas de escay rajadas, vasos cutres y un baño con la cisterna rota; suciedad y averías acumuladas durante años que transmiten cierta autenticidad a personas que no tienen ninguna, personas como Bundy, que han invadido este local sin pretensiones y lo han hecho suyo.

El Bread and Butter es atendido por un tipo que solo tiene nombre de pila, Sal, un tío italoamericano, veterano de guerra, que ha estado ahí desde que el local abrió y a quien le duele en el alma cómo ha cambiado el barrio, sobre todo su bar. Por eso Sal ha decidido que prefiere insultar a sus clientes a servirles bebidas. Se mete con su aspecto, con su

forma de actuar, con sus padres y, si eso no funciona, llega a sugerir que son fruto del incesto; cualquier cosa con tal de provocarlos. Y esas personas creen que eso es parte del encanto del lugar, lo que pone a Sal aún más enfermo. Pero Sal ha tenido que rendirse a la evidencia, porque ahora gana más dinero que nunca. Está ganando pasta a manos llenas, aunque no entiende cómo, porque, por lo que él sabe, ninguno de estos chicos trabaja.

Sal trata a sus clientes como una mierda, pero tiene debilidad por Bundy. La razón es bastante sencilla. Bundy proporciona a Sal publicidad gratuita filmando a los talentos que encuentra en el bar y colgándolos en su página. A cambio, Sal le da de beber gratis. Y debo reconocer que Bundy ha convertido este sistema en todo un arte.

Utilizar bebidas gratis para conseguir coños gratis. Para conseguir bebidas gratis. Para conseguir coños gratis.

Gracias a la tecnología actual, puede subir las fotos como contenido inmediatamente desde su cámara.

Esta es la filosofía de Bundy.

Primero se sube. Luego se pide permiso.

Porque Bundy considera el acto en sí mismo como el consentimiento informativo. Y, de todas formas, convertirá a la chica en estrella antes incluso de que ella pueda limpiarse la leche de las comisuras de los labios.

Bundy dice:

—No eres como las demás chicas. —Y ya sé que me está soltando el discursito que seguramente le ha funcionado tantas veces antes. Pero esta vez no.

—¿Y eso? —digo—, ¿porque tengo la boca conectada al cerebro y no a tu polla?

Finge que no me ha oído.

Bundy nos trae unas copas, a Anna y a mí. Se equivoca con la mía. Yo he pedido zumo de naranja. Me trae un destornillador. Se cree que no voy a darme cuenta.

Qué truco más mono.

Supongo que piensa: Ya está borracha. Qué daño puede hacerle un poco más. Más hará que se suelte. Y se asegurará de que vayan llenándome la copa a toda prisa y sin parar. Luego hará las fotos y no

parecerán tan tontas y abusivas. Y así funciona. La bajada de guardia gradual. La veo venir.

Lo que Bundy no sabe es lo siguiente:

Yo no bebo.

Y lo último que quiero es acabar en su página web como cebo para algún perdedor que busque inspiración en internet para cascársela.

«Bundy tiene talento» es solo una de sus muchas páginas web. Un buque insignia de constantes publicaciones que glorifican la visión puteada de Bundy sobre la vida, el sexo, la sexualidad, las mujeres y él mismo.

Le gusta pensar que cada página es un aspecto diferente de su personalidad, igual que la gente que se pone unas gafas diferentes según el humor. Solo que, como las gafas, nada cambia aunque te las pongas. Lo único realmente distinto es el color de la montura. Y la personalidad de Bundy se presenta solo en un color.

Bueno, las páginas web de Bundy en realidad son todas intercambiables. Títulos diferentes. Mismo contenido. Más oportunidades para vender publicidad.

—Lo que pasa con Bundy —dice Anna, con ese tono ensoñador como atontado y tan encantador que tiene— es que no lo dirías pero es una especie de genio.

No me convence.

La versión de genialidad de Bundy apareció en una página web que llamó «Red Hot Chichis and Pepas» para alimentar su predilección por las chicas jovencitas, chicas que no lo ven venir.

Se le ocurrió otra llamada «Chuches de chichi» para expresar su lado más mono y romántico. Su lado de niñita con llaverito de Hello Kitty.

Y no podemos olvidar PM, es decir: «Prohibido a maricones». Con el que Bundy expresa su miedo a parecer gay. No se trata solo de inocente homofobia. Homofobia disfrazada de ironía.

Como si hubiera alguna diferencia.

Todo parte del credo hipster que Bundy sigue a rajatabla.

Racismo como comentario social. Intolerancia como chapa de orgullo. Misoginia como opción vital. Ironía como declaración de estilo.

¿Sabes cuando los miembros de una banda cometen un crimen especialmente sangriento y se tatúan una lágrima justo debajo del ojo

como clara advertencia a sus iguales de que se han ganado la fama y no se puede jugar con ellos?

Bueno, pues Bundy no lleva una lágrima. Lleva un donut de crema del tamaño de una lágrima. Con un toque de cobertura rosa.

En Rusia, los miembros presos de las bandas criminales, aburridos de pasar el día sentados en cárceles siberianas, pasan el tiempo tatuándose un rastro de lágrimas, miseria y violencia en el cuerpo —calaveras y cuchillos, cabezas heridas y escenas de crucifixión—, que tienen el objetivo de contar la verdadera historia de quien los luce.

Bueno, pues el de Bundy cuenta la historia de su personalidad, y no es una historia muy bonita que digamos. Es como una parodia del arte corporal. Una parodia de una parodia del arte corporal malo. Como si Dios se hubiera propuesto hacerlo a su imagen y semejanza pero en versión absurda; un charlatán con tatuajes que no tienen la calidad necesaria para ser merecedores de ese nombre.

A pesar de eso, son el orgullo de Bundy. Son tatuajes que te pueden hacer pensar que, a lo mejor, y solo a lo mejor, Paris Hilton podría no ser la cadena de ADN más tonta del planeta. Aunque, por otra parte, podría ser la clase de genio en que Albert Einstein aspiraba a convertirse.

Este tatuaje es, en realidad, el secreto del éxito de Bundy, si es que puede llamársele así, con las mujeres.

Pero no conmigo.

Bundy ya ha decidido que soy un caso perdido y está buscando carne fresca. Le ha entrado a una chica que parece que podría tener potencial. Una hipster y algo friki con gafas de montura cuadrada, pintalabios negro y camiseta de Mayhem. Intenta ser black metal, pero fracasa estrepitosamente.

Anna dice:

—Tú mira.

Y me dispongo a ver a Bundy en acción. Consigo ser testigo de su rutina. Y, en realidad, es sencilla. Y me doy cuenta de que Anna tiene razón. Es tan simple, que es casi genial.

Bundy está hablando con la chica, sabe que la tiene donde quiere pero ella sigue haciéndose la dura. Así que él juega su mejor carta.

Bundy dice:

—Te prometo que en cuanto veas mi polla querrás metértela en la boca. Te lo garantizo. Te doy doble garantía.

Lo dice con su mejor tono de gatito mimoso. Y, para asegurarse, además pone ojitos de cachorro. Porque sabe que, si han llegado hasta aquí, si todavía están uno frente al otro, la chica escuchando lo que él tiene que decir, si ha tragado con eso, seguramente tragará hasta el final, y no tendrá que persuadirla mucho más.

Y Bundy se saca la polla. La deja colgando fuera de sus pantalones para que la guapa y friki que quiere ser black metal pero fracasa estrepitosamente no tenga duda de lo que está mirando.

La cabeza de la polla de Bundy.

Con la palabra COME tatuada en la punta.

Y ME inscrito debajo.

Como la seta de *Alicia en el país de las maravillas*, salvo que da igual por qué lado muerdas.

Y ya no sé quién me da más pena.

El tatuador que puso eso ahí.

La chica que está a punto de ponérselo en la boca.

Bundy.

O sus padres.

Sus pobres padres.

Los padres de Bundy eran yuppies.

Ahora lo odias todavía más.

No lo hagas. Déjame acabar.

Los padres de Bundy eran yuppies que consiguieron su dinero en el boom de la banca, en esa época en que los yuppies, el sida, Madonna y el crack eran lo más de lo más. Pero lo eran en el sentido operativo. Poco después de que naciera Bundy lo perdieron todo. En orgías de compra alimentadas por el crack, adquiriendo mierda que era imposible que necesitaran y que desde luego no querían. Mierda que luego vendieron a precios de risa a cambio de piedras de crack que, tal como iba la inflación, eran más caras que un diamante en bruto comprado de contrabando procedente de Sierra Leona. Así que, efectivamente, la infancia de Bundy fue bastante dura. Es lo que me cuenta, en una jugada final, al sacar la carta de la compasión.

Todo esto ocurrió en algún momento de los ochenta, aunque si le preguntas a Bundy no tendrá muy claras las fechas; no le importan tanto esos pequeños detalles como el día de su nacimiento. Lo máximo que logro sacarle es esto:

—Fue después de la cinta de ocho pistas y antes de los CD —dice—. Cuando The Police todavía molaban y antes de que fueran una mierda. En algún momento entre los álbumes súperventas, puede que después de *Thriller* y antes de *Purple Rain*. O a lo mejor fue al revés.

Bundy dice que no lo recuerda porque era un bebé. La MTV estaba encendida todo el día y él estaba plantado delante de la tele en su hamaca hinchable y rebotadora mientras sus padres se hacían rayas de coca del tamaño de habanos sobre la mesita del café con sus cañitas de plata con monograma.

Pero la MTV de esa época era solo un montón de pelo frito y lápiz de ojos, mesas de mezclas y sintetizadores Roland, y era difícil distinguir entre Duran Duran, Kajagoogoo o Mötley Crüe.

Bundy dice:

—Fue después de Martha Quinn y antes de Downtown Julie Brown. No, espera… entre Adam Curry y Kurt Loder.

Intenta hacerme creer que tiene el síndrome de Asperger y una memoria prodigiosa recitándome la lista completa de los presentadores-pinchadiscos de la MTV en su orden de aparición original. Pero no tengo ni idea de quién me está hablando porque cuando nací los pinchadiscos de la MTV eran la prehistoria y MC Hammer estaba con su patético revival como rapero gamberro.

A partir de todo lo que me ha contado, puedo deducir tres cosas. Bundy es mucho mayor de lo que parece. Demasiado mayor para tener el aspecto que tiene. Y desde luego lo bastante mayor para haber aprendido.

Los padres de Bundy también le dieron un segundo nombre: Royale —con una superflua «e»—, pensando que daría un estatus real a su primogénito, cuando a lo único que recuerda es a un sabor deluxe de los helados de Ben and Jerry’s.

Cherry Garcia.

Cherry Garcia Royale.

Bundy Royale Tremayne.

Y esa es más o menos la raíz de todos los problemas de Bundy.

La de Charles Foster Kane era la fijación por su mami. La de Bundy Royale Tremayne es su nombre. Se lo pusieron en un momento de inspiración la noche después de una juerga de campeonato. Y fue entonces cuando su madre, como se sentía muy mal consigo misma, decidió dejar las drogas.

Esto ocurrió más o menos en el segundo trimestre de embarazo. Esa fue su gran idea. Que ceñirse a una dieta a base de crack, pastelitos de crema, palitos de queso y beaujolais nouveau tal vez no fuera muy bueno para la salud de su futuro bebé.

Para los viejos de Bundy, esta fue una decisión tan trascendental que quisieron recodarla para siempre escogiendo el nombre del retoño. Como el crack no favorece precisamente el cálculo de las consecuencias a largo plazo, escogieron el nombre inspirándose en lo que daban esa noche en la tele. Le pusieron el nombre durante una pausa publicitaria en un documental sobre crímenes reales, tras el fragmento dedicado a un asesino en serie especialmente detestable y la sintonía pegadiza de algún anuncio malo para vender comida basura a los yonquis.

Y lo de Tremayne, aunque suene como el apellido de un médico de *Hospital general*, iba en el mismo paquete.

Como si todo eso no fuera a provocar una tremenda crisis de personalidad en algún punto de la existencia del pequeño, cuando el niño empezara a caminar, a hablar, a cagarse y a pensar por sí mismo.

Decir que Bundy nació con cierta desventaja es quedarse muy pero que muy corto. Aunque debo decir que lo ha llevado de forma admirable. Ha conseguido muchas cosas, teniendo en cuenta sus circunstancias.

Es casi famoso. Sin duda, conocido.

Tiene el mundo a sus pies.

Y los putones con baja autoestima se arrodillan ante él.

Bundy va a por su víctima número tres en menos de una hora. Y ahora está calentando, así que no tarda mucho, a lo mejor noventa segundos, en tener la polla asomando por la bragueta, con su tatuaje listo para la inspección.

Desde donde lo veo, desde donde estamos sentadas Anna y yo, en la barra, la polla de Bundy parece una de esas salchichas cocidas

alemanas, esas hechas de carne blanca y especiada y metida en un pellejo gomoso, como un condón de tripa de cerdo. No te comes la piel si no quieres. Para cocinarla, pones la salchicha en un cazo de agua caliente que se ha llevado al punto de hervor, y luego haces una raja en la piel y la quitas.

O coges la salchicha alegremente entre el pulgar y el índice de ambas manos, pones los labios en el agujerito de arriba y succionas, succionas y succionas hasta que el pellejo baja y la carne te explota en la boca.

La polla de Bundy parece una de esas salchichas. Corta, gorda, achaparrada y pálida, con la punta plana y ancha, como un champiñón grande, o como un sombrero de papel de fiesta sobre el que alguien se ha sentado. Y tiene grabado CÓMEME con negras letras góticas.

Si eso te quita el apetito, si te parece el tipo de cosa que no te gustaría meterte en la boca, de eso se trata.

No es la clase de cosa que yo me metería en la boca. Pero eso no detiene a ninguna de esas chicas.

Tampoco les impide esnifar la coca sobre ella. A lo mejor creen que es una concesión aceptable. Así no tienen que averiguar si el sabor que tiene es tan asqueroso como su aspecto.

Y siento pena por ellas. No porque hayan hecho una concesión. Sino porque la recompensa es muy pequeña.

Ni siquiera una raya larga.

Más bien una rayita.

¿Qué pasa con los tíos de polla pequeña?

Siempre tienen algo que demostrar, siempre quieren mostrarte de lo que están hechos. Siempre necesitan decirte lo grande que es su polla. Que las mujeres siempre les dicen qué grande es. Y se salen con la suya, por una razón y solo por una.

Porque «grande» es un término relativo.

Cuando por fin la ves, después de tanto cuento, siempre resulta decepcionante e intentas que no se te note en la cara. Porque, en realidad, «grande» no es más grande que una salchicha de aperitivo con uno de esos lacitos de piel en la punta.

Y los que no te dicen lo grande que es, los que se creen más

listos, también intentan enseñártela.

Sacan un montón de fotos borrosas, polaroids que se han hecho a sí mismos follándose a su novia y fingen que es un proyecto artístico.

Tío grande. Polla pequeña. Algo que demostrar.

Porque hay algo que todo el mundo en Hollywood, todos los de la industria del porno, saben desde hace muchos pero muchos años.

Todo parece más grande en la pantalla.

Todo, todo.

Ya sea Tom Cruise.

O un pene de siete centímetros.

Porque, a pesar de lo que puedas haber oído, la cámara siempre miente.

O pueden intentar mostraros las fotos del móvil de alguna tía al azar que él y su mejor amigo se ligaron en un bar una noche y ahogaron en alcohol usando la visa de su padre hasta dejarla casi inconsciente. La llevaron a su piso, desmayada, la tiraron al sofá y se la follaron por la boca los dos. Primero por turnos. Luego los dos a la vez.

Se la follaron por la boca hasta correrse los dos. Simultáneamente. Ambos diciéndose a sí mismos que no era porque estaban frotándose contra la polla de su mejor amigo en la boca de la misma chica.

Sino porque ella la chupaba muy bien.

O que se la follaron por la boca hasta que se despertó y se dio cuenta de lo que ocurría y se puso a vomitar.

Lo que se les ocurra antes.

Bundy también tiene una web sobre eso: «Lo que quieren las chicas».

Sin ironías.

Dedicada por completo al archivo personal de chicas de Bundy, en diversas fases de desnudez y embriaguez, tragándose su polla.

Aunque puedo imaginar que no tiene mucho público, salvo Bundy. Y las mujeres que aparecen, que solo lo miran para recordarse a sí mismas:

No aceptes nunca copas gratis de extraños en los bares.

El bar está empezando a llenarse bastante. El ejército de chicas

hardcore de Bundy ya lo ha localizado gracias a los datos del GPS de las fotos que ha colgado hace menos de treinta minutos. Empieza a atraer público. La cosa está descontrolándose.

La pobre chica está comiéndose la polla de Bundy con su linda boquita y hay un montón de mirones a su alrededor. Un montón de mirones en un bar de hipsters con pinta de estar muy fuera de lugar. Toman chupitos de Jäger y Jack Daniels y agitan el puño en el aire canturreando:

BUN-DY.

BUN-DY.

BUN-DY.

Y eso a él le corta el rollo. Como si importara.

Así que Bundy hace un par de fotos, porque eso es lo único que necesita, las sube a internet y la saca.

Se cuelga la cámara al cuello, sale disparado hacia Anna y hacia mí, que estamos en la barra, y dice:

—Vamos.

Y nos largamos pitando.

11

Me meto en la cama bien entrada la madrugada. Las tres, como mínimo, quizá cerca de las cuatro. No esperaba estar fuera hasta tan tarde. La habitación está a oscuras y en silencio. Creo que Jack duerme.

Apenas he apoyado la cabeza en la almohada cuando dice:

—¿Dónde estabas?

—Lo siento —digo.

Vuelve a decirlo.

—¿Dónde estabas?

No puedo contárselo.

—Con Anna —digo.

Solo es una mentira a medias.

Espero a que la conversación continúe. No es así. No está contento. Sé que no está contento.

—Jack… —digo.

No hay respuesta.

—¿Jack?

Alargo la mano para tocarle el brazo. Él se aparta y me da la espalda bruscamente, rodando sobre el costado, alejándose de mi alcance.

—Jack, lo siento.

¿Qué más puedo decir?

Sigue sin responder. El silencio es ensordecedor. Me dan ganas de gritar solo para romperlo, solo para hacerlo reaccionar de una vez.

La habitación sigue a oscuras y en silencio durante muchísimo tiempo.

Entonces, con voz de hielo, dice:

—Ya hablaremos por la mañana, Catherine.

Por la mañana, no hablamos. Yo duermo hasta tarde y Jack ya se ha ido. Odio despertarme y que no esté a mi lado. Hay personas que tienen miedo de irse a dormir solas. Yo tengo miedo de despertar, no saber

si el nuevo día me va a recibir en una cama vacía y sin nadie a mi lado que me abrace.

Lo llamo:

—¿Jack?

No obtengo respuesta.

Sé que no está contento. Me siento fatal, abrumada por el miedo de pasar un día entero sin saber si se le habrá pasado el enfado cuando vuelva a casa. Y de pensar qué ocurrirá si no es así.

La ira de Jack es como el mar embravecido, se acrecienta con cada embate, sin que la destrucción que siembra a su paso le cree la menor inquietud, sin sentir remordimientos por lo que pueda llevarse por delante, y no hay forma de rehuirla ni manera de aplacarla. No es una ira violenta, sino una rabia silenciosa, una mala canalización de la pasión que impulsa todo lo que hace. Así que lo único que se puede hacer es esperar, hasta que el viento se calme, hasta que amaine y cese de soplar. Hasta que se imponga la calma. Pero eso no lo hace más fácil de soportar.

Hago lo que suelo hacer siempre para mitigar la ansiedad, para acallar la voz de mi cabeza que no deja de hablar. Me masturbo.

Cierro los ojos, deslizo los dedos entre los muslos y pienso en Jack, aún dormido, como si nada de esto hubiera sucedido. Como si no se hubiera despertado cuando me metí en la cama. Como si no le importase nada saber la hora que es. Si son las cuatro, las tres, las dos o la una.

Lo despierto con un beso en la frente, mi dulce príncipe, y observo cómo se despierta lentamente del letargo. Me mira, todavía aturdido, y dice:

—Te estuve esperando, pero estaba agotado.

No dice: «¿Dónde estabas?», frío y acusador.

Sino:

—¿Cuándo has vuelto?

Y le miento. Una mentira entera esta vez, pero una mentira piadosa, de manera que sigue en la inopia.

Y sonríe:

—Te eché de menos.

Empieza a besarme, suavemente, con dulzura, tirando de mis labios con los suyos.

Me toma un pecho y me acaricia el pezón con el pulgar.

Alargo la mano hacia abajo y me toco donde todo es sudor,

donde el olor de mi sexo es más intenso. Me toco y luego me lamo los dedos y me toco un poco más.

Él me mordisquea con delicadeza el labio superior, lo chupa. Me tira del pezón, lo pellizca entre el pulgar y el índice.

Noto que se pone duro.

Noto que se le pone dura.

Noto que me estoy mojando.

Me humedezco el dedo, lo deslizo por los labios de mi coño e imagino que es su lengua, humedeciendo los pliegues de mis labios, sintiendo cómo se agitan y se despliegan, rodeando mi clítoris y golpeteándolo. La sangre afluye a mi cabeza, a mi clítoris. Me siento mareada.

Noto que la punta de su polla entrechoca con mi muslo cuando se encarama sobre mí y se coloca encima, listo para entrar. Y me pongo de lado para acogerlo, doblando la pierna a la altura de la rodilla, como una bailarina de cancán, para que tenga una vista clara de la pista mientras su aparato se dispone a aterrizar.

Se coge la polla con las manos, la guía hacia mi coño, hacia el agujero, donde se concentra toda la humedad. Empuja hacia dentro, lo justo para humedecer la punta. Saca y desliza la verga por mi coño, empapándome con mis propios fluidos.

Vuelve a metérmela, lo justo para hundir la punta. Y la retiene ahí. Ni dentro ni fuera. Solo a la espera. Provocándome.

Y mi dedo explora alrededor de mi agujero, recoge mi flujo y lo extiende hacia el clítoris, mojándolo, acariciándolo, sintiéndolo palpitar.

Se mete dentro de mí.

Me meto el dedo. Y gimo.

Me dilata el agujero con la polla. Y siento que mi coño se cierra alrededor de su glande.

Ahora son dos dedos.

Y desliza todo su miembro lentamente. Provocándome. Lo desliza entero, hasta el fondo, hasta empujar contra mi pelvis. Lo noto duro, presionando contra la pared. Y lo retiene ahí. Provocándome.

Ya he llegado a la articulación, y ahora avanzo hacia los nudillos, hundiendo los dedos hasta el fondo, lo más hondo posible. Tengo los dedos empapados de flujo espeso, viscoso y blanco como la nieve.

Desplaza el peso de su cuerpo y gira ligeramente las caderas,

como si dirigiese el timón de un barco, moviéndolo poco a poco para cambiar de dirección. Y siento su polla moviéndose dentro de mí, la fricción, apenas perceptible, contra la pared carnosa y suave.

Y de repente siento que estoy a punto de correrme. Siento el fuego de una llamarada ardiendo dentro de mí y no puedo detenerlo. No quiero detenerlo. Quiero dejar que me abrase. Lo siento a él dentro de mí y quiero correrme.

Voy a correrme.

Y cuando me corro, grito su nombre. Porque quiero que me oiga, a pesar de que no está aquí.

Jack. Voy a correrme.

Jack, me corro.

Me corro, Jack.

Jack…

Y me estremezco y doy una sacudida tras otra mientras el orgasmo recorre mi cuerpo. Mi coño se cierra y me aferra los dedos y siento las sábanas, húmedas debajo de mí. Pero no he terminado todavía. No estoy satisfecha.

Mi coño es como un gato que está hambriento a todas horas. Un gato que no sabe cuándo dejar de comer. Mi coño está hambriento a todas horas y no puedo dejar de darle de comer. Así que otro escenario.

Esta vez, Jack llega a casa, todavía ciego de ira. Y solo quiero que esto acabe, quiero que se termine.

Ahora.

Así que me lanzo de cabeza, le regalo una excusa y dejo que las olas se estrellen contra mí. Y cuando se acaba, los dos nos sentimos limpios, somos dos seres descarnados y con las emociones a flor de piel y unidos de nuevo. Los dos queremos follar.

Porque no hay nada como un buen polvo de reconciliación para llenar el vacío y curar las heridas. Sexo duro, furioso y desesperado, como si fuera la primera vez. Y podría ser la última.

Aunque no en la cama, en cualquier parte menos en la cama. Tal vez contra la pared. Yo de cara a la pared, con las manos por encima de la cabeza, como si sujetara la pared, como si tratara de evitar que nos caiga encima, con la falda subida por encima del culo, las bragas bajadas hasta las rodillas, de puntillas. Jack ensartándome por detrás. Y lo único que puedo pensar es: Más fuerte. Fóllame más fuerte.

Y debe de haberme oído, porque eso es justo lo que hace. Me pongo aún más de puntillas para que me la meta más adentro, y me gusta tanto que casi se me doblan las piernas.

Estoy inclinada sobre la mesa de café y Jack está dándome por detrás otra vez. No al estilo perro, sino al estilo rana, sentado en cuclillas, agarrándose a mis caderas para aguantar el equilibrio, metiéndomela hasta el fondo y a lo bruto. Y es como si fuese a abrir un boquete con la polla a través del coño, a clavarme en la mesa, como un taladro-vibrador humano. Y nos quedaremos ahí atornillados. Acoplándonos y acoplados a la mesa.

Estamos follando en la encimera de la cocina. Tengo las rodillas por encima de los hombros de Jack y ahora es él el que está de puntillas para poder dar con el ángulo correcto. Me deslizo hacia delante y hacia atrás en la encimera mientras él empuja hacia dentro y me da miedo caerme. Tanteo detrás de mí en busca de algo a lo que agarrarme. Mis manos encuentran la pared, encuentran el estante de las especias colgado de la pared, y pienso que eso servirá. Pero se rompe casi inmediatamente y se me queda en las manos, y las especias se desparraman por la encimera. Jack me está follando y tengo el culo condimentándose con comino, jengibre, ajo, sal y pimienta. Estoy macerándome en mis propios jugos y mi culo ya está a punto para cocinarse, pero me corro varias veces antes de que Jack esté listo para dejar su levadura en mi horno. Y cuando me corro, mi ano se contrae y engulle una pizca de cayena en polvo. El dolor es insoportable. Tengo el agujero del culo ardiendo y el coño en llamas. Y las llamas consumen mi cuerpo y me devoran el cerebro. Los dos estamos abrasándonos en el calor de nuestro amor.

Estoy tumbada en el duro suelo, de espaldas, y tengo los brazos y las piernas entrelazadas alrededor de él, como una cría de chimpancé aferrándose a uno de sus progenitores. Y Jack está bombeándome con tanta fuerza que me dan ganas de gritar, pero en lugar de eso le clavo las uñas profundamente en la espalda y voy subiéndolas hacia arriba, hasta llegar a sus hombros. Me parece que le he hecho sangre, y eso debe de gustarle, porque me embiste con arremetidas aún más poderosas. Y para cuando llegamos al clímax, nos hemos recorrido todo el pasillo, desde la puerta principal hasta el cuarto de baño, y tengo toda la espalda llena de rozaduras.

Visualizo rápidamente todos estos escenarios en mi imaginación, como si estuviera haciendo zapping entre los canales porno

de un hotel, intentando correrme solo con la vista previa de cada película. Y voy alternando entre ellos a medida que caigo en una especie de sopor. Me froto con los dedos, metiéndomelos, hasta que se me duermen y el coño me duele. Hasta que ya no puedo disfrutar más. Hasta que me siento rota.

Estoy ahí tendida, despatarrada en la cama, enredada en un revoltijo de sábanas mojadas, con el cuerpo exhausto y la cabeza vagando entre la somnolencia y la inconsciencia. Y entonces recuerdo que anoche tuve un sueño muy extraño. O al menos creo que fue un sueño, aunque no puedo estar segura ni tengo forma de saberlo. Lo único que tengo es el recuerdo, la sensación de saberlo.

Recuerdo que justo antes de quedarme dormida, oí un tambor. El ruido de un bombo enorme: grave, lento e insistente, reverberando como el sonido del mar. Lo oigo a lo lejos, y luego más cerca, cada vez más cerca, hasta que lo tengo encima, se desliza a lo largo de mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies.

Las vibraciones me atraviesan a oleadas, dejando a su paso una sensación cálida y un hormigueo; en los dedos de las manos y los pies, a lo largo de los brazos y las piernas, formando un remolino alrededor de mi vientre.

Y luego el tambor está dentro de mí, un latido constante en mi entrepierna, un martilleo en mi cabeza que se hace cada vez más y más fuerte, hasta que una galaxia de estrellas estalla delante de mis ojos. Y echo a volar a través de ellas, dando vueltas como un giroscopio, tirando en una dirección y luego en otra. O ellas han echado a volar a través de mí, porque estoy paralizada en el mismo sitio. No me puedo mover. Estoy dentro de mi cuerpo y fuera de él al mismo tiempo. Soy una galaxia de estrellas.

Y entonces todo se vuelve negro. Negro como boca de lobo. Como si alguien hubiese apagado las luces del universo. Estoy en un espacio sin principio ni fin. Sin luz. Sin ruido. Estoy entumecida. Inmóvil.

Y siento que alguien tira hacia abajo de mi pijama. No opongo resistencia, no siento miedo. Dejo que resbale de mi cuerpo.

Me están llevando a cuestas, desnuda, en los brazos de un hombre. Me llevan como a un bebé en unos brazos tan grandes que parecen

envolverme por completo. Unos brazos tan peludos que es como si estuviera recubierta de una capa de plumas. En esos brazos, cabeceo y me balanceo como un barco en el océano, pero me siento segura —más segura que en toda mi vida— y siento calor.

Y me doy cuenta de que no es un calor que emane del vello de sus brazos, ni es el calor de sentirme segura y protegida, sino el calor del sol. Un sol radiante de última hora de la tarde, todavía resplandeciente, que cae a plomo sobre mí. Una luz blanca y cegadora. Un calor abrasador, que me envuelve.

Y vuelvo a sentir la misma palpitación constante en la entrepierna, pero tengo la cabeza clara. Absolutamente despejada, alerta y consciente. Oigo voces a mi alrededor. Voces burlonas que se mofan de mí. Y de repente me siento completamente expuesta y avergonzada de mi desnudez. Siento un ansia desesperada por taparme y desaparecer, pero no tengo nada a mano, nada más que el sol. Así que lo agarro y me lo envuelvo alrededor como si fuera una toalla. Todo se queda a oscuras de nuevo y me estremezco.

Me desperté sobresaltada a causa del sueño y Jack no estaba a mi lado y me sentí muy triste, sola y angustiada. Y me masturbé.

Jack no vuelve a casa hasta cerca de la medianoche. Estoy segura de que lo hace solo para fastidiarme. Corro a darle la bienvenida en cuanto oigo el ruido de la puerta. Trato de abrazarlo, pero él me aparta.

—Catherine, tenemos que hablar —dice sin inmutarse.

Una oleada de pavor se apodera de mí. Todavía sigue enfadado y no sé lo que va a pasar ahora.

Jack entra en la sala de estar, se sienta en una punta del sofá y se inclina hacia delante con las manos entrelazadas. Me siento en el otro extremo, como una niña esperando a que la regañen.

—Creo que deberíamos dejarlo un tiempo —dice.

Ni siquiera me mira a los ojos.

Me siento como si acabaran de darme un puñetazo en el estómago. Como si el mundo se hubiese derrumbado a mi alrededor.

—No lo entiendo —digo, y oigo cómo se me desmorona la voz—. ¿Por qué?

—Últimamente te comportas de una manera muy extraña —

dice.

—¿A qué te refieres? —digo.

—Ya sabes a qué me refiero —dice.

La verdad es que no tengo ni idea de qué está hablando. Empieza a entrarme el pánico porque sus palabras son frías y cortantes y sé que no hay forma de llegar hasta él.

—¿Qué he hecho?

—Si no lo sabes, no hay nada más que yo pueda añadir —contesta.

—Por favor, Jack. No seas así —le digo.

Las lágrimas asoman a mis ojos, pero intento mantener la compostura.

—¿No podemos hablar de ello? ¿Qué es lo que he hecho mal?

—Voy a estar fuera mucho tiempo las próximas semanas —dice—. Es un buen momento para poner un poco de distancia entre nosotros.

Y lo dice porque él ya ha tomado una decisión y no quiere darme la oportunidad de razonar con él.

—Jack, por favor…

Ahora estoy llorando y rogándole con mis lágrimas.

No se mueve.

—Mañana salgo de viaje —dice.

Es la primera noticia que tengo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —le pregunto entre lágrimas.

—Varios días —me contesta.

Eso es todo lo que piensa decirme.

—Esto no es una ruptura —dice—. Solo necesito un poco de espacio.

—Vale… —murmuro. No me gusta, pero no tengo otra opción. Y no quiero presionarlo y poner las cosas peor de lo que están.

—Esta noche dormiré en el sofá —dice.

No quiero dormir sola, pero sé que es imposible convencerlo.

Lloro hasta caer vencida por el sueño y, cuando me despierto, Jack se ha ido.

Y el piso está completamente vacío sin él.

12

Si nunca has oído hablar de la Fábrica de Follar, lo más probable es que no sepas que existe, ni ese ni cualquier otro sitio como ese.

E incluso si ya has adivinado por el nombre la clase de sitio que es —cosa que, seamos sinceros, no debe de ser muy difícil—, lo más seguro es que no tengas ni idea de lo que sucede dentro de sus cuatro paredes.

Ni en tus fantasías más salvajes.

Si no sabías de su existencia ni tenías ni idea de lo que ocurre ahí dentro, probablemente será mejor que no lo sepas, pero el caso es que has llegado hasta aquí, así que… ¡qué coño!, te lo voy a decir de todos modos.

Es un club de sexo. El club clandestino dedicado al sexo más famoso de su tiempo.

Si por alguna casualidad remota has oído hablar de la Fábrica de Follar y has querido ir allí alguna vez pero no sabes dónde está, no intentes buscarlo porque nunca lo encontrarás.

Anna y yo estamos de pie delante de una nave industrial abandonada, semiderruida, en una zona de la ciudad en la que nunca he estado. Nunca he tenido ninguna razón para venir aquí. Nadie puede tener razones para venir aquí.

Ni siquiera el taxista que nos ha traído tenía ni idea de adónde iba, y durante veinte minutos ha conducido en círculos tratando de encontrar el almacén abandonado preciso, cuando aquí no hay otra cosa que almacenes, montones y montones de almacenes. Por alguna razón, las calles de por aquí no tienen nombre. No hay calles ni avenidas, ningún cartel indicador del norte, oeste, este o sur. Solo una serie de números, como las chicas en la web de Anna.

Pero aquí estamos. La luna trepa de mala gana por el cielo y se respira un frío en el aire bastante inusual para esta época del año, así que se

me hielan los huesos con esta camisa vaquera anudada en el ombligo, los shorts vaqueros que se me meten tanto por la raja del culo que es como si no llevara nada, sin medias y con unos zapatos de tacón de aguja que hacen que sea tarea casi imposible mantener el equilibrio sobre los escombros que me rodean. Estoy en una esquina, como las putas, y me siento totalmente expuesta.

Jack y yo nos hemos dado un tiempo. Para mí eso suena a una forma elegante de decir «lo vamos a dejar». Pero es peor. Duele igual que una ruptura, solo que sin el peso de las decisiones definitivas.

Anna llama para preguntar si quiero ir con ella a la Fábrica de Follar y no hay nadie para impedírmelo. ¿Qué espera Jack que haga? ¿Quedarme en casa de brazos cruzados compadeciéndome de mí misma? Esa no soy yo.

La Fábrica de Follar es el club favorito de Anna. El único lugar donde dice que de verdad se siente como en su propia casa, en paz y entre los de su especie. Dice que quiere llevarme allí para que pueda entenderla un poco mejor y entender por qué hace las cosas que hace.

Esta noche es la Fiesta del Azul y el Negro, y Anna ha tenido que asegurarme como tres o cuatro veces que no tiene nada que ver con el color del que va a quedársenos el cuerpo cuando salgamos de allí.

Me dijo:

—Es como hay que ir vestidas, tonta.

De cuero y de tela vaquera. Y nada más. Absolutamente nada. Ni algodón, ni rayón, ni poliéster ni spandex.

Pero yo he hecho trampa.

Me he puesto un sujetador y unas bragas debajo de la tela vaquera.

Y Anna no lo sabe. O, si lo sabe, lo disimula muy bien.

Vino a mi apartamento. Nos arreglamos juntas, y trajo también algo para mí, porque usamos más o menos la misma talla. Y Anna, erre que erre, insistió mucho en que tenía que ir vestida tal y como dictaban las normas del club.

—Tienes que obedecer las reglas. Es la única regla que hay.

Y yo, erre que erre, me dije que a la mierda las reglas, que mi sentido del pudor estaba por encima de eso. Así que me puse el sujetador y

las bragas cuando no me veía.

Me hizo mirarme en el espejo mientras ella se colocaba de pie detrás de mí, con las manos apoyadas en mis caderas y una sonrisa de satisfacción en la cara que decía: «Buen trabajo». Y yo lo único que pensaba era: qué pinta más hortera de putón barato tienes, igual que esas estrellas de cine tan jovencitas que tienen que vestirse exactamente así si quieren aparecer en la portada de *Maxim*, pero Anna me miró y dijo:

—Te follaría ahora mismo.

Inmediatamente después de eso, busqué un pretexto para ir al lavabo y fue entonces cuando me puse la ropa interior: un tanga y un sujetador de media copa. Me miré el culo en el espejo del baño para asegurarme de que no se me viesen las bragas y me abroché un botón más de la camisa para dejar visible buena parte del escote pero no lo que lo sostenía.

Anna obedeció las reglas. Escogió un mono de cuero negro muy ceñido que se le pega al cuerpo como una segunda piel. Tiene una cremallera que va del cuello hacia abajo recorriéndole toda la parte delantera y desaparece entre sus piernas. No podría usar ropa interior aunque quisiera, porque se le vería y estropearía por completo el efecto. Además, lo lleva abierto casi hasta el ombligo y prácticamente se le ven las tetas.

Mientras se retocaba el maquillaje, le pregunté qué debería esperar.

—No es ningún baile de sociedad —me contestó—. Es un sitio donde la gente va a follar. Miras a tu alrededor, te haces más o menos una idea de lo que está pasando, de qué es lo que más te gusta de lo que ves, y te metes en situación. No es nada del otro mundo.

Anna me cuenta que la Fábrica de Follar es legendaria. Que lleva en funcionamiento desde antes de que ella naciera. Y que les han hecho más redadas y los han trincado más veces que a Lindsay Lohan y Paris Hilton juntas por incumplir casi todas las ordenanzas de salud, higiene y seguridad que se puedan imaginar, incluso las infracciones más leves, cualquier cosa que les pueda servir de pretexto. Y cada vez que los trincan y les cierran la persiana, el club se traslada a una ubicación diferente y empieza de nuevo, más lejos del resto de la sociedad biempensante, más lejos de la civilización, donde pueda seguir subsistiendo sin temor a sufrir hostigamiento o persecución.

Ahora se ha trasladado aquí.

Si hubiese algún lugar llamado Nada, seguramente este sería el aspecto que tendría. El de una zona de guerra. Como esas fotos que se ven de una ciudad asolada por los combates en algún lugar del otro extremo del planeta, un lugar que parece estar en un estado permanente de conflicto. O las ruinas olvidadas de una civilización perdida. Una ciudad abandonada hace mucho tiempo. Calles vacías. Edificios bombardeados y que a duras penas se sostienen en pie. Sin habitantes. Sin una sola señal de vida.

Ese es justo el ambiente que se respira aquí. Inquietante, como para poner los pelos de punta. Somos dos chicas solas en una calle desierta a las afueras de la ciudad. No hay nada que indique que aquí hay un club. Ni un letrero. Ni gente. No hay nada que sugiera que aquí puede haber algo, lo que sea. Salvo algo que parece unos graffiti. Tan primitivos como pinturas rupestres del paleolítico. O algo que alguien podría haber dibujado en las paredes del baño.

El garabato de un pene y los huevos, del que chorrean cuatro goterones enormes de lefa.

Manchas blancas en una pared negra y sucia. Debajo, un par de piernas levantadas en el aire, en forma de «V», como los cuernos del diablo. Me recuerda a cómo Anna tenía las piernas cuando estaba atada a la taza del váter de aquel vídeo. Y entre las piernas, un agujero. Una vagina dibujada con trazos gruesos, a lo bruto. Con dientes. Montones de dientes pequeños, puntiagudos y afilados. Debajo de eso hay una flecha que señala hacia abajo, a una empinada escalera de piedra que se hunde a pie de calle.

Mientras descendemos por las escaleras, adentrándonos en la oscuridad, me imagino cómo debe de ser el olor en la Fábrica de Follar. Tal vez huele como en esos bares baratos que están en los sótanos, típicos bares de barrio, a humedad y a moho, olores dulzones por todo el alcohol que se consume en un espacio tan reducido. A medida que voy avanzando, siento cómo se va fraguando un ambiente de misterio y perversión a nuestro alrededor.

Al llegar al pie de las escaleras nos recibe una puerta negra sin marca ni distintivo especial, como la puerta al inframundo. Anna llama dos veces y luego hace una pausa y golpea tres veces más. Y se abre. Y cuando se abre, dentro no se ve mucha más luz que fuera. Solo una media luz tan

tenue que los ojos tardan en adaptarse. Una figura oscura y corpulenta, la mole de hombre que sueles encontrar trabajando en la puerta de un club, nos invita a pasar sin decir una palabra.

Sigo a Anna por un pasillo largo y estrecho, con las paredes tan juntas que solo podemos caminar en fila india, como la galería de una catacumba, y luego hacia abajo por dos tramos más de escaleras. Ahora estamos debajo de la ciudad, y la sensación es de habernos adentrado tan abajo que es como si hubiésemos perforado las entrañas de la Tierra hasta llegar a una parte del infierno.

Estamos frente a una enorme puerta de acero pintada de un verde sucio. Anna vuelve a llamar y la puerta se abre, otra mole de hombre la aguanta.

Lo primero que me impacta es el olor. En lugar del débil olor a moho y alcohol, este lugar huele a sexo: el olor de cuerpos calientes embistiéndose y uniéndose.

Lo segundo que me impacta es el calor. Húmedo y pegajoso. La clase de calor que te hace sudar a chorros en cuanto entras en contacto con él.

Lo tercero es el sonido. Tecno. Porque qué es un club sin tecno y, en particular, tecno alemán. Tecno alemán *gabber* a todo volumen, capaz de destrozar los tímpanos. Música frenética que confunde los sentidos, la música perfecta para follar.

Entramos en una amplia sala rectangular con paredes de ladrillo, una barra a un lado y un techo tan bajo que tengo la sensación de que puedo tocarlo con la mano. La sala está hasta a tope de todo tipo de frikis: los que solo tienen aspecto de frikis y otros que simplemente son frikis por naturaleza, por su forma de comportarse, todos congregándose en alguna forma de comunión, sea la que sea. Es como si todos los inadaptados sociales del mundo se hubiesen reunido aquí. No saben por qué. Solo saben que este es su sitio. Donde nadie va a juzgarlos ni a condenarlos ni a mirarlos mal. Donde pueden disfrutar de cualquiera que sea su pecadillo particular.

Hay dos jaulas inmensas a cada extremo de la barra, como las que se utilizan para los hámsteres solo que más grandes, mucho más grandes. Dentro de una hay una chica desnuda, y en la otra un hombre. Hay una bandeja de comida y un biberón sujetos a los barrotes, ambas cosas vacías. Encima de la barra, un enano, vestido con un sombrero de copa y

nada más, tira cacahuetes a la chica a través de los barrotes de la jaula.

Enfrente de la barra, una sucesión de pasillos abovedados conducen a otras zonas del club.

—Ahí es donde está toda la acción de verdad —me dice Anna—, pero una vez salgas de esta habitación, es como un laberinto. Es fácil perderse, y es como si nunca fueras a encontrar la salida.

Miro a mi alrededor y me digo que esto es exactamente igual que todas esas escenas de las películas en las que sale un club. Se oye música machacona a todo volumen, está todo oscuro y lleno de gente con pinta de friki que no parecen personas normales, que apenas si parecen humanos, y el protagonista busca algo frenéticamente o a alguien de vital importancia para su búsqueda, pero es evidente que aquel no es su sitio. Es evidente que ni siquiera quiere estar allí.

Y ese personaje casi siempre es un hombre, un puritano, un reprimido y un heterosexual convencido. Como la versión masculina de Séverine.

Y el club es como el lugar de trabajo de Séverine, el burdel. El club representa un lugar donde se permite dar rienda suelta a toda clase de prácticas sexuales, todas las persuasiones y perversiones imaginables, un lugar donde todas ellas se pueden hacer realidad sin las cortapisas que impone la moral, la ley o el hombre. Y supone una enorme amenaza para su masculinidad, para la apariencia de orden de su vida.

Pero allí nadie se lo va a follar. Le permitirán salir de allí con su hombría intacta.

Solo un poco toqueteada.

Y al mismo tiempo es una escena en un club que no has visto en ninguna película, que no verás nunca en ninguna película. Porque las escenas en las que sale un club en las películas están hechas por gente que nunca ha pisado un club de verdad. Solo han recreado uno para su tontería de película, para que el héroe pueda pasearse sin parecer completamente acojonado por todos esos frikis raros con un gusto pésimo para la ropa y que bailan como posesos al son de la peor música de club que hayas oído en la vida.

Lo más probable es que la gente que hace las escenas de las películas en las que sale un club nunca haya pisado este club ni ningún club parecido. La Fábrica de Follar es un lugar donde la gente se define solo por sus perversiones, sus fetiches y sus deseos. No importa nada más. A nadie

le importa si eres joven o viejo, quién eres ni qué haces en el mundo real, si trabajas de conserje o eres el director ejecutivo de una gran empresa.

Anna dice:

—Quiero que conozcas a Kubrick. —Y me empuja hacia un hombre mayor acodado en la barra. Kubrick es el dueño y gerente de la Fábrica de Follar. No es Stanley, sino Larry, pero todo el mundo lo llama Kubrick. Es bajo, gordo, judío, amanerado y calvo. Porque cuando la vida te reparte malas cartas, tienes muchos números de que te reparta la baraja entera. Pero a Kubrick no parece importarle. Es feliz como una perdiz.

Kubrick tiene una sonrisa amable y le gusta mucho el contacto físico. Parece bastante inofensivo. Lleva una larga barba blanca como la nieve, un manto de pelo blanco y suave por todo el cuerpo, en los brazos y el pecho, cubriéndole la barriga, que tiene el tamaño y la forma de una pelota de playa y que no está flácida sino dura y tirante como un músculo. Se parece a Santa Claus. Si Santa Claus hubiese cambiado el traje rojo con ribetes de piel por una chupa de cuero negro y llevase la palabra SÁDICO grabada en el torso desnudo.

Kubrick lleva la palabra SÁDICO en el torso y parece como si alguien se la hubiese grabado con un abrelatas. Está inscrita en letras grandes e irregulares que se extienden por el tórax, entre el cuello y los pezones. Y me pregunto si de verdad lo es o si se le cruzaron los cables y se confundió de palabra, porque tiene que haberle dolido un huevo.

La Fábrica de Follar es la creación de Kubrick, su obra de arte, su *happening*. Un laboratorio pansexual de placer carnal donde todo vale y todos valen. Aquí dentro pasan cosas que, aunque cueste creerlo, ni siquiera se encuentran en internet.

Si vas a llamar a tu club la Fábrica de Follar, ya te puedes tomar la puta molestia de asegurarte de que hace honor a su nombre. Kubrick parece muy seguro de que así es, porque me da la bienvenida diciéndome:

—Te lo digo de verdad, cariño, este es el mejor club de sexo del mundo. El mejor club de sexo que haya existido jamás.

Kubrick me llama «cariño». Llama a Anna «esta».

Los brazos de Kubrick, enormes y corpulentos, rodean la cintura de Anna y la atraen hacia sí de manera que ella le aplasta las tetas

contra el pecho. Tiene unos brazos como jamones, y unos antebrazos como Popeye. En uno de ellos veo un tatuaje de marinero de color azul desvaído, y en el otro, algún símbolo o pictograma de aspecto muy extraño que, por mucho que me empeñe, no consigo descifrar.

Kubrick estrecha a Anna entre sus brazos y dice:

—Esta no sabe cuándo parar.

Entonces se echa a reír y le da una palmada en el culo como si tal cosa. Y ella no se lo esperaba, así que pega un bote del susto y luego se ríe.

Anna me apoya la mano en el pecho y dice:

—Es la primera vez para Catherine.

—¿De verdad? —dice Kubrick, haciéndose el sorprendido. Luego, mirándome, añade—: No tienes de qué preocuparte, cariño. Aquí somos todos amigos.

Yo no estoy tan segura de eso, pero Kubrick parece sincero.

—Solo mira en tu interior —dice—, sigue lo que te dicte el corazón y lo que desee tu cuerpo. Y lo encontrarás.

A Kubrick le ha entrado de repente la vena zen y me está dando consejos vitales como un gurú new age. Tiene las manos entrelazadas por delante mientras habla, así que hasta empieza a parecer un gurú auténtico.

—No hay ningún secreto —dice—. Lo único que tienes que saber en esta vida para que te hagan una mamada es que todo el mundo necesita follar o ser follado. Eso es todo.

No es exactamente Deepak Chopra, pero creo que sé por dónde va.

La filosofía de Kubrick, en pocas palabras, es la siguiente:

Se corre uno, se corren todos.

Folla con uno, folla con todos.

Fóllate a quien quieras, como quieras.

Y esa es la única ley.

—Tan solo una advertencia —dice Kubrick inclinándose hacia mí y señalando atrás—. Mantente alejada del enano.

Miro por encima del hombro de Kubrick al enano, que ahora está encaramado en lo alto de la jaula, a cuatro patas, gruñendo como un perro. Y la chica está acurrucada en un rincón sobre una bala de paja.

—¿Por qué? —digo, parece inofensivo.

—Es un salido —dice Kubrick—. Y puede que su herramienta no dé la talla, pero eso no lo detiene a la hora de intentarlo.

»Lo que les pasa a los enanos es que son todos supermachos y nunca dejan nada a medias. Así que, por lo general, o van por ahí fustigándose por ser tan pequeños o quieren cepillarse al mundo. Y ese de ahí es un auténtico sádico.

Vuelvo a mirar y ahora el enano está aguantándose sobre un brazo, como si estuviera a punto de hacer flexiones, sujetándose la polla con la otra mano y meando a través de los barrotes de la jaula. La pobre chica se mueve sin parar de un lado a otro sobre las manos y rodillas, tratando de evitar que la riegue con el chorro y de esquivar las salpicaduras sin conseguirlo del todo.

Debo de tener cara de estupor, porque Anna me dice:

—No te preocupes, eso forma parte de lo que la pone cachonda. Si no, no estaría ahí dentro.

—Muy bien, niñas —dice Kubrick dando palmaditas rápidas e impacientes como una monitora de campamento—: Tengo un club que dirigir y gente con la que follar. Divertíos.

Se baja del taburete de la barra y lo vemos escabullirse corriendo por uno de los pasillos como el Conejo Blanco.

Anna se vuelve hacia mí y dice:

—Nunca imaginarías en qué trabajaba Kubrick antes de esto.

—No tengo ni idea —digo.

—Adivina.

—¿*Coach* profesional?

—No.

—Profesor de aeróbic.

Anna niega con la cabeza.

—Bibliotecario.

—No.

—Anestesista.

Se ríe.

Esto es perder el tiempo, pienso.

—Me rindo —le digo—. ¿Qué era?

—Contable.

Trato de imaginarme a Kubrick con un traje de ejecutivo estudiando minuciosamente libros de contabilidad en un despacho. Y

fracaso estrepitosamente.

—Y no un contable cualquiera —dice. Luego se inclina hacia mí y me susurra—: Para la CIA.

Según me cuenta Anna, en la época en que Kubrick era contable, vivía una vida bastante normal, era un hombre felizmente casado y con una casa en las afueras. Vida sana, una vida sexual normal, sin hijos.

Pero Kubrick tenía un secreto. Solía meterse en el garaje a hacerse pajas con revistas con fotos de tíos cachas. No es que fingiera ser hetero cuando en realidad era gay, ni que fuese más una cosa que la otra. Solo descubrió que estaba aburrido del sexo que tenía con su mujer y estaba buscando emociones nuevas.

Empezó a pensar en qué otra cosa podía ponerlo cachondo. Decidió dejar que su imaginación echase a volar de verdad y ver hasta dónde lo llevaba. Empezó a coleccionar catálogos.

No eran catálogos de ropa interior. Eso sería demasiado obvio, demasiado fácil. Catálogos de muebles de jardín, de semillas y cereales, de instrumentos dentales, de maderas, metales y cemento. Seguía sus impulsos y coleccionaba todo aquello que lo estimulase. Mirando las fotos descubrió que se le daba bastante bien construir detalladas fantasías sexuales en torno a objetos inanimados, cuanto más prosaicos, mejor, porque Kubrick estaba entrenándose para sexualizar el mundo que lo rodeaba.

Llegó a la conclusión de que ese mundo sería un lugar mucho más excitante para vivir, que lo arrancaría de la monotonía de su trabajo de funcionario del gobierno, de la normalidad de su vida en las afueras. Mucho más interesante aún que machacársela con revistas de tíos cachas en el garaje después de cenar.

Así fue como Kubrick encontró su vocación. Como fetichista.

Una cosa llevó a la otra y Kubrick no tardó en recopilar una biblioteca entera de la parafernalia pajillera más extraña que alguien hubiese visto jamás. Una biblioteca que a los ojos de cualquier otra persona solo podía parecer una colección de libros excéntrica, como las que suelen encontrarse en un mercadillo o en una librería de viejo. No tardó mucho tiempo en quedarse sin espacio libre en el garaje para albergar la colección, pero significaba tanto para él que, en lugar de trasladarla o

reducirla, decidió vender su coche.

Un buen día, Kubrick se puso a hablar con uno de sus compañeros de trabajo sobre su colección y los dos se dieron cuenta de que tenían algo en común. Los dos se dieron cuenta de que estaban viviendo una mentira. Decidieron fundar un club para poder entregarse a sus aficiones.

Al principio quedaban en una habitación en las profundidades de los recovecos del edificio, fuera de las horas de trabajo. Solo eran unos cuantos y se sentaban a charlar, simplemente, con una cerveza en la mano, cada uno hablaba de sus fantasías por turnos, delante de los otros: como una terapia de grupo pero para sádicos y pervertidos. Todo muy relajado y civilizado. Hasta que una noche, mientras Kubrick estaba relatando una fantasía sexual particularmente escabrosa en la que aparecía una manguera, una regadera y un montón de estiércol, un tipo sentado frente a él, nuevo en el grupo, se sacó el pene y empezó a masturbarse delante de todos los demás. En vez de pararlo y decirle que se lo guardara y se subiera la bragueta, Kubrick continuó hablando, incrédulo. Ahora tenía un nuevo reto: quería ver si podía hacer que aquel tío se corriera.

Mientras seguía hablando, los otros hombres de la habitación también empezaron a bajarse las cremalleras y Kubrick, sorprendido, se propuso tratar de ayudarlos a todos, estimulándolos para que alcanzaran el orgasmo únicamente con la fuerza de su imaginación. Para él, aquel era el mayor estímulo de todos. Muchísimo mejor que hacerse pajas con los catálogos de productos de limpieza, de joyería y de herramientas eléctricas.

La siguiente vez que se reunieron, algunos tipos llegaron acompañados de sus secretarias y sus becarias. Mientras Kubrick se sentaba en el centro del corro y les contaba historias, ellos empezaron a hacer mucho más que simplemente masturbarse ahí en medio. El pequeño grupito de Kubrick no tardó en convertirse en un grupo de apoyo para adictos al sexo en el que se alentaba a practicar aún más sexo, no menos. La gente empezó a llevar accesorios y a disfrazarse, y las escenas que interpretaban eran cada vez más elaboradas y complejas.

En cuanto se corrió la voz y una cantidad cada vez mayor de funcionarios quisieron incorporarse al grupo, las cosas empezaron a irse de las manos. Cada vez resultaba más difícil mantenerlo en secreto. Por la misma época, Kubrick decidió que ya estaba harto de maquillar las cuentas

de los libros para que el gobierno pudiese librar sus guerras sucias en territorios lejanos de todos los rincones del mundo, y señalar después con el dedo a los contables y alegar además la doctrina de la negación plausible. Decidió que quería dedicar sus energías a su verdadera pasión: ayudar a las personas a descubrir y poner en práctica sus perversiones.

No acabo de creerme lo que estoy oyendo, así que interrumpo a Anna en ese preciso momento y digo:

—¿Estás diciéndome que fue así como empezó la Fábrica de Follar? ¿Como un club de sexo en el Pentágono para después de la jornada laboral?

—Supongo —contesta Anna. Después de eso, se queda callada unos segundos, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Entonces dice—: ¿Sabes? La gente más rara trabaja en el gobierno.

Kubrick todavía tiene buenos contactos, me explica Anna.

—No te creerías qué clase de personas vienen aquí —dice.

Espero a que me diga quiénes exactamente, pero no lo hace, y no se lo pregunto porque no estoy segura de querer saberlo. No es solo la combinación de esas dos cosas lo que me inquieta, sino la magnitud de lo que acaba de revelarme sobre el poder ejecutivo y lo que realmente ocurre tras las puertas del gobierno.

Estoy dentro de la Fábrica de Follar y me siento como Al Pacino en *A la caza*. Soy Al Pacino haciéndome pasar por gay. Y emitiendo todas las señales equivocadas.

Trapo amarillo en el bolsillo trasero izquierdo: te gusta dar.

Trapo amarillo en el bolsillo trasero derecho: te gusta que te den.

Estoy emitiendo todas las señales equivocadas, sin darme cuenta siquiera de que lo hago, y me fijo en un tío que me mira desde el otro extremo de la barra. Joven, rubio, con el torso desnudo, musculoso y obscenamente guapo, con un corte de pelo a lo paje que le quedaría ridículo a cualquier otro hombre, pero que a él, con un cuerpo como ese, le sienta sencillamente fenomenal: como todos los modelos masculinos, que pueden tener el look más extravagante y parecer tan a gusto en su propia piel que aun así llaman la atención. Está apoyado de espaldas a la barra, acodado sobre ella, con las piernas en un ángulo de cuarenta y cinco grados

frente a él, la mejor postura para lucir el enorme bulto en sus pantalones de cuero.

La verdad es que no es mi tipo, para nada, y ni siquiera me van los rubios, pero se comporta con semejante confianza y aplomo que no puedo dejar de mirarlo. Y veo que eso es exactamente lo que quiere.

Me mira con frialdad, como un león vigilando a su presa, a la espera del momento idóneo para atacar. Me está persiguiendo sin moverse un solo centímetro. Quiere que sepa que está ahí, que me está alterando los nervios controlándome con la mirada.

Y yo quiero que sepa que no soy presa fácil, que no estoy sola y llevo refuerzos, así que me vuelvo para hablar con Anna. Pero ella ya no está ahí. Paseo la vista frenéticamente por toda la sala, pero no la veo por ninguna parte. Me vuelvo de nuevo. Él todavía me está mirando, y ahora sabe que estoy indefensa y no tengo dónde esconderme. Antes de que tome la iniciativa, decido buscar refugio en el lavabo, también con la esperanza de encontrar allí a Anna.

Bueno, en circunstancias normales eso sería una maniobra muy hábil, porque el lavabo de señoras es como un convento, un santuario que ofrece protección para el sexo débil, donde se pueden hacer confesiones y airear secretos, y donde los hombres no están permitidos.

Solo hay un problema. Este lavabo es unisex. Y no es tanto un lavabo como una excusa para practicar deportes acuáticos y sexo anónimo. En el centro hay una especie de piscina hecha a medida para que la gente se mee dentro o se bañe o ambas cosas a la vez, y eso es exactamente lo que está sucediendo. Varias hileras de retretes flanquean cada lado de la sala, habrá unos veinte o treinta, y cada uno de ellos tiene un agujero en la puerta —como los agujeros en el armario de Marcus— y partes del cuerpo que sobresalen de ellos o presionan hacia dentro. Tardo una fracción de segundo en mirar a mi alrededor, asimilar todo aquello y darme cuenta de que no es el tipo de refugio que buscaba.

Salgo del baño al pasillo en penumbra que conduce de vuelta a la sala principal del club, y él está ahí, esperándome, en un rincón sumido en la semioscuridad.

Al principio no lo veo, pero cuando paso por delante, su mano sale disparada y me agarra del antebrazo.

Tira de mí hacia él. No me resisto. Dejo que se me lleve.

Y me obliga a volverme de espaldas de forma que estoy contra

la pared.

Tengo sus manos en mi cintura, sujetándome, la parte inferior de su cuerpo presiona contra el mío.

Me besa en los labios mientras desliza una mano por mi cuerpo, por mi espalda y arriba hasta el hombro.

Se inclina para rozarme la piel con los labios y no sé cómo encuentra el punto mágico, justo al borde de mi cuello, casi a mitad de camino entre la clavícula y la oreja, una zona erógena que activa el mecanismo que me abre como una caja secreta japonesa. Y es tanto el placer que siento que justo antes de que la dopamina me llegue al cerebro, me sorprendo pensando ¿cómo lo ha hecho?

Hunde la nariz detrás de mi oreja, inhalando mi olor. Sus labios, suaves y húmedos, se centran en mi cuello, dibujando círculos con la lengua, explorando, para luego, lentamente, trazar una curva ascendente hasta mi oreja refugiándose en el interior del borde dejando una fina estela de saliva. Sigue paseando la lengua debajo del lóbulo, luego la retira y mordisquea hacia abajo con la intensidad justa para que sienta el filo de sus dientes.

Dejo escapar un gemido. Está dentro de mi oído, susurrándome: «Te gusta». Es más una observación que una pregunta, porque él ya sabe lo que está haciendo, adónde me está llevando, y cómo derribar mis defensas, una tras otra.

Hinca la lengua profundamente en la hendidura, presionando, sondeando, humedeciendo. Y gimo de nuevo, ahora ebria de placer y abandono, con el cuerpo tembloroso de la expectación ante el siguiente roce.

Pero en vez de tocarme, me hace esperar mientras me dirige hacia el fondo del rincón donde estamos. A la intimidad de la oscuridad, donde nadie puede vernos. Y me alza en el aire y me sienta en una repisa estrecha que recorre la pared a la altura de la cintura.

Apenas rozo el suelo con los pies. Mis tacones buscan desesperadamente algo donde apoyarse y tengo que hacer fuerza y recostarme en la pared para evitar caerme hacia delante.

La pared está húmeda de sudor. Como si todo el calor y la humedad hubiesen quedado atrapados en este rincón preciso del club, pero también está fría y mojada, y me pego a ella y me muero de gusto porque me estoy quemando por dentro.

Y ahora que me tiene en un lugar donde sabe que soy vulnerable y estoy indefensa, noto que su ardor aumenta. Cada vez se muestra más audaz, menos tímido y decoroso.

Su lujuria está desatada.

Tiene la boca en la mía otra vez y sus besos son ahora más enérgicos. Me besa con los labios, la lengua y los dientes.

Me recorre todo el cuerpo con las manos. Una se hunde en mi pelo mientras la otra se cuela bajo mi camisa en busca del sujetador. Me masajea y me aprieta un pecho a través de la copa. Me acaricia y me pellizca el pezón con los dedos.

Siento la acometida de la sangre. Endureciéndolo, tensándolo. El pezón está tan sensible que tengo que ahogar un grito cuando el algodón me roza la piel.

Siento cómo se me acelera la respiración. Oigo mi ardor en mis jadeos. Y eso me excita aún más.

Me separa los pies, me abre las piernas con la rodilla y desliza el muslo por mi entrepierna. Aplasta la ingle contra mi muslo. Y siento la presión de la dureza de su sexo. Levanto la pierna y deslizo la pelvis hacia delante para que pueda adentrarse aún más entre mis piernas.

Estoy justo en el borde y la repisa se me clava en el culo, y me duele mucho, pero no me importa porque ahora me está montando con el muslo, presionándome con fuerza.

Pongo las palmas de las manos sobre su pecho y me preparo para poder restregarme con más ímpetu. Y es tanto el placer que siento que creo que voy a perder la cabeza y sé que he perdido el control.

Pero en vez de eso creo que me he quedado traspuesta con el calor, el placer y el dolor, porque de repente me veo a mí misma. Lo veo a él encima de mí. Y estoy fuera de mi cuerpo.

El nudo de mi camisa vaquera está desatado y la camisa abierta.

El sujetador está desabrochado por delante y me cuelga de los hombros.

Tengo los pechos desnudos y pegajosos de sudor. Los pezones rosados e hinchados.

Los shorts me cuelgan de una pierna. Con la otra le rodeo la cintura por la espalda.

Tiene la mano metida en mis bragas. Estoy mojada y me

retuerzo entre sus dedos.

Y entonces es como si acabara de despertarme, porque todo está borroso y confuso, y la música suena como si estuviera muy lejos.

Pero lo oigo decir claramente:

—Al final ha resultado que no eras tan buena chica.

Está diciéndome algo sobre mí misma que no quiero saber. Y creo que está burlándose de mí.

La risa que lo acompaña está llena de petulancia y lascivia, una bofetada en la cara, y aterrizo de nuevo estrellándome contra el suelo. Vuelvo a estar completamente dentro de mi cuerpo. Estoy desnuda y avergonzada, y ya no quiero más; aquí no, ahora no, así no.

Levanto la cabeza para mirar detrás de él, por encima de su hombro, y es entonces cuando me doy cuenta de que ya no estamos solos.

Hay ocho o nueve chicos vestidos de cuero, auténticos *leather boys*, y cuando digo chicos de cuero me refiero a chicos de cuero de verdad, de los que se ven en las pelis porno gay de los setenta. Hombres extraordinariamente guapos, esbeltos y musculosos. Están apiñados en la entrada de ese rincón, dos o tres más adentro. Los que están detrás estiran el cuello, se empujan y se dan codazos para ver mejor.

Los tres de delante hacen fuerza hacia atrás, contra los otros, para no perder el sitio, para mantener la distancia entre nosotros y ellos. Todos van desnudos de cintura para arriba, llevan los pantalones abiertos a la altura de la entrepierna, con las bolas colgando de forma obscena sobre la bragueta, espesos rizos negros de vello púbico debajo, y sus manos, enormes, ásperas y sudorosas, acariciando con actitud desafiante unas pollazas duras e indecentes.

Estoy completamente perpleja y acojonada porque no sé si se la están machacando por mí o por él.

—No puedo hacer esto —le digo, y lo empujo débilmente—. De verdad, tengo que irme. —Oigo cómo la voz se me quiebra de emoción—: Tengo que encontrar a mi amiga.

Y es como cuando un director grita «¡Corten!» y se acaba la escena. Les he cortado el rollo y ahora todos empiezan a dispersarse en busca de otra escena, una más satisfactoria, y yo me visto rápidamente, me incorporo y me abro paso entre ellos, sin decir nada.

Echo a correr por un pasillo temblando, exhausta y excitada, todo a la vez, tratando de entender qué coño acaba de pasar. Una parte de

mí quería llegar hasta el final, pero no podía dejarme llevar así como así y me he asustado, como cuando te subes a una atracción de esas de infarto en un parque de atracciones y de repente te das cuenta de dónde estás y te entra el pánico, y la emoción se convierte en miedo.

Y ahora, como el protagonista de todas las escenas de película que habéis visto que transcurren en un club, estoy buscando a alguien. Estoy buscando a Anna.

Creo que estoy volviendo a la sala principal, de vuelta a la barra, cuando resulta que voy en la dirección contraria. Y me doy cuenta de que Anna tenía razón, este lugar es como un laberinto. Todos los pasadizos parecen iguales. Giro una, dos veces y estoy totalmente perdida. Sigo avanzando en la misma dirección, creyendo que voy a reconocer algún elemento u otro, y luego me doy cuenta de que no es así. Y justo cuando estoy pensando que nunca voy a encontrar el camino de vuelta, doblo otra esquina y veo a Anna. Imposible no verla. He entrado en una sala grande y cavernosa llena de gente, todos moviéndose al unísono, todos pensando al unísono, actuando por instinto mientras se pasean y observan y follan.

Y están proyectando una película en la pared del fondo de la sala, de unos diez metros de alto por unos doce de ancho, de Anna. Es uno de sus videoclips de la página web de SODOMA. O al menos supongo que es de la página web, porque no lo había visto antes. Ella está en topless y con los ojos vendados con una camiseta negra atada alrededor de la cabeza, pero no hay ninguna duda de que es Anna. Reconozco la misma media melena rubia, reconozco su cuerpo: voluptuoso, curvilíneo, blanco y delicado.

Está sentada en un banco formado por poco más que unos tablones de madera astillada sin barnizar, clavados unos a otros sin concesión alguna a la comodidad o la estabilidad. Tiene los brazos extendidos a la espalda, en una postura de crucifixión, atados con unas ligaduras de cuerda gruesa, y lleva más ataduras, muy ceñidas, en el cuerpo, una encima de los pechos y otra alrededor de la cintura.

No sé lo que ha pasado en el vídeo antes de esto, pero Anna tiene el torso todo rojo, como si la hubieran azotado. Tiene la cabeza caída hacia delante, la mandíbula abierta, como colgando, y está babeando. Un salivajo grueso y alargado le cae perezosamente desde la comisura de los labios y le cuelga entre las tetas, donde los latigazos se ven muy rojos y en carne viva, realmente dolorosos, y el pecho se le hincha y deshincha como

si acababa de correr una maratón.

Miro a Anna en la pantalla y veo a Séverine, con los ojos vendados y atada a aquel árbol, y me doy cuenta de que son la misma persona: dos rubias fatales encadenadas a sus deseos.

Me vuelvo y veo a Anna de nuevo —la verdadera Anna—, desnuda y en cuclillas sobre una plataforma enfrente de su imagen en el vídeo. Es la estrella del escenario y de la pantalla. Y la razón por la que no la había visto en un primer momento es porque está rodeada de un enjambre de tíos, todos tratando de acercarse a ella como cazadores de autógrafos acosando a una ingenua en su estreno en el cine. En lugar de ofrecerle bolígrafo y papel, se menean la polla en su cara, y ella las agarra, asegurándose de que todos consiguen lo que han ido a buscar y de no defraudar a ninguno.

El cuerpo de Anna brilla de sudor y semen. Tiene el rostro radiante y lleno de vida. Vuelve a lucir esa expresión en la cara, la misma que vi en el vídeo de ella con el taladro-vibrador, la misma expresión de placer extático.

Estoy ahí de pie, asimilando todo aquello, y una cosa es ver todo eso en vídeo, pero verlo delante de tus ojos es algo completamente distinto; estás viendo cómo le sucede eso a tu mejor amiga y es como si te estuviera sucediendo a ti misma.

Eso es lo que pienso cuando veo a Anna rodeada de todos esos tipos tan cachondos y arrebatados, despojada de su ropa, sus defensas, sus límites. Me reconozco a mí misma. Anna parece muy cómoda y relajada, despreocupada por completo, totalmente segura de sí misma y de su cuerpo, de su capacidad. En mitad del caos, pero con la situación completamente controlada. Y corriéndose, además. Me estoy poniendo cachonda solo de verla. Por fin me doy cuenta de que ahí es donde quiero estar yo también, que de ahora en adelante nada volverá a ser lo mismo. Nunca volveré a ser la misma. Por fin he cruzado al otro lado.

13

En mis sueños, soy más valiente. En mis sueños, reproduzco de nuevo lo que pasó en la Fábrica de Follar. Y no salgo huyendo. Me quedo exactamente donde estoy, clavada en el sitio, con el culo encajado contra la repisa, envolviéndole la cintura con mis piernas, y dejo que me la meta.

Dejo que me la meta mientras los otros esperan su turno. Los veo escupirse en las manos y acariciarse la polla, mirándome, a punto de correrse, cada vez más cerca.

Y me siento como una azafata de la Fórmula 1, en los boxes, rodeada de mecánicos desnudos de cintura para arriba manoseando unas llaves inglesas que relucen con el brillo del aceite. El rugido de las revoluciones del motor me retumba en los oídos. Estoy medio mareada y embriagada por el humo. Estoy lista para que la lujuria me consuma por completo.

Y enseguida deciden todos a una, como una bandada de aves, que no quieren esperar más, y avanzan hacia mí a la vez, abatiéndose en picado a mi alrededor. Una barrera de hombres, enloquecidos, imparables, todos reclamando atención. Picoteándome con la punta del pajarito. De repente tengo más pollas de las que puedo manejar, más de las que sé siquiera cómo manejar. Y estoy abrumada, pero muy, muy cachonda.

Esta es la conclusión a la que he llegado:

En mis sueños, me parezco más a Anna.

Dispuesta.

Me gustaría ser más como Anna.

Voraz.

Y a partir de ese momento decido que voy a ser más como Anna.

Libre.

Dos días más tarde, Jack vuelve a casa a recoger un par de

mudas limpias. Lleva fuera muy poco tiempo pero ya tengo la sensación de que todo ha cambiado y que un extraño ha entrado en el apartamento. Es un bloque de hielo. No sé cómo derretirlo. Y mantengo las distancias porque no quiero que se enfade conmigo. Entra y sale en media hora.

Apenas hablamos. O mejor dicho, él deja bien claro que no quiere hablar conmigo más que para decirme que se va inmediatamente de viaje una semana entera, a la otra punta del estado para ayudar a montar un importante mitin en la gira electoral de Bob. Una ciudad de mala muerte donde la pobreza es la norma, la inscripción en el censo electoral es baja y Bob necesita que se corra la voz para hacerse con el máximo de votos posibles. Un lugar que tiene que incluir por narices en su gira para demostrar que se preocupa. La ironía está en que es precisamente la clase de lugar que un político solo visita cuando lo que le preocupa es conseguir tu voto. Y no volverás a verlo hasta la próxima vez que se presente a la reelección. Y en mi opinión, Bob no es muy distinto.

No importa lo mucho que Jack admire a Bob, no importa el éxito que Bob pueda llegar a cosechar, no importa que represente una «nueva» forma de hacer política y que arremeta contra la vieja escuela, tiene que jugar al mismo juego que todos los demás, exactamente de la misma manera que se ha jugado siempre. Porque las reglas se establecieron hace tanto, tantísimo tiempo, que prácticamente son ya inamovibles.

Si eres ambicioso y decidido, igual que Bob, cabe la posibilidad de que consigas modificarlas un poco, o puede incluso que consigas modificarlas mucho, pero ningún político va a cambiar las reglas por miedo a alterar los equilibrios de poder o a que se derrumbe el sistema, porque entonces esto es el sálvese quien pueda. Y en ese juego todos salen perdiendo. Porque la política siempre tiene que ver con sacar provecho.

Ahí es donde Jack y yo discrepamos.

Cuando se trata de política, él es un idealista. Yo soy realista.

En la vida real, él es un pragmático. A mí me puede la fantasía.

Dicen que los opuestos se atraen, pero ahora mismo tengo la sensación de que esa es precisamente la razón por la que somos polos opuestos.

Y he estado compensando mi frustración saliendo por ahí con Anna, cosa que no ayuda mucho, porque sé que Jack no lo aprueba, a pesar de que eso tampoco lo ha expresado de manera explícita. Sé que no le gusta

lo rápido que me he convertido en íntima de Anna, y la cosa se complica más aún por el hecho de que sabe que nunca podrá llegar a formar parte de la intimidad que compartimos.

No es porque Anna no le guste. Yo sé que le gusta. Creo que Jack, como cualquier otro hombre que haya conocido a Anna, secretamente quiere follársela. Y no lo culpo, porque si yo fuera Jack, también querría follármela. Si tuviese curiosidad y me dijese que es eso lo que quiere, no le montaría ningún número, no se lo impediría. Al contrario, lo animaría.

Y querría mirar.

Querría ver cómo Anna seduce a un hombre con su cuerpo. A mi hombre.

Querría ver cómo Jack se la folla. Para poder ser una observadora externa de mi propia vida sexual.

Ya sé lo que se siente al ser follada por Jack. Ahora solo quiero verlo. Quiero una prueba visual de lo que se siente.

Ahora los veo juntos. Solos. Desnudos. En nuestro dormitorio, mío y de Jack. Y siento el nerviosismo de Jack, porque nunca ha estado con una persona como Anna. Una persona tan dueña de sí misma y segura de su cuerpo y del poder que tiene. Nunca ha estado con una persona tan segura de su sexualidad.

Y supongo que esa otra persona con la que sí ha estado soy yo, pero no es que yo sea ingenua cuando se trata de sexo. Cuando veo un pene, sé todo lo que hay que saber. Sé cómo sujetarlo, qué hacer con él y lo que sale al final. Me conozco el cuerpo de Jack como la palma de mi mano. Cada milímetro, cada arruga y cada pliegue. Sé lo que le gusta y exactamente qué botones apretar, y cuándo, para darle placer. Pero sigo pensando que tengo mucho que aprender y puedo aprenderlo todo de Anna, observando todos sus movimientos.

Jack está tumbado en la cama, de espaldas. Ya la tiene dura, como siempre, y todo su cuerpo está rígido y tenso, no solo ante la expectativa de estar con Anna, sino porque es tímido y siente un poco de vergüenza.

Anna se está encaramando encima de Jack, de la misma forma en que a veces me imagino a Marcus encaramándose encima de mí. Se sienta a horcajadas sobre sus piernas y se inclina hacia delante, apoyando

una mano sobre el pecho de Jack para mantener el equilibrio, y luego empieza a lamerse exageradamente el índice y el dedo corazón de la otra, y a frotárselos entre las piernas para lubricarse mientras mira a Jack directamente a los ojos.

Coloca las dos manos sobre su pecho, se eleva y se mueve hacia delante, deslizando el coño a lo largo de su pene y luego, despacio, hacia atrás y hacia delante varias veces, hasta que los labios se separan y su polla se instala en la hendidura y no tarda en volverse toda viscosa con sus secreciones.

Ella se desliza hacia delante hasta dar con el lugar exacto donde la punta de su polla se encuentra con el capuchón de su clítoris y acelera los movimientos para poder correrse ella también al tiempo que hace lo mismo por él. Presiona hacia abajo sobre la polla de Jack y menea las caderas en un movimiento circular, restregándose con fuerza contra él. Él la oye exhalar y soltar una rápida serie de pequeños jadeos. Siente cómo Anna está cada vez más y más húmeda. Sus fluidos se acumulan en la base de la polla, se derraman sobre sus cojones, chorrean entre los muslos.

Anna se inclina, le pone una mano en la mejilla y le planta un beso en los labios, le desliza la mano por el cuello y le clava una uña en el pecho. Sus caricias son tan delicadas, tan sinceras en su devoción, que no tarda en disipar toda la ansiedad de Jack y en hacer que se sienta a gusto. Y la dinámica entre ellos empieza a cambiar. Veo a Jack volviendo a ser él mismo. Su audacia y su determinación, dos de sus cualidades que realmente me excitan, se hacen sentir en la forma en que la toca, la forma en que la hace colocarse precisamente en la postura que él quiere, para poder asumir todo el control.

Estoy mirándolos y es como si fuera un observador omnisciente porque los veo follando desde todos los ángulos a la vez. Estoy dentro de donde transcurre toda la acción —presente en cada cuerpo, sintiendo todo lo que sienten, desplazándome entre ambos a voluntad— y fuera de ellos al mismo tiempo.

Y ahora Anna está reclinada sobre la cama y Jack está de pie en el suelo, montándola por detrás. Le tiene cogido todo el pelo con la mano izquierda, igual que un jinete experto sujeta las riendas de un caballo mientras se prepara para espolearlo a pasar del trote al galope, con una mano firme y una fusta lista en la otra.

Jack la agarra del pelo con tanta fuerza que Anna lo tiene todo

tirante en el cráneo, como si se lo hubiera recogido en una coleta, la cabeza inmóvil mirando hacia arriba y la espalda curvada hacia atrás y arqueada en una «J» imposible de puro perfecta. Le está dando unos azotes en el culo con cachetes amplios, enérgicos y poderosos que emiten los mismos chasquidos que una toalla mojada en un vestuario de hombres.

Veo el culo de Anna enrojecer y encenderse cada vez que él retira la mano, preparándola con un movimiento de vaivén para la siguiente manotada. Veo cómo se le estremece el culo cuando la embiste por detrás. Y sus bolas, húmedas y pegajosas con el sudor de él y las secreciones de ella, arremeten contra el clítoris de Anna, que está grande e hinchado. Sus arremetidas constantes son tan duras y precisas que ella aúlla como un ave que siente el peligro.

Jack tiene una expresión que nunca le había visto, de concentración pura y de determinación inquebrantable, como si estuviera decidido a matar a Anna a polvos. Como si quisiera follársela hasta que su cuerpo diga basta y se desplome debajo de él.

Y aun entonces él seguirá dándole una y otra vez, sin tregua y sin piedad, hasta que su cuerpo quede postrado en el suelo y completamente inmóvil. Y solo entonces retirará él la polla, dura, mojada, temblorosa y triunfante, y empezará a masturbarse, deslizando la piel hacia atrás y hacia delante por el asta erecta, golpeándose con fuerza los huevos con el puño.

Nunca había visto a Jack así. Nunca lo había visto tan depravado, tan salvaje y depredador. Se está tirando a Anna como nunca se me ha follado a mí, como si ella hubiera liberado una parte de él que estaba aprisionada en lo más hondo de su ser, como me ayudó a liberar una parte de mí.

Y ahora he visto todo lo que quiero ver. Ya me he hartado de mirar únicamente. Ahora quiero participar.

Me veo allí con ellos. Y no es el trío que verías en una peli porno, la típica fantasía masculina de mierda, donde el supersemental con un pene magníficamente dotado y una lengua como la de Gene Simmons consigue, no sé cómo, satisfacer a dos mujeres a la vez, como un forzudo de circo capaz de levantar a dos chicas, cada una de ellas sentada en un bíceps. O su opuesto igualmente ridículo, donde dos súcubos hipersexuados se afanan con un chico, lo agobian, lo ahogan, le echan un polvo tras otro hasta someterlo y le roban su esencia.

No, esto es distinto. Esto va más allá del cliché. Esto es real.

Me veo a mí con Jack y Anna y hemos formado un círculo perfecto.

Estamos tumbados de lado, cada uno con la cabeza enterrada en la entrepierna del otro. Estoy chupándole la polla a Jack, mientras él le come el coño a Anna y ella me lo come a mí. Todos nos estamos probando, a ver qué gusto tenemos. Todos estamos dando y recibiendo. Somos como la serpiente que engulle su propia cola.

Cuando Jack desplaza la boca hasta el agujero del culo de Anna y empieza a follarle el coño con el dedo, la oigo gemir cuando se aparta un momento del mío y entonces, instintivamente, lo imita y me hace a mí lo mismo. Puedo sentir la lengua de Anna explorando despacio alrededor de mi agujero: lamiéndolo, probándolo y luego sumergiéndose en su interior, mientras con sus dedos finos y flexibles me bombea el coño con la velocidad de un pistón a un ritmo completamente diferente.

Es como ese truco que se aprende de niño, cuando te frotas la barriga y te das palmaditas en la cabeza al mismo tiempo, e intentas seguir haciendo las dos cosas a la vez. El secreto para poder hacerlo está en olvidarse de lo que estás haciendo y mover las extremidades de forma independiente y por instinto. Y eso es lo que pasa también con el sexo. Con el buen sexo. Que tu cuerpo se mueve en un movimiento perpetuo, tu mente se relaja por completo, cede el control y lo absorbe todo.

Sea lo que sea lo que me está haciendo Anna, me gusta tanto que me sorprendo cambiando de postura para hacerle lo mismo a Jack. Le estoy lamiendo el ojete, que es algo que nunca he hecho antes porque a los hombres, sobre todo a los machos discretos como Jack, les da cosa que los toquen por alrededor de esa zona en concreto.

Pero ahora lo estoy lamiendo y él no se queja. Lo oigo gemir, muy bajito, como si no quisiera que Anna y yo lo oigamos, pero yo lo oigo. Y empiezo a tirar arriba y abajo a lo largo de su verga, torciendo un poco el prepucio al hacerlo, y ya no puede contenerse, y se deja llevar, gimiendo un poco más fuerte.

Somos tres cuerpos fundiéndose en uno. Libres de ego, disuelta la personalidad. No hay distinción entre Jack, Catherine y Anna. No hay hombre o mujer. Somos una sola persona, un solo sexo. Follando como máquinas. Moviéndonos en sincronía. Respirando al mismo ritmo. Gimiendo en armonía. En perfecta sintonía.

Cuando nos corremos, lo hacemos los tres juntos, explotamos los tres juntos.

Y yo veo cumplido de sobra mi deseo.

14

Ahora lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Recuerdo el momento en que fui consciente por primera vez de lo que era el sexo. No el acto en sí, sino el despertar. Lo recuerdo como si fuera ayer. Y esto va a sonar muy, muy extraño, e incluso podría ser un poco difícil de creer, pero juro que es verdad.

Cuando tenía once años, o doce o trece, no lo recuerdo exactamente, mi mejor amiga me enseñó unas hojas gastadas y amarillentas de papel que había encontrado en el cajón de la mesa de su padre y nos tumbamos en el suelo de su dormitorio mientras ella me las leía en voz alta.

Era una historia erótica. Una historia realmente sucia pero escrita en forma de carta. Pornografía, pero sin las imágenes. Pornografía antes de las cintas de vídeo, los DVD, los teléfonos móviles e internet. Pornografía donde las imágenes sucias están dentro de tu cabeza.

Dedujimos que en realidad aquella carta no había pertenecido originalmente a su padre sino a su abuelo, que se había ido a luchar en la guerra de Vietnam. La única parte de él que volvió a casa fue un baúl destartalado lleno de recuerdos húmedos y mohosos del lugar que había dejado atrás y de la familia que lo perdió. Una combinación de seda que era de su abuela y que aún conservaba el débil rastro del perfume que llevaba en la primera cita de ambos, unas fotos del padre de mi amiga cuando era apenas un bebé, fotos muy viejas y descoloridas que parecían manchadas de lágrimas, y un paquete de cartas medio destrozadas atadas con una cinta azul. Y aquella carta, la carta que contaba la historia sucia, era una de ellas. Iba dirigida a él, pero no sabíamos quién se la había enviado porque no conseguimos encontrar ninguna firma. Por lo visto, se había perdido. Y el sobre no llevaba remite.

Hace unos días encontré la historia publicada en un foro de internet. En líneas generales era la misma historia, pero se omitían los detalles. Un par de personas comentaban que creían que había empezado como algo que circulaba entre los soldados destinados en el extranjero

como material pornográfico en forma de hojas de multicopista. Y pasó de generación en generación y de guerra en guerra hasta ir a parar al cajón del escritorio del padre de mi amiga y acabar en sus inocentes manos.

Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, le habría dicho que parase antes de llegar al final. Le habría dicho que parase antes de empezar a leer siquiera. Que devolviera las hojas a donde las había encontrado, que las metiese de nuevo en el cajón. Que no eran nuestras. Que aquello no era para nosotras. Que no necesitábamos saber lo que decían. Ni entonces, ni ahora, ni nunca.

Los niños poseen multitud de dones naturales y extraordinarios que solo cabe envidiar y admirar. Lo único que les falta es la capacidad de prever las cosas.

Por alguna razón, son incapaces, simplemente, de establecer la relación entre salir corriendo calle abajo con los cordones de los zapatos desabrochados y un tropezón y una caída espectacular en el futuro inmediato. Además de dos rodillas magulladas que escuecen a rabiar.

Que si meten el dedito en el culo del perro, este se pondrá a gruñir como un poseso y se revolverá, los morderá y puede que hasta les arranque un ojo. Porque un perro es como un pandillero cumpliendo condena que está en la ducha de la cárcel con una pastilla de jabón en una mano y una navaja en la otra. Le importan una mierda los matices, y para él, que le metan un dedo en el culo equivale a una violación en toda regla. Aunque el niño sea un crío de cinco años que lo único que quiere es jugar inocentemente con el bueno de Fido.

Que si se cagan encima notarán una sensación muy desagradable y olerán muy mal. Por no hablar de cuando se echan corriendo a los brazos de mamá y se aguantan las ganas de contarle que eso es lo que les ha pasado, desechos en lágrimas. Porque si bien los niños carecen de capacidad de previsión, les sobra astucia. Así que si por abajo empieza a salir caca, el niño deduce que debe abrir el grifo por arriba y ponerse a llorar a moco tendido. Aunque solo sea con el fin de inspirar compasión suficiente para que el humillante proceso de limpiarlo todo después sea mucho más fácil de soportar.

Así que si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, cuando mis padres me llevaron al festival navideño de nuestro centro comercial local

por primera vez, siendo una renacuaja, con mi precioso vestido rosa de volantes con bastones de caramelo a rayas cosidos al dobladillo de la falda, y me hicieron caminar sobre el césped artificial blanco, pasando por delante de los elfos mecánicos que me daban tanto repelús y que agitaban los brazos tiesos como una abuela bailando al ritmo de Katy Perry en una fiesta de Nochevieja, y me sentaron en las rodillas rojas de Santa Claus, grandes como troncos, para que él pudiera inclinarse hasta que su barba blanca colgara sobre mi regazo y me formulara la pregunta de rigor sobre cuál era mi deseo, lo habría mirado a los ojos legañosos y ahogados en ginebra con toda la ilusión y la inocencia infantil que fuese capaz de reunir y le habría contestado: «Dame capacidad de previsión».

Me habría ahorrado un montón de problemas, de desengaños amorosos y de ropa interior manchada de mierda más adelante. Me habría ahorrado a mí misma.

Y en aquel entonces, tumbada en la alfombra de la habitación de mi amiga mientras ella sujetaba aquellas hojas amarillentas y se disponía a leerlas en voz alta, puede que estuviera a punto de convertirme en mujer, sí, pero todavía era una niña. ¿Qué sabía yo?

Así que la azucé para que leyera.

Éramos como Adán y Eva preparándonos para morder la manzana. La curiosidad nos pudo, no supimos contenernos y nos tragamos aquella cosa toda de una vez y casi nos meamos encima de la risa en todos los fragmentos realmente sucios.

Sin embargo, el resto de la historia, las partes más turbias y extrañas, solo nos parecieron raras e incomprensibles para nuestras mentes jóvenes, inocentes y aún en desarrollo. Como no las entendimos, como no habíamos experimentado nada que pudiese dotarlas de significado o contexto, no nos afectaron. O por lo menos creí que no lo hicieron. Y ahora viene algo que no puedo explicar del todo.

De algún modo, la historia, tal y como la escuché de boca de mi amiga por primera vez —toda la historia, hasta la última palabra y el último detalle—, ha permanecido conmigo todo este tiempo, excavando en las profundidades de mi subconsciente como un parásito, donde asentó su campamento y construyó su hogar.

Y durante años y años yo no he sabido que estaba allí.

Me olvidé por completo no solo de haber oído la historia sino también de la secuencia de acontecimientos que conducían a ella. Y ahora

mi amiga solo es una voz sin nombre y sin rostro, y unos recuerdos fugaces que toman cuerpo solo a medias son las únicas pruebas que tengo de su existencia.

Salvo en mis sueños.

En mis sueños me acuerdo de todo. Recuerdo exactamente cómo contó la historia, lo que sucedía y cómo me hizo sentir.

En mis sueños reproduzco las escenas una y otra vez, añadiendo nuevos detalles aquí y allá que hacen que parezcan más vívidas y creíbles, descartando otros. Conservando algunos que forzosamente parece que tengan que estar ahí, como puntadas de costura para impedir que la trama de la historia acabe descosiéndose por los hilvanes.

Pero en cuanto me despierto, desaparece. Pierdo cualquier recuerdo de la historia. A excepción de algunos cuantos hilos desperdigados, pero nunca los suficientes para poder urdirlos y encontrarles algún sentido durante las horas que estoy despierta. Luego, por la noche, todo volverá en aluvión y el sueño comienza otra vez.

Con el paso de los años, creo que debo de haber ido perfeccionando y retejiendo poco a poco la historia hasta convertirla en un hermoso y complejo patchwork de deseo sexual, un catálogo de mis sueños húmedos desde la pubertad hasta la edad adulta.

En algún momento durante las últimas semanas pasó algo, algo que hizo aflorar el sueño a la luz. Ha vuelto el sueño entero, hasta el último detalle, invadiendo mi mente consciente. Y ahora la historia se me antoja tan real como mi propia vida. Y mi vida, como la de Séverine, empieza a parecer como si estuviera soñando despierta.

Y no puedo mentir, me da un miedo espantoso ver lo que ha estado dentro de mí tanto tiempo, gestándose y creciendo en mi interior. Pero al menos explica muchas cosas sobre el camino que estoy siguiendo, las cosas que he visto y los lugares en los que he estado. Sobre las razones por las que me siento atraída hacia Anna.

En el sueño soy un poco mayor que ahora. Vivo sola en una gran ciudad. Jack no aparece. No es parte del sueño ni nunca lo ha sido. No he tenido novio desde hace años y detesto volver a mi piso vacío después del trabajo. Así que me voy a dar un paseo todos los días a la misma hora, justo cuando empieza a oscurecer. La mayoría de las veces me quedo por el

barrio y simplemente doy una vuelta alrededor de la manzana. En otras ocasiones me subo a un taxi que me lleva a un parque cercano y deambulo sin rumbo por sus avenidas amplias y serpenteantes, flanqueadas por olmos, robles y cipreses majestuosos, y dejo atrás un quiosco de música que, en lo alto de una colina, parece un templo griego.

En el paseo, me recreo en la belleza de la ciudad y eso me saca de mi ensimismamiento, lo que me permite escapar de mis pensamientos. Y las tardes más claras, cuando la ciudad entera parece iluminada por un resplandor sobrenatural dorado y crepuscular, me embarga una increíble sensación de bienestar que me acompaña durante todo el camino de vuelta a casa, haciendo las largas noches mucho más fáciles de soportar.

Sin embargo, en el fondo, me siento desesperadamente infeliz y profundamente insatisfecha. Una pasión salvaje me quema por dentro y anhelo el día en que encuentre a alguien no solo para compartir mi vida, sino para ayudar a colmar la dolorosa necesidad de satisfacer mis deseos sexuales reprimidos, que parecen haberse intensificado y enfebrecido conforme paso año tras año sin sexo y sin amor.

Y sin embargo, hay alguien —el vecino del piso de enfrente—, pero no nos conocemos, no hemos hablado nunca. Cuando pasa por mi lado en el pasillo, trato de captar su mirada y él baja la suya para rehuir la mía. Pero por la noche sé que me espía. Siento sus ojos sobre mi cuerpo. Siento su anhelo y sus ganas y sé que me desea. Así que, mientras me preparo para irme a la cama, me paseo desnuda por la casa con las luces encendidas y las lamas de las persianas de mi ventana abiertas para que me vea sin problemas. Y cuando estoy en la cama, me masturbo imaginándolo a él en su apartamento pegado a la ventana, acariciándose la polla, mirándome. Veo la pasión en su rostro. Pero la cosa nunca va más allá. Él mirándome. Yo mirando cómo me mira él. Un bucle de deseo carnal que se retroalimenta y que nunca llega a consumarse del todo.

Una tarde de otoño en particular, cuando estoy a punto de salir para dar mi paseo, me llama mi mejor amiga. Charlamos un rato y cuando salgo del edificio ya es casi de noche. Un taxi pasa a toda velocidad. Sin pensarlo dos veces, mi brazo sale disparado para detenerlo. El coche se desvía hacia la acera y frena con un chirrido media manzana más allá. Echo a correr para alcanzarlo, anuncio jadeando mi destino en la ventanilla del lado del conductor y me desplomo en el asiento del pasajero.

El taxi está impregnado de un olor químico y dulzón, como de

hierbabuena, como si acabasen de limpiarlo, y las luces interiores están apagadas. Estoy tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de que estoy sentada en plena oscuridad.

Percibo movimiento a mi lado. Una mano enguantada sujeta un trapo delante de mi cara. Oigo mi propio grito. Pero es demasiado tarde.

Un hombre enorme y corpulento me lleva en brazos. Siento la fría caricia de la brisa nocturna en la cara. Y al volver la cabeza, veo que nos acercamos a una puerta verde esmeralda. La puerta se abre. No veo a nadie ni nada detrás. Atravesamos el umbral y la oscuridad más absoluta me envuelve de nuevo.

Entonces me fijo en una luz brillante que se derrama sobre mí desde arriba, cálida como el sol de última hora de la tarde. Me pregunto si no me habré tumbado en el parque un minuto y me habré quedado dormida. Me pregunto si todo esto no habrá sido más que un sueño horrible. Mis sentidos me dicen lo contrario.

Tengo las manos inmovilizadas detrás de la cabeza, como si estuviera tumbada encima de ellas. Siento tensión alrededor de la boca. Tengo los labios resecos y me muero de sed. Oigo unos crujidos, primero a la derecha, a mi lado, y luego retumbando a lo lejos. A medida que sumo un detalle extraño tras otro, la confusión da paso al miedo.

Me obligo a abrir los ojos y la luz me ciega. Unas figuras oscuras bloquean la fuente de luz desplazándose por delante de ella, lo que me permite vislumbrar lo que me rodea.

Estoy en un teatro muy, muy viejo, mirando hacia el auditorio desde un escenario iluminado por un único foco. El público se compone de hombres y mujeres vestidos para un baile de máscaras. Me miran con ojos inexpresivos, ocultos detrás de una máscara veneciana, murmurando con actitud expectante, como si esperaran el comienzo de un espectáculo de un momento a otro.

Estoy tumbada en alguna especie de camilla ginecológica elevada hasta la altura de la cintura. Tengo los pies sujetos en los estribos metálicos. Tengo las manos fuertemente atadas debajo del reposacabezas, ahora me doy cuenta, con una cuerda que me roza y me quema las muñecas. Estoy amordazada con un paño rojo. Mi campo de visión se limita a los pocos centímetros que puedo girar y levantar la cabeza.

Me siento totalmente impotente, pero no me dejo llevar por el pánico. Tengo la mente clara y despierta, rebosante de adrenalina y libre de

emociones. Resistirme, decido, es inútil. Resistirme, creo, podría empeorar las cosas.

Tres mujeres, las figuras que he visto, se mueven y revolotean a mi alrededor como tres pájaros. Llevan una capucha de gasa negra en forma de huevo, abierta por delante en una curva descendente desde la punta de la nariz, con agujeros para los ojos del tamaño de un dólar de plata. Y una capa-bolero con una tira de cuero cosida al dobladillo les recorre todo el pecho y por debajo de los brazos, dejándoles los pechos al descubierto.

Una de las mujeres saca unas tijeras y, con un movimiento rápido y fluido desde el cuello hasta el dobladillo, me rasga el vestido. Siento el frío acero de la hoja como una gota de agua helada que desciende de mi cuello hasta el vientre. La tela cae como el telón de un mago. Mi pálida y blanca piel está encendida por el calor. A continuación me rasga las bragas a la altura de las caderas. La vergüenza que siento por estar desnuda me hace retorcerme.

La primera mujer se retira, y las otras dos entran en escena para ocupar su lugar, como si todo fuese una coreografía en torno a mí. Una me pinta de rojo los pezones, aplicando el color con lápiz de labios, frotándolos y pellizcándolos para extenderlo, dejándolos de un intenso rojo carmesí que me recuerda a los resplandecientes tonos otoñales de los robles que llamean contra el cielo azul plateado en mis tardes de paseos por el parque.

La otra mujer utiliza un cepillo de púas, como los que se usan para peinar a los perros, y me cepilla los rizos ensortijados de entre las piernas. Mientras las púas metálicas me arañan la piel, la sangre se me agolpa en la cabeza y me mareo.

Las tres mujeres se sitúan a mi alrededor, una a cada lado y la tercera enfrente, sostienen delante de su cara grandes ramilletes de plumas de pavo real, envolviéndome. Y una tras otra, por turnos, bajan las plumas y me abanican y me acarician con ellas el cuerpo para, acto seguido, levantarlas de nuevo. Y luego otra vez. Abanicándome, acariciándome, levantándolas. Abanicándome, acariciándome, levantándolas.

Me abanican los brazos, me abanican los recovecos del cuerpo, me abanican los pechos y me abanican el nido. Siento cómo aumenta mi sensibilidad, y percibo cada minúsculo filamento que me roza la piel, anticipando dónde se posará el próximo y cuál será su recorrido.

Los penachos de plumas toman posesión de mi cuerpo y lo único que veo son todo ojos, ojos eléctricos de azul, óxido y verde, que me acarician, aletean y me sumen en un trance. Dividiéndose y multiplicándose, por miles y miles, todos fijos en mí. Ojos hambrientos que pretenden devorarme. Y yo quiero que lo hagan más que nada en el mundo.

Suena un timbre. Las tres mujeres desaparecen al instante. El auditorio se queda en silencio. Y me ciega de nuevo la luz, flotando hacia ella, en el silencio, en el espacio que queda entre el querer y el ser.

Aparece un hombre delante de mí, a los pies de la camilla; una máscara de arlequín, sujeta a las orejas, le cubre toda la cara hasta la boca y se extiende alrededor de su cabeza. Está hecha de algo que parece cuero quemado y moldeada con nariz, mejillas y cuencas de los ojos, como si llevara una cara encima de su cara. Su torso desnudo, sus anchos hombros y sus brazos poderosos, todo bien definido y torneado, hacen que tenga la sensación de que está esculpido en piedra. El ideal renacentista de un hombre. Mi ideal de un hombre. Lo que no puedo ver, como las estatuas del Vaticano, es su sexo, que —imagino— le cuelga intencionadamente justo debajo del mío, fuera de mi campo de visión.

Da un paso adelante y no hay intercambios verbales, no hay miramientos, sutilezas ni presentaciones. No hay preámbulos. Me agarra de las piernas justo por encima de los tobillos para mantener el equilibrio, toma impulso hacia atrás, mira hacia abajo, apunta y embiste.

Cuando me penetra, se oye un potente grito entre la multitud, un grito de asombro formado por muchos, y aunque no veo por qué gritan, lo siento. Siento cómo me abro para recibirlo. Lo siento a él abriendo una parte de mí a la que nunca nadie había tenido acceso antes. Como si, de una sola embestida, con decisión, hubiese hecho saltar los muros y liberado mi deseo. Me sorprendo pensando en la proa de un barco que se abre camino a través del hielo. Y sé que esto es solo el principio, pero ya estoy preguntándome hasta dónde puedo llegar, cuánto puedo tomar, y lo quiero todo.

La aparición de otro hombre a su lado me distrae momentáneamente de sus embestidas. Primero aparece uno y luego otro, y otro más. Seis, siete, ocho, nueve, todos formando un muro a mi alrededor. Todos con máscara, desnudos y empalmados. Y otros forman cola detrás de ellos.

No se oye ningún timbre esta vez. Cientos de manos me recorren el cuerpo, me palpan los pechos, las piernas, me tiran de la boca, chapotean en el sudor que se me acumula en el vientre. Y la intensidad de su lujuria me asusta.

Me pregunto quiénes son esos hombres y de dónde vienen. Los miro y me imagino, tras las máscaras, a los hombres con los que he fantaseado sola en mi cama. Los hombres que me sonríen amablemente al pasar por mi lado en la entrada de mi edificio, que me desnudan con los ojos en la calle, o que me miran de reojo en el metro lleno de gente.

Esos mismos hombres acuden a mi lado cuando me masturbo en plena noche, cuando florecen mis fantasías sexuales, cuando siento en la parte más profunda de mi cuerpo como si me estuvieran amando ellos, cuando me acaricio el pecho como si fuera la mano de otro. Las manos que me tocan en ese momento son las manos de todos los amantes que nunca he tenido y que siempre quise. Las manos del vecino de enfrente, cuyo tacto no he sentido nunca.

Lo que no sé, mientras me está pasando todo esto, es que él también está aquí, sentado con el público del auditorio, mirándome. Que lo ha traído hasta aquí un amigo que, consciente de su insatisfacción, le ha ofrecido una noche de entretenimiento. Un espectáculo muy especial en el club más exclusivo, al que solo tienen acceso los clientes más ricos de entre todos los ricos.

Lleva una máscara, como todos las demás, para ocultar su identidad. Su sorpresa inicial al verme a mí, el objeto de su deseo, subida al escenario, no tarda en verse compensada por la excitación que siente al poder clavarme los ojos en el cuerpo, tan de cerca y con tanto detalle, y por la oleada de excitación que resurge entre la concurrencia.

Quiere participar y mostrarse ante mí, pero tiene miedo de lo que pueda suceder, tiene miedo de las terribles consecuencias que eso podría acarrearnos, de que se nos echen encima como una jauría de perros y nos destrocen. Así que al final se olvida de todos esos pensamientos, cede a sus impulsos y se entrega a la vorágine de deseo de la multitud.

Si hubiese sabido que había alguien conocido entre el público, que él estaba ahí fuera, tal vez las cosas habrían sido distintas. Tal vez no me habría sometido a mi destino.

Me quitan la mordaza de la boca y me aflojan la cuerda que me ata las manos. Estoy libre. Pero no grito pidiendo auxilio ni lucho para

escapar. Para mí, ahora la libertad significa algo distinto.

Tengo hambre. Tanta hambre como los ojos emplumados y las manos que me agarran y me manosean. Y entonces, instintivamente, busco algo con la mano para saciar mi necesidad, para llenarme la boca y tener algo en las manos. Tengo toda la piel del cuerpo enrojecida e irritada de tantos azotes, pellizcos y manoseos. Del mismo rojo ardiente que las hojas llameantes de los robles. Y no me importa porque ahora me siento en armonía con mi naturaleza, siento que mi cuerpo fue hecho para esto.

Por primera vez consigo incorporarme del asiento y mirar por encima de los hombres que, empujándose, aguardan su turno para situarse a mi lado, y miro hacia el patio de butacas del auditorio. Veo cuerpos por todas partes, una hilera tras otra de cuerpos, dispuestos en grupos de dos y de tres, unidos por las caderas y por la boca. Figuras entrelazadas y en movimiento. Como glifos en un alfabeto de deseo. Un lenguaje universal que no necesita explicación. Y me doy cuenta de que todo es por mí, y eso es lo que más me excita. Fue mi deseo lo que me trajo hasta aquí, lo que creó esto, y de pronto entiendo qué significa enloquecer de lujuria.

Y ahí era donde se quedaba la historia en la última página. Donde se interrumpía mi sueño noche tras noche, año tras año. Por mucho que creyese que podría moldearlo y cambiarlo, no podía hacer que terminase. Y he buceado en mi mente para ver si puedo haber pasado algo por alto o haberlo olvidado desde la primera vez que escuché la historia, algo que me haya dejado. Y lo único que se me ocurrió fue lo siguiente.

Sentadas en el suelo, tratamos de imaginar todos los finales posibles. Finales de cuento de hadas en los que el admirador secreto de la chica corre a precipitarse sobre el escenario para rescatarla como un caballero de brillante armadura y se la lleva por la puerta grande y verde, de vuelta a su apartamento, donde viven felices para siempre. Porque, para los niños, todos los cuentos tienen finales felices, y eso es lo que era la historia para nosotras, un cuento de hadas, como la Bella Durmiente o Hansel y Gretel, no más turbia, ni aterradora ni irreal.

Ya no creo en los cuentos de hadas. Ahora soy mucho más sabia.

Los finales felices son para los ilusos.

¿Y el sueño?

Estoy viviéndolo ahora mismo.
Lo sé.
El final todavía no está escrito.

15

Todo el mundo ha estado en una situación como esta.

Estás en una fiesta.

Estás ahí de pie —o sentada—, pensando en tus cosas, observando a tu alrededor. O a lo mejor estás con una amiga, hablando de chorradas que solo os importan a ti y a ella, riéndoos de vuestras propias gracias. Y de repente se os acerca un tipo.

No sabes quién es, ni tu amiga tampoco. Ni siquiera recuerdas haberlo visto antes. Pero es posible que lo vieras un momento al llegar y no le has dado más importancia. Hasta puede que le hayas sonreído sin darte cuenta. Sin querer, en realidad. Y él lo ha malinterpretado como una señal, para que tome la iniciativa.

Y ahora está ahí, de pie delante de ti. Dice «hola» y se presenta, porque para él una fiesta es un sitio donde se supone que conoces gente. Y ha decidido que quiere conocerte. Pero eso no significa necesariamente que tú quieras conocerlo a él. De hecho, con treinta segundos en su compañía te basta y sobra para decidir que no es así. Acabas de conocerlo, pero ya sabes absolutamente todo lo que querrías o necesitarías saber sobre ese hombre. Y ya estás tratando de encontrar la manera de quitártelo de encima.

Esta es esa fiesta.

Dickie es ese tipo.

Dickie trabaja en la industria del cemento. Premezclado. Ha trabajado en el sector de la construcción y los conglomerados durante toda su vida laboral. Es el presidente y el consejero delegado de una de las mayores empresas mundiales de suministro de materiales para la construcción. El cemento es su vida y es un verdadero apasionado del tema. Está intentando convencerme de que los primeros usos documentados del cemento son tan importantes para la historia del mundo como el descubrimiento del fuego. Que su oficio en la vida es tan importante para el desarrollo cultural de la humanidad como la arqueología, la medicina y la filosofía juntos.

Pero no es ninguna Madre Teresa. Dickie tiene sucursales en todas las zonas de conflicto del mundo. Está fabricando cemento suficiente para reconstruir los países con mayor rapidez de lo que tardan en ser destruidos.

—La guerra es un gran negocio —me dice.

Anna habla con el amigo de Dickie, Freddie, un gestor de fondos de inversión. Está risueña y parece que se divierte. Puede que Dickie esté podrido de dinero, pero sus dotes para la conversación son tan áridas como el sector para el que trabaja. Dickie es un coñazo. Se me van a dormir hasta las bragas de puro aburrimiento.

Si llevara bragas, claro. Si las llevara, a estas alturas Dickie ya habría conseguido que se durmieran de aburrimiento.

Pero no llevo.

Lo que llevo es lo siguiente: una cinta de encaje negro con flores que me cubre los ojos, medias blancas hasta la rodilla, zapatos de tacón de aguja y con tira trasera de color rojo y, tapándome con ella por encima como una manta, una capa que me llega hasta el suelo, color rojo rubí para que haga juego con mi pintalabios favorito. Esta vez no llevo ropa interior.

Anna lleva una máscara metálica de filigrana con forma de mariposa y una capa de color verde esmeralda envuelta alrededor de sus curvas como una estola de piel. Juntas, parecemos dos fases de un semáforo.

Las máscaras y las capas forman parte de la etiqueta para esta pequeña *soirée*. Nada de cuero o tela vaquera. Enmascarados y anónimos. Porque es una fiesta de temática sexual. Una fiesta *Eyes Wide Shut*.

Esto está a años luz de la Fábrica de Follar. Este lugar es diferente. Es exclusivo y de élite.

Me pregunto qué diría Kubrick de esto. Stanley, no Larry. Creó una fábula preciosista sobre el cruce entre el sexo, la riqueza, el poder y los privilegios, su última obra maestra, el rodaje ininterrumpido más largo de la historia del cine, una película como todas las películas que hizo, donde cada matiz, cada detalle de su construcción y su puesta en escena está ahí por una razón específica. Una película en la que puso tanta pasión y tanto trabajo que acabó con su vida, y nunca llegó a ver cómo era recibida por el público.

Aunque seguramente fue lo mejor. Porque lo único que Stanley

Kubrick probablemente no supo prever es que precisamente las personas sobre las que hizo la película se tomarían la historia al pie de la letra. La minoría selecta de los inmensamente ricos, cuyo poder y privilegios les da vía libre para vivir según su propio código social, moral y sexual, un código que, sencillamente, no nos sirve al resto de los mortales; la minoría que cree que la decadencia es algo que se puede comprar con el brillo de una tarjeta de crédito, o escoger en un showroom, la confundirían con poco más que un sofisticado anuncio publicitario de un club de alto standing de intercambio de parejas, poco más que una excusa para un lugar como este.

Estamos en el salón de una mansión decorada con gusto y llena de muebles antiguos y reproducciones de obras de arte. Está en algún lugar del país. Dónde exactamente, no lo sé, ni Anna tampoco, porque nos ha traído un servicio de alquiler de coches con chófer apalabrado por Bundy y las dos nos hemos quedado dormidas por el camino, acunadas por el ronroneo del motor, el hipnótico parpadeo de las luces traseras de los coches de delante y el suave movimiento del coche cuando tomaba las curvas de las serpenteantes carreteras secundarias una vez abandonamos la ciudad. Y lo siguiente que recuerdo es a Anna tocándome el hombro, zarandeándome con suavidad y diciendo:

—Catherine… Catherine… despierta. Ya hemos llegado.

Ahora que estamos dentro, me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde estamos y no hay forma de saberlo, porque fuera está oscuro y todas las ventanas están cerradas con persianas. Es como si estuviéramos en el plató de rodaje de una película. Toda la realidad está concentrada y reunida en el interior de esta casa.

Hay unas mesas enormes repletas de manjares tan exquisitos que parece un banquete romano: botellas magnum de Veuve Cliquot en cubiteras de hielo. Bandejas de plata rebosantes de caviar de Beluga. Fuentes inmensas de marisco —ostras, mejillones y gambas— plantadas en el hielo como parterres de flores. Terrinas de foie gras. Y esta gente es tan displicente con su riqueza que parece que nadie coma. Unos mayordomos de aire estoico ataviados con esmoquin y antifaz negro entran y salen de la marea de invitados sirviendo champán.

Es como si alguien hubiese abierto una puerta que siempre había permanecido cerrada, una puerta a un lugar que no sabía que existía, y me hubiese invitado a entrar. ¿Y por qué no iba a querer echar un vistazo, vivir esa experiencia? ¿Cómo es la vida en la zona prohibida?

Ahora mismo no parece ninguna orgía. Todo el mundo se comporta de una forma muy fina y educada. Parece una típica fiesta burguesa. Y miro a Anna como diciendo: ¿En serio? ¿Para esto es para lo que hemos venido hasta aquí? ¿Esto es lo mejor que se le ocurre a Bundy? Y al mismo tiempo estoy impresionada, porque esto es otro nivel por completo. Está muy por encima de las posibilidades de Bundy. Pero que muy, muy por encima.

Razón por la cual nosotras, Anna y yo, estamos aquí, y Bundy y su tatuaje esperpéntico, no —porque aquí cantaría como una almeja—, pero él ha suministrado a las chicas. Y Anna se mueve entre todos esos mundos con facilidad y elegancia. Su sexualidad le da un pase de acceso a todas las zonas, y yo soy su bonus adicional.

Yo diría que Dickie tiene unos sesenta mínimo, posiblemente más, pero está en una edad en que los números dejan de importar y son aún más difíciles de predecir. Dickie tiene una sorprendente mata de pelo canoso peinado hacia atrás y un cuerpo como un saco de patatas, lleno de bultos y bordes irregulares y más ancho por debajo. Lleva una máscara del Zorro y una toquilla de raso blanco con ribetes rojos, como las que llevan los curas. Por lo demás, y a falta de un término mejor, Dickie debe de estar excomulgado. No parece tanto un miembro del clero como un superhéroe retirado con tendencias nudistas. El Capitán Cemento.

Dickie está sentado hablando conmigo, explayándose sobre la mecánica del cemento con las piernas cruzadas. El pene y los huevos le cuelgan lánguidamente sobre el muslo, tan aburridos como yo.

Freddie es mucho más joven, lo bastante joven como para ser hijo de Dickie, y parece que lleva la sotana que hace juego con la toquilla de Dickie, como si fueran dos mitades del disfraz alquilado y hubiesen arrojado una moneda al aire a cara o cruz.

Mientras Dickie habla, siento que me embarga una tristeza infinita, pero hago todo lo posible por disimularlo. Trato de mostrarme interesada y mantener una conversación. Pero nunca he llamado Dickie a nadie en mi vida y no pienso empezar ahora. Así que lo llamo Richard.

Digo:

—Richard…

—Dickie —dice él, cortándome por tercera o cuarta vez—, llámame Dickie.

Y por tercera o cuarta vez, hago como que no lo he oído.

—Muy bien, Richard —digo—, explícamelo otra vez: ¿cuáles son las ventajas del cemento de alto asentamiento y el de contracción reducida?

Me he quedado con la cantidad justa de jerga como para poder fingir que me interesa, y de vez en cuando suelto términos de su vocabulario para que crea que lo estoy escuchando.

—El bombeo, nena —dice. Y lo repite para dar más énfasis—. La capacidad de bom-be-o.

—Y contracción reducida… —digo.

—Menos deformación —dice Dickie—. Menos combadura y alabeo. Si lo quieres duro y tieso, se queda duro y tieso.

Da un golpe de kárate en el aire con la mano y suelta una carcajada ronca.

—Creo que lo he pillado —digo.

Ahora que he mostrado una pizca de interés y que casi parece que sé de qué hablo, Dickie lo interpreta como una luz verde y se lanza a saco. Yo desconecto.

En la pared detrás de Dickie hay una serie de reproducciones enmarcadas de dibujos primitivos llenos de rayas de hombres y mujeres follando en varias posturas. Los reconozco inmediatamente como las ilustraciones del libro que hojea Brigitte Bardot en *El desprecio* de Godard, el libro que el chabacano productor americano regala a su marido guionista para que se inspire y lo ayude a aumentar la carga erótica de un guión del director alemán Fritz Lang que es todo mitología griega y pretenciosidad artística, sin ningún potencial comercial en taquilla. Le ha dado al marido guionista de Bardot un libro de arte pornográfico de la Antigua Roma para que se la casque con la esperanza de que eso empape el texto del guión y así darle al productor vidilla sexual suficiente para que su inversión consiga sentar más culos en las butacas. Y esas imágenes, que aparecen en aquel libro y en estas paredes, fueron creadas con un propósito específico, como una especie de manual de instrucciones sexuales y de estimulante erótico para los clientes de un burdel de Pompeya, que fue donde las encontraron. Y supongo que están aquí con ese mismo propósito.

Dickie está hablando y las únicas palabras que capto son «descarga», «vibradores» y «salpicaduras». Me he perdido y no sé si sigue hablando del cemento o me está soltando palabras guarras, pero me imagino que si a Dickie el cemento armado se la pone dura, probablemente

sea un hombre fácil de complacer. Solo que no soy la persona adecuada para complacerlo.

—Salpicaduras —digo.

—Sí, nena, salpicaduras —dice—. De las impurezas. En el agua.

—Ah —digo. Y vuelvo a desconectar inmediatamente. Miro a mi alrededor a todos los demás hombres y mujeres desnudos, de todas las edades, formas y tamaños, y me pregunto en qué sectores trabajarán ellos.

Plástico. Biotecnología. Armas. Petróleo. Productos farmacéuticos. Logística. Mercado de futuros.

Porque todos esos burócratas sin rostro y sin nombre que presiden grandes empresas de las que nunca habéis oído hablar pero cuya influencia y toma de decisiones alcanza de forma invisible cada rincón de nuestra vida diaria —desde las pastillas que tomas antes del desayuno, hasta la gasolina con la que llenas el depósito del coche y la almohada ergonómica de espuma en la que apoyas la cabeza cada noche—, toda esa gente también tiene una vida sexual. Tienen que follar. Y me imagino que aquí es donde lo hacen. Aquí mismo. En una orgía sexual de alto nivel como esta, diseñada para proteger su dignidad, cuando no su recato. Tapándose la cara con máscaras para poder ser tan anónimos en su vida privada como en su personalidad pública.

Siento la súbita urgencia de orinar, y me doy cuenta de que es la excusa perfecta para librarnos de Dickie y Freddie.

Digo:

—Si nos perdonan, caballeros… Tenemos que ir al lavabo de señoras.

Nos largamos de allí todo lo rápido que nos lo permiten nuestros tacones, a un baño en la planta de arriba.

Estamos de pie frente al espejo del baño, retocándonos el maquillaje y le digo a Anna:

—¿Se puede saber qué es este sitio?

—Lo llaman la Sociedad Juliette —me dice.

—¿Qué coño es eso? —digo yo.

—No sé mucho más —dice—. Solo que lo llaman así. Digámoslo así: la Fábrica de Follar es para gente corriente. Esta gente no

es corriente.

—Eso ya lo veo —digo.

—¿Y cómo narices ha conseguido Bundy acceso a este sitio?

—Bueno, ya sabes —bromea—, Bundy es una caja de sorpresas. Sus caminos son inescrutables.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, intrigada.

—Bueno —dice—. Puede que parezca que no tiene donde caerse muerto, pero viene de una familia con pasta. Siente debilidad por las niñas ricas que son como él y que harían cualquier cosa por él. El tipo de chicas que tienen fondos fiduciarios de seis cifras pero trabajan como strippers. Hasta tiene una web para ellas.

—A ver si lo adivino —digo—: ¿«Guarras Asquerosamente Ricas»?

—¿Cómo lo has sabido? —exclama Anna, y suena genuinamente sorprendida.

—Pura intuición.

Me estoy retocando el pintalabios y Anna se está empolvando las mejillas con colorete. Se mira en el espejo para tener la seguridad de que se lo distribuye de forma homogénea y, mientras lo hace, dice:

—¿Sabías que los hombres mayores sí saben cómo complacer a una mujer?

Justo cuando creía que ya lo había oído todo de Anna, ella me suelta otra perla de sabiduría, otra frase lapidaria que me deja perpleja y maravillada. Nunca deja de sorprenderme. Y lo dice como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Y eso?

—Porque van tan salidos como uno de dieciocho pero sus cuerpos no pueden mantener el ritmo.

Suelto una carcajada.

—Hablo en serio —dice—. Se ponen dale que te pego como locos hasta que se quedan sin aliento, entonces tienen que parar para recuperarse y aumentar su resistencia. Y luego empiezan otra vez. Pueden pasarse así toda la noche.

—Pero ¿no son así los jóvenes también? ¿Cuál es la diferencia?

Y mientras hago esa pregunta tengo la sensación de estar otra vez en esa habitación con Dickie.

—Los jóvenes siempre tienen algo que demostrar —dice ella abriendo la barra de pintalabios—. Y, por regla general, los que están más buenos suelen ser tan creídos que tienen cero imaginación en la cama.

—Sí, sé exactamente a qué te refieres —digo, pensando en mi ex, el jugador estrella de la liga profesional.

—Normalmente quieren follar delante del espejo para poder verse desde todos los ángulos posibles —continúa—, como si estuvieran dirigiendo su propia peli porno. Se están follando a sí mismos y tú solo eres parte del decorado. A los viejos, en cambio, les preocupa más asegurarse de que tú lo estás pasando bien. Y siempre quieren probar algo nuevo, porque ya lo han hecho todo antes y se saben todos los trucos.

»Y otra cosa —dice, mientras se ajusta la máscara—. A una polla dura nunca se le nota la edad. En el fondo no importa la edad que tenga, siempre y cuando siga funcionando a tope. Y a estos tíos apenas hace falta ni que los toques. Se enchufan una Viagra y se les pone dura al instante.

Da un chasquido con los dedos.

No sé cuánto tiempo hemos estado en el baño, pero cuando salimos la fiesta es diferente. No se parece en nada a la de antes. La energía del lugar se ha transformado. Es como si mientras no estábamos, alguien hubiese hecho sonar un timbre, como el que señala la apertura de los mercados de valores y, momentos después, el parquet de la compraventa de acciones se convierte en un hervidero de actividad, una orgía de golpes de teclado.

Ahora nadie habla. Todo el mundo está follando. En grupos de dos, de tres y hasta de cuatro, o tal vez en solitario, corriéndose solo mirando.

Estamos en lo alto de las escaleras, estoy observándolo todo y, tengo que reconocerlo, es una escena apabullante, y me doy cuenta de que esta vez no hay ningún lugar donde esconderse, ningún lugar al que huir. Es hora de actuar o de callarse. Necesito un minuto para recomponerme, para inspirar hondo y zambullirme.

—Baja —le digo a Anna—, yo iré dentro de un minuto. Solo quiero mirar un poco desde aquí arriba.

—Vale —dice ella, y baja dando saltitos por las escaleras

como un corderillo trotando por el campo, deseosa de entrar en acción.

Estoy apoyada en la barandilla, mirando por el hueco a la gente que está follando en la sala principal, y me fijo en un tipo que me mira desde el otro lado. La verdad, no sé qué me pasa últimamente con los desconocidos. Debo de despedir algún olor muy particular.

Hay algo que me atrae de la máscara que lleva, mucho más elaborada que las otras que he visto por aquí. Y entonces caigo en la cuenta: es el hombre de mi sueño, el hombre renacentista de la máscara de arlequín que me abre y me libera.

Pienso todo esto durante la fracción de segundo que pasa desde el momento en que lo veo por primera vez y lo que tarda en empezar a avanzar hacia mí. Se me acelera el corazón. Estoy paralizada por la expectación y él está concentrado en mí como un zángano depredador. El tiempo se ralentiza. Es como si lo viera avanzar hacia mí a cámara lenta. Lo evalúo con la mirada, me pierdo en los detalles.

Tiene un aire arrogante, chulito e insultantemente seguro de su atractivo. Tiene la piel morena y curtida, pero su cuerpo es firme, musculoso y bien torneado. Tiene pinta de que se cuida, de que hace ejercicio. Su físico me habla y me dice que este hombre es consciente de su poder y de cómo usarlo. Y está bien para su edad, sea la que sea, aunque supongo que debe de rondar los cuarenta, como mínimo.

Ahora lo tengo tan cerca que puedo olerlo. Huele a perfume caro. Para cuando lo tengo delante, ya estoy enganchada. Ese hombre tiene algo, solo que no sé lo que es. Entonces me doy cuenta. Hay algo en él que me recuerda a Jack.

No al Jack de ahora. Al Jack de más adelante. Al Jack de algún momento en el futuro.

Siempre me había dicho que quería envejecer al lado de Jack. A veces me gustaba imaginar cómo seríamos cuando tuviésemos cincuenta o sesenta años, cuando hubiésemos vivido media vida en la compañía del otro. Me preguntaba qué aspecto tendríamos con toda esa historia común a cuestas, cómo sería nuestra relación, cómo follaríamos.

Y acabo de decidir que el hombre que tengo delante representa mi fantasía de cómo será Jack cuando nos hagamos mayores, qué aspecto físico tendrá, cómo se comportará.

Y ya sé que suena mal. Suena a excusa, y en cierto modo lo es. Es una excusa que se ha inventado mi cerebro para explicar lo que siente

mi cuerpo. Porque siento una atracción inmensa por este hombre, cuya identidad desconozco y nunca llegaré a conocer. Un hombre que para mí es una página en blanco sobre la que puedo proyectar todas las fantasías que me apetezcan. Y vivirlas y experimentarlas. De verdad.

Me ofrece la mano. La tomo sin dudas ni reservas. Cuando me lleva de nuevo abajo, a la sala principal, es como si fuéramos dos novios enamorados saliendo de paseo una tarde de domingo.

Cuando entramos, veo a Dickie y a Freddie trabajándose ya a dúo a Anna, y no puedo decir que me sorprenda. Ella está a cuatro patas sobre el desvencijado y antiguo sofá de cuero. Freddie le da por detrás y Dickie tiene la polla en la boca de Anna y una pierna subida al sofá. Tiene las manos apoyadas en la parte baja de la espalda, justo por encima de las caderas, como la pose que adoptan a veces los actores porno cuando les están haciendo una mamada. Como si tuviera lumbago.

En las pelis porno, los tíos que ves así, de pie en esa pose, follando de esa manera, casi siempre llevan puestos los calcetines. Y, oh, sorpresa, Dickie lleva calcetines. Pero calcetines caros. Calcetines de rombos, de vestir. De Ralph Lauren.

Está claro que Freddie no es tan puntilloso. Él está desnudo. Y tengo que reconocérselo: Anna le pone verdaderamente muchas ganas. Les está enseñando a esos dos tipos cómo pasarlo en grande. Dickie tiene una sonrisa de satisfacción en la cara de un kilómetro de ancho, como cualquiera que tuviera a una chica joven y guapa tan guarra y dispuesta como Anna abofeteándose los mofletes con su pene, como está haciendo Anna, y hablándole como una puta al mismo tiempo.

—Eres un viejo verde muy, muy malo —le dice a Dickie—. Un viejo sucio y pervertido. Un viejo salido. Dickie, Dickie, Dickie. Eres muy, muy malo.

No estoy segura de si le habla a Dickie o a su pene, pero yo diría que los dos están disfrutando a partes iguales.

Luego se vuelve hacia Freddie y le dice:

—Oh, sí, papi, dame con el rabo. Anda, papi Freddie, dame como a mí me gusta. Oh, joder, sí…

Mi hombre enmascarado me lleva hasta el final de la sala, como haciéndome desfilar delante de todos, exhibiéndome. Me indica con

una seña que me siente en una butaca de anticuario de gran tamaño con tapicería de gamuza roja. Me siento con las piernas juntas y las manos sobre el regazo, modosita y formal como una colegiala católica. Él me mira, me sonríe y palmea el brazo de la silla. Y no tiene que decir nada más, ya sé lo que quiere, lo que espera.

Levanto y separo las piernas, apoyándolas en cada brazo de la silla y deslizo el trasero hacia delante, hacia el borde del asiento. Él se arrodilla delante de mí, me coge el pie izquierdo con las dos manos y empieza a masajearme la planta con los pulgares, desplazándolos hacia arriba y hacia abajo, como hacen los gatos para probar la comodidad de una silla antes de instalarse. Cuando llega arriba, acaricia la base de los dedos con el pulgar y luego lo desliza hacia arriba por cada uno de ellos, los separa, y explora el espacio intermedio.

Cierro los ojos para poder aislarme del mundo y concentrarme en cada caricia y cada roce, y antes de darme cuenta me está besando la planta del pie, chupándome cada dedo, lamiéndolos con la lengua en movimientos circulares alrededor y entre ellos. Y es una sensación divina.

Noto cómo me recorre la parte interna de las piernas con los dedos, palpándome la entrepierna y acariciándome el coño para, acto seguido, separarme los labios con el dedo índice y el pulgar. Ya tengo el coño empapado, húmedo y viscoso. Noto cómo me lame el coño con lenguaradas firmes e insistentes, como hace un gato para limpiarse. La máscara me presiona con fuerza contra el clítoris y me lo frota arriba y abajo con la nariz, mientras él se afana con la boca alrededor de mi entrepierna, lamiendo, chupando y succionando. Siento cómo me sondea la raja con la lengua. Se zambulle en el interior y es tanto el placer que siento que dejo escapar un gemido y desplazo las caderas hacia delante para que me ensarte con su lengua. Sin embargo, en cuanto lo hago, se aparta y me deja con las ganas.

Me pone las manos sobre las piernas, me las junta y me las levanta de manera que tengo los pies por encima de mi cabeza, y el coño me sobresale, húmedo, hinchado y expuesto. Me rodeo las piernas con los brazos para mantenerlas en su lugar mientras él me apoya una mano en el muslo y me da una palmadita rápida en el coño con la otra. Dejo escapar un grito, y no sé si es en respuesta al golpe o al sonido, pero eso lo anima a hacerlo otra vez. Vuelve a darme una palmada en el coño y siento cómo me reverbera en el clítoris cuando retira la mano.

Luego siento de nuevo su boca en mi cuerpo, pero esta vez me la clava con firmeza alrededor del clítoris, y lo siento aspirarme en su boca, chupando con ahínco y golpeando luego la punta con su lengua, paseándola por el capuchón, soplando sobre él, chupándolo otra vez, comiéndoselo a lametones. Y cada vez que finaliza un ciclo de aspirar, soplar, morder y lamer, lo altera y no sé qué es lo que vendrá después. Y es tanto el placer que siento que dejo escapar una sucesión de pequeños jadeos y gemidos sincopados.

Mientras hace todo eso, sus dedos encuentran mi agujero, tan húmedo que ya siento un rastro de fluido que me resbala chorreando hasta el agujero del culo. Y sin perder un segundo, desliza los dedos dentro, explorando alrededor del suave montículo carnoso detrás de mi clítoris. Me está chupando el clítoris y bombeándome con los dedos en la vagina hacia atrás y hacia delante, y siento que estoy a punto de correrme y que no podría evitarlo aunque quisiera. Siento el hormigueo en las terminaciones nerviosas, enviando corrientes eléctricas que me recorren todo el cuerpo. Me sacuden entera. Me encabalgo sobre su boca y noto sus dientes, su lengua, sus labios, todo a la vez presionándome el clítoris.

Luego noto que me mete el pulgar empapado de saliva en el culo, pensando que me tiene tan distraída que no voy a darme cuenta, y me hace aterrizar de vuelta de golpe. Lo miro a los ojos y le digo tajante: No. Si pudiera leerle la expresión de la cara, probablemente vería decepción, pero obedece, y la verdad es que me importa un huevo si piensa que soy una mojigata. No se trata de eso. No soy ninguna virgen anal. Es solo que quiero guardarme algo para mí. Quiero guardarme algo para Jack. Y esto no es como la Fábrica de Follar. Esto no es un descontrol donde todos se lo montan con todos y nadie se pelea por un quítame allá esas pajas. Aquí controlo yo, y en mi zona de confort mando yo y puedo llevarlo todo lo lejos que yo quiera.

Cambiamos. Él se sienta en la butaca y yo me encaramo a los reposabrazos, me agacho y lentamente me acomodo en su polla. Y tengo el coño tan mojado que se desliza hasta el fondo, hasta la base, y ahora me toca a mí hacerlo gemir. Vuelvo a levantarme. Unos regueros de fluido espeso, blanco y cremoso le resbalan por la polla y forman un charco en su vello púbico. Me escupo en la mano y la bombeo, cubierta con saliva y fluidos, y sigo bombeando hasta que oigo el gemido insistente y casi inaudible que me hace saber que voy por buen camino.

Vuelvo a bajar para acomodarme en su polla de nuevo, inclinándome hacia delante de manera que tengo las manos apoyadas en los reposabrazos y el culo ligeramente hacia arriba y en ángulo, tirando consigo de la polla. Voy alternando entre lentos giros con las caderas y movimientos hacia atrás y hacia delante y vuelvo a oír de nuevo el aullido inaudible. Estoy resbalando hacia atrás y hacia delante sobre su polla y él extiende las manos, me coge los pechos y con el dedo índice y el pulgar me aprieta fuerte los pezones.

Ahora que me tiene desatada, húmeda y dispuesta, tiene otro as en la manga: quiere compartirme con otros. Y no sé cómo lo saben o si él les ha hecho algún tipo de señal, pero de pronto me veo rodeada. Y no tengo miedo.

Una muralla de carne masculina me separa del resto de la sala, como resguardándome. Y me siento segura.

Cuando algunos se van, otros ocupan inmediatamente su lugar. Y yo quiero justo eso. Cuantos más, mejor.

Pierdo la cuenta de cuántos rostros enmascarados y pollas anónimas se me acercan, inclinando la cabeza a medida que avanzan, implorando atención. Cojo todo cuanto queda a mi alcance con todo lo que tengo, y una vez que lo pruebo me doy cuenta de que sigo con ganas de más. Cuanto más tengo, más hambre siento, y no parará hasta que yo quiera. Y no quiero.

El sexo se pone cada vez mejor y mejor y mejor. Los orgasmos se vuelven más y más intensos, y justo cuando creo que ya he alcanzado el límite, llega otro que me lleva aún más alto y no quiero que esto pare, porque el placer es rabiosamente intenso.

Es como si tuviera el cuerpo sacudido por la electricidad. No solo cada vez que me corro. Cada vez que me tocan. Como si me dispararan descargas con una pistola eléctrica, una y otra vez, y otra. Experimento un placer tan grande que lo percibo como dolor. La dopamina me inunda el cerebro, la adrenalina me fluye por el cuerpo y pierdo la noción del tiempo.

Es como si estuviera follando sin parar durante veinticuatro horas. Y supongo que, si de veras quisiera, probablemente podría seguir otras veinticuatro. Mi cuerpo seguiría adelante siempre que mi cerebro recibiera estímulos. Y esa es la cuestión: la mente nunca se cansa de la actividad física, solo se distrae y se aburre. Es entonces cuando se instala

la fatiga. Pero si consigues mantener la mente concentrada, es imposible saber hasta dónde puedes llegar.

Yo voy más allá de lo que jamás pensé, y si pudiera verme ahí, en esa habitación, rodeada por todos esos hombres, no sé si me reconocería. Probablemente reconocería a Anna.

Cuando llego a casa me duele todo el cuerpo, tengo tantas agujetas como si hubiera escalado una montaña y hubiese tenido que utilizar cada parte de mi cuerpo para llegar a la cumbre. Me siento vigorizada pero exhausta, y lo único que quiero es tomar un largo baño de agua caliente.

Mientras dejo correr el agua me miro en el espejo del dormitorio. Y me alegro de que Jack no esté aquí y no pueda verme las rojeces que tengo en el cuerpo debido a los golpes, los manoseos y los pellizcos. Al mismo tiempo, todavía estoy en un estado de excitación exacerbada, y muy, muy cachonda. Si Jack estuviese aquí, tardaría un segundo en tener su polla en la boca. Me lo follaría y luego haría que me castigase con su polla aún más.

Enciendo una vela con aroma a jazmín, distribuyo unas velas de té alrededor de la bañera, vierto unas gotas de aceite de lavanda y me meto poco a poco en el agua, centímetro a centímetro, hasta que estoy completamente sumergida y siento cómo el calor empieza a relajarme los músculos y el vapor me penetra en los poros de la cara y el cuerpo, y entonces empiezo a sudar.

Duermo mejor de lo que he dormido en mucho tiempo. Duermo como un bebé. Y cuando me despierto todavía me duele el cuerpo pero tengo la mente centrada y despejada. Me preparo para salir a hacer unos recados y escribo a Jack una nota, porque vuelve hoy y quiero que todo sea perfecto, con la esperanza de que recapacite y podamos arreglar lo nuestro. Le escribo una nota que le dice lo mucho que lo quiero. Y lo digo en serio. Más en serio que nunca. Lo quiero más que nunca.

Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, hurgo en mi bolso para comprobar que las llaves están ahí. En lugar de las llaves encuentro un fajo de billetes. Son billetes de cien dólares. Y por mucho que

me esfuerce no consigo entender cómo ni cuándo han llegado hasta ahí. Los cojo y los miro estupefacta. En estado de shock. Me quedo paralizada por una súbita iluminación, como si alguien acabase de tocarme el culo y me hubiese vuelto de golpe, tratando de averiguar lo que acaba de suceder.

Debería haber escuchado a Anna con más atención. «Bundy es una caja de sorpresas», dijo, y yo creí que no era más que otra de esas tonterías que dice. Ahora lo entiendo. Él me ha convertido justo en aquello que por nada del mundo había querido ser. He sido absorbida por la perversa fantasía de Pigmalión de Bundy pero a la inversa, donde cada mujer es la perfección a la espera de ser emputecida. Bundy me ha reencarnado en Séverine. Belle de jour. El plato del día. Una de las putas de Bundy.

Me siento sucia y utilizada. Tengo el estómago vacío y siento náuseas. Me encuentro tan mal que tengo ganas de vomitar. Las náuseas dejan paso a la ira. Y lo único que oigo es una voz en mi cabeza, furiosa.

¿Cómo has podido ser tan estúpida?

Me grito a mí misma en mi cabeza porque Bundy me ha prostituido y yo ni siquiera lo vi venir. Creía que la que mandaba era yo, que yo era más inteligente.

Y no lo era.

Esto es lo que me pregunto ahora.

¿Qué valor tiene la experiencia? ¿Y cuál es su precio?

Y no es en absoluto la misma pregunta. Una está relacionada con la trascendencia, la otra con el sacrificio.

Estamos tan acostumbrados a pagar un precio —en la compra semanal, por nuestra salud, nuestros errores, nuestras indiscreciones, y otros pecados, afrentas y delitos menores—, que nunca nos cuestionamos cuánto, o quién decide cuánto es eso y por qué. Y, como cultura, parecemos obsesionados con lo que se ha perdido —ya sea la inocencia, la intimidad, los privilegios, la seguridad o el respeto— y rara vez con lo que se ha ganado.

Nadie, absolutamente nadie puede decirme cuánto vale mi experiencia. Nadie más que yo. Es algo que solo yo puedo saber, entender y sentir. Es algo que solo yo puedo sopesar, medir y cuantificar. Algo que puedo elegir transmitir a otros o guardarme para mí. Y esa elección es mía y solo mía. Soy libre de decidirlo. Es mi responsabilidad defenderla.

Más vale que no nos andemos con rodeos. Estamos hablando de sexo. De follar. Y eso es algo que todo el mundo hace. Ya sea en público o en privado. Más o menos. Tradicional o imaginativo. Solo o en pareja o en grupo. Con personas del mismo sexo o del opuesto. Y en la práctica, por lo general, varias o todas las opciones anteriores combinadas. Nuestra sexualidad es al menos tan compleja como nuestra personalidad; tal vez más, incluso, porque implica a nuestro cuerpo, no solo a nuestra mente.

No estamos hablando de ciencia, sino de ser. Y por eso no confío especialmente en las conclusiones de gente como el doctor Kinsey y el doctor Freud, sobre todo en lo concerniente a las mujeres. Porque, ¿cómo se puede cuantificar o categorizar el deseo? ¿Cómo se pueden hacer juicios de valor sobre lo que es bueno o malo para la gente, para el individuo, en función de cómo se siente? ¿En función de cómo follan?

Todos somos frikis. En secreto. Bajo la piel. En la cama. Tras las puertas cerradas. Cuando nadie mira. Pero cuando alguien está mirando,

o cuando alguien lo sabe, entonces es cuando hay un precio que pagar. Un precio que se nos pone a nosotros, como si fuéramos un kilo de carne. Y ese precio podría llamarse de muchas maneras, pero en realidad solo tiene un nombre.

Vergüenza.

Así que pongamos por caso a esa alumna de instituto a la que han colgado la etiqueta de guarra o puta simplemente porque es libre con sus afectos y con su cuerpo. Cuando la mitad de sus compañeras de clase llevan anillos de compromiso como profiláctico para contener sus deseos —como si eso fuese a funcionar— y, en cierto modo, eso les hace creer que son mejores. Que ella es, de algún modo, menos que ellas, más débil, más despreciable. Porque ella ya ha decidido que le gusta el sexo. Y sobre todo le gusta chupar pollas. Bajo las gradas. Entre la clase de biología y la de química. No solo con el *quarterback* del equipo de rugby, sino con el empollón de ciencias y el profesor de historia. A veces, uno detrás de otro; otras veces, todos al mismo tiempo. ¿Habéis pensado alguna vez qué saca ella? ¿Qué valor tiene eso para ella?

Esa chica no es como yo. Se parece más a Anna.

Por eso me niego a condenar a Anna por las cosas que hace.

A Anna le vale cualquier hombre. Ella puede moverse entre todos esos mundos. Dómina, estrella del porno, groupie, prostituta… No piensa que eso sean descripciones de trabajos, sino simples categorías distintas de deseo. Ella no se siente explotada, así que no le importa lo que piense la gente. Y como lo disfruta, no tiene ningún problema para aceptar el dinero. Para ella, es un ejemplo de comercio justo.

Aun así, a veces tengo la impresión de que vive al filo de la navaja. Como si el sexo se hubiese convertido en una necesidad, y la necesidad estuviese ahí para llenar un vacío, un vacío que nunca se puede colmar. Es una chica lista, así que con el tiempo se dará cuenta de que está al borde del abismo. Ese es el futuro que veo para Anna. Y eso me asusta. Pero no la voy a condenar por ello. Y tampoco voy a tratar de salvarla. Porque para ella, en este punto, todo vale la pena. Se dice a sí misma que se siente realizada. Al final del día puede que a ella le baste con eso, ¿y quién soy yo para decirle lo contrario?

¿Y yo?

Esa es la cuestión.

¿Y yo qué?

¿Qué saco yo de todo esto? ¿Cuál es el precio que tendré que pagar?

¿Y cómo iba yo a saberlo? Cómo saberlo de antemano, y no después, porque el sexo no es un pasillo de un supermercado donde se pueden comparar las diferentes opciones y saber el coste antes de hacer una elección.

Así que supongamos que era plenamente consciente de todo lo que hacía y por qué. Es mucho más interesante así, ¿no? Porque no hay excusas. No se le puede echar la culpa a nadie.

No hablo únicamente de las cosas que hice, sino de las cosas con las que fantaseaba y soñaba. Los lugares a los que me llevaba mi subconsciente. Porque todo procede del mismo sitio, en esencia. Y al final todo sale. Eso es lo que me digo. Que al final todo acabará por salir.

No sé a quién estoy engañando, si a mí misma o a Jack. Mi instinto me dice que ya lo sabe, que ya sospecha que algo ha cambiado dentro de mí. No es solo difícil ocultarle un secreto a la persona que te ama, la persona que mejor te conoce, es imposible. Pero a veces las cosas que son tan claramente obvias, sobre las personas que nos rodean, sobre nuestros seres queridos, sobre nosotros mismos, son precisamente las mismas cosas que elegimos ignorar.

El instinto es el órgano sensorial más poderoso que tenemos. No es el don de la vista, el olfato, el tacto, el gusto o el oído, sino el instinto. Es todos esos combinados y más, y si aprendemos a confiar en él, no habrá camino por el que nos aventuremos que sea el camino equivocado, no habrá acción que tomemos que juegue en nuestra contra, no habrá relación que se rompa.

Supe cuando empecé con Jack que él era mi media naranja. No solo para ahora, para siempre. Recuerdo que me moría de ganas de hablarle a mi hermana mayor sobre ese chico al que había conocido y que le conté, arrebatada y sin aliento, lo increíble que era. Creí que se alegraría mucho por mí. Solo se burló de mi entusiasmo.

Dijo que yo era demasiado joven, que me engañaba a mí misma, que Jack parecía demasiado perfecto y que no tardaría en darme cuenta de que era un capullo como todos los demás. Y yo no le hice el menor caso, porque yo confiaba en mi instinto y lo sabía.

A medida que crecía, veía que mis amigas salían con chicos, uno detrás de otro, y siempre encontraban un motivo para dejarlos, se sentían insatisfechas o frustradas o utilizadas. Las veía y me daba cuenta de que no quería ser como ellas. Y todas esas chicas ahora están solas, y tengo la sensación de que siempre van a estarlo, porque siempre están a la caza del hombre perfecto. Se han hecho esa imagen en la cabeza de quién es, cómo es, qué hace y cómo se comporta. Y es una fantasía, una fantasía total. El mismo tipo de gilipolleces que nos han estado vendiendo a las mujeres desde… siempre.

El príncipe azul. El hombre perfecto. El muñeco Ken. El espécimen perfecto. El soltero de oro. El marido ideal. Porque esos chicos, los imposiblemente guapos, los encantadores, los que hacen que te mueras por sus huesos, los que parecen demasiado buenos para ser verdad…, bueno, por lo general son demasiado buenos para ser verdad. Hay otro término para designar al encantador, una descripción más precisa.

Sociópata.

Es alucinante la cantidad de mujeres que se enamoran de tipos así, que caen en la misma trampa una y otra vez, y luego lamentan el día en que los conocieron.

El juego del amor es uno de los timos más antiguos del mundo. Cuando en realidad es lo siguiente:

Un juego de trileros.

Hay que observar el movimiento constante de los cubiletes, primero aquí y luego allá, y adivinar en cuál de ellos se esconde el hombre perfecto. Si juegas a ese juego, pierdes. Siempre. Es un desenlace inevitable.

Nadie quiere creer que ha sido víctima de una estafa, y menos en el amor. Porque eso duele que te mueres. Probablemente más que cualquier otra cosa en el mundo. Es una patada en el estómago. Enfermas. Te sientes estúpida. Muy, muy estúpida. Así que lo mejor que pueden hacer las personas en esa situación es lo siguiente:

Fingir que ya lo habían visto venir.

Fingir que lo sabían desde el principio.

Fingir que no ha pasado.

Empezar de cero de nuevo.

Y esta vez, se dicen, ha sido la última. Nunca más. Nunca más voy a caer en la misma trampa.

Pero caerán.

Caerán porque no saben lo que quieren en esta vida y, hasta que lo sepan, están destinadas a seguir el mismo patrón una y otra vez, destinadas a repetir sus fracasos. Porque van en busca de una quimera. Del hombre perfecto. El marido perfecto. El amante perfecto.

Y la vida no es así.

De verdad que no.

Las personas no son así.

Y eso no solo vale para las mujeres. Los hombres también son víctimas de sus propios engaños. Al menos los sensibles. Los que están suficientemente evolucionados para pensar en las mujeres como algo más que en un receptáculo conveniente para su semen. A veces están demasiado evolucionados. Piensan demasiado. Ponen a las mujeres en un pedestal, idealizan a su compañera perfecta y la convierten en un modelo inalcanzable y es imposible estar a su altura. Al menos, yo sé que no puedo. Y para mí eso es como la receta para una vida de sinsabores y decepción, toda una vida de relaciones fallidas. De ir siempre en busca de don Perfecto y doña Perfecta y acabar siempre con la persona equivocada. Muy equivocada.

Este es el juego del amor. Un juego de malabares en el que todos pierden.

Y tú dices: Eso es ser muy cínica.

Y yo digo: Es ser realista.

No estoy diciendo que no crea en el amor, porque sí creo. Y si me obligaran, probablemente admitiría que es en lo único en lo que creo. Ni en Dios, ni en el dinero, ni en las personas. Solo creo en el amor. Y no le estoy sugiriendo a nadie que baje el listón, ni que se conforme con el segundo plato. Nada más lejos de mi intención.

Te diré algo más. Mi relación con Jack no es así. No se basa en lo que no somos, se basa en lo que somos. Y somos imperfectos, como seres humanos, como amantes, como compañeros. Y me encantan las imperfecciones, aplaudo los fallos, adoro los defectos. Me siento cómoda con lo que soy, con todas mis taras. Me siento cómoda con lo que es él. Hablo por mí misma, no por Jack.

Él es una de esas almas sensibles que piensa demasiado y algunas veces me desespero y pienso que nunca podré vivir de acuerdo con sus expectativas y los sueños que ha depositado en mí. Y hago cosas que

son realmente tontas y autodestructivas, como si quisiera que encontrara una razón para odiarme.

Hago cosas como lo que hice anoche. Y puedo fingir cuanto quiera que eso fue otra cosa. Que en cierto modo hasta es algo honorable, porque estaba siendo fiel a mí misma, fiel a mis fantasías. Pero el quid de la cuestión es el siguiente: anoche engañé a mi novio. Al hombre al que amo, con el que quiero casarme y pasar el resto de mi vida. No lo engañé en mis fantasías. Lo engañé con mi cuerpo. Y fue un placer.

Pero, qué coño, solo se vive una vez. Puedo lidiar con las consecuencias de mis actos. Voy a intentar mitigar las pérdidas. Pero hay algo que no tengo intención de perder.

A Jack.

17

Jack ha vuelto a casa y voy a hacer lo que sea para reconciliarnos, para que sienta que lo deseo y lo amo, que estamos predestinados a estar juntos.

Preparo la cena y mientras estamos comiendo escudriño su rostro para captar cualquier indicio de que el hielo se ha derretido, porque la conversación entre nosotros es forzada e incómoda. Y me doy cuenta de que el mero hecho de que esté aquí, comiendo algo que yo he preparado, es una buena señal.

Todavía estamos tanteándonos después de este tiempo separados. Una semana que da la sensación de que haya sido un mes. Pero estoy muy feliz de tenerlo aquí.

Después de cenar, Jack enciende el televisor y pilla el final de un espacio de publicidad electoral de Bob DeVille. Está sentado en el sofá como si estuviera viendo los últimos treinta segundos de un partido de fútbol de infarto, reclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas debajo de la entrepierna. Todo su cuerpo está rígido y en tensión. Tengo las piernas dobladas debajo de mi cuerpo, como un gato, y el brazo estirado sobre el respaldo del sofá, exactamente donde estaría el cuerpo de Jack si estuviera recostado hacia atrás.

Eso es lo más cerca que estamos de llegar a la intimidad. Y yo haría cualquier cosa para que eso no fuese así. No sé si esto significa que volvemos a estar juntos o no. Jack está enviando señales contradictorias y todo me resulta muy confuso.

Estamos viendo un plano medio de Bob, que está en una especie de fábrica escuchando atentamente a un hombre joven vestido con mono de trabajo y de rostro curtido; su corta vida lo ha envejecido claramente mucho más de lo que le correspondería por edad. Por el aspecto podría ser el padre de Bob, cuando lo más probable es que sea lo bastante joven como para ser su hijo.

Bob lo mira muy serio y asiente con aire experto. Y por si no nos llega el mensaje, también está dando esa misma impresión en la voz en

off. Dice: «La gente está buscando un cambio. Está buscando a alguien que escuche, a alguien que la escuche de verdad, sus preocupaciones, sus problemas y sus miedos. Alguien que quiera escuchar, responder y reaccionar».

Lo dice como si estuviera recitando el monólogo final de Hamlet, o leyendo *Moby Dick*. Es un momento épico y embriagador, y quieres creerle de verdad, porque suena increíblemente convincente.

Habla con frases breves que transmiten un mensaje tan neutro que resulta inofensivo, tan familiar que resulta reconfortante, algo que realmente le habla a la gente, va directamente al corazón de su ser, que parece el reflejo exacto de sus valores, aun cuando no esté diciendo absolutamente nada: es todas esas cosas al mismo tiempo.

Las frases breves están muy bien pero solo son palabras en una hoja que suenan muy falsas sin alguien que sepa articularlas. Y Bob tiene un talento natural para eso.

Bob nació para dedicarse a la política, de igual forma que decimos que hay artistas, escritores o deportistas natos. Pero en realidad eso es una falacia, porque las personas que son creativas o que podrían sobresalir en algún campo en particular, aunque es posible que nazcan con el germen de la genialidad, solo son lo que son porque han perfeccionado un talento durante muchos años, porque se han centrado por completo en él y lo han convertido en el centro mismo de su ser.

No hace falta ningún talento innato para ser político, solo una psicopatología determinada. Así que es absolutamente correcto decir que alguien ha nacido para ser político. Forman parte de una casta selecta de individuos que prosperan en la vida utilizando las peculiaridades de su personalidad, su astucia y sus artimañas, en lugar de un conjunto específico de habilidades. Que han dado con el atajo para conseguir los mismos objetivos que otros solo alcanzan a través del trabajo duro y la disciplina. Jugando al juego y haciendo todo lo necesario para llegar más allá.

Y no pretendo restarle méritos a Bob, porque es muy bueno en lo que hace. Es uno de los mejores y entiendo perfectamente por qué Jack siente tanta admiración por él.

Bob consigue con éxito el truco de parecer a la vez un urbanita y un defensor de la vida rural, sin provocar el rechazo de ninguno de los dos bandos, ni de los habitantes de la ciudad ni de la gente del campo. Las palabras le salen de la cabeza y de las tripas al mismo tiempo. Para mí que

Bob podría vender dentífrico a los que no tienen dientes, zapatos y guantes a los amputados, y seguros de vida a los presos condenados a muerte. Es así de bueno.

Y además su físico va a la perfección con el papel. Bob tiene lo que yo llamo «pelo de político»; tan repeinado y húmedo y brillante que parece como si se lo hubieran hecho con un molde de gelatina. Puede escapársele algún mechón rebelde de vez en cuando, pero aparte de eso jamás pierde la forma. Solo se estremece.

La cuña publicitaria pasa a un primer plano y es como si viera cada poro de la cara suave, bronceada y recién afeitada de Bob. Se parece un poco a Cary Grant, que me imagino que debe de ser el modelo de los políticos en cuanto a cómo se ven a sí mismos: afable, inteligente, sexy y vulnerable. El tipo de persona que los hombres quieren ser, o de quien quieren ser amigos, y con el que las mujeres solo quieren follar.

Bob está a punto de dar su golpe de gracia, la estocada mortal que va a convencer a los votantes de que es un tipo con un par de cojones, el tipo al que quieren enviar a Washington para que los represente. Está hablando de lo que va a hacer por el estado si sale elegido. Dice: «Quiero que la gente de este estado vea al verdadero Robert DeVille».

Y tengo que aguantarme las ganas de reírme a carcajadas, porque nadie lo llama nunca Robert. Todo el mundo lo llama Bob. Es como si tuviera dos personalidades: una para el público y otra para todos los demás.

Bob desaparece de la pantalla y solo se ve una leyenda que dice: VOTA A ROBERT DEVILLE y una voz que indica que el espacio de publicidad electoral ha sido financiado por algún supercomité de acción política u otro.

Su rostro se ve reemplazado por el de Forrester Sachs, el presentador favorito de Jack.

A ver, de verdad que no sé qué le ve Jack a este tío, porque a mí solo me parece un capullo arrogante. Pero si Jack está en casa nunca se pierde su programa.

Forrester Sachs es Bob DeVille sin una sola pizca de su inteligencia ni de su encanto. Tiene un nombre que suena a conglomerado de empresas. Y parece y habla como si lo fuera.

¿Recuerdas todo eso que he dicho sobre la psicopatología de los políticos? Sirve por partida doble para los presentadores de noticias.

Los presentadores son aspirantes a políticos cuya vanidad les impide competir con nadie que no sea otro presentador, rivalizando por gozar de más tiempo en antena, mejores franjas horarias, mayores índices de audiencia…, todas las cosas que realmente importan en la vida.

Forrester Sachs tiene el programa de noticias de mayor audiencia de la televisión. Es un tiburón vestido con un traje de diseñador, con el pelo entrecano muy corto, una mandíbula tan cuadrada que parece fundida en acero y unas cejas arqueadas que rozan la perfección; una mirada que transmite todos sus valores fundamentales: la sobriedad, la formalidad, la juventud y la sabiduría. Es un autómata asexuado que habla directamente a la cámara con toda la seriedad y trascendencia impostadas que pueda exhibir. Pero nada podía haberme preparado para lo que está a punto de salir de su boca.

Dice:

«Esta noche…

»En *Forrester Sachs presenta*…

»Investigamos…

»“Bundy tiene talento”…

»La página web que empujó a tres jóvenes al suicidio en otros tantos meses.

»Y analizamos al hombre que está detrás de ella…

»Bundy Tremayne…

»Supuestamente el Simon Cowell del porno en internet».

Me quedo con la boca abierta. Ahora me toca a mí sentarme en el borde del sofá, aunque no puedo decir nada. Porque nunca le he hablado a Jack de Bundy. Ni siquiera he mencionado su nombre. Si hubiera sabido lo de Bundy, tendría que haberlo sabido todo. Y aunque yo no se lo contase todo, no tardaría mucho tiempo en sacar sus conclusiones y deducirlo.

En segundo plano, en la esquina superior izquierda detrás del rostro liso e inexplicablemente sin una sola arruga de Forrester Sachs, enseñan la foto de una ficha policial de Bundy que alguno de los documentalistas del programa, que es demasiado bueno en su trabajo, ha logrado conseguir de algún modo.

No sé de dónde ni cómo, pero no puedo imaginar que lo detuvieran por algo más grave que conducir bajo los efectos del alcohol o por posesión de marihuana, porque Bundy solo es un pringado de tres al cuarto, no es un criminal importante. En la foto, Bundy parece cansado y

castigado por el alcohol y tiene el pelo aplastado de llevar gorra.

Pero no se trata de la pinta tan horrible que tiene en la foto, se trata de la forma en que lo presentan. Para el público que está viendo el programa, Bundy ya es un delincuente peligroso. En los treinta segundos que ha tardado Forrester Sachs en presentar el avance de su programa, Bundy ya ha sido procesado, juzgado, condenado y sentenciado en el juicio paralelo de la opinión pública.

Para cuando acaben de salir los créditos del final del programa, el nombre de Bundy será *trending topic* en twitter con algunos de los siguientes *hashtags*, o con todos:

#depredadorsexual
#suicidio
#bundymolaquetecagas
#pedofilo
#violador
#tetasgordas
#mamada
#semerecemorir
#heroe
#ganador

Se habrán creado páginas de facebook en su honor, tanto en contra como a favor, con su nombre, edad, lugar de nacimiento, ciudad de residencia, historial sexual y foto. Cada entrada ya con varios cientos de miles de «Me gusta». Las chicas habrán dejado su número de teléfono y su talla de sujetador en los comentarios. Habrá tantas amenazas de muerte como palabras de ánimo.

Bundy es un villano instantáneo, una celebridad instantánea, un héroe popular auténtico. Su marca se ha hecho global y todo parece fuera de contexto.

Bundy está siendo vilipendiado en la televisión nacional y se lo merece. Es un capullo. Así de simple. Aunque estoy más enfadada conmigo porque debería haberlo visto venir. Igual que deberían haberlo visto venir todas esas chicas. Pero ya no están aquí para hablar por sí mismas y contar lo que pasó realmente. En cambio, tienen a Forrester Sachs para que hable por ellas. Un presentador capaz de trasladar sus

historias y su tragedia a los récords de audiencia.

«La joven de veintidós años Kirstin Duncan sintió que no tenía otra opción —entona Sachs—. Su aventura de una noche se convirtió en una pesadilla de la que, se dio cuenta, no tenía escapatoria.

»Una pesadilla que la llevó a quitarse la vida.

»Pero antes de suicidarse hizo este vídeo para que el mundo conociera su versión de la historia.

»Y denunciar a la luz pública al depredador sexual que le hizo sentir que no tenía motivos por los que vivir.»

Entonces enseñan el vídeo, sin comentarios ni ninguna voz en off. Y hay que reconocerlo, es bastante incriminatorio. Kirstin no llega a dar nombres, pero lo hace de manera para que sea muy evidente. Quién la empujó a hacerlo. Quién fue el responsable.

Bundy.

El vídeo está grabado en el dormitorio de Kirstin. Con la webcam de su ordenador portátil. Está sentada a su mesa y, a su espalda, todo es blanco y rosa, y está Mi Pequeño Pony, y objetos de peluche o con encaje. Parece la habitación de una niña decorada sin reparar en gastos.

Pero la habitación de una niña habitada por una mujer adulta.

Va muy maquillada y lleva su ropa favorita. Está muy, muy guapa, y tiene un aspecto sumamente inocente y dulce. Parece una hija modélica, y no un rollo de una noche. Parece como si no hubiera roto un plato en su vida. Y por mucho que me empeñe, no me la imagino con el pene de Bundy metido en la boca y su semen regándole la lengua. No me cabe en la cabeza. Y supongo que ese es precisamente el objetivo de este pequeño ejercicio.

Es una película muda —en la era de internet y de los teléfonos inteligentes, como si no hubieran inventado el cine sonoro— con una canción de Nickelback como banda sonora, una elección muy acertada, porque si hay un grupo musical ideal para poner la banda sonora a una nota de suicidio on-line, ese es sin duda Nickelback.

Si yo fuera una chica convencida de que no tengo razones para seguir viviendo e hiciera un vídeo como este, seguramente también optaría por Chad Kroeger para que hablase en mi nombre, como la voz que nunca tuve. La voz para expresar todo mi sufrimiento y mi dolor más íntimos. La voz para decir: «No puedo más».

Mientras Chad canta, Kirstin sostiene una serie de tarjetones

que ya ha preparado de antemano y que va extrayendo de una pila que tiene delante. Estas son las cosas que quiere decir, las que quiere que sepa todo el mundo. Estos son todos sus secretos. Escritos con letra clara y pulida con rotulador negro —todo en mayúsculas— en trozos de cartulina blanca de veinte por veinticinco, aunque sin tener en cuenta la gramática, la ortografía y la puntuación. Me pregunto cómo puede alguien llegar a la veintena y seguir escribiendo como una cría de diez años. Y no me gustaría nada estar en la piel de quien tuviera que corregirle los exámenes.

Mientras enseña cada tarjeta sosteniéndola en el aire, dibuja un emoticono con la cara, una expresión que le parece apropiada, como si jugara a algún juego de mímica donde todo el mundo conoce la respuesta antes de ver al mimo.

Enseña la primera tarjeta.

CONOCI A UN CHICO

Y la siguiente:

ERA MUY MONO

Levanta los pulgares hacia arriba y esboza una sonrisa cursi.

LLEBAVA UN TATUAJE DE UN DONUT DE CREMA DEBAJO DEL OJO

No puede ser nadie más que Bundy.

LOL

Hace como que se parte de risa.

CREIA K ME KERIA
CREIA K ESTARIAMOS JUNTOS PARA SIEMPRE

Forma un corazón con el índice y el pulgar de cada mano, se lo aprieta contra el pecho y sonríe otra vez.

Y K CUIDARIA DE MI
LE DEJE K ME SACARA FOTOS

Mueve la cabeza con gesto de tristeza y desesperación.

DIJO K ERAN SOLO PARA NOSOTROS

Se muerde el labio inferior y asiente.

PARA K RECORDARAMOS LA 1ª NOCHE QUE ESTUBIMOS JUNTOS
Y LAS MIRARAMOS CUANDO FUERAMOS MUY MUY VIEJOS
Y NOS ACORDARAMOS DE COMO ERAMOS
Y YO LE CREI
PERO NO ERA VERDAD

Kristin niega con la cabeza con aire solemne. Y yo estoy viendo esto y pensando: No se puede decir que sea «Subterranean Homesick Blues», precisamente. Es más, no estoy segura de que Bob Dylan diese su visto bueno.

LAS COLGO EN INTERNET
Y YO NO ME ENTERE
ASTA KE ERA DEMASIADO TARDE

Frunce el ceño y asiente con la cabeza otra vez, despacio, como diciendo: ¿No os parece increíble?

ASTA K MI MEJOR AMIGA ME DIJO
K SU HERMANO LAS HAVIA VISTO
Y LAS TENIA EN EL TELEFONO
Y SE LAS HAVIA MANDADO A TODOS SUS AMIGOS
ASI K LO SAVIA TODO EL MUNDO
Y TODOS HABLABAN DE MI EN FACEBOOK
ETIQUETANDOME CON MI NOMBRE PARA K YO LO VIERA

Ya ha dejado de gesticular con la cara. Ahora se limita a ir pasando las tarjetas lo más rápido posible, porque solo quiere acabar cuanto antes. Porque la verdad es que le da mucha vergüenza airear todo eso en un foro público. Su rostro es una máscara de sufrimiento.

DIJERON COSAS HORRIBLES DE MI
ME LLAMARON PUTA
Y GUARRA
DIJERON QUE ERA UNA DROGATA.

Parece que cuanto más emocionalmente desoladora se vuelve

la historia, más le falla la ortografía.

OJALA NO UBIESE PASADO.
OJALA NO LE UBIESE CONOCIDO NUNCA.

Y ahí es donde termina el vídeo. Vuelvo a pensar en la noche que pasé con Bundy y Anna, viéndolo en acción, y decido que ha omitido algunos detalles y maquillado otros para proteger su dignidad. Solo la mitad suena a Bundy. Las partes realmente malas. Y no estoy quitándole hierro a aquello por lo que tuvo que pasar, lo que se sintió obligada a hacer, pero el resto es un caso muy claro de ciberacoso, y a saber qué parte fue la gota que colmó el vaso.

Forrester Sachs está relatando solemnemente las últimas horas de Kirstin, con toda la ceremonia y gravedad que emplearía para anunciar la muerte de un jefe de Estado muy querido. Y empieza a entonar los nombres de todas las otras chicas que aparecieron en las webs de Bundy y luego acabaron muertas.

Cuando llega a «Daisy Taylor» se me enciende la lucecita. Daisy, la chica que trabajaba con Jack en la oficina de la campaña electoral. No estoy segura de por qué no había relacionado ambos hechos hasta ahora. Tal vez porque las cosas que se ven por televisión nunca parecen reales, nunca parecen tener nada que ver con tu propia vida. Solo se parecen a todas las demás cosas que salen por la televisión y que hacen como que son reales, hacen como que tratan sobre personas reales y hechos reales.

Pero ahora ya no se trata solo de Bundy, se trata de Jack. Lo miro y está mirando la pantalla, impertérrito. Le apoyo la mano en la espalda para que sepa que estoy ahí, a su lado, apoyándolo. No da señales de acercamiento, pero tampoco se aleja. Está absorto en la pantalla, porque Forrester Sachs no ha terminado todavía. Aún le quedan unos cuantos clavos más para el ataúd de Bundy.

Sachs revela algo más sobre Bundy que no sabía. Que si alguna de las chicas que acabaron en su sitio web se arrepentía más tarde, si protestaban, si le rogaban y le suplicaban que retirase las fotos, les decía que sí, que lo haría. Pero solo si le pagaban.

«Bundy es una caja de sorpresas», me dijo Anna. Y vaya si lo es.

Fotógrafo. Pornógrafo. Chulo. Extorsionador. Un depravado de mierda.

Llegados a este punto, parece que Jack ya ha visto suficiente.

—Ese tío es un gilipollas de mierda —dice, con tal virulencia que casi me da miedo, porque nunca lo había visto tan enfadado. No sabía que pudiese cabrearse tanto—. ¿Por qué estamos viendo esta mierda?

Tengo que recordarle que es su programa favorito.

Quiere cambiar de canal. Le digo que quiero verlo todo porque Bundy es amigo de Anna.

—Pues Anna debería escoger a sus amigos con más cuidado —dice—. ¿Tú lo conoces?

—No. —La mentira me sale con rapidez—. Pero he oído hablar de él.

Si Jack supiera… Si supiera que Bundy ha intentado convertirme a mí, su novia, en una puta de lujo, haría algo más que soltar tacos delante del televisor y tratar de cambiar de canal.

Por eso no puede saberlo nunca.

Desearía ser como Kirstin y soltar todos mis secretos. Desearía ser tan valiente como ella y decir la verdad. Todo sería muchísimo menos complicado.

Los productores del programa han localizado a los padres de Kirstin —Gil y Patty— para conocer su versión. Gil es un ejecutivo de la industria del petróleo y Patty es ama de casa. Están de pie en la entrada de su mansión, haciendo de tripas corazón y mostrando fortaleza, a pesar de estar enzarzados en una amarga batalla de divorcio.

—Mi niña sería incapaz de hacer las cosas que dijeron que hizo —declara Gil—. Voy a llevar este asunto al Congreso. Deberían censurar internet entera. Limpiar toda esa mierda, borrar todas las imágenes que ese pervertido le sacó a mi niña.

Hace una pausa, y luego decide que sus argumentos son todavía muy flojos, de manera que añade:

—Para que su hermano pequeño no las vea nunca.

Parece como si Gil no supiera muy bien lo que es internet. Es

un ejecutivo del petróleo que está completamente desconectado del mundo real; su secretaria se encarga de todos sus correos electrónicos y hasta le enciende el ordenador, ese trasto que, además, ni siquiera sabe utilizar, así que ahí está, muerto de risa como una lámpara de escritorio negra y de plástico que hace un montón de ruido.

Es como si no comprendiera algo muy fundamental: internet es para siempre. Un error estúpido y cargas con eso de por vida.

Y por lo visto Kirstin tampoco lo sabía —a pesar de que cuando no estaba durmiendo se pasaba el ochenta por ciento de su vida despierta navegando, enviando mensajes de texto, de correo electrónico, descargándose cosas—, primera razón por la cual se metió en todo este lío. Conoció a Bundy en un chat y accedió a encontrarse con él en un bar. El resto es historia de internet.

Ahora ya no es Kirstin. Es la Rubia Guarrona Chupapollas Núm. 23 en «Guarras Asquerosamente Ricas». Su página ha recibido quince millones de visitas durante la segunda pausa para publicidad de *Forrester Sachs presenta*. Kirstin acaba de convertirse en material pajillero para varios millones de degenerados que nunca habrían relacionado su rostro con un nombre si Forrester Sachs no hubiese hecho todo el trabajo sucio por ellos. No solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. Mediante el reenvío de los enlaces a las imágenes y su publicación en blogs porno desde Azerbaiyán hasta las islas Caimán. Y no solo es la marca de Bundy la que se ha hecho global, su sitio web se colapsó de tal manera que el servidor dejó de funcionar temporalmente y se dispararon sus ingresos por publicidad.

Esta pobre chica está muerta. Bundy es rico.

La vida es muy injusta. Realmente es una puta mierda.

Pero a Bundy se lo ha tragado la tierra. Ha desaparecido sin dejar rastro. Y como Forrester Sachs no lo encuentra por ninguna parte para hacerle una entrevista en exclusiva, sus productores convencen a otra persona para que hable en su nombre.

La madre de Bundy, Charmaine.

«Después de la pausa para publicidad», dice Sachs.

«Hablamos con la madre de Bundy Tremayne…

»Para escuchar lo que tiene que decir sobre de su hijo.»

Durante los anuncios voy a buscarle una cerveza a Jack, y mientras estoy en la cocina llamo a Anna. No me contesta. Entonces le mando un SMS.

Bundy. K coño pasa?

En el tiempo que tardo en sacar la cerveza de la nevera no me contesta, así que dejo el móvil en la encimera y lo bloqueo, por si a Jack se le ocurre entrar.

Le llevo la cerveza justo a tiempo de ver a Charmaine en el balcón de su apartamento en la playa. El apartamento que le ha comprado Bundy. El apartamento que le embargarán si Bundy no sigue pagando los plazos mensuales, porque Charmaine no tiene ingresos. Así que estoy segura de que ha aprovechado la primera oportunidad de aparecer en televisión en horario de máxima audiencia para implorar el regreso de Bundy. Charmaine Tremayne también tiene su propia historia trágica y desgraciada que contar.

Cuando Bundy nació, Charmaine se desenganchó y sintió la necesidad de llenar con algo el vacío que habían dejado las drogas. Anna me contó que se refugió en la religión, pero que trataba la religión como cualquier otro aspecto de su vida, como ser una compradora compulsiva o experimentar con distintas combinaciones de pastillas y polvos. Y ahora cree que ya las ha probado todas.

New Age, cristiana, judía, budista, hinduista, sij, musulmana.

Cada vez que encontraba una nueva religión, le daba pena tener que abandonar la antigua, así que se la añadía además, adoptando nuevos rituales, supersticiones e iconos. Cada una ha dejado su huella en su persona. Tiene tatuajes de henna en las manos, amuletos de los indios americanos en las muñecas, y un pedacito de Jesús alrededor del cuello. Practica yoga, canta himnos, se confiesa, observa el sabbat y ayuna. Es una contradicción andante de la palabra de Dios. Como si creyera en todas las religiones y en ninguna al mismo tiempo.

Anna también me habló del padre de Bundy, Richard Savoy Tremayne, cómo siguió un camino parecido pero ligeramente torcido. Dejó las drogas, le dijo adiós al banco y creó un grupo de autoayuda para ayudar a otros que querían hacer lo mismo. Sin darse cuenta, al igual que Kubrick, dio con una mina de oro de necesidad en el sector financiero. Su negocio

prosperó. Los banqueros drogadictos iban en tropel a llamar a su puerta, todos acudían a Richard en busca de apoyo y asesoramiento. El grupo de autoayuda se convirtió en una secta, compuesta por ex jefes de ventas adictos al crack, directores financieros enganchados a la heroína y camellos adictos a las metanfetaminas, con Richard como líder y gurú, y Charmaine a su lado. Bundy se crió en la secta, hasta que llegó a la pubertad y empezó a rebelarse.

Hacia la misma época, Charmaine se convirtió brevemente al islam y se puso un nombre musulmán: Leila. Llegó a la conclusión de que solo se había casado con Richard por su apellido, porque rimaba la mar de bien con su nombre. Así que lo dejó.

Viéndola ahora en la tele, adivino por la expresión en el rostro de Charmaine que va mal follada. Es como esas supervisoras de oficina que están tan tensas y rígidas que solo hacen que sacar de quicio a sus colegas masculinos, que murmuran a su espalda: «Esta lo que necesita es un buen polvo».

Y todos creen que es a ellos a quienes corresponde echárselo. Probablemente llevan razón, probablemente solo necesita un buen polvo. Pero al mismo tiempo no estoy segura de que la cosa sea tan sencilla. Creo que morirse de hambre de sexo genera una locura que te pudre el cuerpo y la mente —de dentro hacia fuera—, como la sífilis, y con el tiempo eso se te nota en la cara, en la piel, en cómo te comportas y en tu forma de ser en general.

Charmaine Tremayne ha sacrificado su alma por su hijo, pero solo ha aceptado aparecer en Forrester Sachs para que el banco no le embargue su apartamento. Lo que no sabe Charmaine es que está en clara desventaja. Lo único que sabe es que Bundy ha desaparecido. Cree que está en el programa para interpretar el papel de la madre afligida que, como todos los demás, ansía el regreso de su hijito. Cuando en realidad ella está allí para hacer de chivo expiatorio.

«Me siento orgullosa de mi hijo —dice Charmaine. Debe de haberse bebido un par de copas para templar los nervios, porque tiene los ojos un poco vidriosos y arrastra las palabras—. Es un hombre de negocios. Un hombre que se ha hecho a sí mismo. Es un modelo de éxito.»

«Es un depredador sexual, Charmaine», dice Sachs. Y las palabras «depredador sexual» se le desprenden de la lengua con tanta elegancia que seguramente se ha pasado toda la noche ensayando la manera

de decirlas con despreocupada indiferencia, con apenas un toque de moralina y sin malicia aparente.

«No —dice ella—. No.» Como si no estuviera del todo convencida de su negativa. Si pudiéramos verle los pies a Charmaine, ahora los tendría tambaleantes.

«Empujó a esas chicas al suicidio, Charmaine», dice Sachs, y está examinando sus notas tranquilamente mientras lo dice, porque sabe que lo hace de puta madre, que podría hacerlo mientras duerme. Y me pregunto si pagarán a alguien para que le escriba estas cosas o si lo hará él mismo.

«No —dice ella—. No.»

Y esta vez lo dice porque realmente no se le ocurre ninguna otra cosa que decir. Está claro que, de todos modos, a Sachs en realidad no le interesa lo que tiene que decir. Que para él sus respuestas son irrelevantes, simples interrupciones mientras él coge fuerzas antes de disparar otra andanada de calumnias haciéndolas pasar por preguntas, porque todo esto ha sido escrito de antemano. Para presentar a Forrester Sachs como el héroe, el adalid de la gente corriente. Es un presentador con complejo de Mesías y vestido de Tom Ford, con unos brazos tan grandes que podrían abrazar a todas las víctimas del mundo.

Cuando en realidad solo está perpetuando el ciclo, victimizándolas en la muerte tanto como lo fueron en vida. Aireando los trapos sucios de todas sin tener en cuenta las consecuencias. Sacrificando a sus súbditos en el altar de su vanidad. Me pregunto cómo dormirá por las noches, de verdad.

«¿Qué quiere decirle a su hijo, Charmaine? —pregunta Sachs —. Ahora que sabe lo que ha hecho. Ahora que sabe que ha muerto gente.»

Y ahora Sachs está buscando el gran colofón, esas secuencias espectaculares que acabarán apareciendo simultáneamente en todos los noticiarios de todos los canales de televisión, donde se emitirán de manera casi continua en forma de pieza de sonido de dos segundos como avance informativo de la historia.

Pasan a un primer plano de Charmaine y está mirando directamente a la cámara, o mejor dicho, a donde cree que debería estar mirando. Está mirando al cámara, dirigiéndose a él y no al aparato, así que en la tele parece como si estuviera mirando a lo lejos, como si en realidad no estuviera presente, como si en realidad no estuviera allí en absoluto. Y

los ojos vidriosos se le llenan de lágrimas, los labios le tiemblan como si estuviera a punto de llorar y dice con la voz quebrada por la emoción:

«Mamá te quiere, Bundy. Mamá te quiere.»

Casi puedes ver la sonrisa en el rostro de Sachs, porque sabe que ya tiene lo que quería. Y mientras veo cómo se desarrolla todo aquello, me doy cuenta de que se está convirtiendo en una de esas tragedias que ves por televisión pero con las que crees que nunca vas a tener nada que ver. Amplia cobertura durante todo el día, día sí y día también. Vidas, o muertes, celebradas durante un breve instante en el frenesí de un ciclo de noticias. O si tienen mucha suerte, tal vez tres o cuatro. Puede que «celebradas» no sea el término más exacto: convertidas en fetiche, tal vez. Y luego olvidadas con la misma rapidez. Convertidas en otra víctima anónima y sin rostro de una tragedia que, para empezar, probablemente podría haberse evitado.

Y en ese momento decido que ya he visto suficiente yo también. Le digo a Jack que cambiemos de canal y él está encantado de hacerlo. Pillamos otra vez el final del mismo espacio publicitario de la campaña de Bob DeVille y Bob sigue hablando de que quiere que la gente conozca su verdadero yo.

—Bob nos ha invitado a pasar un fin de semana en su casa —dice Jack, con la atención aún centrada en la pantalla, en Bob.

—¿Ah, sí? —digo, sorprendida pero entusiasmada.

—He pensado que podríamos pasar unos días juntos allí —dice.

Estoy radiante de alegría por dentro. Es como si me ofreciera una rama de olivo, como si nos estuviera dando otra oportunidad.

—Por mí, genial. ¿Cuándo?

—Este fin de semana —dice.

Y estoy secretamente encantada, porque es el fin de semana del día de la Hispanidad —un fin de semana largo, el último puente antes de las elecciones— y vamos a estar juntos más tiempo del habitual. Y yo haría cualquier cosa a cambio de eso, aunque signifique tener que interpretar el papel de la novia obediente de Jack delante de su jefe.

Durante el trayecto hasta la casa de los DeVille, tengo la sensación de que Jack y yo nos alejamos de nuestros problemas y nos dirigimos hacia un horizonte nuevo, y yo quiero dejarlo todo atrás y comenzar de cero. En varias ocasiones incluso le sorprendo mirándome furtivamente cuando cree que no me doy cuenta.

Bob DeVille y su esposa Gena viven en un espléndido chalet de planta abierta y dos niveles construido en una ladera, con un jardín terraplenado, hectáreas y hectáreas de terreno, una terraza y una piscina con vistas a un valle largo y exuberante surcado por un río y rodeado de montañas en la distancia. Lo único que se ve desde la terraza es este extenso paisaje, que parece prolongarse kilómetros ininterrumpidamente con solo un puñado de casas a la vista.

Cuando Bob nos lleva a la terraza para enseñarnos la panorámica, al poco de llegar, me siento abrumada.

—Quiero vivir aquí —le susurro a Jack.

—¿Aquí? —dice él.

—En un sitio exactamente como este —digo—. Tú y yo solos, aislados por la belleza.

—Supongo que entonces voy a tener que convertirme en alguien. —Sonríe.

No dudo de que lo hará, y quiero estar con él cuando lo haga.

—Este sitio es increíble —añado—. Sabía que Bob era rico, pero no era conscidente de que era tan rico.

—Es bueno en su trabajo —dice Jack—. Uno de los mejores. Litiga para petroleras.

Es la primera vez que veo a Bob en persona. Lo más cerca que había estado de él son esas fotos de los gigantescos carteles electorales que empapelan la fachada del despacho. Carteles que parecen anuncios publicitarios de algún producto de higiene. Retocado hasta la perfección. Su aspecto es duro, atractivo y acicalado… —como el hombre de Marlboro anunciando un dentífrico—, pero todo es imagen, porque en persona no es

así en absoluto. Es tan estirado que más bien parece memo, y también es algo torpe, y eso hace que me caiga un poco mejor.

Gena es una belleza sureña clásica, de cara y modales dulces que solo podrían ser fruto de una educación privada. Parece una reliquia del glamour de los sesenta; lleva el pelo rubio, liso y con las puntas vueltas hacia arriba, como si ese peinado nunca hubiera pasado de moda. Viste un traje pantalón de color turquesa, el tipo de prenda con que siempre se ve a Hilary Clinton, un look que resulta distinguido y elegante a la vez.

Antes de almorzar, Bob y Jack están sentados en el sofá manteniendo una conversación de hombre a hombre sobre política y el estado del mundo. Yo miro las fotografías que hay en la repisa de la chimenea y me fijo en una antigua de Gena en blanco y negro.

Calculo que tendría mi edad cuando se la hicieron. Se parece a Ingrid Bergman en *Te querré siempre*. Tan hermosa, tan sofisticada… Pero son sus ojos lo que me atrae, rebosantes de un anhelo y una calidez cautivadores.

—Qué ojos tan bonitos —digo en voz alta al coger el retrato, sin dirigirme a nadie en particular y sin darme cuenta de que Gena está de pie a mi lado.

—Vaya, gracias —dice ella—. Bob siempre dice que fueron mis ojos los que le robaron el corazón y que tuvo que casarse conmigo para recuperarlo.

Y, mientras dice esto, alzo la vista de la fotografía y la miro a los ojos, y advierto que ya no son los mismos. Los ojos de Gena están empañados, como si estuviera tomando demasiados medicamentos incompatibles, y su boca se ha deformado en las comisuras, como se tuerce un clavo si no golpeas directamente en la cabeza con el martillo cuando ya está medio clavado en la pared.

Y me pregunto qué golpeó de ese modo a Gena para deformarla. La miro ahora y parece como enajenada y perdida. Pero debo decir que está poniendo buena cara.

Jack no ve nada de esto. No ve las pequeñas grietas. No está preparado para mirar más allá de la fachada que Bob y Gena exhiben. Está demasiado absorto en lo de Bob.

Jack es un tipo listo, perspicaz. Pero a veces me desespero. No es que no sepa ver dentro de las personas. Sencillamente, no quiere. Necesita creer demasiado en ellas, reforzar su idea de quién es él y cuál es

su lugar en el mundo. A los ojos de Jack, Bob es incapaz de hacer ningún mal.

Ahora que los veo juntos, tengo la sensación de que Bob ve a Jack de una forma parecida, como la clase de hombre que tiene un gran futuro por delante. Finjo que no escucho su conversación, pero oigo que Bob le dice a Jack: «Eres la clase de hombre con el que podría contar. Si lo conseguimos, te daré un cargo».

Rodea con un brazo los hombros de Jack en actitud paternalista. Esa es la otra cosa que comprendo ahora que los veo juntos: Bob ve a Jack como el hijo que nunca tuvo.

Bob y Gena no tienen hijos, lo que resulta extraño ahora que lo pienso, porque no se me ocurre ningún político que no tenga hijos. Incluso los que aún están en el armario, a los que al final se les pilla en su despacho del Capitol Hill con los calzoncillos en los tobillos y el culo escariado por algún guaperas cachondo al que se ligaron en un bar gay, y al que después pudieron contratar como secretario personal adaptando la normativa. Incluso esos tipos tienen esposa y niños en casa.

Bob y Gena no tienen niños; en su lugar, tienen un perro. Una especie de terrier. Y le han puesto el nombre del hijo que nunca tuvieron. Lo han llamado Sebastian. Y también lo tratan como a un hijo. Como esta es una ocasión especial y tienen invitados, Gena lo ha vestido con corbata y esmoquin de perro.

Algunas personas son de gatos, otras son de perros. Yo soy de los dos. Me encantan los perros. Pero no los perros pequeños. Y desde luego no este perro pequeño.

Este perro se cree una monada. Cuando en realidad no lo es. Solo es un buscador compulsivo de atención. Su juguete favorito es un perro de plástico. De la misma raza, del mismo color, solo que más pequeño. Como una réplica de sí mismo presentada como un personaje de dibujos animados. Un perro de plástico que chilla. Y su pasatiempo favorito es trotar por la casa como si fuera su dueño, con el perro de plástico en la boca, mordiéndolo cada pocos segundos para que chille. Deja caer a mis pies la babeada versión en plástico de sí mismo y se queda ahí, expectante, hasta que yo la cojo y la lanzo. La lanzo y en cuestión de diez segundos él ya ha vuelto a por más, y el jueguete de plástico vuelve a estar a mis pies, cubierto aún de más baba.

Bob y Jack siguen enfrascados en su conversación; Gena está

en la cocina, y a mí me han dejado jugando con este estúpido perro y su *doppelgänger* de plástico. Después de tres o cuatro rondas, ya estoy harta. El juguete es una bola de baba con plástico dentro, y yo me resisto a cogerlo porque no sé dónde ha estado este perro. Afortunadamente, en ese momento Gena nos llama para almorzar.

Estamos sentados a una hermosa mesa de comedor de roble de principios de siglo con garras de león a modo de patas. Es demasiado grande para cuatro personas. Bob se sienta en un extremo; Gena, en el otro; Jack y yo, en el centro, cara a cara, y da la sensación de que nos separa un espacio enorme.

La mesa está puesta con platos de porcelana y cubertería de plata de ley, y repleta de fuentes de peltre que han pertenecido a la familia de Bob durante generaciones. Estamos a punto de degustar un menú típico del día de la Hispanidad que Gena ha preparado para nosotros. Bacalao, sardinas, anchoas, arroz y judías. Yo ni siquiera sabía que existía un menú tradicional del día de la Hispanidad, salvo albóndigas y espaguetis, pero al parecer existe: comida de pescador, tal como la comieron en la carabela *Santa María*.

Bob da gracias al Señor desde un extremo de la mesa, con las manos unidas frente a sí y la cabeza inclinada en pose de oración. Yo también inclino la cabeza, pero miro por encima de las manos, como cuando de niño sigues los formalismos pero en realidad no los entiendes ni crees en ellos. Es una costumbre, yo nunca he perdido esta costumbre. Fingir que das gracias al Señor.

Mi familia es católica, así que no es que no haya tenido mucha práctica, pero siempre me he sentido una impostora en las comidas familiares por fingir y no creer. Inclinaba la cabeza pero mascullaba las palabras para no sentir que tenía que comprometerme con ellas y atisbaba a los demás para ver si los sorprendía haciendo lo mismo. Mi hermano siempre lo hacía bien. Pero mi hermana mayor era como yo, rebelde, y mientras los demás daban las gracias al Señor, nosotras competíamos para ver quién era capaz de sacar la lengua más deprisa y durante más rato sin que la pillaran. Y más tarde, cuando fuimos lo bastante mayores para comprender lo que significaba, también nos hacíamos la peineta.

Recorro la mesa con la mirada. Bob está dando gracias y habla

del mismo modo que en los anuncios televisivos. Gena tiene la cabeza inclinada en gesto de súplica, los ojos cerrados con fuerza, y esa extraña expresión afligida mientras repite lo que Bob va diciendo. Y Jack está haciendo lo mismo que yo, y cuando nuestras miradas se encuentran por encima de la mesa sonríe con aire burlón.

Mientras comemos, el perro, que ya ha recibido su comida, trota sin cesar alrededor de la mesa con el juguete chillón en la boca, parando en cada silla, dejando caer el juguete y alzando la mirada, ansioso, esperando la hora del recreo. Cuando uno no muestra ningún interés, se dirige al siguiente. En algún momento llega a la conclusión de que no está recibiendo la atención que merece y que el juguete no está obrando el efecto deseado.

Así que el perro, Sebastian, hace caca en el comedor. Deja un pequeño y perfecto zurullo justo en mitad de la hermosa alfombra marroquí de importación, de tal modo que casi parece formar parte de su estampado y es prácticamete invisible.

Esta es la idea que tiene este perro de ser una monada. Dejar un zurullo en mitad de la sala como si fuera un tema de conversación. Hace caca, sin montar ningún alboroto ni ninguna escena, mientras nosotros —Jack, Bob, Gena y yo— comemos a menos de dos metros de distancia, y ninguno nos damos cuenta. Hasta que Bob se levanta para llenar las copas, lo pisa, resbala como si hubiese pisado una piel de plátano y se cae de culo. Y resulta tan cómico que estoy a punto de estallar en carcajadas de no ser porque a Bob lo arrebata tal arranque de cólera que Gena tiene que llevárselo a otra parte de la casa para calmarlo. Y Jack y yo nos quedamos ahí y acabamos de comer solos, sintiéndonos incómodos y abochornados como si hubiésemos visto una faceta de él que en realidad no tendríamos que haber visto. Finalmente Gena reaparece.

—Bob está descansando un poco —dice, y explica que la campaña lo ha llevado al límite, porque lo ha dado todo por ella—. En realidad él no es así —añade en tono de disculpa.

No volvemos a ver a Bob hasta última hora de la tarde, cuando él y Gena bajan preparados para asistir a una velada de compromiso, un recaudador de fondos al que no pueden eludir.

Jack y yo hemos pasado toda la tarde sentados en la terraza,

tomando el sol en las tumbonas y disfrutando de las vistas. Y en un momento dado, él se inclinó hacia mí y susurró: «Bob y Gena van a salir».

Sonreí y le dirigí una mirada que preguntaba: ¿Y qué quieres decir?

Pero yo ya sabía exactamente a qué se refería. Íbamos a disponer de la casa para nosotros solos. Y podíamos hacer lo que cualquier pareja joven haría cuando se la deja a sus anchas en casa de un extraño: follar.

Jack acaba de dejarme pasmada y no consigo imaginar qué le ha entrado, porque no solo quiere entrar en el juego, sino que lo propone. Nos hemos dado un tiempo y, tampoco antes, no he sido capaz de despertar su interés en semanas, y de pronto es como si él fuera un hombre nuevo. Es como la primera vez que estuvimos juntos, como la primera vez que cualquier pareja está junta, y follamos como conejos en cualquier sitio y en todos los sitios donde podíamos.

A Jack no le falta audacia sino espontaneidad, ciertamente no es su punto fuerte. Siempre le gusta que le organicen, siempre le gusta contar con un plan —aunque se trate de sexo subrepticio en casa del jefe—, a menos que alguien decida por él, a menos que sea yo quien lo haga.

Despedimos con la mano a Bob y a Gena mientras se alejan en el coche de Bob, un Cadillac Neville descapotable de 1968 hermosamente conservado (cómo no). Cuando toman la curva del camino, Gena nos devuelve el saludo y grita por encima del ruido del motor:

—¡Chicos, sed buenos y no destrocéis la casa!

Si ella supiera…

Los vemos enfilar la carretera y, en el instante en que desaparecen de la vista, Jack empieza a correr por la casa arrancándose la ropa; lo último que se quita son los bóxers, que deja caer en cuanto llega al borde de la piscina, y se zambulle en ella.

Me libro del perro lanzando el juguete chillón al garaje y cerrando la puerta después de que él entre corriendo. Solo para darle una lección de realidad y hacerle entender que no es tan inteligente ni tan mono como cree. Lo oigo gimotear nada más alejarme.

Llego a la piscina y encuentro a Jack nadando por el centro. Es un atardecer encantador y cálido, y la luz del crepúsculo se acerca rápidamente. Jack tiene el pelo mojado, le brilla la cara, está tan guapo y parece tan feliz…, y yo estoy impaciente por unirme a él.

Empiezo a quitarme la ropa, pero no lo bastante deprisa para Jack, porque me grita desde la piscina:

—Vamos, ¿a qué esperas? Se está de maravilla.

Camino por el trampolín y me sitúo justo en la punta, y mantengo el equilibrio mientras lo noto ceder bajo mi peso. Aún llevo el sujetador y las bragas, porque quiero provocarle y quitármelos muy despacio, a plena vista. Empiezo a desabrocharme el sujetador y entonces decido que voy a quitarme primero las bragas, pero vuelvo a cambiar de opinión y me llevo las manos al sujetador. Y mientras lo hago tengo un *déjà vu*.

Siempre que me pasa esto, me parece casi una experiencia mística. Como si, repentina e inexplicablemente, tomara conciencia de un sueño que ha proyectado toda mi vida antes incluso de que la haya vivido. Como si, de algún modo, la barrera entre mi vida onírica y mi vida real se hubiera desmoronado y fuera capaz de ver a un tiempo lo que ocurre a ambos lados del espejo. La vida real parece un sueño y el sueño, algo absolutamente real. Y me siento como si hubiese comprendido un secreto fundamental sobre la realidad que nadie ha expresado nunca. Entonces, tan deprisa como llegó, me es arrebatado de nuevo, y yo me quedo con esa horrible y acuciante sensación de no ser capaz de saber cómo o por qué llegué incluso a sentirme así.

Esta vez en absoluto es un recuerdo, es una escena de una película que me encanta y que he hecho mía. Soy Cybill Shepherd en *La última película*, preparándose para meterse en la piscina donde se celebra la fiesta mientras todos la miran, convirtiendo su vergüenza de desnudarse en una cruel diversión.

No es que yo tenga algo de lo que avergonzarme, porque el vecino más cercano de Bob y Gena vive al otro lado del valle. Debería tener unos prismáticos enfocados a la casa para poder vernos. Pero hay algo en el hecho de desnudarme al aire libre que siempre me ha resultado intimidante. Desnudarme en público, ningún problema. No me importa que la gente me mire. Son los ojos que no puedo ver lo que me saca de quicio.

Y, como Cybill Shepherd, al final tiro los reparos por la borda, me bajo las bragas y me zambullo. Y cuando el agua fría enfunda mi piel, olvido todos mis complejos. Abro los ojos y veo el cuerpo de Jack colgando bajo el agua y nado hacia él. Jack es un cuerpo sin cabeza. Por su torso danzan rayos de sol titilantes refractados desde la superficie. Y,

mientras él camina por el agua, su polla y sus pelotas botan arriba y abajo como si no hubiera gravedad.

Estiro la mano para agarrarle la polla, y él debe de haberme visto, porque se escabulle nadando de espaldas y salpicando con los pies. No se detiene hasta que llega al otro extremo, y entonces descansa los brazos sobre el borde de la piscina y se queda así. Emerjo para coger aire justo delante de él, y él parece muy ufano por haber sido más listo que yo.

Pongo las manos sobre sus hombros, le planto un beso en los labios. Sus labios están tan calientes y los míos tan fríos que dejo que se demoren ahí porque es una sensación muy agradable, y froto mi nariz contra la suya. Y dejo que mi cuerpo se bambolee arriba y abajo a merced del agua que lame el lateral de la piscina y que hace que roce su cuerpo.

Intento mantenerme lo más sumergida posible para que mi entrepierna toque la suya y su pene quede envuelto por el vello de mi coño. Cuando noto que se le pone dura, lo cual no tarda en ocurrir, bajo la mano, le agarro la polla y le digo: Ahora te tengo.

Y él se ríe.

Bombeo su polla varias veces con la mano, y después inhalo profundamente y lleno mis pulmones de tanto aire que tengo la sensación de que están a punto de estallar. Él me mira como diciendo: ¿Qué haces? Y sumerjo la cabeza en el agua, sin soltar su polla.

¿Alguna vez habéis intentado hacer una mamada debajo del agua? No es fácil, y a la vez es bastante increíble. Cuando abro la boca para meterme la polla de Jack, de ella salen burbujas de aire, y veo que una de ellas, diminuta, desciende muy despacio por su pene y se aloja en su vello púbico. Aprieto los labios alrededor de la punta de su polla tan deprisa como puedo para que no se me llene la boca de agua, y chupo.

Ahora es como si todo estuviera pasando a cámara lenta. Mi pelo flota a mi alrededor como un manojo de algas y se enrolla en mi cabeza como una bufanda hasta que ya no puedo ver a Jack; solo puedo sentir su polla fría y dura mientras la meto y la saco de mi boca caliente.

Tengo una mano trabajándole el pene y la otra apretada contra su pecho para impedir que me aleje flotando. Él sumerge las manos para acariciar mis pechos y noto cómo se balancean y botan. Luego agarra mis pezones entre el índice y el pulgar, los sujeta con firmeza y tira de ellos

con delicadeza. Noto el leve tirón en mis pechos cuando pierden su centro de gravedad y se sacuden suavemente adelante y atrás, como un bote neumático amarrado, mientras el resto de mi cuerpo le trabaja la polla.

Se está tan bien aquí abajo y me siento tan segura que no quiero que se acabe, aunque noto que el oxígeno merma en mis pulmones y mi cabeza empieza a aturdirse.

Estoy trabajándole la polla con la boca, metiéndola cada vez un poco más hondo, hasta que la meto un poco demasiado hondo, porque la punta topa contra mi garganta, y me viene una arcada y me asfixio. Me salen burbujas por la nariz. Se me llena la boca de agua. Y salgo boqueando en busca de aire.

Recupero el aliento y nado hasta el extremo poco profundo de la piscina. Me siento en el segundo escalón, con la mitad superior del cuerpo fuera del agua, los brazos sobre el borde de la piscina. Jack me separa suavemente las piernas, las coloco alrededor de su espalda, y él se introduce en mí y empieza a follarme, a un ritmo lento y regular, y noto como entra hasta el fondo y vuelve a salir. Y mientras lo hace, el agua lame la base de mis pechos. Aprieto más las piernas alrededor de su espalda, una manera de decirle que quiero que llegue aún más hondo.

El sol desaparece detrás de las colinas y arroja al cielo su radiante fulgor naranja. Lo único que oigo es el canto vespertino de los pájaros en los árboles, el agua lamiendo el lateral de la piscina, mis gemidos y los gemidos de Jack. Parece el momento perfecto, da la impresión de que todos nuestros problemas se han desvanecido: la negativa de Jack a tener sexo, la barrera entre nosotros. Ojalá pudiera ser siempre así.

Salimos del agua y volvemos renqueantes a la casa, aún chorreando y arrebolados por la pasión. En cuanto entramos, voy a la habitación que Gena nos ha adjudicado a buscar una piel de borrego, bajo y la coloco delante de la chimenea, mientras Jack atiza el fuego que Bob dejó encendido para nosotros, para que podamos secarnos.

Estamos sentados el uno al lado del otro, con las piernas cruzadas, frente al fuego, y parece el momento adecuado para decir algo romántico. Me vuelvo hacia Jack y le digo:

—Quiero que me folles por el culo.

Bien, puede que no suene nada romántico, pero quizá tendrías que haber estado allí porque sin duda en ese momento lo fue. Justo allí, justo en ese momento, no se me ocurría nada más íntimo que tener sexo anal con mi novio delante de un fuego crepitante.

Lo dije por capricho, porque no se me ocurría nada más delicioso y perverso que recordar después ese fin de semana y pensar: Tuvimos sexo anal en la casa de Bob DeVille. ¿Pasó de verdad? Y lo dije como un desafío porque sé que Jack está de humor y quiero ver hasta dónde puedo empujarlo a hacer algo que él nunca sugeriría por iniciativa propia. No aquí, no ahora. No en un millón de años.

No es que no disfrute follándome por el culo. Sé que disfruta. Y especialmente porque es algo que no le dejaré hacer siempre, porque no quiero que se acostumbre. Quiero que sea algo especial. Como comer trufas u ostras o caviar, porque si comieras esas cosas a todas horas perdería la gracia. Dejarían de parecerte un lujo. Y el sexo anal es la comida de lujo de las posturas sexuales.

Creo que la naturaleza nos dio, a los hombres y a las mujeres, múltiples agujeros por un buen motivo. Para meter cosas y sacar chismes. Y yo tengo la intención de utilizarlos todos, porque si no lo hiciera no estaría dándole un buen uso a mi cuerpo, y menudo desperdicio.

Solo falta un detalle en este pequeño escenario que había soñado para Jack y para mí.

Lubricación.

No hay un modo delicado de decir esto:

La polla de Jack es demasiado grande para mi culo.

La lubricación no es solo deseable, es imprescindible.

Déjame que te lo explique así.

¿Sabes cuando vas de compras buscando unos zapatos y ves que te has levantado con el pie derecho, si se me permite la licencia, porque ves un par en particular, de un estilo y un color concretos, y te enamoras de ellos? Son, sencillamente, perfectos, y tienes la sensación de que han estado todo este tiempo esperando a que tú los encontraras. Pero el dependiente vuelve y te dice que acaban de vender el último par de tu número y que los únicos que les quedan son de un número y medio menos.

Y, a la mierda el número, tú estás decidida a probártelos de

todos modos, porque quieres tener esos zapatos y no vas a irte de la zapatería sin ellos. Consigues meter medio pie sin demasiado esfuerzo, pero justo pasado el empeine se queda atascado. Está mitad dentro, mitad fuera, y tú te dices que en realidad no son tan pequeños como creías. Que ya has llegado hasta aquí, así que imaginas que con otro pequeño empujón lo lograrás, que otro empujón hará que entre el pie entero, y que después el cuero empezará a ceder. Empezará a estirarse y a amoldarse a tu pie, y los zapatos serán tuyos.

De modo que das otro empujón y consigues meter otro centímetro, pero ahora está atascado de verdad y duele muchísimo. Y lo muevas hacia donde lo muevas, adentro o afuera, irradia un dolor punzante por todo el pie, por todo el cuerpo. Y tú te maldices por ser tan codiciosa y no hacer caso del sentido común básico que te dice que es imposible que algo tan grande pueda caber en un agujero tan pequeño.

Y si no estoy lubricada y lista, así es el sexo anal para mí. Un zapato que no entra. Aunque eso no significa que no lo hayamos intentado.

En este escenario estamos con el pie cambiado, por así decirlo. Jack es el pie y yo soy el zapato. Y mi ano está tan dolorido y su polla parece tan grande que él bien podría estar intentando meterme el pie por el culo. Hasta tal punto duele.

Él está seguro de que entrará y yo estoy segura de que no. Y lo único que puedo hacer para convencerle de lo contrario es soltar un grito espeluznante, como si acabara de apuñalarme con un cuchillo del pan. Entonces se retira. Deprisa.

Estoy segura de que hay mujeres a las que les gusta el dolor, que lo ven como una prueba de resistencia. Supongo que Anna es una de ellas.

Yo no.

Pero ahora tengo la idea firmemente arraigada en mi cabeza. Quiero que Jack me folle por el culo en la casa de Bob DeVille, frente a su chimenea, sobre su piel de borrego. Resulta tan deliciosamente incorrecto, y tan correcto a la vez… Y conozco el juego de Jack, así que estoy decidida a continuar.

Recuerdo que Gena me dijo que le encanta cocinar al horno, y estoy bastante segura de haber visto un tarro de grasa Crisco en un estante de la cocina, así que le digo a Jack que vaya a comprobarlo y que coja un poco. Mientras lo hace, miro fijamente el fuego, observo el fulgor de las

brasas, y me quedo hipnotizada con las llamas.

Vuelve con el tarro de cinco kilos y una enorme y pícara sonrisa en la cara, como si tuviera la intención de utilizarlo entero. Como si estuviera planeando ponerme un enema de Crisco y hacer pasar por mi ojete a todo un equipo de fútbol. Y yo digo: Ya, ¿tú y cuántos más como tú?

Deja el tarro entre los dos, quita la tapa y coge un pegote con los dedos índice y corazón; lo sostiene en alto para que yo lo vea y dice:

—Ábrete Sésamo.

Me pongo a cuatro patas, y él se arrodilla a mi lado, me separa las nalgas con una mano y me embadurna el contorno del agujero con la otra. Parece crema hidratante al tacto y noto cómo mi ojete se frunce por el frío, luego vuelve a relajarse, y los dedos de Jack acarician y presionan la zona, calentándome.

Llevo una mano atrás y tiro de su polla para ponérsela dura. Y en cuanto percibo que se está endureciendo, le unto el asta con un poco de manteca y muevo la mano adelante y atrás para que quede bien cubierta y los dos estemos bien pringados.

Él se coloca detrás de mí, con una mano sobre mi culo mientras juguetea entre mi coño con su polla empapada en Crisco. Y la mete sin más miramientos ni fricción. Se pone en marcha de inmediato, adopta un ritmo y se mueve adelante y atrás con la precisión de un émbolo. Tiene las manos alrededor de la parte alta de mi culo. Tira de mí hacia abajo mientras él sube, y nuestros sexos chocan en algún punto intermedio.

Bajo los brazos al suelo y empino el culo, y él me está follando tan hondo y duro que no puedo contener un gemido largo y quejumbroso; brota de mí con tal fuerza y tal volumen que resuena en toda la casa. Y hasta Sebastian lo oye, porque al instante se pone a aullar como un poseso en el garaje. El perro y yo gemimos juntos en sintonía.

Jack me acaricia el contorno del ojete con el pulgar mientras me folla, recogiendo el Crisco y metiéndomelo en el agujero, tanteándolo, ensanchándolo, y antes de que me dé cuenta está dentro de mí hasta el nudillo, y yo me cierro alrededor de él como una planta carnívora alrededor de su presa.

Jack tiene el pulgar en mi culo, y noto como lo gira adelante y atrás, como si girase una llave en una cerradura equivocada. Puedo sentirlo, girando, girando, girando. Y ahora solo gira en una dirección, en

el sentido de las agujas del reloj, como alguien que estuviese dando cuerda al mecanismo y ese mecanismo fuera yo.

Estoy preparada para pasar al siguiente nivel, así que vuelvo la cabeza, lo miro a los ojos y le digo: Quiero que me folles por el culo, Jack. Fóllame duro por el culo.

Sale de mi coño y estampa su polla contra él, bañando su asta en mi flujo blanco y pegajoso, para lubricarla bien y facilitar su entrada por mi pequeño y tenso culo. Coloca una mano sobre mis nalgas para sujetarse mientras presiona la punta de su pene contra mi ano. Este se frunce en anticipación. La punta de su pene contra mi ano. La punta de su polla parece enorme mientras él la introduce en mi agujero. Dejo escapar un grito ahogado.

Su polla lubricada parece enorme y rígida en mi culo, y avanza despacio hacia dentro.

—¿Te gusta tener la polla en mi culo? —digo.

—Sí —gime él—. Tan prieto…

—Quiero que ensanches mi pequeño y prieto agujero —digo —. Quiero todo tu pollón dentro de mi culo.

Jack gruñe de placer mientras se desliza lenta y completamente dentro de mí, y empieza a bambolear y a girar las caderas. Jack está bailando en mi culo, y me gusta la sensación. No es un swing. Ni una lambada. En todo caso sería la danza del vientre en su versión más salvaje.

Sus manos se agarran con fuerza a mis hombros para poder embestirme con sus mazazos. Y sus pelotas húmedas chocan con fuerza contra mi coño.

Y me gusta tanto la sensación de notar mi culo ensanchado y sondado por su polla gruesa y carnosa que creo que voy a perder el sentido. Siento que estoy a punto de correrme. Siento que estoy a punto de estallar desde dentro.

Le digo: Jack, voy a correrme. Voy a correrme.

Y mientras lo hago mi cuerpo se sacude debajo de él y suelto un aullido de placer.

Digo: Ahora, quiero que te corras en mi culo, Jack. Quiero que me llenes con tu semen. Quiero sentir tu semen chorreando de mi culo.

Hablarle así, decirle marranadas, parece obrar el efecto deseado y lo lleva al límite. Le oigo gruñir en señal de que está a punto de

correrse. Da una última embestida y su pistola se dispara en mi recámara, su semen explota en mi culo, y yo siento que me llena por dentro. Él saca la polla despacio, y yo noto su semen denso, blanco merengue chorreando de mi agujero y acumulándose en mi coño.

Nos acurrucamos delante del fuego sobre la suave alfombra, él detrás con los brazos alrededor de mí.

Y no se me ocurre cómo esto podría ser mejor. Jack, yo, un fuego encendido y real, sexo anal y pastel de nata.

Es el final perfecto para un fin de semana perfecto.

19

Me miro en una fotografía que cuelga sobre una cama. Es una fotografía de cómo era yo. Y casi no me reconozco. Es como si estuviera soñando, pero tengo los ojos bien abiertos.

Estoy de pie, desnuda. Dos conchas de berberechos cubren mis pezones, y una de ostra cubre mi sexo. En el cielo, cúmulos ruedan sobre mi cabeza como olas. Las olas ruedan sobre mi cabeza como dunas desplazándose a merced del viento.

Camino por una playa. Las conchas crujen bajo mis pies. Por mucho cuidado que ponga, por mucha suavidad con que pise, crujen y se rompen. Bajo la mirada y veo que no son conchas sino huesos. Camino por una playa de huesos. Noto el aire salado en la lengua. Siento los afilados bordes de los huesos bajo mis pies, clavándose en la carne. La playa es irregular, y yo me siento inestable sobre mis pies, como salvando adoquines rotos con tacones de aguja.

Camino hasta que llego a un paseo marítimo entarimado repleto de parejas jóvenes que resplandecen de amor. Todos avanzan en una dirección, y yo camino en la contraria. Camino desnuda entre ellos. Todos me miran fijamente al pasar por mi lado, y yo me siento expuesta. Pero mantengo la cabeza alta y sigo caminando.

Camino hacia el final del paseo, donde, tras la barandilla, hay una hilera de hombres desnudos con máscaras de carnaval, tirando de sus erecciones. Están esperando a que llegue yo. Y yo no quiero defraudarlos. Me pongo a cuatro patas, levanto el culo y lo contoneo, como si estuviera husmeando el aire, para hacerles saber que estoy lista.

El primero se acerca. Coloca las manos en mis caderas, se agacha hasta mi nivel y hunde su polla en mi coño, hasta el fondo, y luego se retira y noto la punta de su polla rondando mi agujero, preparándose para volver a hundirse dentro de mí. Empieza a follarme con embestidas largas y duras. Sus pelotas chocan contra mi clítoris, y siento tanto placer que jadeo y araño el suelo.

Jack camina por el paseo del brazo de Anna. No me ve. Me

pasa de largo, pasa de largo a los hombres que se acarician la polla esperando su turno para follarme. Se detiene a unos seis metros y se apoya de espaldas en la barandilla, con los codos colgando por el borde. Anna se arrodilla delante de él y le baja la cremallera de los pantalones, mete la mano y le saca el pene. Lo sujeta rodeándolo con los dedos y alargando el pulgar hacia el glande, tal como lo sujetaría yo, lame toda el asta, tal como la lamería yo, posa los labios sobre el glande y lentamente se lo mete en la boca. Anna está chupando la polla de Jack tal como la chuparía yo. Miro la polla de Jack en la boca de Anna e imagino que es la polla que tengo en el coño.

Y quiero que Jack me mire y me vea siendo follada así, a cuatro patas, por el desconocido de la máscara de carnaval. Quiero que Jack sepa que lo estoy imaginando dentro de mí. Como los hombres de mis sueños, quiero que me acepte como soy. Para que podamos estar juntos.

Me despierto sobresaltada, como de una pesadilla horrible. Jack está a mi lado en la cama, dormido, y lo rodeo con mis brazos, le oigo agitarse levemente, y siento el calor de su cuerpo filtrándose en el mío. Me siento segura, confortada y deseada. Pero quiero más.

Paso mis manos por su pecho, las bajo hacia su vientre y deslizo los dedos entre su vello púbico, alargando el dedo corazón hasta que acaricia la base de su pene. Lo acaricio suavemente hasta que noto que empieza a endurecerse, luego bajo la mano un poco más y agarro su polla, carnosa, gruesa y semidura. Acaricio la base con el pulgar y aprieto los dedos alrededor del asta. Noto cómo él se envara bajo mis manos, su polla está erecta, erguida y lista para la acción. Lo suelto para lamerme la mano, me la mojo bien con saliva y vuelvo a rodearle el asta con ella. Mientras la deslizo arriba y abajo y le lubrico con mi saliva, le oigo gemir, pasando del sueño al sopor.

Quiero la polla de Jack dentro de mí. La quiero con tanto anhelo que no me importa si él está consciente o no. Subo una pierna sobre su cuerpo, siento su polla rozar mi muslo, lo coloco de espaldas y monto a horcajadas sobre él. Poso una mano en su pecho para estabilizarme, bajo la mirada y veo que entreabre los ojos justo a tiempo para verme llevar una mano atrás y agarrar su polla para ensartármela. Me deslizo hacia atrás y bajo lentamente. Él deja escapar un leve gemido somnoliento y satisfecho.

Mi coño se abre para recibirlo, más húmedo con cada centímetro que entra.

Ahora él está consciente y dentro de mí. Empieza a rotar las caderas lentamente. Su polla se restriega en mi interior. Y yo sigo su ritmo, montándolo, rotando mis caderas en perfecta sintonía con las suyas, como si fuéramos dos piezas de un engranaje. Me inclino hacia delante sobre él, y él se mueve conmigo, flexionando las rodillas y arqueando la espalda para penetrarme más. Me mantengo firme para sentir su polla deslizándose dentro y fuera de mi coño caliente y húmedo.

Digo:

—Fóllame, Jack. Fóllame más duro.

Y lo hace, me embiste dos veces para demostrarme su potencia, y adopta después un ritmo más empático. Quiere complacerme. Dejo escapar un largo gemido de satisfacción, jadeo su nombre sin aliento y hundo la cabeza en la almohada, asfixiando su cara con mis tetas. Introduzco los dedos entre su pelo, tiro de su cabeza contra mi pecho y siento en él su respiración caliente mientras su boca busca el pezón.

Mi pecho está en su boca. Lo succiona, y noto cómo el pezón se hincha y se endurece mientras él lo estimula con la lengua, lo estira con los labios y lo muerde suavemente, tira de él y lo alarga con los dientes.

Sus manos agarran mis pechos y los estrujan entre sí para poder lamerlos, chuparlos y morderlos, primero uno, después el otro, y luego los dos a la vez. Ahora que me ha saboreado se está volviendo insaciable. Está devorando mis tetas con la boca y su polla me martillea.

Me yergo, pongo una mano sobre su pecho y me oprimo con fuerza sobre su polla porque quiero sentirle muy dentro cuando me corra.

Me aprieto contra él hasta que está totalmente dentro de mí, y siento sus pelotas apretadas contra mis nalgas. Oigo cómo se le acelera la respiración, le oigo gemir y sé que él también está cerca. De modo que me aprieto aún más y muevo las caderas en círculo, despacio. Y él se mueve conmigo, respira conmigo y gime conmigo. Los dos estamos a punto, y quiero llevarle ahí. Siento que me corro y quiero que lo sepa.

—Me corro, Jack, me corro, me corro.

Y apenas consigo pronunciar las palabras antes de llegar al clímax.

Me agito y me contorsiono sobre él mientras el orgasmo me recorre, mi pelvis moviéndose en rápidas, breves y poderosas sacudidas a lo largo de su asta. Y también es demasiado para él. Deja escapar un largo

gemido mientras se corre dentro de mí. Puedo sentir su polla crispándose dentro de mí mientras me llena con su leche. Puedo sentirlo palpitar mientras su cuerpo se relaja. Y me derrumbo sobre él, noto cómo su pecho se eleva para encontrarse con el mío, y los dos jadeamos intentando recuperar el aliento.

Ruedo hacia un lado y me tiendo de costado. Él hace lo mismo y se coloca de cara a mí. Lo aprieto contra mi pecho. Y yacemos ahí, exhaustos. Escucho su respiración, noto cómo se vuelve más lenta y cambia de tono, y sé que se ha dormido.

Estoy tumbada en la cama, pensando dónde he estado, qué he visto y cómo me he vuelto así. Y caigo en la cuenta de algo que siempre he sabido pero que también he dado por hecho:

La mitad del sexo es ensoñación.

20

Estoy sentada en clase, en mi sitio habitual, justo delante de Marcus, y él está comentando esa escena culminante de *Vértigo* en la que Judy acaba de desvelar su secreto a Scottie: que ella y Madeleine, la difunta rubia con la que ha estado obsesionado, son en realidad la misma persona. Al hacerlo, arranca a Scottie de sus fantasías y le obliga a afrontar la realidad: que todo ese tiempo ha estado consumido por una ilusión. Marcus está diseccionando la escena final, en la que Scottie se encuentra en lo alto del campanario donde había estado Judy/Madeleine. Ha superado su miedo a las alturas para acercarse a la cornisa, pero ahora mira fijamente el abismo. Mira fijamente el punto al que su obsesión la llevó a ella, las rocas contra las que ella se estrelló y murió.

Da la impresión de que hemos estudiado esta película más de cien veces, pero Marcus vuelve a ella una y otra vez por algún motivo en particular. Marcus está tan obsesionado con *Vértigo* que creo que podría pasarse el día hablando de ella, en todas las clases, y aun así seguir descubriendo cosas nuevas e interesantes que decir. Creo que se debe a que *Vértigo* tiene todo lo que a Marcus le encanta encontrar en una película. Todos los fetiches y las parafilias que alguien pueda desear y necesitar. Ahora que sé un poco más sobre Marcus, por medio de Anna, puedo entender por qué.

También estoy absolutamente segura de otra cosa. Que, igual que Scottie, Marcus está obsesionado con las rubias, aquellas que llevarían a un hombre a la ruina. Marcus está obsesionado con Anna.

Supongo que Anna también está influyéndome a mí, porque me he sorprendido empezando a vestir más como ella. No solo como ella, sino directamente con sus prendas. Ahora llevo su camiseta de tirantes blanca, semitransparente y escotada que deja ver el sujetador. Le pedí que me la dejase, aunque no estaba segura de que fuera a quedarme bien. Y llevo sus *leggings* elásticos con estampado de piel de leopardo y sus sandalias de tacón de aguja; la clase de look que le dice a un hombre: Estoy lista para devorarte. Incluso Jack me ha mirado de un modo extraño esta

mañana cuando he salido del dormitorio vestida y preparada para irme; nunca me había visto con ropa como esta. Y cuando me ha mirado me he preguntado por qué mi obsesión con Marcus ha llegado tan lejos.

Ahora, en clase, solo me parece un gran esfuerzo desperdiciado, porque Marcus me ignora, como de costumbre. Está hablando de la insistencia de Scottie en que Judy se vista exactamente como su difunta *doppelgänger*, Madeleine: la misma ropa, el mismo peinado y el mismo color de pelo. Yo me visto como Anna para Marcus, pero, haga lo que haga, es evidente que no funciona, es evidente que no le pongo. Ahora que sé que Marcus está obsesionado con las rubias, me planteo si debería jugarme el todo por el todo y decolorarme el pelo para parecerme lo máximo a Anna sin ser ella. Sé que no le pongo porque vuelve a llevar los pantalones de vestir marrones.

Marcus nos está diciendo que todo cuanto necesitamos saber sobre Hitchcock, el hombre, se encuentra en las películas que dirigió, e imagino que es un poco como aquello que suele decirse pero al revés: que el hábito sí hace al monje. Estoy deconstruyendo el significado de los pantalones marrones de Marcus —los pantalones que lleva siempre— para intentar llegar al fondo de quién es realmente. Y me pregunto si será el único par que tiene o si su armario, cuando él no está dentro esperando a que llegue Anna, será como el de Mickey Rourke en *Nueve semanas y media*: un armario repleto de trajes idénticos. La misma camisa blanca de algodón y cuello Mao que también lleva siempre, y esos pantalones, ajustados en la entrepierna y el culo, algo acampanados en las piernas. El tipo de pantalones que pasaron de moda a finales de los setenta.

Me pregunto si rastreará las tiendas de ropa de segunda mano con fines benéficos buscando exactamente ese estilo, con esas medidas exactas. Los pantalones que le sujetan el paquete con firmeza y a la vez lo exhiben. Y llego a la conclusión de que si Marcus ha conservado en perfecto estado la ropa de su madre todo este tiempo, quizá lo más probable es que los comprara nuevos, o casi nuevos.

Marcus debe de tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, y haciendo el cálculo —y puede que parezca un poco extraño que me dedique al cálculo en clase de cine, pero estoy obsesionada con todas las cifras y las figuras que tengan que ver con Marcus, estoy obsesionada con su figura en centímetros y en kilos—, bien, haciendo el cálculo debió de empezar a vestir de ese modo en la pubertad, a los doce o los trece. O tal

vez unos años después, si fue tardío.

Esos pantalones posiblemente ya habían pasado de moda para entonces. Así que decido que debe de tenerles algún apego sentimental. Que quizá sean los pantalones que solía llevar su padre, y que cuando se los puso por primera vez le hicieron sentirse un hombre, le hicieron sentirse como su papá, y supo que no quería vestir de otro modo.

No sé nada de esto a ciencia cierta, pero imagino que alguien con una fijación con su mamá tan pronunciada como Marcus debe de tener algún trauma con la figura paterna, ausente en su infancia en el plano emocional, o en el físico, o en los dos. Y eso me hace sentir una especie de lástima por él, y hace que desee levantarme de un salto y abrazarlo con fuerza y susurrarle al oído con dulzura que todo irá bien. Pero eso nunca va a pasar porque Marcus siempre parece muy serio e inaccesible en clase.

Sentada en clase, escuchando a Marcus, no dejo de mirar el reloj porque estoy esperando a que llegue Anna. Anna llega tarde, como siempre. Estoy esperando a que la puerta se abra para poder llevar un diario de las veces que Anna hace su gran aparición y ver si sigue algún patrón. Marcus lleva cuarenta y tres minutos y treinta y dos segundos de su clase magistral de una hora, que de algún modo consigue cronometrar para que siempre acabe casi en el segundo exacto en que suena el timbre. Ya ha cubierto todas las parafilias importantes y ahora habla de los fetiches.

Vuelvo a echar un vistazo al reloj que cuelga de la pared, encima de la puerta. Faltan cinco minutos para el final de la clase y Anna aún no ha llegado. Esta vez debe de estar intentando estirar aún más la cuerda, postergar su aparición hasta el último momento posible. Realmente quiere cabrear a Marcus.

Mi atención está clavada en las manecillas del reloj mientras se acercan lentamente a la hora en punto, en el ruido de la puerta que estoy esperando que se abra. Oigo la voz de Marcus pero, por primera vez, en realidad no le escucho. Los segundos pasan. La tensión es insoportable. Estoy sentada en el borde de la silla, imagino que como los primeros espectadores que asistieron al estreno de *Vértigo* en salas de todo el país al ver a Scottie perseguir a Judy por la escalera del campanario hasta su muerte.

Suena el timbre. No en la película, sino en el aula magna. Ha

pasado la hora y Anna sigue sin llegar, y no entiendo por qué. Puede que siempre llegue tarde, pero nunca se ha saltado una clase. Ni una. No es propio de ella.

Los alumnos empiezan a recoger y a desfilar en el mismo instante en que oyen el timbre, igual que los pasajeros se levantan en cuanto el avión aterriza, antes de que se apague la señal luminosa del cinturón de seguridad. Me quedo exactamente donde estoy, clavada en mi sitio, con el bolígrafo aún en posición de tomar apuntes en mi libreta de hojas amarillas, que tiene una serie de números en la esquina superior derecha que recuerdo haber anotado pero cuyo significado he olvidado. Me pregunto por qué Anna no habrá venido a clase y dónde estará. Sigo sentada pensando en eso hasta que los únicos que quedamos en esta enorme aula magna somos Marcus y yo.

Marcus está borrando lentamente de la pizarra blanca las palabras que ha empleado para ilustrar la clase magistral, como si estuviera eliminando todo rastro de sus obsesiones sexuales. Está borrando todas las palabras que me encanta oírle pronunciar.

Escopofilia, la obsesión por mirar.

Retifismo, la atracción fetichista por los zapatos.

Tricofilia, la atracción fetichista por el cabello.

Cuando la pizarra está limpia, Marcus vuelve a su mesa, recoge sus apuntes, se los coloca bajo el brazo y alza la mirada. Alza la mirada y me mira. Y caigo en la cuenta de que en realidad es la primera vez que me mira. La primera vez que mis ojos se encuentran con los suyos y que los miro directamente. Y de pronto me siento azorada y abochornada porque voy vestida con la ropa que me ha dejado Anna y que no me queda bien.

Marcus me mira expectante y digo:

—Estoy esperando a Anna.

—¿A quién? —dice.

Y no sé si está bromeando, aunque no consigo imaginar a Marcus haciendo bromas. Demasiado intenso, demasiado intelectual, demasiado embelesado consigo mismo. Y la otra cosa acerca de Marcus es que no hay modo de saber lo que siente, lo que piensa, a partir de su cara o de su tono de voz. No deja ver nada. Así de hermético y misterioso es, y por eso yo estoy tan obsesionada.

—La chica rubia que se sienta detrás de mí —digo—. Anna.

Y lo suelto todo, todo lo que ella me contó, porque me ha puesto muy nerviosa estar aquí, delante de Marcus, y que él esté hablándome y yo esté hablándole. Le digo todo lo que sé. Las visitas de Anna, el apartamento, el armario, la ropa de su madre.

Nunca antes había mantenido una conversación con Marcus, nunca habíamos intercambiado más que unas cuantas palabras, y quiero que sepa que lo sé. Quiero que sepa que no me importa su perversión. Que no solo no me importa, sino que además la entiendo. Y que, porque la entiendo, tenemos algo en común. Y que si le gusta Anna, también le gustaría yo.

Me escucha y no dice nada. Me deja hablar, me deja decir lo que tengo que decir y no me interrumpe, y yo me siento en las nubes, porque estoy hablando de verdad con Marcus, no solo mirándolo y soñando. Es como si me hubiesen permitido visitar el camerino de mi ídolo del pop desde niña, con el que hubiera fantaseado, mantenido conversaciones imaginarias y masturbado. Y ahora él está justo delante de mí, estamos solos, hablando y relacionándonos —al menos esa es la sensación que tengo, aunque solo hable yo—, y todo lo que quiero decir sale en un torrente imparable, y no necesariamente en el orden correcto. Pero cuando estoy segura de que lo he dicho todo y de que no me he dejado nada, paro.

Él me mira con esa expresión extraña en su cara que está a medio camino entre un ceño y una sonrisa. No sabría decir si está enfadado o si se está divirtiendo. Me mira y dice:

—Te aseguro que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Luego recoge sus apuntes y sale del aula sin decir una palabra más.

Todas mis ilusiones con Marcus se han hecho añicos. Quizá nunca fue lo que yo creía que era. Quizá Anna se inventó todo lo que me contó para alimentar mis fantasías con él. ¿Por qué iba a hacer algo así? Estoy muy confundida.

Todo este tiempo he creído que Marcus era mi talón de Aquiles. Pero estaba equivocada, muy equivocada.

No era Marcus, era Anna.

Anna es mi talón de Aquiles, la rubia fatal a la que he seguido hasta los confines de la tierra.

Anna ha desaparecido. Y de pronto caigo en la cuenta de que en realidad no la conozco. De que sé muy poco de ella, quién es, de dónde viene. Solo sé lo que me ha contado y lo que ella significa para mí.

Cuando todo está ya dicho y hecho, ¿cuántas personas nos conocen de verdad? ¿Cuántas conocen nuestra rutina cotidiana: adónde vamos, a quién vemos, qué hacemos? Si ocurriera algo, si de pronto desapareciéramos, ¿quién sabría dónde buscar, a quién preguntar, a quién llamar? Los amigos —incluso los que crees que son íntimos, con los que crees que tienes una conexión profunda y perdurable— probablemente no lo sabrían. La familia, probablemente aún menos.

Cuanto más pienso en ello, más pánico siento, porque le he enviado mensajes y la he llamado y ella no ha contestado ni ha descolgado, no me ha devuelto la llamada…, otra cosa que no es propia de ella. Es como si Anna se hubiese desvanecido sin dejar rastro. Casi como si nunca hubiese existido. Solo sé de tres personas que podrían demostrar lo contrario.

Marcus.

Bundy.

Kubrick.

Por motivos que no acabo de entender, Marcus ha negado conocer íntimamente a Anna, ha negado incluso saber quién es.

Bundy se ha pasado a la clandestinidad.

Eso solo deja a Kubrick.

Le doy al taxista la dirección de la Fábrica de Follar lo mejor que consigo recordarla y las indicaciones para llegar allí lo más deprisa también que consigo recordar. Y él me mira como diciendo: ¿De verdad quieres ir ahí? Nadie va ahí. Pero, de todos modos, en cuanto entro en el coche baja la bandera del taxímetro, porque una carrera es una carrera, y mejor él que cualquier otro.

Nos acercamos al lugar y su aspecto es muy diferente a como yo lo recordaba. Nada parece igual. Y no solo porque es de día y todo parece diferente de día. Es, sencillamente, que no parece el mismo lugar. Lo que yo recordaba como edificios ruinosos son en realidad armazones vacíos de casas a medio construir y después abandonadas. Hago parar al

taxista tres o cuatro veces en sitios que me suenan vagamente para bajar y buscar el graffiti que señalaba la ubicación de la Fábrica de Follar. Allí no hay nada.

Busco indicios de que pudieran haberlo borrado o pintado encima. Tampoco los encuentro. Todas las escaleras que llevan a los sótanos parecen iguales, y no estoy dispuesta a bajarlas todas para ver si doy con la puerta correcta. Así que, al final, me resigno a la idea de que en la Fábrica de Follar ha vuelto a haber alguna redada. Aunque no parece que haga mucho de la última.

La Fábrica de Follar ha desaparecido sin dejar rastro, igual que Anna.

Y ahora solo queda una opción.

Tengo que encontrar a Bundy.

La única persona que se me ocurre que podría saber dónde está Bundy es Sal, el camarero del Bread and Butter.

Cuando el taxi se detiene frente a la puerta, la persiana está bajada. La golpeo tan fuerte como puedo con la palma de la mano. Una voz malhumorada y pedante, la voz de Sal, grita desde dentro:

—¡Está cerrado!

Ahora, recordando las cuatro palabras que crucé con Sal la última vez que estuve aquí, sé que sería bastante inútil entablar un intercambio con él a través de la persiana. Que preferiría insultarme desde la seguridad de su bar a ayudarme de alguna forma, manera o modo.

Así que vuelvo a golpear la persiana.

—¡Está cerrado!

Ya parece irritado.

Vuelvo a golpear, esta vez más rato, fingiendo que no le he oído.

Una portezuela se abre en la persiana; el careto entrecano de Sal atisba por ella.

—¿Qué coño quieres, niñata? Maldita sorda. ¿Es que no ves que está cerrado?

Más que una serie de preguntas es una serie de acusaciones y amenazas.

—Bundy —digo—. ¿Dónde está Bundy?

—¿Por qué quieres saberlo? —dice.

—Estoy buscando a nuestra amiga —le digo—. A la amiga de

Bundy, Anna.

—Ah, esa —dice—. Blondie.

Mientras lo dice, su voz se suaviza, su cara se suaviza, todo él se suaviza. Y pienso: Oh, Anna, no me lo puedo creer…

La cara de Sal se sumerge de nuevo en la penumbra, y da la impresión de que se está desvaneciendo como el gato de Cheshire. Entonces asoma su mano.

Saco un billete de diez y lo pongo en su mano. Esta se retira como una de esas huchas mecánicas con forma de animalito. Espero a que Sal reaparezca. Su mano vuelve a asomar.

Pienso: Rácano. Sal es la clase de tío que escupiría en tu copa si considerara que no le has dado suficiente propina. No puedo imaginarme volviendo a poner un pie en su bar, pero, solo por si acaso, saco a regañadientes otros diez y los pongo en su mano. Esta desaparece por el agujero.

Espero a que vuelva a asomar. La voz de Sal brota de la oscuridad recitando la dirección de Bundy. La repito mentalmente para grabarla en mi cerebro.

Dice:

—Besos a Blondie de mi parte.

La portezuela se cierra de golpe. Me estremezco.

Estoy empezando a temer por Anna. ¿Dónde está? Ha desaparecido de la noche a la mañana sin dejar rastro. Ahora tengo que tragarme el orgullo. Ahora tengo que ir a ver a Bundy.

A Bundy no le sorprende verme. Solo está decepcionado porque no haya ido antes. Para poder contarle a alguien su versión de la historia.

—Yo no tuve nada que ver con aquello. Juro que yo no maté a esas chicas.

Eso es lo primero que dice mientras me invita a pasar a su apartamento. Se le quiebra la voz al decirlo. El mundo de Bundy se ha derrumbado y él está hecho una ruina. El Departamento de Justicia ha requisado todos sus dominios, clausurado sus webs —absolutamente todas — e iniciado una investigación federal por considerarlo sospechoso de proxenetismo y estafa. Su medio de vida ha desaparecido, su reputación

está destrozada.

No me interesa su bienestar, solo quiero saber qué le ha pasado a Anna.

—Bundy —digo—, ¿dónde está Anna?

No contesta, así que no me queda más remedio que entrar.

Lo del apartamento de Bundy hay que verlo para creerlo. Bundy está ganando dinero a espuertas y es demasiado mezquino para derrocharlo en nada que no sea el estudio en el que siempre ha vivido. Lo tiene tan abarrotado de trastos que apenas es posible moverse dentro, apenas es posible pasar por la puerta.

Me acompaña adentro y dice:

—Siéntate.

Miro alrededor y no es que no haya nada donde sentarse —como Anna describió el apartamento de Marcus—, es sencillamente que todo está cubierto de trastos. DVD, revistas, cómics, juguetes, ropa interior sucia. Y otra cosa: el apartamento de Bundy apesta. Hay bandejas con restos de comida precocinada para microondas, cajas abiertas con bordes de pizza intactos, como si se las hubiera arreglado de algún modo para comérselas de dentro afuera.

No tengo intención de quedarme, ni tan solo quiero estar aquí, así que digo:

—No pasa nada, me quedo de pie.

Me apoyo contra la pared y noto que empieza a ceder, y entonces me doy cuenta de que no es una pared sino una torre que llega hasta el techo hecha con las típicas cajas blancas de comida china para llevar.

Hace menos de una semana que la noticia salió a la luz en el programa de Forrester Sachs; Bundy solo lleva escondido tres o cuatro días. Es imposible que haya comido todo esto en ese tiempo. A menos que la ansiedad le haya hecho darse atracones. De todos modos, Bundy está un poco rechoncho, así que es difícil saber si ha engordado. Supongo que es uno de esos eternos adolescentes que nunca pierden la gordura de la infancia, pero con la edad esta deja de ser enternecedora.

Hay pilas de gorras de béisbol que aún tienen colgada la etiqueta y cajas de zapatillas deportivas que nunca ha utilizado, cajas que ni siquiera ha llegado a abrir. Bundy me dice que estrena un par de deportivas todos los días y que tira las viejas a la basura como si fueran

envoltorios de caramelo. Dice que es su único lujo. Pero sospecho que solo hay un motivo por el que alguien quiera estrenar calzado todos los días: que su higiene podal sea pésima.

De pronto caigo en la cuenta de por qué huele tan mal aquí. No por la pizza mohosa ni la comida china desechada. Por los pies podridos de Bundy. Es la clase de olor que resulta ciertamente difícil de simular y que parece adherirse a todo, como el olor del vómito. En el apartamento de Bundy huele tan mal que intento respirar por la boca. Quiero salir de aquí lo antes posible, pero Bundy ha decidido que sus penas son tan grandes que quiere contarme toda su vida, desde el principio hasta ahora. Incluso desde cuando nació. Desde el día en que sus padres eligieron su nombre.

Bundy está sentado en el suelo con las piernas cruzadas como un niño enfurruñado jugando con sus juguetes.

—No soy una mala persona —dice—. La vida me ha hecho así. —Mientras lo dice introduce con aire ausente una figura de Chewbacca, la cabeza primero, en un coño enlatado.

El apartamento de Bundy está a reventar de juguetes —juguetes de felpa y juguetes sexuales—, y para él todos son lo mismo. Hay un par de osos de peluche colocados a cuatro patas, mirando en direcciones opuestas, ambos con las costuras abiertas para dar cabida a un vibrador doble embutido en el relleno. Hay un Teletubby con un arnés a modo de máscara. Es como si Bundy hubiese intentado elevar sus obsesiones, se hubiese quedado atascado a medio camino, en algún punto intermedio entre el adolescente y el veinteañero capullo, y hubiese acabado irremediablemente infantilizado, sexualizando de forma compulsiva todo lo que esté a su alcance y que antes fuera saludable y puro.

Tiene en la pared un póster enorme de Britney Spears a tamaño natural, con unos shorts a lo Daisy Duke con los botones desabrochados y las manos en las caderas, como si estuviera a punto de quitárselos, una camiseta corta de algodón blanco que parece especialmente diseñada para dejar a la vista la curva de sus tetas, y una mirada que dice: Sabes que quieres follarme, pero piénsatelo dos veces, tío.

Es Britney Spears en su apogeo, cuando era la fantasía de todos los hombres; la rubia calientapollas de cuerpo espectacular genuinamente americana. Y de antes de que rompiera un millón de corazones masculinos recordándoles a la novia psicópata que desearían no haber conocido nunca, y menos aún haberle metido la polla.

Es evidente que Bundy prefiere la Britney fantástica a la Britney real, y ha hecho algunos cambios para adecuarla aún más a su imagen de la mujer perfecta. Ha personalizado el póster con recortes de cuerpos de revistas porno. Britney Spears tiene un coño por boca y un pene erecto asomando de los shorts. No cualquier pene. Una polla negra y enorme, casi tan grande como su cabeza. Miro su nueva Britney, mejorada y genitalmente ampliada, y pienso que Bundy es un cachorro degenerado. Y recorro la sala con la mirada para ver si tiene algo de pornografía transexual porque apostaría algo a que eso es lo que le va, pero desisto enseguida porque sería casi imposible identificarlo entre el resto de la porquería.

También tiene una imponente colección de figuras de *La guerra de las galaxias* alineadas en la repisa, aunque solo *wookies*. No le interesa nada que no sean *wookies*. Bundy me dice que siempre le han encantado los *wookies*. Y cree que esta es la razón por la que solo le gustan las mujeres con vello púbico natural, las mujeres que nunca se depilan.

Bundy dice que la razón por la que tiene tanta fijación con las mamadas —«que me las hagan, no hacerlas», pone especial cuidado en puntualizar— es que en realidad no importa si ella está depilada o no. Porque él nunca llega tan lejos.

El placer oral le ahorra llevarse una decepción hirsuta. Pero la consecuencia es que se encuentra en un estado de permanente insatisfacción sexual.

Bundy está desahogando conmigo todas sus penas, su historia sexual, sus taras de personalidad, y yo no quiero oír ni una más. Quiero decirle cómo me enfadó recibir dinero después de visitar la Sociedad Juliette.

—Me engañaste —digo.

Me estoy poniendo furiosa, pero no quiero que se me note. No quiero darle el placer de ver que me ha enervado.

—¿Que te engañé? —dice—. ¿Con Anna?

—El dinero, por esa fiesta.

—¿Qué fiesta? —dice.

—La Sociedad Juliette —contesto, como si él no lo supiera.

—¿Quién? —dice Bundy.

Lo repito.

—La Sociedad Juliette, Bundy.

—No sé de qué estás hablando —dice—. Yo nunca pagaba a las chicas. Solo cobraba.

Estoy confusa, pero necesito llegar al verdadero propósito de mi visita.

—Bundy, estoy muy preocupada. ¿Dónde está Anna?

—No lo sé —dice—. Juro que no lo sé.

Igual que jura que no mató a esas chicas.

—¿Le has hecho lo mismo a Anna? —le pregunto, enfadada—. ¿Intentar extorsionarla para sacarle dinero?

—Yo no le haría eso a Anna —dice—. Nunca le haría nada malo. Quiero a Anna. La he deseado con locura —dice, casi al borde de las lágrimas—. Ni siquiera me importa si se depila o no.

Bundy me dice que ha intentado salir con Anna muchas veces y que ha hecho lo imposible por impresionarla. Ella es la única mujer en la que se ha gastado más de diez pavos, aparte de su madre. Le ha comprado regalos, le ha comprado joyas. Pero Anna siempre lo ha rechazado.

—Me dijo que me quería como a un hermano —dice—, pero ella prefiere los hombres a los chicos.

Bundy me mira con ojos grandes y tristes y quiere que le diga: Vale. Pero no puedo decir nada porque sé exactamente lo que ella significa. Él solo suspira por Anna porque ella le rompió el corazón. Y, como colofón a su historial de penas, sigue repitiendo las mismas dos cosas una y otra vez, como un disco rayado.

—No la he matado —dice—, y no maté a esas chicas.

—Te creo, Bundy. —Y mientras lo digo me doy cuenta de que es mentira—. Pero ¿tienes alguna idea, alguna idea por ínfima que sea, de dónde puede estar?

Y al fin lo suelta.

—Hay una fiesta a la que pensaba ir. Podrías encontrarla allí.

—¿Qué fiesta? —le pregunto, recelosa.

Pero antes incluso de que conteste, me doy cuenta de que voy a tener que ir y de que no tengo elección.

21

Camino al anochecer por los jardines de una gran villa de estilo italiano, la dirección de la fiesta que Bundy dio al chófer del coche de alquiler, el lugar donde dijo que podría, solo podría, encontrar a Anna. Es también la noche previa a las elecciones de Bob y hay tanto por hacer que Jack va a pasarla en la oficina de la campaña electoral.

Sigo un sendero que serpentea a través de pequeños declives, pendientes y curvas. Esté donde esté, veo que esta villa se prolonga ladera arriba, silueteada por la luz de una luna llena aún baja en el cielo nocturno y medio eclipsada por un cúmulo gigantesco que permanece ahí suspendido por la inmovilidad del aire.

Solamente hay un sendero —no se bifurca ni se cruza con otros—, pero en ningún momento veo a nadie delante de mí, ni siquiera cuando empieza a ser más recto, y tampoco viene nadie en mi dirección. El sendero parece idéntico en toda su extensión: cubierto de tierra y delimitado por pedruscos, más allá de los cuales hay matorrales frondosos y árboles salpicados de flores y orquídeas silvestres de tonos tan intensos y luminosos que parecen resplandecer en la oscuridad. El sendero está iluminado por una extraña luz ambiental sin fuente aparente —la clase de semipenumbra que hace que parezca que todo está vivo— que alumbra a medio metro a ambos lados del camino.

Llevo la misma capa roja que llevé en la fiesta *Eyes Wide Shut* y unas manoletinas negras, y me siento un poco como Caperucita Roja corriendo a casa de la abuelita. El silencio, la quietud, la solitud y la negrura me ponen los pelos de punta. Camino con todo el brío que puedo, deseando que mi destino aparezca a la vuelta de cada curva. Pero no lo hace.

Me apresuro por el sendero, en la oscuridad, dirigiéndome quién sabe adónde, y dos pensamientos giran en mi cabeza sin cesar, primero uno y después el otro.

¿Qué hago aquí?

El cabrón de Bundy.

Y no se me ocurren suficientes formas de maldecir a Bundy porque sé, simplemente lo sé, que ha vuelto a engañarme, pero tengo que encontrar a Anna y no hay alternativa. Maldigo el nacimiento de Bundy, maldigo a sus padres, maldigo sus estúpidos tatuajes, su asqueroso pene y sus apestosos pies. No consigo acallar la voz en mi cabeza, tan ensordecedora e insistente que tengo que comprobar que no estoy diciéndolo en voz alta. Aunque tampoco es que haya nadie cerca que pueda oírme. No hago más que darle vueltas en mi cabeza, y cada poco tropiezo con la respuesta.

Anna.

Estoy aquí para encontrar a Anna.

Tengo que encontrar a Anna.

Pensarlo refuerza mi determinación para alcanzar mi objetivo, y acelero el paso.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que olvido dónde me encuentro, y eso mitiga un poco la ansiedad y el miedo que siento caminando sola en la oscuridad, porque, aunque no hay un alma a la vista, está repleta de vida que sí puedo oír. Del mismo modo que los sonidos de la naturaleza saturan el aire cuando caminas por el bosque, aunque no puedas ver qué los produce. No oigo los sonidos de un bosque, oigo el murmullo del sexo, el murmullo de gente follando, los sonidos del placer desatado. Risas, chillidos, gruñidos y gemidos. El contacto de piel contra piel. Y cuando atisbo en la oscuridad, más allá del sendero, me parece vislumbrar extremidades entrelazadas en los tallos, cuerpos sobre ramas, nalgas brotando entre los arbustos, figuras en celo entre la maleza. Parece el Paraíso antes de la Caída, cuando el sexo y la naturaleza eran una, primaria, carnal y salvaje. La tentación me rodea.

Aunque parece que me dirijo hacia la casa, no puedo estar segura de que sea allí adonde lleva el sendero porque en ocasiones gira sobre sí mismo o traza una serie de pronunciados zigzags. No tardo en perder el sentido de la orientación y en no tener ni idea de si estoy avanzando o retrocediendo, subiendo o bajando. Aun así, siempre alcanzo a ver la torre ornamental, alta y delgada, de la villa, como una almenara o un faro que señala mi camino.

Me siento como si estuviera caminando por el montaje de apertura de *Ciudadano Kane*, aquellos primeros y famosos planos que comienzan de forma tan agorera con un cartel de NO PASAR colgado de

una alambrada y que se diluyen en ese barrido vertical, largo y lento, a través de más vallas, barandillas, cancelas y balaustradas —cada cual más ornamentada, más maciza, más premonitoria que la anterior—, seguidas de una serie de lentos fundidos por las ruinas de Xanadu, el monumental capricho que Kane construyó para celebrar su riqueza, con su intimidante mansión gótica dominando el fondo como una lápida.

Pienso en esas vallas y cancelas como las barreras y los diques de mi personalidad, los que erigí a lo largo de mi infancia y adolescencia para protegerme del mundo. Estoy tan absorta en mi propia vida que había olvidado incluso que todas esas fortificaciones estaban ahí y que, en lugar de protegerme, lo único que hacían era bloquear el camino impidiéndome ver dentro de mí, impidiéndome ver quién soy en realidad. Y ahora veo que no quiero recorrer así el resto de mi vida. No quiero acabar como Charles Foster Kane: frente a la muerte pero empeñado en seguir negando lo que lo ha gobernado. Un hombre perseguido por sus fantasmas encerrado en su castillo, condenado a pudrirse con su finca.

Esta finca, por la que estoy caminando, está tan ruinosa como la de Kane, pero cuanto más avanzo por ella, más enigmática y excéntrica se vuelve. Es una ruina pensada para parecer una antigüedad, pero construida para desorientar al arqueólogo que algún día tropiece con ella. Dejo atrás edificios apartados del sendero que parecen descollar sobre mí mientras me aproximo a ellos pero que cuando me acerco aún más veo que están construidos con una perspectiva forzada y que no existen sino como fachadas sesgadas con tramos de escaleras que no llevan a ninguna parte. Paso junto a un anfiteatro inacabado que tiene asientos pero no escenario e hileras de columnas con caras de duendes y demonios. Inmensas estatuas de piedra semidesmoronadas asoman por encima de las copas de los árboles y desde detrás de la maleza —gigantes, dioses, diosas, ninfas, criaturas míticas—, todas ellas participando en alguna forma de comunión y exhibicionismo sexual. Una tortuga gigante cargando con un falo gigante. Una esfinge sujetándose los pechos, de cuyos pezones mana agua. Un coloso con armadura de batalla sosteniendo su monumental e hinchado pene como si fuera una espada, preparado para derrotar a sus enemigos.

Supongo que este lugar lo construyó algún financiero rico con recursos ilimitados a su disposición como monumento a su descomunal imaginación sexual. Luego, como Kane, debió de quedarse impotente por la edad o por la insatisfacción o por la putrefacción, y legó su creación a la

madre naturaleza, que adoptó como propias a las deidades de piedra y envolvió las figuras desnudas con musgo, enredaderas, raíces y hierbas.

Noto que las figuras me miran, oigo el sonido del sexo en los árboles y la maleza, y me precipito por el sendero: doblo un recodo, rodeo un soto y salgo a una corta avenida flanqueada de árboles con ramas entrelazadas que forman un dosel. Esta conduce a una enorme estructura rocosa adosada a la ladera, esculpida con la cara de un ogro, mofletuda y redonda, con barba, ojos pequeños y brillantes, y boca poblada solo por unos cuantos dientecillos desiguales. Me hace pensar en el graffiti de la vagina con dientes que había en la entrada de la Fábrica de Follar. Esto es una vagina con dientes, ojos y vello púbico.

Hay una inscripción grabada alrededor del labio superior, y está pintada de rojo, como un tatuaje: AUDACISSIME PEDITE

El ogro tiene la boca completamente abierta, como si gritara o se riera, no sabría decirlo. O quizá simplemente se esté riendo a gritos por algún chiste que solo él entiende. El ogro me mira, se ríe de mí, como si hubiese reconocido a alguien que no pertenece a este lugar. Una parte de mí solo quiere correr hacia su boca y esconderse dentro, sin importarle lo que encuentre allí, en la penumbra absoluta, para así no tener que volver a ver nunca su mirada. Porque allí es adonde lleva el sendero, a la boca del ogro. Allí es donde acaba. No hay ningún otro sitio adonde ir, al margen de la posibilidad de dar media vuelta y volver sobre mis pasos, pero no tengo ninguna intención de hacer eso. Debo encontrar a Anna.

Oigo música, el sonido de tambores y flautas. Da la impresión de que sale de la boca del ogro.

Vacilo entre la ansiedad y la determinación; ojalá Anna estuviera aquí. Pienso: ¿Qué haría Anna? Pero ya conozco la respuesta. Nada de esto la perturbaría. Saltaría adentro alegremente, porque para ella cada experiencia es una nueva aventura, un nuevo desafío, una nueva frontera que cruzar.

El sexo murmurante me habla. Dice: «Entra». Así que lo hago.

En el interior está tan oscuro que tropiezo con una roca casi de inmediato y estoy a punto de caer de bruces. Extiendo los brazos a ambos lados para tocar las paredes, la boca y la garganta del ogro. Están tan próximas entre sí que mis brazos quedan flexionados por los codos, pero

puedo permanecer de pie sin tener que agacharme. Las paredes están frías y húmedas al tacto.

Busco el camino a tientas, pisando con cautela, hasta que gradualmente mis ojos se adaptan a una luz tenue que se ve más adelante. Llego a una escalera larga, esculpida en la roca y con una balaustrada de hierro forjado y oxidado, que lleva abajo, a una galería natural de cuevas. El techo de la cámara se inclina como el de una carpa de lona durante una lluvia torrencial, y su superficie está cubierta de estalactitas largas y finas, de brillantes tonos rojos y marrones en la base, amarillos y blancos en la punta, como las púas de un erizo de mar gigante. El agua gotea de las púas y forma pequeños charcos en la superficie de la roca, y, al hacerlo, reverbera y resuena a mi alrededor como una campana. Bajo mis pies corren arroyuelos, y tengo que sujetarme al pasamanos de hierro para no resbalar. También está húmedo al tacto, como pudriéndose. El aire es rancio y denso.

Es como si estuviera bajando al vientre de la tierra por la garganta del ogro, como Jonás deambulando sin rumbo por la ballena. No hay a donde ir salvo adelante, lleve a donde lleve.

Ahora puedo ver el final de la escalera, miro atrás para saber cuánto he bajado y calculo que estoy a medio camino. Cuanto más bajo, más estridente y frenética se vuelve la música. Parece una algarabía de voces gritando a la vez para ser oídas.

Al final de la escalera hay un pasadizo apenas lo bastante ancho para una persona, y tengo que encorvarme para recorrerlo. Tras varios cientos de metros desemboca en una plataforma que da a una amplia gruta hasta la que conducen unas escaleras labradas en la roca.

Me encuentro en el centro de una de las paredes de la caverna y enfrente, en el otro extremo, hay una cascada natural que emerge de una profunda grieta en una roca alta que se abre al cielo nocturno, a través del cual entra la luz de la luna, iluminando la gruta con una luz plateada y espectral. Antorchas encendidas clavadas a las paredes proporcionan otra fuente de luz, justo la suficiente para ver que las paredes de la gruta están pintadas con un fresco de vivos colores del jardín que acabo de cruzar, con el sendero serpenteante y las mismas estatuas de piedra que he visto asomando detrás del follaje. El suelo de la gruta está cubierto por un luminoso musgo rosa que se adhiere a la superficie de la roca y refulge y brilla a la luz de las antorchas como oro bruñido.

En la base de la cascada, el agua fluye en dos arroyos que forman una isla. En la isla hay una pequeña estructura de piedra, circular y con columnas, como un podio o un templete abierto por un lado e iluminado por la luna. A ambos lados del podio hay varias figuras ataviadas con túnicas blancas y desproporcionadas cabezas de disfraz de animales, cada una de ellas tocando un instrumento, bien un timbal o unos pequeños címbalos. Dos de las figuras tocan largas flautas de madera que llamean en los extremos. La música que resuena por toda la gruta es tan estruendosa y penetrante que satura el espacio con un clamor aturdidor de ritmos y tonos chocantes, y siento cómo reverbera por todo mi cuerpo.

En el podio hay un trono con el asiento tapizado con terciopelo rojo ribeteado en oro, y un león tallado en cada una de las patas delanteras. Y en el trono se sienta una figura tapada con un velo y vestida con una túnica blanca, larga y tan holgada alrededor del cuerpo que resulta difícil discernir su sexo. A sus pies hay una mujer, una mujer desnuda de cabello rubio, exactamente como el de Anna, y siento un vuelco en el corazón cuando la veo, pero no sé si realmente es Anna porque se halla muy lejos y está arrodillada con la cabeza en el regazo de la figura de la túnica, cuya mano enguantada resposa en ella, el mismo gesto que podría hacer un clérigo al conceder a un feligrés la absolución de sus pecados.

Es evidente que esta mujer ha cometido grandes pecados, porque tiene la espalda llena de verdugones rojos entrecruzados que duelen a la vista, y hay otra figura también con túnica de pie detrás de ella, con un látigo de cuero echado atrás, preparado para administrar más. Pienso en cuando Anna me enseñó las marcas de la muñeca y en el aspecto horrible que tenían, y ahora caigo en la cuenta de lo ingenua que fui, de que aquello en realidad no era nada.

Otras cinco mujeres desnudas, dos rubias, dos morenas y una pelirroja, están arrodilladas formando un semicírculo al pie de la escalinata que lleva al podio, de cara al trono, con las manos en las rodillas y la cabeza inclinada. Esperando su turno.

La música es tan estridente que no consigo oír mis pensamientos, tan estridente que da la sensación de estar borrando poco a poco mi identidad y reemplazándola con ruido. Lo que no puedo permitir que me arrebate es mi propósito. Tengo que encontrar a Anna. Lo repito mentalmente una y otra vez como si fuera un mantra.

Empiezo a bajar la escalera despacio y, cuando me acerco al

suelo de la gruta, reparo en que no está cubierta de musgo, sino de cuerpos; una masa contorsionante de cuerpos copulando, pelo y piel y sudor. La alfombra de cuerpos cubre hasta el último centímetro de la base de la gruta y trepa por los lados. Están tan enroscados que es imposible saber dónde empieza uno y dónde acaba otro. Cabezas sepultadas entre piernas y brazos. Torsos que parecen bendecidos con múltiples pares de extremidades. Piernas que emergen de hombros, brazos que desaparecen entre piernas y emergen detrás de cinturas. Manos clavadas a pechos. Penes que brotan de rodillas flexionadas. Bocas que están abiertas en éxtasis o llenas de un apéndice u otro. Y es como si todos hubiesen sido azotados por la música hasta el fervor sexual.

Y yo que creía que ya había visto todo esto en compañía de Anna, en la web de SODOMA, en la Fábrica de Follar. Creía que lo había visto prácticamente todo. Incluso empezaba a sentirme hastiada, pero nunca había visto nada como esto. Ni siquiera en las películas.

Avanzo un pie cautelosamente entre la tórrida masa de cuerpos y, al hacerlo, esta parece advertir mi presencia y empieza a separarse, abre un sendero para mí. Camino por entre estos cuerpos y me siento cohibida y al mismo tiempo completamente invisible, porque nadie me presta la menor atención, como si estuviese caminando por una calle muy concurrida en alguna ciudad, una persona entre muchas, entre centenares y miles, perdida en el trajín.

Alzo la mirada al podio, justo a tiempo para ver cómo la chica rubia se pone en pie y cae boca abajo sobre el ondulante enjambre de carne humana. Veo su figura inerte sacudida de un lado a otro, como un cantante de rock transportado por las manos de su público enfebrecido. Múltiples brazos se alargan para tocarla y agarrarla y tirar de ella hacia abajo. Otros la empujan arriba y al frente.

Todo ello recuerda a la escena inicial de *Grupo salvaje*, en la que unos niños están sentados junto a la carretera viendo cómo un ejército de hormigas rojas envuelven y devoran dos escorpiones. Y contemplan con deleite este terrible espectáculo de sacrificio ritual, pinchando a las criaturas con palos para excitarlas aún más, fomentando la crueldad sin conciencia.

Observo horrorizada cómo la masa succiona y engulle a la chica rubia, cómo su cuerpo se pierde en la vorágine. Y yo no puedo hacer nada por evitarlo. Justo antes de que desaparezca, consigo verle la cara un

instante, un instante suficiente para saber que no es Anna.

Otra chica se pone en pie y ocupa su lugar a los pies de la figura del velo. El látigo se eleva y cae sobre su espalda con una fuerza y una velocidad aterradoras. El cuerpo de la chica se tensa al recibir el golpe, sus hombros se arquean y su espalda se contrae. Su cabeza se ladea y su boca se abre de golpe, como un lobo aullando a la luna, pero sus gritos no pueden oírse, porque la música lo sofoca todo —el ruido del látigo, sus gritos, la masa de cuerpos que me rodea retorciéndose y follando—, todo excepto a sí misma.

Los cuerpos siguen despegándose delante de mí, y ahora me encuentro casi en el centro de la caverna y lo bastante cerca del podio para ver las caras de las chicas, para ver que tampoco ninguna de ellas es Anna. A la que está delante del trono la han fustigado hasta hacerle perder el conocimiento, y ahora está desplomada al pie de la figura del velo.

Esta escena es aberrante, joder. Lo más aberrante que he visto. Demasiado aberrante para mí. Ahora mismo solo quiero echar a correr y largarme de aquí, pero no puedo. Estoy a merced de este enjambre de cuerpos.

La música me martillea los oídos. El corazón me palpita con tal fuerza que tengo la sensación de que el pecho me va a estallar. Me palpita con tal fuerza que siento que empiezo a ceder al pánico y a hiperventilar. Y tengo que hacer uso de hasta el último ápice de mi fuerza de voluntad para impedir que eso ocurra, para ralentizar y regular mi respiración y así poder pensar en qué hacer y adónde ir. Y ahora me da la impresión de que los cuerpos no se abren para adaptarse al sendero que yo he elegido, sino que me guían, y mientras siga caminando los cuerpos me dejarán pasar.

Enseguida estoy prácticamente en el otro extremo de la caverna y puedo ver una abertura en la roca, una salida, y comprendo que es allí adonde me están guiando. Cada paso es más insufrible que el anterior. Hasta que, finalmente, no puedo dar ni uno más y salto sobre los últimos cuerpos para ponerme a salvo.

Me precipito a través de la abertura tan deprisa como me lo permiten las piernas y echo a correr por un estrecho pasadizo iluminado por antorchas, y no vuelvo la mirada hasta que la música se atenúa, hasta que lo único que oigo es el eco de mis pasos sobre el suelo. El pasadizo se divide en dos, luego en tres. No sé bien adónde voy. Solo sigo corriendo en

la misma dirección —adelante—, incluso cuando el camino gira y parece volver sobre sí mismo. Todo me resulta familiar y a la vez extraño, y tengo la sensación de que he regresado a las entrañas de la Fábrica de Follar.

El pasadizo se endereza. Frente a mí se derraman charcos de luz procedentes de aberturas en arco esculpidas alternas en ambas paredes, de manera que ninguna queda enfrente de otra, como las habitaciones en el pasillo de un hotel.

Al acercarme a la primera, oigo el murmullo que saturaba el aire mientras caminaba por el jardín de arriba, aunque esta vez es menos etéreo, más apremiante, tan primario como el rugido de la muchedumbre en un acontecimiento deportivo.

Llego a la entrada y me asomo. La cámara tiene aproximadamente el tamaño de un garaje grande. Al igual que en la gruta, las paredes están pintadas con un mural, una escena de interior —con ventanas, puertas dobles e incluso habitaciones contiguas— que hace que el espacio dé la impresión de ser mucho más grande de lo que es. Parece un decorado teatral.

En el centro de la sala hay un gran cadalso de madera. Una chica está atada a la columna central. Está desnuda, con los brazos extendidos por encima de la cabeza, las muñecas inmovilizadas con las palmas hacia fuera. Una soga le constriñe la cintura como una faja. Otra, anudada en el centro del pecho, le rodea los senos y los hombros como un sujetador.

Tiene el cuerpo manchado con gotas y chorretones negros, como si la hubiesen rociado con tinta. De pie a su lado, dos figuras encapuchadas y con la cabeza inclinada sostienen cirios negros tan grandes como antorchas olímpicas y las presionan contra la chica, como administrándole un sacramento y ofreciéndole una bendición.

Alrededor del cadalso, hombres y mujeres follan con frenesí animal, ajenos a mi presencia. Todos llevan máscaras de alguna clase: máscaras de carnaval, máscaras con forma de animal, máscaras de goma con la cara de presidentes, políticos, personalidades y figuras históricas. La energía en la sala es desenfrenada, combustible como el fósforo. El olor es abrumador.

Me siento como si me encontrara en el borde de mi sueño, mirando, cautivada por la chica del cadalso. Le acercan un cirio al pecho. Gotas de cera caen sobre su pezón y lo cubren como un glaseado. Mientras

la cera se acumula en su cuerpo, ella gira las caderas y sacude la pelvis, como cuando estás desesperada por mear y no hay un baño a la vista. Tiene las piernas flexionadas, con las pantorrillas atadas a los muslos con cuerdas, de tal modo que cuando mueve las piernas parece una mariposa agitando levemente las alas. O un escarabajo al que se ha puesto boca arriba y sigue pateando el aire inútilmente, yendo deprisa a ninguna parte.

Tiene la boca abierta, los ojos entornados hasta parecer dos ranuras, y me llama la atención la expresión de su cara; soy incapaz de discernir si está suplicando más o rogando que paren. Viéndola ahí, atada al poste como Juana de Arco, rodeada por una muchedumbre aulladora, suspendida entre la euforia y la agonía, no sé si quiero follarla, salvarla u ocupar su lugar.

Me aparto de la entrada y sigo avanzando por el pasadizo, dejando atrás cámara tras cámara, pero al pasar por delante de ellas echo un vistazo dentro. Cada una parece una escena de la web de SODOMA. Una chica en una especie de situación o escenario de tensión —atada, enjaulada, encadenada, inmovilizada—, y rodeándola, un público, como el de mi sueño, todos con máscaras de carnaval, enardecidos y excitados por el espectáculo con que se les ha obsequiado. Me detengo a la entrada de cada cámara lo justo para comprobar que Anna no está dentro y sigo avanzando. Camino por estas catacumbas y al rato tengo la sensación de estar caminando en círculos. O eso, o sencillamente todos los castigos empiezan a parecer idénticos.

Entonces llego a una estancia que parece vacía. La curiosidad me puede y entro. Al igual que en las demás cámaras que he visto, todo el mobiliario está pintado en las paredes, salvo un pequeño estrado, preparado a modo de cama, y una estatua de mármol colocada frente a él.

Una voz masculina dice detrás de mí:

—¿Por qué has tardado tanto?

Me resulta familiar. Esta voz…, la conozco.

Me doy la vuelta y veo al hombre de la máscara de arlequín, el hombre de mi sueño, mi pareja sexual en la fiesta de la Sociedad Juliette. Siento un gran alivio al ver una figura conocida. Luce una sonrisa cómplice y una capa negra con capucha. Me esperaba, pero no consigo imaginar por qué.

—Estoy buscando a alguien —digo.

Y recorro la sala con la mirada mientras lo digo, aunque no

hay mucho que mirar.

—Bueno, pues aquí estoy —dice, decidido a atraer de nuevo mi atención y mi mirada hacia él.

—A ti no —le digo—. A mi amiga. Anna.

—¿La conozco? —dice.

—No lo sé… —contesto, mirándolo a los ojos.

—¿Debería? —dice.

En su rostro vuelve a destellar esa sonrisa. No tengo ni idea de qué va esto ni de adónde lleva, pero da la impresión de que sabe más de lo que está dejando ver y de que me está provocando.

—Ven —dice, acercándose a mí y tendiéndome la mano—. Quiero enseñarte algo.

Se dirige a la estatua de mármol que hay en el rincón de la estancia.

Acepto su mano de buen grado y esta envuelve la mía como un guante, familiar, reconfortante, cálido. Me lleva hasta la estatua de mármol del rincón.

De lejos, la estatua parece un hombre con las piernas muy peludas. Está arrodillado e inclinado hacia delante con los brazos extendidos al frente, en mitad de una oración o masturbándose de espaldas para que nadie lo vea. Cuando nos acercamos, veo que no está haciendo ninguna de las dos cosas.

Es la estatua de un hombre, y no hay un modo más sutil de decir esto: es la estatua de un hombre follándose a una cabra. Bien, no exactamente un hombre, sino un ser mitad hombre mitad cabra, con cuernos, como el demonio. La mitad superior es humana; la inferior, cabruna. Técnicamente, supongo, en realidad es una cabra follándose a otra cabra, y ninguna ley del hombre, la naturaleza o Dios está siendo en verdad violada o infringida. Pero aun así…, están follando, de eso no cabe la menor duda, porque la cabra-hombre tiene el pene introducido en las partes bajas de la cabra. Si una cabra tiene vagina —esto me resulta ciertamente bochornoso, no sé si una cabra tiene vagina—, entonces, sí, está introducido en la vagina de la cabra.

La cabra, como la mayoría de las cabras, también las hembras, tiene barba. Está tumbada sobre el lomo, con las patas posteriores alzadas, y la cabra-hombre se la está follando y tirándole de la barba al mismo tiempo. La cabra, hay que decirlo, no parece precisamente contenta con la

situación. De hecho, parece aterrada. O quizá es solo que yo estoy proyectando. Pero una cosa te diré: todo este escenario resulta escalofriante, aunque la estatua en sí esté hermosamente tallada y representada.

—¿Sabes qué es? —dice.

—Bastante explícita —digo—. Por lo demás, ni idea.

—Adivina —dice.

—¿Pornografía etrusca antigua? —pregunto.

—Te has acercado. —Se ríe—. Te equivocas de un par de siglos. Es romana. Pan. El dios del sexo.

Escucho su voz y me fastidia que me resulte familiar y no consiga ubicarla.

—¿Sabes de dónde viene? —dice.

—¿De la Mansión Playboy? —digo.

—Herculaneo —dice, como si yo debiera saberlo—. Italia, cerca de Pompeya. La encontraron en la villa privada del suegro de Julio César, que también era un personaje extremadamente poderoso e influyente.

Y da a Pan una amistosa palmadita en el culo.

—¿Puedes imaginar lo que ocurrió allí? —declama—. ¿Qué clase de actividades inspiraron esto?

—¿Fiestas en casas? —digo.

Le estoy vacilando. Quiero que crea que soy inteligente y graciosa. Quiero gustarle.

—Correcto —dice sin un ápice de ironía.

Al fin acierto en algo. Espero que se explaye, pero no lo hace.

—Esta no es la auténtica, por desgracia. La original está en Nápoles, pero es una copia muy buena; tiene todos los detalles, y bien reproducidos —dice pasando el índice lenta y metódicamente a lo largo del pene erecto de Pan, como comprobando si tiene polvo—. Y cumple con su propósito.

—¿Qué es…? —digo.

—No te hagas la ingenua —dice.

—No lo pretendo —digo.

—De esto se trata todo —dice.

—¿Esto? ¿Un medio hombre follándose una cabra?

—Aquí. Ahora. Este lugar.

—Ya que lo mencionas —digo—, ¿qué es este lugar?

—Este —dice— es el jardín de los placeres terrenales. El matrimonio del cielo y el infierno.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De la Sociedad Juliette —dice.

En cuanto oigo el nombre regreso al lugar donde lo oí por primera vez. A aquel lavabo, con Anna. Entonces pensé que solo era el nombre ridículo de un exclusivo club de intercambio de parejas. Por lo visto, no es así.

—Suena a alguna especie de hermandad de mujeres —digo.

—Nada más lejos de la realidad —dice—. La Sociedad Juliette es gente unida por una idea, una filosofía compartida, todos dedicados a la búsqueda de placeres sublimes. Tenemos intereses comunes, objetivos compartidos y medios ilimitados.

—Suena a club para ricachones indecentes con ganas de vaciar las pelotas —le digo.

—No es un club —dice—. Es una tradición. Un linaje histórico. Un linaje que se remonta a las religiones mistéricas precristianas, los cultos paganos que operaban abiertamente durante la época romana.

Genial, pienso, ahora ha decidido darme una lección de historia.

—A medida que los cultos se popularizaron, las autoridades romanas empezaron a considerarlos una amenaza para el poder y el orden —dice—, así que los sofocaron, los dividieron y apresaron a sus devotos.

Las religiones mistéricas me están pareciendo un poco como la Fábrica de Follar de la Antigüedad, pero no estoy segura de que él esté hablando de ellas en este sentido.

—Lo que las autoridades no sabían era que muchas figuras públicas y ejecutivos del Imperio romano también eran en secreto miembros de estos cultos —dice—. Los persiguieron, los recluyeron y los mataron. Estuvieron a punto de extinguirnos, pero el culto se reconstituyó después de la purga y el núcleo ejecutivo llegó a la conclusión de que la mejor manera de salvaguardar su supervivencia era perseguir tres objetivos clave: limitar la amenaza, gestionar sus actividades y minimizar el riesgo.

—Espera —digo—, ahora me he perdido del todo. ¿Estamos hablando de un gobierno corporativo o de follar?

—¿Follar? —dice, y parece casi sorprendido de que la palabra incluso haya salido de su boca—. Se trata de mucho más que de follar.

—Sí, veo que insistes en eso —digo—, pero no me dices de qué se trata.

—Lujuria —dice, alargando la palabra como un siseo—. Y poder. No podíamos permitir que nos arrebataran eso, de modo que el culto pasó a la clandestinidad y se escondió a plena vista.

—¿Cómo puede uno esconderse a plena vista? Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo —dice—. Veámoslo así, ¿qué clase de historia no puede ser verificada?

—¿Todo lo que sale en *The National Enquirer* o en TMZ?

—Exacto —dice—. Chismorreos. Rumores. Mitos.

—¿Y?

—Y no se puede enjuiciar un rumor ni desmentir un mito —dice—. Sigue existiendo, perpetuándose e influyendo, pero no puede destruirse. Solo puede evolucionar y transformarse. Así, desde aquellos tiempos, se le ha conocido por muchos nombres.

Y recita una lista de nombres que parecen títulos de películas de terror de serie B.

El Culto a Isis.

La Orden Secreta de los Libertinos.

El Club Hellfire.

—El nombre con que se conoce ahora es Sociedad Juliette —dice—. Pero todos se derivan de las religiones mistéricas.

—¿Cuál era el misterio? —pregunto, intrigada.

—El misterio no era algo que debía descubrirse —dice—. Era un lugar que invocar, un lugar como este. Un destino final, no una parada en el camino.

Habla en clave.

—¿Y cómo se llega a ese lugar? —digo.

—¿Cómo has llegado tú aquí? —dice.

—En coche de alquiler con chófer —digo—. Me dejó en la entrada principal. Contraseña: Fidelio. Los de seguridad me miraron extrañados. Creo que esperaban a Tom Cruise. Y en vez de él aparecí yo, Tom Cruise con tetas.

—Muy graciosa —dice, pero no se ríe. Ni siquiera sonríe—.

No me refería a eso —dice—. Hay tres fases de iniciación.

—¿Cuáles son?

—Desorientación de los sentidos.

He estado ahí.

—Intoxicación del cuerpo.

Lo he visto.

—Sexo orgiástico.

Lo he hecho. Todo cumplido. Y aquí estoy.

No ha sido una casualidad, ni una serie de acontecimientos fortuitos lo que me ha traído aquí.

Me han guiado aquí.

—Ahora ya sabes cómo has llegado —dice, como adivinando mis pensamientos. Y ahí está de nuevo esa sonrisa. No consigo descifrar a este hombre.

—Sea lo que sea la Sociedad Juliette, no quiero formar parte de ella —le digo—. Solo quiero encontrar a mi amiga.

—Ya formas parte de ella —dice.

—¡Este no es mi lugar! —le digo rabiosa.

—Si has llegado aquí, este es tu lugar —contesta, mirándome directamente a los ojos.

—Pero ¿por qué? —pregunto.

—Porque no era el de los otros.

—¿Qué otros?

—Los que no lo hicieron —dice—. Verás, los que se rindieron a medio camino o abandonaron, los que se plantaron en la iniciación fueron sacrificados.

Sacrificados, pienso. ¿He oído bien? Y me estremezco por dentro, intentando no parecer tan perpleja como me siento.

—¿Es esta una de esas situaciones en las que, después de lo que me has contado, vas a tener que matarme?

Y solo bromeo a medias.

Él se ríe, pero no creo que lo haga porque haya pillado el chiste, y no dice que no.

—Somos más parecidos que diferentes, lo sabes —dice—. Más parecidos de lo que querrías admitir. Por mucho que te cueste entenderlo. No somos como los demás.

—¿Por qué yo? —digo.

—Tienes un don.

—¿Y cuál es? —digo.

—Eres incorruptible, irreducible. Entiendes.

No me lo pregunta, me lo dice. Pero no creo que esté entendiéndolo.

—Lo intento —suplico—. Quiero de veras.

Desearía que dejara de hablar así. Y sin embargo estoy totalmente embelesada. Me siento como Alicia intentando conversar con el Sombrerero y la Liebre de Marzo, embrollándome en una especie de lógica invertida que me supera pero que parecería tener sentido si sencillamente la aceptase.

—Pero si ya lo entiendes —dice, sonriendo—. El poder, el sexo y la violencia son solo las dos caras de la misma moneda. Y tu deseo de saber más, de experimentarlo en persona, te ha traído aquí. A mí.

Me está soltando un cuento chino. Lo sé porque ya lo he oído antes: de boca de Anna.

Y ahora sé quién es él, el misterioso desconocido de la máscara, el hombre de mi sueño. Él es el tipo del que me habló Anna, el que dijo que era su favorito de entre todos sus novios, el que la entendía mejor.

—Conoces a Anna —digo.

No contesta.

Y ahora sé lo que es esto. Esto es esa escena de *El último tango en París*, la única que en realidad conoce o le interesa a la gente.

La que comienza cuando Maria Schneider entra en el apartamento de Marlon Brando, saludando en voz alta para anunciar su llegada. Al no recibir respuesta, cree que no hay nadie en casa. Pero Brando está sentado allí, en el suelo, comiendo pan con queso, sin decir nada, sin hacerse notar, solo esperando a que ella llegue.

Él ya sabe lo que va a ocurrir. Ya ha decidido adónde lleva esto. Lo que va a hacer. Ella lo ignora. Y decide ignorarlo porque, en ciertos sentidos, también quiere que ocurra.

Él también me esperaba, porque sabía que llegaría. Y aparecí en el momento justo.

Lista para mi escena de la mantequilla.

—¿Estás asustada? —dice, avanzando hacia mí.

—No —digo, y me doy cuenta de que es verdad.

Y de verdad no lo estoy. Pero, aunque lo estuviera, no le daría el placer de que lo supiera.

Lo único en lo que pienso es: ¿De qué va este juego? ¿Y dónde está Anna?

—¿Debería estar asustada? —pregunto.

Él tira de mí, y yo no me resisto porque comprendo que esto es a donde todo me ha estado guiando.

Quería venir aquí. Hice que ocurriera.

Vine por necesidad. No tenía alternativa.

Tenía un don. Me echaron el ojo.

Me tumba de espaldas sobre el estrado. Ya sabe lo que quiere y va a hacerse con ello. Alzo la mirada y veo la estatua. Veo una cabra y un demonio caliente sobre ella. Yo y él en una unión profana. Pero él no alarga la mano en busca de mi barba, la alarga en busca de mi cuello.

Cuando caigo en la cuenta de lo que está haciendo, ya tiene sus manos en mí, y todo se mueve tan deprisa que en realidad se mueve a cámara lenta.

Sus manos rodean mi cuello.

Intento gritar. Mi voz ha enmudecido. Forcejeo, pero él sabe que es más fuerte que yo. Estoy clavada a la plataforma, aplastada por el peso muerto de su cuerpo.

Estoy totalmente indefensa, pero completamente alerta y consciente.

Es demasiado tarde para reaccionar, demasiado tarde para huir.

Noto sus manos tensándose lentamente alrededor de mi tráquea.

—Niña tonta —dice con lascivia—. No tenías que haber venido.

Se inclina sobre mí hasta que su cara queda justo encima de la mía y lo único que puedo ver detrás de la máscara de cuero quemado son sus ojos, refulgentes y enajenados.

De pronto, como en un destello, veo lo que les ocurrió a todas esas chicas. Veo lo que podría haberle ocurrido a Anna. Y ahora todo me parece obvio. Todo me parece muy claro.

Debería haber estado más atenta. Debería haber escuchado a

mi cabeza y no a mi cuerpo. Debería haber visto venir esto.

Nadie quiere morir. No aquí, no así.

Yo no quiero morir. No aquí, no como esas chicas. Pero es demasiado tarde para arrepentirme.

Me está arrebatando la vida. Quiere ver cómo la pierdo. Quiere que sienta lo que ellas sintieron.

Y recurro al último ápice de fuerza en mi cuerpo y a la última pizca de aire en mis pulmones para espetarle:

—Que te jodan.

Suena como un gorjeo. Él se agacha hasta mi oído, y oigo que susurra:

—¿Me sientes?

Sus manos se tensan.

Luego todo se vuelve negro.

Cuando despierto, estoy tendida de espaldas, mirando una vasta e ininterrumpida extensión de cielo azul que se prolonga de un horizonte al otro. Sin sol, sin luna, sin nubes. Y aunque el color es liso y monótono y completamente uniforme, me da la impresión de que se arquea sobre mí, de que estoy mirando la curvatura de la tierra. Noto una brisa leve acariciándome el cuerpo, pero en este momento no sé si estoy sumergida en agua o flotando en el cielo.

Gaviotas blancas fantasmagóricas se deslizan sobre mi cabeza como centinelas. Y si no fuese por la punta de sus alas, que parecen pintadas con tinta china, creería que no son sino motas flotantes en mis ojos por haber mirado demasiado rato el azul infinito. Planean por mi campo de visión, algunas más grandes que otras, en trayectorias que se cruzan a diferentes alturas, aunque da la impresión de que todas habitan en el mismo plano. Veo una bandada de estorninos precipitándose en una dirección y en otra como un banco de peces, girando en una fracción de segundo para atrapar la corriente.

Levanto la cabeza para mirar alrededor. Estoy tendida y desnuda en mitad de una gran plataforma rocosa alzada apenas treinta centímetros del suelo. Hay una bata de seda de color rubí con intrincados bordados dorados extendida debajo de mí como si fuera una sábana. Tengo los brazos medio introducidos en sus mangas. Extendiéndose desde la

plataforma en todas direcciones, hasta donde alcanza la vista, hay hileras de tribunas vacías.

Siento que empiezo a marearme, así que descanso la cabeza en el suelo para mirar el cielo, y me siento como si estuviera volando, como si estuviera planeando por el aire con los pájaros. Noto que algo me atora la garganta, algo como una pluma. Me hace cosquillas en la garganta y a la vez la obstruye. No puedo respirar y empiezo a ceder al pánico. Me asfixio e intento librarme de ella. Nada sale de mi boca, pero, fuera lo que fuese, ha desaparecido ya y busco ansiosa una bocanada de aire, como si fuera el primer aliento de mi vida. Como si hubiese muerto y renacido. Con ese aliento llega un dolor punzante que me cruza el cuello, desciende hasta el pecho y me atraviesa los pulmones, como si estuviese inhalando fuego.

Y me parece oír a Jack susurrando: «Has llegado».

Abro los ojos para verlo.

Abro los ojos, espero a que mi vista se enfoque y veo que no es Jack, ni el hombre de la máscara, sino Bob quien se cierne sobre mí, con la cara eclipsada por una sombra. Bob es el hombre de la máscara. Y no sé por qué, pero no me sorprende en absoluto.

Veo que echa el brazo atrás. Y siento un ardor intenso en la mejilla cuando me abofetea. Mi cabeza se ladea con fuerza, como activada por un resorte.

Me sujeta la barbilla, la vuelve hacia él y me asesta otra bofetada. Esta vez más fuerte.

—¡Despierta! —grita—. No es hora de morir.

Lo miro y solo veo su cara una décima de segundo antes de que todo se vuelva borroso por las lágrimas que anegan mis ojos.

Me sujeta las muñecas, no para impedir que vuelva a golpearlo, sino para bajarlas. Hacia su cuello.

Dice:

—Vamos a intercambiarnos los papeles. Asfíxiame.

Sus manos están en las mías. Mis manos están en su cuello.

Dice:

—Más fuerte.

Y yo aprieto.

Lo dice otra vez:

—Más fuerte.

Mi fuerte obviamente no es lo bastante fuerte.

Vuelve a decirlo, y ahora lo grita, una vez y otra y otra. Como un entrenador intentando enardecer a sus atletas. Y yo ya ardo en furia.

—Más fuerte.

Actúo sin pensar.

—Más fuerte.

Aprieto más.

—Más fuerte.

Sus manos se aflojan sobre las mías y caen a ambos lados. Yo sigo apretando.

—Más fuerte.

Me siento como si estuviera girando un tornillo que ya está clavado en la pared. Pero quiero darle una vuelta más, solo para asegurarme, y necesito recurrir a toda mi fuerza para girar el destornillador.

Veo cómo su cara se enciende y se enrojece.

Aprieto más.

Sus labios se mueven pero no emiten ningún sonido.

Lo aplasto con todo mi peso ahora, con una fuerza que no sabía que tenía, y su cara adopta el color de la remolacha. Los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas. El cuerpo absolutamente inmóvil y rígido.

Entonces vislumbro su boca y veo que tiene las comisuras curvadas en una leve sonrisa que con toda certeza es malvada. Como si supiera exactamente lo que me está haciendo. O quizá solo se deba a que siente un dolor atroz. No sé discernirlo, porque es casi imposible diferenciar una mueca de una sonrisa.

Y confío de veras en que sea lo primero, porque ahora al fin lo capto. Entiendo de qué va todo esto. Estas pequeñas bacanales. El poder de tener en sus manos la vida y la muerte. Y así es como se divierten.

Esta es la diversión de Bob.

Asumir el riesgo supremo.

Noto cómo su pulso se debilita bajo mis dedos. Lo veo resbalar hacia un lado. Puedo poner fin a todo esto ahora. No se resistiría. Puedo arrebatarle la vida. Aquí mismo, ahora mismo. Puedo quitarle la vida, tal como él se la quitó a esas chicas, como se la quitó a Anna. Porque eso es lo que imagino que ha ocurrido. Puedo resarcirlas. Puedo evitar que vuelva a

suceder. No más víctimas.

Y aunque es probable que él lo disfrutara, cabrón asqueroso, no lo haría durante mucho tiempo. Sería demasiado tarde para arrepentirse.

Esto es lo que él quiere. Sabe que no puede perder.

Si lo mato, moriría impune sabiendo que mi vida también se ha acabado.

Si lo mato, sería demasiado fácil.

Veo cómo se le escapa la vida. Así que retiro las manos.

Él no se mueve. El color abandona su cara.

El cabrón está muerto. Lo sé. Está muerto, joder.

Grito su nombre —«¡Bob!»— una y otra vez. Lo abofeteo. Le aporreo el pecho.

Empiezo a sentir pánico. De ningún modo pienso cargar con la culpa de esto.

Vuelvo a hacerlo todo. Más fuerte.

Estoy a punto de rendirme cuando vislumbro un destello en el fondo de sus ojos.

Así que lo abofeteo. Una vez en cada mejilla.

Jadea, intenta llenarse los pulmones de aire. Lo acompaña un sonido áspero y espantoso.

Lo miro fijamente, desesperada, atónita. Quiero que viva. Necesito que viva. No por él.

Por mí.

Lo intenta tres o cuatro veces y parece que va a conseguirlo. Está regresando del límite. Se va a recuperar.

Veo sus labios moverse, pero no distingo lo que dice. Su voz es apenas un susurro. Agacho la cabeza hasta la suya.

Le oigo decir:

—Gena… qué corbata… qué corbata me pongo.

Cabrón degenerado. Aún obsesionado con la apariencia. Si Gena lo supiera…

Y me pregunto si lo sabe y sencillamente prefiere pasarlo por alto. ¿Vive engañada y ciega? ¿Cierra los ojos a las indiscreciones? ¿O no ve las señales? No puedo evitar pensar que Gena sospecha y que esta es la historia que hay detrás de su sonrisa torcida.

Bob está volviendo en sí, pero no tengo intención de quedarme aquí sentada, acunarlo en mis brazos, acariciarle la cara y atenderlo hasta

que se recupere del todo. Y por supuesto tampoco pienso quedarme cerca para mirar. Tengo que irme antes de que recuerde dónde está, quién soy yo y qué acaba de ocurrir.

Esta fiesta ya ha durado demasiado para mí. Ya he visto suficiente, y sé perfectamente cuándo es hora de irse. Así que me marcho mientras él sigue tendido en la losa, aún barboteando, semiconsciente e incoherente.

No me vuelvo.

No miro atrás.

Tengo la bendita suerte de estar viva.

22

Es la noche de las elecciones. Estoy en casa sola viendo los resultados en directo en la televisión. Y cuando enfocan a Bob DeVille, ya muestra una actitud triunfal. Va por delante con un margen claro, aplastando a su oponente, y sabe que va a hacerse con estas elecciones. Ya sabe que va a ganar, y su cara lo delata. Un resultado previsible, ¿no te parece?

Nombra a un político que no salga impune de sus crímenes.

Es casi un incentivo de la profesión. Y DeVille lo ha convertido en un arte.

Para mí, ahora es DeVille. No Bob. Ese nombre me resulta demasiado familiar. Un poco demasiado íntimo para sentirme cómoda. Ahora que sé lo que sé. Eso lo cambia todo. Llamarle Bob sería como tutear al estrangulador de la colina.

DeVille está de pie en el estrado haciendo el signo de la victoria y con una sonrisa Colgate, rodeando con un brazo la cintura de Gena mientras se prepara para pronunciar su discurso como vencedor. Parece tan engolado y ufano… Y lleva un pañuelo al cuello, joder. Debo de ser la única persona de todas las que estamos viendo esto que sabe por qué. Lo lleva para ocultar sus jodidos moretones. Para proteger su sucio secretito.

Gena señala al azar a algunas personas entre la multitud, haciendo con la boca lo mismo que hace Hillary Clinton durante las campañas electorales. Quedarse boquiabierta por la sorpresa, incrédula, y saludar con frenesí y al azar a gente del público como si se trataran de familiares a los que hace mucho tiempo que no ve, fingiendo que los conoce. Y lo hace porque tiene la certeza de estar un paso más cerca de ser la primera dama y considerar que debe empezar a comportarse como tal.

Los DeVille están actuando para una muchedumbre eufórica que ha acudido en autobús desde muchos kilómetros a la redonda para

engrosar los números y dar la impresión de que el senador en ciernes está tomando el pulso a un electorado embriagado por el cambio, cuando probablemente ha obtenido la menor cantidad de votos de la historia del estado.

Y están ofreciendo un buen espectáculo. Imposible saber que no son lo que aparentan. La pareja americana por excelencia. Cariñosos, fieles y radiantes de salud.

Cuando pasan a un plano más general que abarca todo el escenario, veo a Jack a un lado, junto con el resto del equipo de los DeVille. Nada podría estropearme este momento. Porque estoy muy orgullosa de Jack, en verdad lo estoy.

Aunque haya algo que empañe ese orgullo, porque ahora conozco al auténtico DeVille, no al político de cartón que sale en televisión y que dice que quiere mostrar a la gente su «verdadero yo». Sé de lo que es capaz. Sé de lo que forma parte.

Vuelvo a hacerme las mismas preguntas. ¿Qué valor ha tenido esta experiencia? ¿Cuál ha sido su precio?

Este es el valor de mi experiencia. Ahora entiendo cosas sobre el sexo y el poder, y sobre cómo se conectan y se interrelacionan, que algunas personas no llegarán a descubrir en toda su vida. Y yo aún soy muy joven. Pero también voy a tener que vivir con esto toda mi vida. No puedo decir que me alegre. Si tengo que ser sincera, me incomoda. Porque sé que estoy a solo un paso de DeVille.

Podría contarle a Jack lo que ha ocurrido. Podría destaparlo todo si quisiera. Pero solo tenemos una vida, y yo sueño y fantaseo como todo el mundo con las cosas que todo el mundo desea: seguridad, familia, felicidad, amor. Y no sé lo que me depara el futuro, pero sí sé que hay algo que no veo en mi futuro. Una soplona.

Mi instinto de supervivencia es mucho más fuerte que mi deseo de salvar el mundo. Así que podría hacerme la heroína, pero ¿quiero que se me conozca como alguien así el resto de mi vida? ¿Quiero vivir con las consecuencias? ¿Dónde dejaría eso a Jack? ¿Qué nos haría?

Si decidiera hacerlo, tendría que contárselo todo a Jack. Y aún no estoy preparada para dar ese paso. Tendría que reservarme ciertas cosas. Los secretos están mejor guardados, no desvelados. Este tiene que quedarse conmigo. Al menos, por ahora. Pero me reservaré el derecho a cambiar de opinión en cualquier momento.

¿Qué harías en mi situación?

Piénsalo. No es tan fácil, ¿verdad? No hay una solución sencilla ni una salida evidente.

Esto no es como una de esas películas de Hollywood en las que todo queda bien atado en la cinta final. En las que los malos se llevan su merecido, las fuerzas del caos y del mal son derrotadas, el orden es restaurado. Y el héroe o la heroína consigue vivir un día más y volver a su vida habitual. Su casa, su esposa, su esposo, sus hijos, su perro. Y en realidad no necesito deciros esto, pero la vida real no es así. Los finales de Hollywood solo ocurren en las películas.

El modo en que acaba esta historia se parece más a ese travelling de *Al final de la escapada* de Godard en el que el personaje de Jean-Paul Belmondo, un criminal de poca monta llamado Michel, se resigna a su sino después de que su novia norteamericana, encarnada por Jean Seberg, le diga que no le quiere y que lo ha delatado a la policía. Y ella solo lo hace para llamar su atención. Lo hace por despecho.

Siendo un gánsgter en una película de gánsgteres, y consciente de ello y más astuto que la mayoría, Michel ya sabe dónde va a acabar todo esto. Y nosotros también.

¿Recuerdas lo que te dije?

La trama está siempre al servicio del personaje.

Así, Michel ha recibido un disparo en la espalda y va trastabillando por la calle, renqueando hacia el olvido. Consigue llegar al cruce y allí cae. Y en realidad eso es todo, el final que ha previsto para sí. Pero más banal, porque él parece más la víctima de un accidente leve de tráfico que un criminal peligroso alcanzado en una ráfaga de disparos de la policía.

Las últimas palabras que salen de su boca antes de sucumbir a la muerte: «Esto es realmente asqueroso». Ese es su plano de despedida a un mundo que nunca le quiso y al que él nunca quiso. Ese es su «momento Rosebud». Pero, lejos de dejar alguna gran revelación mientras efectúa su salida, sus palabras se oyen mal, se entienden mal, se reinterpretan —nunca sabremos exactamente qué dice— como «Eres realmente asquerosa». Una réplica no al mundo sino a la mujer a la que amaba, que lo ha traicionado: su talón de Aquiles, la *femme fatale* que está de pie a su lado mientras él parodia su gran escena de muerte.

Pero cuando se comunica esto a Jean Seberg, su dominio del

francés, que hasta este punto de la película ha parecido respetable tratándose de una joven norteamericana, parece insuficiente. No entiende la palabra francesa *dégueulasse* y tiene que preguntar qué significa.

Y ahí es donde acaba la película.

Ella se queda no solo tomando conciencia de la enormidad de los acontecimientos que ha desencadenado con un inocente acto de egoísmo, sino también enfrentada a la perspectiva de tener que cargar con un malentendido el resto de su vida.

Que él murió odiándola a muerte.

Si al menos todas las películas acabaran así… Si al menos todas las películas acabaran como la vida…

Sin resolver.

Porque, empezando por el día en que nacemos…, no, antes de eso, empezando por el momento en que somos concebidos, nuestra vida no es sino una serie de cabos sueltos. Románticos, sexuales, profesionales, familiares, y probablemente de alguna clase más. Y se precisa hasta el último átomo de nuestro ser para evitar que acabemos enmarañados con ellos.

Algunas personas se pasan la vida obsesionadas con los cabos sueltos, con los «y si», los «podría haber sido» y los «qué ocurrirá».

Pero yo no.

Técnicamente, en este preciso momento yo soy un cabo suelto. Y DeVille lo sabe. Podría librarse de mí si quisiera. Tiene el poder. Podría sencillamente chasquear los dedos y hacerme desaparecer. Como a Anna. Podría pagar a alguien para que me liquidase y ocultarlo como imagino que hizo con Daisy y las otras chicas. Y nunca tendría que sufrir las consecuencias, nunca tendría que pagar por ello. Seguiría luciendo esa sonrisa Colgate en la televisión y nadie sospecharía nada.

Pero no me pondrá un dedo encima, de eso no me cabe duda. Y yo no voy a pasar el resto de mis días mirando por encima del hombro, vigilando y esperando a que esa persona llegue. No tengo miedo. Estoy segura de que DeVille ha evaluado los riesgos y ha decidido que soy un cabo suelto que puede permitirse en la vida.

¿Por qué crees que estoy tan segura?

Bueno, ya sabes lo que dicen.

La información es poder.

DeVille le hizo una promesa a Jack. Dijo que si ganaba las elecciones le daría un puesto en su administración. Jack no tiene motivo para creer que faltará a su promesa. Yo quiero ver cómo DeVille cumple con su palabra. Y estoy segura de que lo hará, porque DeVille necesita en su equipo tipos inteligentes como Jack para que le hagan parecer bueno.

¿Y quién soy yo para negarle a Jack esa oportunidad? ¿Quién soy yo para poner freno a su ambición?

De todos modos, no es a mí a quien DeVille tiene que temer.

Es a Jack.

A su reacción si lo descubriera.

Así es como funcionan estas cosas. Debes saberlo. Nadie tiene ningún incentivo para hacer público nada. Es algo que no se cuenta entre los intereses creados de nadie.

Esa es la verdadera naturaleza del poder. La naturaleza oculta del poder.

Está oculta. Y permanece oculta.

De modo que la Sociedad Juliette sencillamente sigue adelante.

Chicas como Anna seguirán desapareciendo. O aparecerán muertas.

Y algún pobre diablo como Bundy acabará cargando con la culpa. Porque es prescindible y sabe demasiado poco de los entresijos de este mundo para arrastrar consigo a alguien. En última instancia, Bundy es un eslabón de la cadena que puede reemplazarse fácilmente. Siempre habrá chicas dispuestas a complacer y chicos ansiosos por participar. Siempre ha sido así, y siempre será así.

Ahora estamos atados, Jack, DeVille y yo. Como el duelo mexicano en *El bueno, el feo y el malo*. Un triángulo eterno. Nos encontramos en el interior de un círculo de piedras, cara a cara. Es un juego de miradas, observando y esperando a ver quién da el primer paso. Y lo único que sé es que no tengo intención de acabar en una tumba anónima. Y la destrucción mutua asegurada no beneficia a nadie.

O como el final de *The Italian Job*, en la que el oro se encuentra en la parte delantera del autobús, toda la gente está en la trasera, y medio vehículo está colgando al borde de un precipicio. Un paso en falso y todo el tinglado caerá al abismo.

Eso es lo que es esto.

Un jaque mate.

Y esto es lo que yo saco de toda esta pequeña aventura.

El sexo es el garante del equilibrio.

Agradecimientos

Esto es para todas las mujeres y los hombres que, como yo, en un momento dado solo tuvieron la literatura y el cine como vía de escape para sentirse cómodos con su sexualidad.

Nunca podré mostrar suficiente agradecimiento a Marc Gerald y a Peter McGuigan, que creyeron en mí y me empujaron a hacer esto realidad, cuando yo dudaba de mí misma. A Chris y a Masumi, por su constante orientación, su inestimable investigación y su opinión. A MV Cobra por tu amor y tu luz. Gracias a mis amigos Saelee Oh, James Jean, Dave Choe, Yoshi Obayashi, Kristin Burns, Candice Birns, Brian Levy, y a la New School Media. Beth DeGuzman, Selina McLemore, Catherine Burke, David Shelley, Kirsteen Astor, Stéphanie Abou y Kirsten Neuhaus: todos habéis dedicado mucho tiempo y esfuerzo para que *La Sociedad Juliette* fuera todo lo que podía ser; ¡gracias!

He recibido un inmenso apoyo por parte de todos los miembros de Grand Central, Little Brown, The Agency Group y Foundry Literary & Media. A Noel Clarke y a Mat Schulz, gracias por estar siempre pendientes. Y por último, pero en absoluto menos importante, a todos los cineastas y escritores que siguen inspirándome: Godard, Fellini, Buñuel, Friedkin, Tohjiro, Jean-Baptiste de Boyer, Angela Carter, Voltaire y THE MDS.

Sasha Grey fue una de las más célebres y reconocidas estrellas de la industria pornográfica de Hollywood. A los veintiún años abandonó el mundo del cine para adultos, y desde entonces ha protagonizado la serie *El séquito* (*Entourage*) y las películas *The Girlfriend Experience* dirigida por Steven Soderbergh y *Open Windows*, la nueva película del español Nacho Vigalondo.

La Sociedad Juliette es su primera novela y se publicará en más de veinte países.

Título original: *The Juliette Society*

Edición en formato digital: junio de 2013

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Adaptación de la cubierta original de Duncan Spilling: Gemma Martínez / Random House Mondadori
Fotografía de la cubierta: © Trevillion

ISBN: 978-84-253-5138-9

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Random House Mondadori

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47-49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:
Agustín de Betancourt, 19
28003 MADRID
España
Tel.: +34 91 535 81 90
Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

Índice